

BOLETÍN OFICIAL

Obispado de Lugo

*Año CXXXIX- N° 4
Octubre - Diciembre 2011*

Edita
Obispado de Lugo

Maquetación e impresión
La Voz de la Verdad

Depósito Legal
LU 8 - 1958

Sumario



IGLESIA DIOCESANA

Del Sr. Obispo

- 447 | La jornada mundial de la juventud como experiencia de iglesia
- 460 | Firmes en la fe
- 466 | Arrraigados y edificados en Cristo
- 472 | Testigos de Cristo en el mundo
- 477 | Somos Iglesia diocesana
- 477 | Somos Igrexa diocesana

Secretaría General

- 478 | Ministerios
- 478 | Nombramientos

Información diocesana

- 479 | Acta del XII Consejo Presbiteral
- 483 | Aportación da diocese para restauración de templos e casas rectorais (ano 2011)
- 485 | Profesorado de Religión. Curso 2011/2012
- 489 | Axenda do Bispo
- 496 | Noticias
- 505 | Necrolóxicas
- 508 | Decreto de fundación del LEC

Conferencia Episcopal Española

- 519 | Cada uno deberá sopesar a quien votar buscando el mayor bien posible

522 | Familia cristiana, arraigada en Cristo (30-12-11)

Santa Sede

529 | Mensaje de Benedicto XVI para la Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado 2012

534 | Carta Apostólica Porta Fidei

548 | Discurso de Benedicto XVI en el encuentro con sacerdotes, religiosos, religiosas y seminaristas en el seminario de San Gall (Ouidah - Benin)

552 | Discurso a los obispos en Cotonú

635 | Mensaje con motivo de la celebración de la XLV Jornada Mundial de la Paz

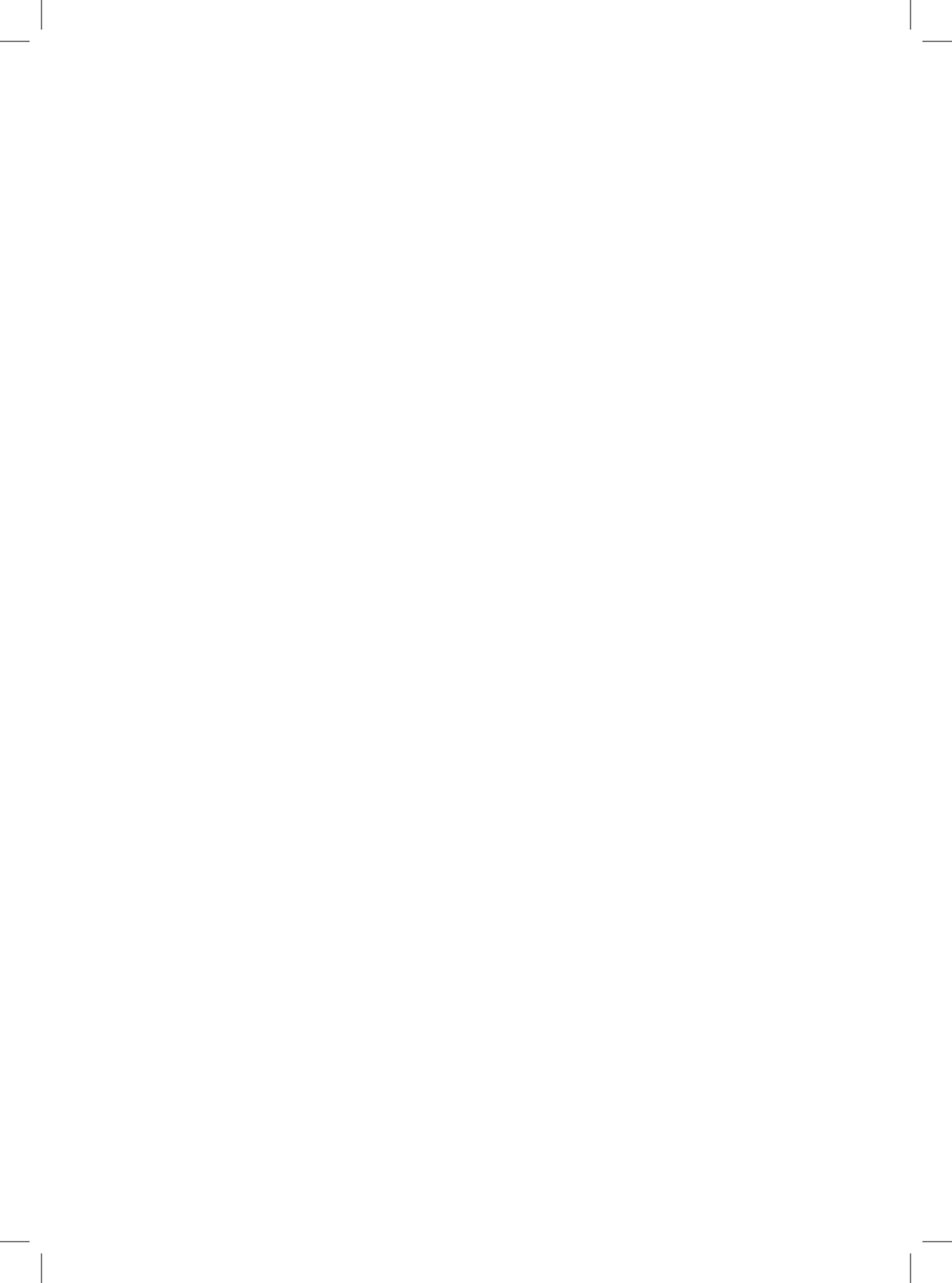
645 | El sacerdote en el siglo XXI

655 | La palabra de Dios en la vida del Sacerdote

Iglesia Diocesana



- La jornada mundial de la juventud como experiencia de iglesia
- Firmes en la fe
- Arrraigados y edificados en Cristo
- Testigos de Cristo en el mundo
- Somos Iglesia diocesana
- Somos Igrexa diocesana
- Secretaria General
- Ministerios
- Nombramientos
- Información diocesana
- Acta del XII Consejo Presbiteral
- Aportación da diocese para restauración de templos e casas rectorais (ano 2011)
- Profesorado de Religión. Curso 2011/2012
- Axenda do Bispo
- Noticias
- Necrolóxicas
- Decreto de fundación del LEC



LA JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD COMO EXPERIENCIA DE IGLESIA

APUNTES PASTORALES

En la entrevista que concedió en vuelo hacia Madrid, describía Benedicto XVI el significado de las JMJ diciendo: “Diría que estas JMJ son un signo, una cascada de luz, dan visibilidad a la fe, visibilidad a la presencia de Dios en el mundo, y dan así valentía a los creyentes”¹.

Característica primera de las JMJ es, pues, la de ser un tiempo y un lugar en que la fe, el ser de la Iglesia, se hace experimentable, con la singularidad además que les dan su dimensión específicamente juvenil.

La visibilidad de la Iglesia –una afirmación tradicional de la eclesio-logía católica– se hizo manifiesta en las Jornadas concretamente en términos de experiencia. Muchas veces se comprende la fe de modo reducido, como una realidad sentimental y puramente subjetiva; se la considera entonces inevitablemente como algo privado, alejada del ámbito de una razón abierta al conocimiento y al diálogo público, y carente de una forma visible específica. Otras veces se piensa que la fe se reduce a un sistema ideológico –de naturaleza metafísica, moral o sociológica– que busca imponerse en la vida de los hombres, y su visibilidad sería entonces la de una estructura de poder. En cambio, en la JMJ la fe se ha manifestado como una experiencia humana, como un ámbito de humanidad renovada.

Esta es una primera enseñanza fundamental. No se comprende la fe ni se adhiere a ella y a la Iglesia a través sólo de una doctrina, ni simplemente de sus estructuras sociales y religiosas; sino a través de una realidad experimentable de humanidad renovada. Para la credibilidad, la transmisión y la educación en la fe es esencial su visibilidad, que sea posible percibirla adecuadamente; y la forma plena y convincente de

¹ en vuelo hacia Madrid, 18-08-2011

su manifestación sensible es un ámbito concreto de experiencia humana habitada por el Espíritu.

Surge entonces una pregunta inevitable: ¿existe esta experiencia? ¿cuál y cómo es? La JMJ constituye sin duda una respuesta extraordinaria a esta pregunta, y de ello puede hablar cada participante desde su vivencia propia. Aquí nos limitaremos a subrayar algún aspecto esencial.

1. Una peculiar experiencia de unidad

a) La primera característica de esta experiencia, en que se ha manifestado singularmente la fe, podría ser la de la unidad y la pertenencia. La común pertenencia al único Señor permitía el reconocimiento mutuo, la acogida y la relación entre personas más allá de todas las circunstancias habituales. Esta fue la vivencia, muy clara, en los pero también por las calles y en los encuentros de Madrid. Era perceptible la existencia de un vínculo profundo entre muchísimas gentes de países muy diversos, se hacía posible el reconocimiento de una gran unidad entre todos.

Podríamos observar ya, a este respecto, una característica de la experiencia propiamente cristiana: no excluye, supera los límites del propio grupo, genera apertura, el gusto por acoger y reconocer la fe o el deseo del corazón de cualquier otro. Esta experiencia de unidad es, pues, hospitalaria, acogedora.

La acogida y la hospitalidad fueron vivencias ampliamente compartidas en Madrid; son manifestación de la fe verdadera, del singular sentido de unidad y de pertenencia –también pertenencia mutua– que la fe genera.

b) Esta experiencia de unidad no sólo esta motivada por una misma fe, sino que estaba animada por una inmensa corriente de gratuidad, de capacidad de entrega y de sacrificio, de servicio y de atención concreta.

Podríamos decir que la unidad estaba animada por un profundo aliento de caridad y de gratuidad; en primer lugar muy claramente en los voluntarios, que fueron muchísimos, oficiales y no oficiales; pero también en los incontables gestos de gratuidad y de servicio, en los innumerables sacrificios cumplidos por todos los participantes.

Sólo esta caridad que no calcula, sino que da con una sorprendente riqueza que brota del corazón, explica adecuadamente –mucho más que los recursos financieros– que pudiese llevarse a cabo realmente la JMJ y, sobre todo, que fuese como fue y lo que fue.

Vemos así, de nuevo, una dimensión imprescindible para que se manifieste experimentalmente la naturaleza de la fe cristiana: una caridad concreta, capaz de atender a las necesidades del que está al lado, aún a costa de lo propio; y capaz de entregarse, de servir a esta vida eclesial común, más allá de los sacrificios que parecerían razonables, en tiempo, en energía, en paciencia, en recursos.

La caridad es el alma y la ley íntima de toda unidad que sea verdaderamente cristiana. Y ha de manifestarse siempre, en actos concretos.

c) La unidad vivida en las Jornadas se caracterizó luego por una profunda catolicidad o universalidad. Era una unidad en la mayor de las pluralidades de origen, de lengua y de cultura; que, sin embargo no ponía en discusión nada de lo original de la identidad de cada uno. Al contrario, crecía el gusto por el conocimiento mutuo, por participar de los modos y maneras diferentes en que otros podían expresar su fe.

Esto confirmaba a cada uno en la certeza de que la propia fe tiene las dimensiones del mundo, que no es una costumbre o una anomalía cultural, que habría permanecido a pesar y en contra del progreso de la historia. Al mismo tiempo, esta experiencia hacía crecer también la certeza de que la fe no es contraria a la propia identidad, al propio ser como cultura, lengua o nación; sino que en todas se expresa, manifestando algo bueno, verdadero y bello, y haciendo a cada uno, en su originalidad, capaz de encuentro y de comprensión de la identidad y del camino de cualquier otro –de cualquier pueblo, lengua o cultura.

Pero esta radical unidad en la pluralidad se manifestó muy claramente también en la presencia de incontables formas de vivir la fe, de ser miembros de la Iglesia: allí estábamos jóvenes y no tan jóvenes, sacerdotes y fieles laicos, consagrados y consagradas en una abundantísima variedad de formas, carismas y movimientos, parroquias y escuelas, grupos de toda clase; también obispos, también el Papa.

Todos viviendo en unidad, manifestando su articulación profunda. Y manifestando que en tal inmensa comunidad de gentes, ninguna es

realmente anónima, sino que cada uno tiene su vocación, su singularidad, su camino.

Este darse de la unidad en la pluralidad, en la salvaguarda y la potenciación de la identidad –de la vocación– de cada uno, es asimismo una realidad prodigiosa.

E indica de nuevo un aspecto esencial del hacerse visible la experiencia de la fe: nadie puede ser en ella insignificante, nadie puede ser anónimo, nadie deja nunca de ser visto como un verdadero miembro del Cuerpo, sin que con ello se contradiga la dinámica cristiana profunda y se haga desaparecer su credibilidad.

2. Una experiencia actual de seguimiento de Jesús

a) El origen de esta peculiar experiencia de unidad, en la que se vive la acogida, la caridad, la afirmación de la dignidad y del destino –de la vocación y de la misión– de cada uno, y aún de pueblos y culturas, está en el contenido nuclear de la fe: el amor de Dios.

En palabras de Benedicto XVI: “Sí queridos amigos, Dios nos ama. Esta es la gran verdad de nuestra vida y que da sentido a todo lo demás. No somos fruto de la casualidad o la irracionalidad, sino que en el origen de nuestra existencia hay un proyecto de amor de Dios. Permanecer en su amor significa, entonces, vivir arraigados en la fe, porque la fe no es la simple aceptación de unas verdades abstractas, sino una relación íntima con Cristo, que nos lleva a abrir nuestro corazón a este misterio de amor y a vivir como personas que se saben amadas por Dios”².

Vivir la Jornada, en sus diferentes aspectos, ha sido afirmar el misterio del amor de Dios, querer permanecer en Él, adherirse a este amor en las diferentes maneras en que resonaba en la gran comunidad de los que han creído en Jesucristo y estaban juntos en Madrid.

Podría decirse que la experiencia de encuentro y de unidad vivida en la JMJ fue un signo y un instrumento de este amor divino con que nos mira Jesucristo. Es una forma de seguirlo a Él, de caminar con Jesús en la comunión de su Iglesia.

2 en Cuatro Vientos, 20-08-2011

En realidad, sólo el amor de Dios puede responder adecuadamente a la profundidad y a la dignidad del corazón de cada uno. La Jornada no sería explicable, no se podría conseguir que fuera lo que es, sólo gracias al poder y a la capacidad de organización de los hombres. Sólo la explica el amor de Dios, como fuente de vida, de certeza y de libertad.

Por ello, ni la Jornada ni otra forma de propuesta o de encuentro cristiano llega a servir realmente a la fe, si no habla de Dios, del amor de Dios dado a los hombres concretamente en su Hijo Jesucristo. No es posible silenciar a Jesús y esperar poder vivir o comunicar la fe. Es necesario manifestar siempre con audacia –es decir, venciendo reticencias y respetos humanos– la certeza de que su presencia y su amor son la única respuesta verdadera al corazón y a la vida de los hombres, y del joven.

Y, del mismo modo, en palabras de Benedicto XVI, “permitidme que os recuerde que seguir a Jesús en la fe es caminar con Él en la comunión de la Iglesia”³. De hecho, los rasgos esenciales del ser Iglesia caracterizaron concretamente el rostro de la JMJ, recordando así, de nuevo, que deben estar presentes en toda vida de fe, también de los jóvenes.

b) La unidad vivida en la Jornada ha sido, sin duda alguna, también una gran experiencia de seguimiento, en formas concretas y precisas, comenzando por los propios grupos con que los jóvenes acudieron a Madrid.

La Jornada ha hecho experimentable que caminar en la comunión de la Iglesia, permanecer en un ámbito determinado de seguimiento del Señor, con rostros y personas concretas, es imprescindible; que no se puede seguir a Jesús en solitario. Como dice Benedicto XVI, “es fundamental reconocer la importancia de vuestra gozosa inserción en las parroquias, comunidades y movimientos”⁴; y, por tanto, del mismo modo, la participación en la Eucaristía de cada domingo, la recepción frecuente del sacramento del perdón, el cultivo de la oración y de la meditación de la Palabra de Dios⁵.

No se trata, con ello, de conservar costumbres ancestrales, de respetar normas eclesiológicas o de asegurar el buen funcionamiento de las estructuras parroquiales. Se trata de seguir cada uno en la fe a

3 en la Santa Misa, Cuatro Vientos, 21-08-2011

4 Ib.

5 Cf. Ib.

Jesucristo, presente y cercano en su Iglesia, con los medios concretos con los que Él da forma y asegura la unidad con los hombres.

De hecho, en la JMJ ha sido posible reconocer que, como insiste en decir Benedicto XVI, “no hay Jesús sin Iglesia”⁶: siguiendo los propios grupos, y participando en las celebraciones, en las catequesis, en la Adoración y la Santa Misa en Cuatro Vientos, viviendo la unidad visible con el Papa.

c) La experiencia cristiana de seguimiento tuvo, pues, un rostro histórico preciso en la Jornada, marcado por la presencia del Papa, de los Obispos, como sucesores de los apóstoles, de la Eucaristía, de la fe proclamada y reflexionada en común.

En efecto, esta experiencia de seguimiento en la comunión de la Iglesia alcanza su manifestación plena por la presencia del Papa, como ministro y representante de Cristo, y como cabeza de la unidad histórica de sus discípulos, de la Iglesia.

Ciertamente, son muchos los ministros y representantes de Cristo, que sirven a la fe y a la unidad de sus discípulos. No son sólo el Papa, los obispos y los sacerdotes, ni sólo los consagrados y consagradas, sino también los fieles laicos, llamados a dar testimonio de muchas maneras, con la vida y las palabras, y que, además, lo hacen.

Gracias a estos “representantes” o “enviados” del Señor hemos hecho todos nuestro camino personal; y son imprescindibles. No se da progreso en la comunicación de la fe, sin el sentirse y el actuar como enviados de cada uno a sus hermanos, sin la dedicación y la entrega de algunos en favor de otros muchos. Esta responsabilidad es tan imprescindible, como resulta indispensable la posibilidad del seguimiento para llegar a ser cristianos.

d) En la JMJ pudo contemplarse esta dinámica, multiplicada por los miles de grupos y comunidades presentes. Pero el rostro histórico de esta unidad humana extraordinaria que se manifestó en Madrid, de la Iglesia en su rostro joven, es el Papa de modo singular. Él es el “principio visible de nuestra unidad en la fe y en la comunión”⁷.

En Benedicto XVI se visibiliza cómo la unidad generada por Cristo es apóstolica; es decir, está hecha de rostros y personas concretas,

6 Cf. Ib.

7 Cf. LG 18b

y permanece en el tiempo en su identidad verdadera, creciendo en medio del mundo, gracias a representantes “enviados” por el Señor.

El Papa, el sucesor del apóstol Pedro, es el principio visible que simboliza la unidad de la Iglesia, su rostro histórico, enraizado en Cristo mismo.

En este sentido, la experiencia de unidad vivida en Madrid no sólo nos unía con los horizontes del mundo, sino que nos situaba también dentro de una gran historia, en una inmensa tradición por un lado y abiertos al futuro por otro. Y necesitamos que nuestro horizonte sea universal también en el tiempo.

Para toda persona es indispensable enraizarse en una propia tradición, tener una memoria y una historia propia; en ello se juega el situarse en el mundo, que es siempre también un situarse en las coordenadas del tiempo de la vida y del propio pueblo. El modo de comprenderse en medio de la historia resulta determinante para alcanzar certeza sobre la propia identidad y, por tanto, para llegar a una fe madura, capaz de relaciones adecuadas con los demás.

La unidad vivida con el Papa nos sitúa en una historia concreta, de bien y de salvación; en la que, por ejemplo, se cuentan los años desde el nacimiento de Jesucristo, en la que sabemos que un día tuvo lugar la creación y que un día llegará también la victoria plena de la resurrección, de unos cielos y una tierra nuevos, en los que habite la justicia, porque la justicia –y el amor– es inmortal.

Necesitamos esta perspectiva universal, abierta al tiempo de la vida de hombres y naciones; porque es imprescindible humanamente. Si nuestra fe no la ofreciese, adoptaríamos inevitablemente otra interpretación de la vida y de la historia de los hombres –ofrecida por las ideologías de nuestra época–, y dejaríamos de interesarnos por el Señor. No comprenderíamos aquellas palabras dichas apasionadamente por Juan Pablo II en su primera encíclica: Jesucristo es el centro del cosmos y de la historia⁸.

e) La JMJ significa, pues, también una experiencia de pertenencia confiada a la Iglesia como un pueblo que camina en la historia, con el Papa como cabeza visible.

⁸ Cf. JUAN PABLO II, Encíclica

Y, por ello, implica inevitablemente un sentido de protagonismo, una misión en el mundo. Era inevitable percibirlo contemplando el caminar de la multitud de jóvenes por las calles de Madrid, cambiando el rostro de la ciudad, o su presencia impresionante participando unidos en los momentos de Cuatro Vientos.

Esta percepción fue vívida aquellos días. Se experimentaba el ser testigos de la fe en el mundo, la posibilidad real de una vida nueva, con sentido, con felicidad, con frutos buenos, con una apertura esperanzada a un futuro mejor. El Papa invitó insistentemente a este sentido de testimonio, es decir de protagonismo verdadero, personal, fundamentado en la propia fe, como experiencia vivida y expresada libre y razonablemente en medio del mundo.

Este protagonismo es indispensable para que la persona pueda adherirse verdaderamente al Señor. Sin ello, es como si Jesucristo no hubiera entrado realmente en la historia, no aportase nada concreto a la vida del hombre; como si la propia experiencia eclesial no fuese relevante en el mundo real, se limitase a un cierto entretenimiento privado. Dejaríamos de poder ser cristianos en la vida real.

f) Este protagonismo fue vivido por todos, que percibíamos inevitablemente el eco de una presencia nueva en la ciudad, que aportaba alegría y esperanza, que traía el anuncio de una vida nueva y buena en el seguimiento de Cristo.

Esta experiencia, sin embargo, fue también la del rechazo por un mundo que proclamaba su presunta superioridad intelectual y social, que no aceptaba escuchar realmente el anuncio de la fe, ni mucho menos el protagonismo de los jóvenes cristianos en la ciudad, en la historia.

Esto permitió experimentar, en primer lugar, cómo la fe lleva a hacer propuestas de modo pacífico, a ser fermento de diálogo, de convivencia,

de capacidad de acogida y no de exclusión; y que esta forma de actuar no puede darse por descontada, ni se adquiere sólo por llamarse "laicos" o por apropiarse la etiqueta de la democracia.

La certeza de la verdad y de la bondad de la fe, de la experiencia humana que genera, adquiriría fuerza así, precisamente ante la actitud de grupos e ideologías, fruto del poder de este mundo, que manifes-

taban incompreensión, exclusión, ridiculización, intolerancia y, a veces, incluso violencia.

Esta experiencia, perteneciente también a a la JMJ de Madrid, fue una confirmación de lo verdadero de la relación con la realidad –con los hombres– que genera la fe cristiana. Y, por otra parte, significó la posibilidad de dejar atrás una determinada imagen del mundo y de la vida social, que pretende ser la única posible, y de la que pudo percibirse la fragilidad y la inconsistencia.

Es algo de gran importancia. No sólo porque hace crecer el deseo, precioso en la juventud, de cambiar la vida y el mundo, habiendo visto en la propia experiencia la posibilidad y la urgencia. Es importante también, porque el camino de la fe implicará siempre dejar atrás falsos respetos, falsas imágenes de las cosas, de la sociedad y de la vida; es decir, será siempre una experiencia de renovación, de “conversión”.

3. La novedad de vivir en una “amistad universal”

a) Siguiendo la indicación de Benedicto XVI, hemos querido acercarnos al espectáculo de la tal como se manifestó en la JMJ de Madrid. Cada participante podría sin duda ampliar y completar lo dicho desde sus vivencias. Pero para todos, en palabras del Papa, fue posible experimentar “qué bello es vivir en esta amistad universal”⁹. Así puede ser descrita, en lo esencial, la naturaleza profunda de la fe, hecha visible estos días en Madrid: es una amistad universal, católica, abierta a todo y a todos.

La Jornada ha sido un acontecimiento que hizo posible percibir claramente que la Iglesia no es algo fuera del mundo, irreal y artificioso, sino que es una realidad, un lugar humano singular, que hace posible al hombre una experiencia profunda, que ilumina de modo nuevo la comprensión de sí y de la propia posición en el mundo.

La percepción de esta gran manifestación visible de la naturaleza de la Iglesia –casi como en un sacramento: signo e instrumento de la unión con Dios y de la unidad del género humano¹⁰– ayuda a cada uno a descubrir la fe mejor, de modo más real, liberándose de las objeciones teóricas y prácticas que muchas veces la paralizan en la sociedad actual.

9 , 18-08-2011

10 Cf. LG 1

Contra el individualismo, que domina el pensamiento moderno y la vida de nuestras sociedades, contra sus consecuencias de soledad y de aislamiento, la fe introduce a una universal, que no es un simple sentimiento, sino que es real, experimentable y verificable, con fundamento en la relación con el mismo Dios, con Jesucristo.

Ante la presencia poderosa de posibilidades humanas nuevas, adecuadas al deseo del propio corazón, se dejan atrás percepciones alternativas, dominantes hoy – que niegan, por ejemplo, la posibilidad de alcanzar certezas razonables sobre la verdad del hombre y de la vida– y se pone en movimiento la persona, abriéndose a una nueva relación con Dios y con el mundo, pudiendo abrazar con esperanza su destino y su vocación. Cada uno sabe que existe en relación con Dios y con todos; y descubre que esta unidad, esta gran amistad, es esencial para la propia historia y la del mundo, para el futuro de la humanidad.

b) La Jornada se revela así como una ocasión de conversión para todos, de volverse una vez más al amor del Señor, a la verdad de su Palabra sobre el hombre y sobre el mundo.

De este modo percibimos de nuevo un aspecto íntimo propio de la experiencia cristiana: siempre es ocasión de caminar, de dar un paso más, de renovar el propio corazón. Nadie puede pensarse o expresarse como si ya hubiera llegado, ya supiese y poseyese lo necesario, como si no estuviese caminando, fascinado por la riqueza y la belleza que promete el Señor.

En este sentido, es necesario valorar la dimensión “educativa” propia de la experiencia de la fe, tal como se manifestó en la JMJ. De alguna manera, toda la Jornada fue siempre aprendizaje, escuchando la palabra del Papa, en primer lugar, y luego las catequesis de los Obispos; pero también, e igualmente importante, en el caminar de cada grupo y en las vivencias que cada uno pudo tener.

“Conversión” y “educación” aparecen unidas desde este punto de vista. No hay fe que no sea remover el corazón y la mente, evitar dejarse anquilosar, guardar un espíritu joven. Y no hay fe que no sea siempre ser discípulo, aprender, crecer en la escuela del Maestro verdadero, eternamente fascinante, que nos dejó su enseñanza y su Persona, para que conozcamos cada vez mejor la verdad del mundo y de la vida, del Amor de Dios, que sobrepasa y explica todo.

Toda experiencia cristiana tiene, pues, una dimensión intrínseca de renovación de la comprensión, de crecimiento en la inteligencia, lo que no se refiere simplemente a momentos de enseñanza, sino a todo el camino de la vida hecho en la comunión de los hermanos.

Conclusión: una propuesta de método pastoral

La JMJ ha sido un gran acontecimiento de unidad, cuya naturaleza profunda puede ser descrita como “amistad universal” o comunión con Dios y entre los hombres, por obra y en el seguimiento de Jesucristo.

Benedicto XVI mismo describía las Jornadas como un hacerse visible de la fe, del modo de ser de la Iglesia. La vida cristiana de nuestras comunidades y de nuestros grupos no tendrá, pues, en el fondo, una naturaleza diferente de lo vivido en Madrid. Aquella experiencia de comunión, en sus rasgos fundamentales, habrá de ser la misma que vivamos luego en cada lugar. Tal es, sin duda, el deseo de los muchos jóvenes que han participado en la Jornada: que todo lo bueno y bello de lo vivido y descubierto allí continúe en la propia existencia, en cada lugar; que no se pierdan las relaciones, que no caiga en el olvido lo que hemos visto y oído, lo que hemos aprendido, desapareciendo los horizontes abiertos en la JMJ.

Tal ha de ser también la preocupación primera de quien tiene una responsabilidad en esta vida eclesial; de todos, por supuesto, ya que cada uno da una respuesta propia a lo vivido, acogiendo y afirmando con libertad el significado de las experiencias hechas. Pero, en todo caso, la JMJ es una interpelación para los que están llamados a ejercer una responsabilidad más directamente “pastoral”; porque el modo de cuidar y promover la vida de fe, habrá de tomar como punto de partida siempre su verdadera naturaleza, tal como se ha manifestado en la Jornada. El método pastoral debe estar en correspondencia con la realidad a la que sirve.

La naturaleza eclesial –la comunión en Cristo– no debe ser negada ni obviada en el modo en que se procura la continuación de la vida de fe en las comunidades o grupos, al volver a las parroquias, las escuelas, etc.

Existirá, por tanto, una prioridad radical de lo que suele llamarse el testimonio: se habla, se anuncia, se procura la propagación de una realidad ya presente, que no se trata de hacer existir por primera vez, sino que de alguna manera se ha encontrado en la historia, se ha visto y oído.

La dinámica del testimonio presupone, evidentemente, el encuentro y el ser partícipe de un acontecimiento en que la fe se manifiesta como una experiencia renovada de humanidad vivida en comunión con Cristo. La realidad de esta experiencia es primordial, y se corresponde con lo vivido en la JMJ: nadie es capaz de generar por sí solo la singular experiencia de unidad que se dio en la Jornada, ninguna ideología u organización, ninguna suma de dinero. Se manifiesta así que el hombre no se basta a sí mismo ante el desafío de la realidad y de la vida, que necesita de Jesucristo y de la humanidad que Él hace posible en medio de la historia.

La JMJ nos habla pues de la prioridad de un encuentro, en el que el corazón del hombre despierta a su deseo y verdad más hondo; pero no de un encuentro impreciso, que sería sólo una idea, sino de un encuentro en un tiempo y un lugar concretos, hecho de personas y de comunión humanamente perceptible, que permita hacer experiencia de la verdad de lo que anuncia la fe.

Gracias a este encuentro con el Señor en la comunión de su Iglesia – en la manifestación experimentable de esta la persona abre los ojos al mundo con una luz y una esperanza nuevas. Adquiere la certeza de que, sin Dios, sería muy difícil afrontar los retos de la realidad, que se perciben con nueva lucidez, y ser felices; que no bastaría para ello un análisis ideológico mejor o una mayor organización de los recursos y del poder humanos. Pero sabe también que, con Dios, tiene nuevas posibilidades, tiene luz para caminar y razones para esperar que se cumplan los ideales de la vida¹¹.

Podríamos decir, pues, que, desde el punto de vista pastoral, la JMJ nos ofrece, como enseñanza fundamental, una llamada a no cambiar el método cristiano específico, el modo de hacer, como si, terminado aquel acontecimiento, la vida de las parroquias y comunidades fuese de otra naturaleza.

11 Cf. 18-08-2011

No puede abandonarse la prioridad de la comunión en Cristo, manifestada como unidad y amistad, con rasgos singulares y característicos. Su presencia es la condición para que a cualquiera sea posible un encuentro, en el que la luz de la fe despierte y renueve el corazón y la mente, y permita afrontar con esperanza firme los desafíos de la vida.

En este sentido y para concluir, volviendo la mirada a la experiencia de los días de gracia de la JMJ de Madrid, resuenan con particular fuerza algunas de las palabras pronunciadas por Benedicto XVI en su despedida, hablando del camino que se abría a todos tras la jornada:

“Sí, la fiesta de la fe que hemos compartido nos permite mirar hacia adelante con mucha confianza en la providencia, que guía a la Iglesia por los mares de la historia. Por eso permanece joven y con vitalidad, aun afrontando arduas situaciones. Esto es obra del Espíritu Santo, que hace presente a Jesucristo en los corazones de los jóvenes de cada época y les muestra así la grandeza de la vocación divina de todo ser humano. Hemos podido comprobar también cómo la gracia de Cristo derrumba los muros y franquea las fronteras que el pecado levanta entre los pueblos y las generaciones, para hacer de todos los hombres una sola familia que se reconoce unida en el único Padre común...”

No hay que desanimarse ante las contrariedades que, de diversos modos, se presentan en algunos países. Más fuerte que todas ellas es el anhelo de Dios, que el Creador ha puesto en el corazón de los jóvenes, y el poder de lo alto, que otorga fortaleza divina a los que siguen al Maestro y a los que buscan en Él alimento para la vida. No temáis presentar a los jóvenes el mensaje de Jesucristo en toda su integridad e invitarlos a los sacramentos, por los cuales nos hace partícipes de su vida.”¹²

+ Alfonso Carrasco Rouco Obispo de Lugo

+ Alfonso, obispo de Lugo

FIRMES EN LA FE

Decía nuestro Papa Benedicto XVI en su *Mensaje a los Jóvenes del mundo* con ocasión de esta JMJ 2011: "Sí, la cuestión del lugar de trabajo, y con ello la de tener el porvenir asegurado, es un problema grande y apremiante, pero al mismo tiempo la juventud sigue siendo la edad en la que se busca una vida más grande. Al pensar en mis años de entonces, sencillamente, no queríamos perdernos en la mediocridad de la vida aburguesada. Queríamos lo que era grande, nuevo. Queríamos encontrar la vida misma en su inmensidad y belleza. Ciertamente, eso dependía también de nuestra situación. Durante la dictadura nacionalsocialista ..."

1. En nuestra época, diferente de aquella en tantas cosas, esta intuición fundamental sigue siendo verdadera. También hoy un joven desea una vida grande, percibe que las exigencias de la economía, los estilos de vida dominantes, no pueden ser la única posibilidad. La vida exige otro protagonismo, algo más que adaptarse sólo a un sistema social como una parte de su funcionamiento.

Sin dejar de comprender, con realismo, la necesidad del trabajo o de la organización de la vida común, la juventud habla de las posibilidades del mundo y de la vida, y lo hace de muchas maneras, según la experiencia de cada uno.

Así, por ejemplo, un joven podría preguntarse: ¿por qué atenerse a las reglas que se nos imponen, no sólo en lo social, sino sobre todo en lo moral, en la forma de comportamiento personal? ¿no son sólo reglas externas, propias de una forma social discutible (a lo mejor antigua o simplemente cómoda), que impiden explorar posibilidades evidentes y placenteras que parecen pertenecer a la propia naturaleza? ¿no hay otras posibilidades?

Otro joven podría pensar, ¿no sería posible responder a injusticias o corregir desigualdades evidentes en la sociedad? Es posible que la historia de una persona lo lleve a querer evitar sufrimientos, a rechazar

la mentira y desear la verdad, a sentir la necesidad de la justicia a la hora de construir el mundo en que se vive. O es posible compartir la percepción de peligros propios de nuestro camino social: de sobreexplotación de la naturaleza, de hambre o de abusos ecológicos, etc. De muchas maneras y con intensidades diferentes, se ve la posibilidad y la necesidad de no contentarse y de cambiar el mundo.

Y queda siempre una pregunta inevitable, que las resume todas: ¿no ofrecerá el mundo y la vida aquello que se corresponde conmigo, con los deseos y esperanzas de bien y de felicidad que me constituyen a mí personalmente? ¿Tengo que censurar, en nombre de un presunto realismo, las expectativas del corazón? ¿No habla el mundo de una inmensidad de posibilidades, no existirá lo que corresponda de verdad a mi persona?

2. El dinamismo de la juventud es profundamente bueno, imprescindible para que tome su forma verdadera la vida de cada uno y necesario para el bien de la sociedad. Presupone la afirmación de la grandeza de la vida, de su posible belleza, y de la del mundo; y el rechazo de acomodarse a las posibilidades ya exploradas, de no abrirse al futuro, de reducirse a lo que cabe en los esquemas políticamente correctos de cada momento.

Pero este dinamismo joven está siempre amenazado también por una censura que podemos fácilmente interiorizar, que nos lleva a aceptar que estas expectativas no son reales, que no sirven para nada.

En primer lugar, porque parecen imposibles: nunca se podría conseguir vencer la mentira, la injusticia, la violencia, el hambre, etc., y por tanto cambiar de verdad el mundo. Y no habría tampoco nada que correspondiese plenamente a mi persona concreta, que le diese la importancia única que tiene para mí, un protagonismo real y una misión en la vida.

En segundo lugar, porque, en apariencia, estas expectativas pueden pasar fácilmente a segundo plano en la propia existencia, distraídos por las actividades cotidianas y las ofertas de la sociedad, o determinados por problemas y sufrimientos, o decididos a veces a exprimir rápidamente las posibilidades de placer o de alegría más inmediatas.

En tercer lugar, porque pocas cosas alrededor parecen ayudarnos en este camino, donde podemos vernos solos. Y entonces procuramos adaptarnos y vivir del mejor modo en nuestro ambiente. Podría

parecer que la sociedad sólo espera del joven que se integre y cumpla determinadas funciones.

3. Y, sin embargo, al mismo tiempo, muchas cosas hablan contra esta negación o censura de los deseos profundos de la juventud.

En primer lugar, la experiencia del bien que mucha gente ha hecho a favor de los demás demuestra que es posible cambiar el mundo; más aún, que el mundo es habitable gracias a muchas personas así, en lo pequeño y en lo grande. Que sin ellas muchas cosas no serían como son, ni la sociedad habría hecho progresos.

En segundo lugar, la experiencia de la propia familia, y luego la de la amistad, atestiguan constantemente la singularidad de la propia persona. Será quizá un testimonio frágil, que puede quebrar y que es pequeño, que no tiene las medidas del universo; pero en principio es dado a todos, capilarmente, en el mundo entero. Y la experiencia elemental de esta amistad o amor confirma a cada uno la realidad y la bondad profunda de esta expectativa del corazón, sin la que no podemos ser lo que somos. Como decía Juan Pablo II¹, el hombre no puede entenderse sin amor. Renunciar a esta expectativa, viva en el joven, no es posible.

En tercer lugar, la percepción permanente, siempre renovada, de que el mundo es más grande que lo que llegan a organizar quienes gobiernan en un lugar o un momento, que hay otras maneras de ser, que no se puede absolutizar lo que tenemos, que la vida promete más cosas. Y, en paralelo, la percepción de la injusticia que sufre el propio corazón cuando es obligado a no buscar más, a definirse según un esquema limitado, cuando no se respeta la amplitud de su deseo.

4. Así pues, a pesar de las dificultades, la experiencia de la juventud lleva siempre dentro la certeza de la grandeza del mundo y de las posibilidades de la vida, un dinamismo profundo de apertura al futuro, de expectativas personales; es decir, una serie de afirmaciones valiosísimas, que definen el impulso y la identidad más propia del ser joven.

Estas afirmaciones tienen, en realidad, características cercanas a la fe: creen lo que no se ve y dan consistencia a la esperanza², son combatidas e influyen en las propias actitudes vitales.

1 Encíclica *Redemptor hominis*, 10

2 Cf. Hb 11,1

Afirman lo que no se ve; es decir, las posibilidades inmensas de la vida, la existencia de lo que se corresponde con uno mismo y satisface el corazón. Y son combatidas, pues esta posibilidad, este buscar algo más de lo ya organizado y vivido por otros, es negado por muchos en nombre de un presunto realismo, de un atenerse a lo empírico, a los hechos constatables.

Y, ciertamente, en la juventud se afirma lo que no se ve. Pero lo irracional no es la afirmación, sino su negación; porque se niega al mismo tiempo una realidad que es palpable, constatable y evidente para cada uno.

En primer lugar, el propio yo, que piensa, vive y se mueve. ¿Puede negarse el propio yo, con sus exigencias –a veces dolorosamente presentes–, en nombre de una teoría sobre la vida, de una presentación orgánica del mundo hecha por otros? ¿Cuándo nos engañamos, cuál es la verdadera “matrix”, por hablar de algún modo? ¿Con qué criterio distinguimos lo real, lo que importa? La certeza más evidente que tenemos es el propio yo, que vive, actúa y sufre –y que hemos querido describir algo.

Y, sin embargo, parecería que puede surgir siempre una duda: ¿no estaré algo loco, dando tanto peso a mi persona, a mi vida? ¿No tendrán razón los demás?

Pero, ¿habrá locura mayor que aceptar un mundo sobre la base de negar el significado del propio yo, de su dinámica más íntima? ¿Por qué habría que hacer esto? ¿Se puede renunciar al propio acceso a la realidad, a la propia razón y libertad? ¿No será eso la mayor locura, un sacrificio hecho en nombre de una presunta evidencia de la organización o del pensamiento social hecho por otros y dominante hoy?

Además, ¿nos quedamos realmente solos, si apostamos por el propio yo, por su destino, por un acceso a la realidad abierto a todas sus posibilidades? La experiencia nos dice que no.

El camino hecho por otros está ante nuestros ojos, testimoniado en la historia, expresado en el arte³, o cercano quizá en un maestro verdadero. Y nos lo muestra en particular la amistad, en la que resuena la verdad del propio ser, al compartir y encontrarse con los amigos. En esta

3 en la literatura, el cine, la música, etc.

experiencia se puede entrever lo bueno y razonable de lo que llevamos dentro, lo fuerte de sus exigencias, como algo que, en el fondo, forma parte del corazón de cada uno y nos hace a todos iguales, permite que pueda comprenderse a cualquiera, sin distinción de razas o culturas.

5. En el fondo, el corazón, sobre todo el joven, aspira a firmeza, a afirmarse, a poder expresarse y alcanzar certeza, a comprender lo que ofrece la realidad, a sentirse parte y protagonista de ella.

Pero la tentación de la desilusión, del cansancio, acecha con frecuencia. Necesitaríamos que la realidad, con sus riquezas, nos respondiese de alguna manera, que sucediesen cosas que nos sostuviesen en el camino. Necesitaríamos la compañía de amigos, que compartiesen expectativas y anhelos con sinceridad, en los que encontrar ánimos y apoyo, con los que buscar juntos, adentrarse en las cosas sin traicionar el corazón.

Este es el modo en que se nos ha acercado el Señor Jesús,. Vino para hacer posible la firmeza de nuestra fe, de nuestros corazones, para siempre. Para salvaguardar lo más valioso de nosotros mismos, del ser joven; y convertirlo en cimiento sobre el que edificar la vida y cambiar el mundo.

En su Presencia florecen las energías aletargadas del corazón; porque la posibilidades que parecen prometer el mundo y la vida se hacen más cercanas y verdaderas. La realidad adquiere fuerza, profundidad, sentido, interpela más personalmente, se hace amiga, sostiene nuestro camino, aunque sea con trabajo y esfuerzo.

Gracias a su Persona, comprendemos la lógica y la verdad profunda de la vida, la inmensidad de sus posibilidades, lo radical del amor que explica nuestra existencia y puede darle forma personal y satisfacción plena. Porque en Él podemos poner nombre concreto al infinito que deseamos, conocer al Creador, al Padre.

Jesús renueva y da firmeza definitiva a la fe del corazón joven y aporta además estas riquezas del modo más humano: a través de la amistad, de la presencia amiga de compañeros de camino, que Él mantiene a lo largo de la historia y en la que Él habita y está presente y cercano siempre.

Es un camino en compañía, con Jesucristo como maestro y consuelo; pero hecho de rostros, de cercanía, de comunidad, en la que el pro-

pio corazón encuentra correspondencia y apoyo. Esta es la Iglesia, la comunidad de los discípulos de Jesús, en la que se guarda y se respeta la verdad sobre el corazón del hombre y sobre el corazón del mundo, sobre Dios; y en la que habita el Espíritu de inteligencia y amor, que sostiene el universo y ha plasmado el ser de cada uno.

Encontrarse con Cristo, con su compañía buena, presente entre sus amigos y discípulos, ilumina la juventud de cada uno y la hace de algún modo eterna, en lo que tiene de mejor: podrán destruirse nuestros organismos con el paso del tiempo, pero por dentro rejuvenece el hombre día a día, hasta alcanzar la plena estatura humana, a la medida de Cristo, que está lleno de esplendor y de gloria.

+ *Alguno, chico de
chico*

ARRAIGADOS Y EDIFICADOS EN CRISTO

1. Al pensar un momento en la imagen empleada por S. Pablo¹, presente en el lema de esta JMJ, todos podemos reconocer fácilmente que las personas tenemos raíces, de donde surgimos: Están en nuestra casa y en nuestra tierra; en nuestra familia, sin duda en nuestro pueblo y en nuestra cultura. Un día nos damos cuenta de que estas raíces vivas nos han alimentado, de que hemos crecido gracias a ellas. Que llevamos dentro su savia: un idioma, una manera de hacer las cosas, de expresarnos, de sentir y vivir los afectos, etc. Mucho de estas raíces nuestras quedará en nosotros para siempre; y habitualmente no queremos abandonarlas, solemos estar más bien orgullosos de ellas. Aunque luego, a lo largo de los años, podamos echar raíces nuevas, allí donde nos lleva nuestra historia; y a veces deseemos también echar raíces allí donde nos parece que hay vida en abundancia y satisfacción: en aquella empresa, en esta ciudad, en este país, o quizá con esta persona. Tampoco en este caso depende todo de nosotros mismos: hemos de ser aceptados, acogidos por otros.

2. Pero miramos siempre a nuestro origen, a nuestra tierra, con un cariño particular, e incluso con una cierta nostalgia –con *saudade* o *morriña*–, porque en ella recibimos la vida y porque detrás de este don primero percibimos como una bondad profunda. Esta nostalgia es la de un bien, la de una promesa buena que parece latir en nuestras raíces: de tener un lugar en el mundo en el que estemos en nuestra casa; de una riqueza de vida, que nunca dejaría de brotar; de una pertenencia y un amor verdaderos, en que pudiera expresarse todo nuestro ser; de una posibilidad de edificar, cuidar y amar la tierra y las personas en la paz y la justicia.

Nuestras raíces, nuestra tierra, son origen y al mismo tiempo promesa de esplendor y de vida. Nos recuerdan que el hombre no

1 Cf. Col 2,7; también Ef 2,20-22; 3,17

existe solo y por sí mismo, y de algún modo son un signo de Dios, de que hay una paternidad buena en el fondo de nuestra existencia, que parece prometernos ser en plenitud.

Un hombre que negase verdaderamente a Dios, se convertiría en alguien desenraizado, que habría de relativizar y dejar atrás los vínculos que explican su ser – aunque luego quisiera afirmarlos soñando un futuro utópico.

Nuestras raíces están en nuestros padres, en nuestra casa y pueblo, en nuestra tierra y cultura; pero perderían su vitalidad y esplendor para nosotros, se convertirían en meros vínculos que nos delimitan –porque en algún sitio hay que nacer–, si desapareciese de nuestro corazón la esperanza de una tierra en que alcance permanencia, verdad y vida definitiva todo lo bueno y bello que nos ha hecho lo que somos.

3. Nuestras propias raíces –incluso a través de sus limitaciones– nos invitan a buscar a Dios, a desear encontrar aquella fuente de vida que se esconde en nuestros orígenes, que haría posible que nuestra existencia diese fruto y no se marchitase², que ofrecería respuesta a todos los males que nos amenazan: el pecado, el dolor y la muerte³.

Sabemos, si miramos a nuestras propias fuerzas y posibilidades, que esta plenitud deseada no la podemos conseguir por nuestros medios; y ni aunque supiésemos organizarnos y aprovechar todos los recursos de la tierra –cosa que, por otra parte, no logramos, porque, generación tras generación, nos lo impide la mentira, el odio, el ansia de poder⁴, como puede verse en nuestra constante incapacidad de superar las guerras o injusticias evidentes como el hambre.

Sin embargo, muchos en nuestro mundo han querido confiar la vida al poder humano, y lo justifican luego en el marco de un relativismo que hoy parece dominante. Según eso, la verdad y el bien deseados en la vida sólo podrían ser expresión de nuestra capacidad de organización: del consenso en la comprensión de las cosas, del acuerdo en lo que nos conviene hacer.

No existiría la “verdad” prometida, que nos haría libres. No existiría Dios, el Padre bueno y creador, sino sólo nuestra capacidad de gestión,

2 Cf. Sal 1,1-3; Jr 17,7-8

3 Cf. Ap 22,1-3

4 Como simboliza la narración de la torre de Babel: Gn 11 1-9

nuestro poder, que determina lo que es la verdad y bastaría para dar consistencia a nuestra vida –como decía un reciente presidente del gobierno de España corrigiendo el Evangelio: la libertad nos hará verdaderos. Según esto, no sería bueno pretender buscar la verdad y el bien; eso no sería algo propiamente humano, sino causa de inhumanidad –es decir, de incapacidad de diálogo, intolerancia, abuso de poder, violencia.

En esta teoría se insiste en que lo único que cuenta es la voluntad de cada uno, libre e independiente de todo vínculo; pero el resultado es el de un individualismo solitario, en que el hombre es conducido a atenerse a las posibilidades del poder, que en la práctica es lo “políticamente correcto”. Como decía el profeta, hablando de quien aparta su corazón del Señor, para confiar en el poderoso: “... habitará en un árido desierto, tierra salobre e inhóspita”⁵.

Por otra parte, esta absolutización del poder humano es ridícula, pues sus limitaciones son evidentes a la hora de dar satisfacción a las necesidades más personales y elementales de cada uno, al deseo de ser valorado en primera persona, de tener un protagonismo real en el mundo, de amar y ser amado, de afrontar las debilidades y el mal. De hecho, en realidad, se intenta educarnos a olvidar los anhelos del corazón, la esperanza. Y al final, se nos educa a acomodarnos a la muerte –de la que se llega a hablar como un derecho–, como símbolo máximo del destino nuestro y de nuestra tierra, de la insuficiencia radical de nuestras raíces para asegurar la vida.

4. Como cristianos, sabemos ya con certeza algo que todo hombre puede también percibir al confrontarse con esta ideología: no se corresponde con la realidad. La tierra y la vida son buenas, son el inicio de una historia en la que esperamos posibilidades imprevisibles.

Por la fe sabemos que el mundo y la vida son expresión del Creador, y que Jesucristo mismo es la realización, en medio de nuestra historia, de aquella posibilidad insospechada, por la que todas las cosas podrán ser conducidas a Dios, a la fuente eterna de agua viva.

Por eso, las raíces del cristiano encuentran su humus definitivo en Jesucristo, en quien somos verdaderamente enraizados por el bau-

5 Jr 17,6

tismo. Esto no sucede sin nosotros, sin nuestra libertad. Pero tampoco sin Él, sin Jesús.

Así pues, la primera condición para estar arraigados en Cristo es, por supuesto, que Él exista y que nos acoja, nos ame. Y realmente Jesús ha nacido, ha vivido, hablado y obrado, ha muerto y ha resucitado; y lo ha hecho por nosotros. Existió, existe y está con los suyos cada día hasta el fin del mundo.

Jesucristo no es sólo un gran hombre más, una expresión bella de los recursos de los que ya disponemos en nuestro mundo; pues entonces sería sólo una expresión más de las posibilidades del poder humano, no traería novedad verdadera. Él es el Hijo de Dios, hecho hombre para enraizar definitivamente la naturaleza humana en el Espíritu eterno de vida, como mostró una vez resucitado.

Nosotros creemos que es el Hijo de Dios, que ha venido para salvarnos, para salvar al mundo, en medio del cual vivimos con esperanza nueva e inquebrantable.

5. Pero estar enraizados en Él implica aún algo más. Jesús podría haber venido al mundo y haber traído posibilidades nuevas; pero ¿querré yo echar raíces con Él? Porque cada uno inevitablemente desea ser él mismo, amar las propias raíces, aunque sean pobres, defender su libertad.

El único enraizamiento que podemos aceptar libremente es el del amor: éste es el vínculo en que se expresa nuestra libertad. Por tanto, estaremos firmes en la fe en Cristo, viviremos arraigados en Él, si reconocemos que existe –como nos narran los Evangelios– y también que en Él se expresa un amor infinito y sorprendente por mi persona, por el mundo creado por el Padre.

Descubrir este amor como la verdad más profunda del universo –que Dios es amor– es posible sólo ante Jesús. Sin Él, las fuerzas y recursos de este mundo se nos presentan como los últimos criterios de que disponemos para entender y actuar. Con Él, nuestra vida se enraiza libremente en un amor más grande, que ilumina todas las cosas.

6. Vivir arraigados en Cristo significa no entenderse a sí mismos solos –sin Dios y sin esperanza en el mundo⁶–, sino unidos a Él. No

6 Cf. Ef 2,12

entenderse solos, sino con Él, como sucede en la amistad radical, que modela el propio corazón para siempre, o en el amor verdadero, que no se puede sacar del alma. El mejor ejemplo de esta nueva situación sería el del matrimonio, que Pablo usa en su carta a lo Efesios⁷: el marido –o la esposa– ya no se piensa solo, no opta, no decide sin acordarse de su esposa, como si no existiese; sino que diciendo “yo” se acuerda de ella, que forma parte de la propia existencia.

“Arraigados en Cristo” significa, pues, no pensarse sin Él, no decir “yo” sin la esperanza que brota de saber de su presencia poderosa, sin buscar en Él respuestas y apoyo, sin escuchar su Palabra e ir a su encuentro en los sacramentos, en la Eucaristía. No olvidar su presencia poderosa ni siquiera cuando experimento mi propio mal, la injusticia, la traición o el pecado; también entonces saber del amor de Cristo, del Señor que llega hasta el extremo por nosotros, que no ha vivido, ni ha muerto, ni ha resucitado como si yo o nosotros no existiéramos, que no se ha pensado ni se piensa sin nosotros.

Esta es nuestra esperanza verdadera: su amor. Porque conocemos ya muy bien nuestros límites, en la inteligencia, pero también en la lealtad, la fortaleza o la fidelidad; sabemos que somos pecadores y que, si por nosotros fuera, no seríamos capaces de vivir así, guardando en la memoria a Jesús. Pero Él no nos deja; se ha entregado por nosotros, para enraizarnos en su amor, en su Espíritu. Como dice Pablo: ¿quién podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo?⁸

Por eso caminamos a través de la historia, entre tentaciones y también incomprendimientos, pero sin perdernos en el camino. Y nos encontramos unidos, guardando la fe juntos, diciéndonos hoy aquí y de muchas maneras en otros sitios: no nos dejemos engañar, vivamos enraizados en Cristo, no olvidemos el amor de Dios, no vendamos nuestra alma y nuestra tierra.

7. Así, en este misterio de amor y comunión que es la Iglesia, somos edificados en Cristo. Cada uno con una misión, con una libertad y una palabra única, con una vida y un amor nuevos, destinados a dar frutos abundantes en medio de este mundo para bien de todos, para que se cumpla la voluntad de Dios que quiere salvar el mundo.

7 Cf. Ef 5,32

8 Cf. Rm 8,35

Edificados en Cristo significa que tenemos una misión y una identidad propia, dadas por Cristo. Con Él, tenemos un protagonismo, un lugar en la historia, en la inmensa tarea de la salvación de los hombres y del mundo.

No edificamos solos, sino en comunión, unidos en Cristo, como miembros de su Cuerpo, que sigue actuando, anunciando y haciendo presente el amor en el mundo de muchas maneras.

Y somos edificados humanamente, es decir, somos animados por un Espíritu de verdad y de amor que hace crecer y madurar al hombre. Ello se manifiesta, para nuestra certeza y nuestra paz, en los frutos buenos que estamos llamados a producir, en el crecimiento del amor, en una inteligencia y una razón más capaces de entender la propia vida y al hombre, las relaciones con los demás, la verdad sobre la justicia y la injusticia, la necesidad de la misericordia y del sacrificio, etc.

El Señor nos edifica y nos edificará si en nuestra libertad volvemos hacia Él la mirada, si acogemos y nos gloriamos de su amor. Así, con nuestra vida y nuestra fe, seguiremos afirmando la esperanza para nuestras raíces: existe la posibilidad de la plenitud para nuestra tierra, nuestras gentes, nuestra cultura; existe la posibilidad de construir con toda la vida un edificio hecho de justicia y amor, destinado a perdurar para siempre.

+ Alfonso, obispo de
dego

TESTIGOS DE CRISTO EN EL MUNDO

Los cristianos estamos llamados a ser testigos de Cristo en el mundo¹. Lo dijo Él mismo a sus discípulos en la tierra y nos lo repite en la Iglesia a todos, jóvenes y mayores.

Aquí en los días de la Jornada mundial estamos dando un inmenso testimonio de fe en Cristo. El Papa, el primero; pero de modo grande, magnífico, tantísimos jóvenes.

A veces sin embargo, la frase “ser testigos de Cristo” puede hacerse difícil de entender, o la tarea difícil de cumplir. Por eso es oportuno que hagamos un esfuerzo de reflexión.

1. Vivir es manifestarse, mostrar algo –o mucho– de lo que llevamos dentro. Siempre lo hacemos, al responder a las cosas con que nos encontramos o a las que tenemos que hacer. Y esto sucede delante de los demás, que nos ven, nos miran y nos escuchan; y con los que nos comunicamos por cómo actuamos, pero también especialmente con nuestras palabras. Las obras y las palabras deberían de ir unidas, explicarse mutuamente; sería signo de sinceridad. Las obras necesitan muchas veces palabras, pues no manifiestan siempre claramente la intención que llevan. Y las palabras han de expresar nuestra realidad, lo que somos y cómo somos.

2. En este sentido, todos los hombres somos por naturaleza testigos de lo que llevamos dentro, y nos relacionamos en la confianza, siendo creídos o no creídos en lo que decimos. Pues también podemos intentar esconder lo que somos o pensamos, engañar al prójimo, mentir.

Nuestras creencias profundas, la actitud íntima y reservada de nuestra libertad, nuestra peculiar manera de ser, nos conducirán a una mayor o menor sinceridad. El egoísmo, por ejemplo, el culto al dinero o al propio placer, lleva a esconderse o a mentir, para buscar beneficios a costa de otros. Aunque siempre expresa uno quién es: alguien que se esconde, o alguien que engaña, aunque no puedan saberse sin más las razones profundas de ello.

1 Cf. Lc 24,48; Mt 28,18-21; Mc 16,15; Hch 1,8

De manera semejante, unas maneras de ser conducirán a un mayor deseo de comunicar al otro lo que llevas dentro, a una mayor libertad en el expresar lo que eres, y otras llevarán a mayor indiferencia ante el otro. Así unas generan relaciones y comunidad, otras, soledad. Esta segunda posibilidad ha crecido en nuestra sociedad, donde parece que uno no necesita a nadie, se basta solo –porque hay suficientes medios, riqueza y organización.

3. Podríamos decir que vivir es siempre ser testigos: mostrar lo que llevamos dentro. Ello incluye lo que hemos aprendido en la vida, lo que pensamos saber sobre el modo de relacionarse con las cosas o las personas, y que también comunicamos. Quien ha aprendido algo, es luego testigo de ello, lo comunica: yo sé ya que en tal tema las cosas se hacen de tal modo. Así se transmite la experiencia humana, como una gran cadena de testimonios, de testigos que merecen confianza. Así hacen los padres con sus hijos, los maestros con sus alumnos o discípulos.

Ahora bien, si esto es así, ¿por qué tantas objeciones, por qué sentimos dificultad cuando se habla de dar testimonio de Cristo? Después de todo es algo plenamente humano, que sucede según la misma dinámica vital descrita. Se trata también ahora de dar testimonio de una experiencia, de mostrar lo que se lleva dentro, porque uno lo ha encontrado, descubierto y comprendido en el camino de la vida; y ello sucedió igualmente aprovechando la experiencia de otro, los hechos y las palabras de otros testigos que han hecho el camino primero.

En realidad, aunque por un lado es algo del mismo género que todo el resto de expresiones de la vida, por otro, introduce una diferencia, especialmente sentida por el hombre de hoy.

Todos aceptarían sin problemas a un maestro que les enseñase ciencias o técnicas avanzadas, aspectos de la realidad que no conocen. Ello sólo pondría de manifiesto que todos tenemos mucho que aprender, y eso lo sabemos.

Pero el testigo de Cristo quiere mostrar la presencia de Alguien que es más grande, que no es igual a todos, que es Hijo de Dios; y que nos interpela, porque nos ofrece algo que no podemos alcanzar nosotros, salvación y vida eterna, un amor nuevo que atravesase la muerte.

4. Pero hoy día para muchos esto parece imposible o casi inaceptable. Sería contrario a lo que se considera la verdad absoluta: no hay

nada en el mundo o la sociedad que no dependa del poder del hombre. No parece aceptable decir que haya algo más que hombres todos iguales, alguien más grande que yo. En lo que cada uno es, en lo que yo soy, no entra nadie; nadie puede pretender aclarar o decir lo que yo soy dentro de mí. ¿Quién puede decirme nada, con qué autoridad? Somos lo que somos, nos manifestamos como queremos. En este ámbito personal, sería inaceptable que nadie tuviese la pretensión de poder mostrarme cómo debo ser. Porque somos todos iguales, y nos transmitimos si acaso las certezas alcanzadas ya comúnmente, que permiten y ayudan a la convivencia.

Y ciertamente el testigo de Cristo no pretende tener ninguna autoridad sobre nadie. Somos efectivamente iguales. De hecho, el primer gesto de humanidad verdadera es respetar el corazón del otro, saber que no se reduce nunca a mis opiniones, a ningún esquema –a ninguna explicación ideológica o pretendidamente científica–, que tiene una profundidad que se me escapa siempre: que es libre. Esto lo sabe el cristiano, porque su experiencia primera y fundamental ha sido redescubrir el propio corazón, ante el amor y el respeto profundo por su persona y su libertad, que llevó a Cristo a ir hasta el final, hasta la muerte y el infierno mismo, por defenderlo, protegerlo, salvarlo.

Somos iguales, pero deseamos dar testimonio de Jesucristo, como de alguien efectivamente más grande, capaz de iluminar el corazón de cada uno, de forma que descubra de modo nuevo la profundidad de la propia dignidad –la de alguien que el mundo entero no puede explicar, porque es hijo de Dios– y la grandeza del propio destino.

5. Damos así testimonio de que Dios nos ha venido al encuentro. No afirmamos una capacidad especial nuestra, que nos habría posibilitado llegar hasta Dios, pues todos somos personas humanas, iguales; sino que anunciamos que El nos ha visitado en nuestra casa, se nos ha acercado en la historia del modo más humano, haciéndose plenamente hombre.

Este modo humano se ha continuado por medio de testigos, ante los que soy libre de responder, de intentar verificar lo que anuncian o de negarme a ello. Este es un modo totalmente respetuoso con nuestra naturaleza personal, con mi ser yo, que no puede dimitir de su responsabilidad ante la propia vida. Y el encuentro mismo con el

Señor no significa negar el propio corazón o la propia historia, sino, como decía Newmann, descubrir más verdaderamente aquello que uno siempre había amado.

La única objeción, la que hoy se encuentra frecuentemente en el mundo, proviene de que, en tal caso, dejaría de estar solo conmigo mismo y habría de comprenderme en relación con Dios. Y es grande la tentación de encerrarse en sí mismos, aún a costa de quedarse solos, sin más horizonte que las propias fuerzas, que se acaban.

La afirmación de que yo soy el único señor de mi vida y no puedo aceptar a nadie en mi ámbito de libertad y decisión, es el "dogma" moderno que sentimos cuestionado por la presencia de los testigos de Cristo –y que provoca que sean rechazados muchas veces. Al mismo tiempo, sin embargo, es una afirmación que excluye todo vínculo profundo, que excluye el amor y conduce al individualismo y a la soledad.

6. Nosotros hemos de ser testigos de Cristo, porque lo llevamos dentro; porque no podemos renunciar a la fe del corazón y a la esperanza por el mundo, al amor de Dios, que nos hace singulares y amados a cada uno e igualmente a todos.

El simple hecho de vivir con fe será ya ser testigo de Cristo, puesto que manifestaremos la esperanza que llevamos dentro a la hora de hacer una cosa u otra, de relacionarnos, de ser amigos, de trabajar o de casarse, de sufrir, de amar al prójimo y a Dios.

La fe nos hace testigos de Cristo también porque nos une en un Cuerpo, en una Iglesia. Es una unidad verdadera por encima de todas las diferencias humanas, algo que parecería imposible, que es como un milagro. Y es una unidad que acoge, abierta, en la que todos pueden estar en su casa, que no excluye a nadie, tampoco al pobre o al que sufre; una unidad que vive con hospitalidad radical. Esta unidad, que brota del amor de Cristo, es un testimonio dado a Dios, pues manifiesta cómo su presencia es buena, produce frutos mejores en el hombre: la superación de la división y del odio, la acogida de cada uno.

Damos, pues, testimonio de dos modos, personalmente, con nuestras obras y palabras, y con nuestra unidad como Iglesia. Damos testimonio casi sin querer, manifestando la paz, la alegría, la esperanza que llevamos dentro, la audacia para afrontar la vida, el gusto y la capacidad de comunicación.

7. La verdad de nuestra fe se ve también en que derrota la indiferencia y nos lleva a manifestar sin miedo quienes somos, lo que llevamos dentro, en quién creemos, qué ha pasado en nuestra vida, qué esperamos y cómo queremos amar.

Pues una fe verdadera lleva a manifestarse sinceramente, abre al diálogo y al testimonio, a la comunicación. En ello muestra su humanidad profunda, su bondad.

Y nuestra fe nos permite hacerlo con audacia; pero también con humildad y mesura. Porque sabemos que hablamos de otro, del Señor, y que nosotros somos débiles y frágiles como cualquiera. Y esto lo percibimos incluso más claramente al dar testimonio, pues habremos de darlo en primera persona, implicando al propio yo. Ser testigos significa manifestarnos más a nosotros mismos, escondernos menos, y eso conduce a la humildad; no sólo porque pueden salir a la luz nuestros defectos, sino porque anunciamos algo muy grande y sentimos inevitablemente la distancia con lo que somos cada uno, con los propios límites.

De ahí lo que decía san Pedro: dad razón de vuestra esperanza a quien la pida, pero con mansedumbre, con paz. Lo que significa: vivid, para que os puedan preguntar por lo que ven, y dad razón de vuestra vida. No dejéis de hacerlo, no dejéis de vivir, no permitáis que se pierdan las razones del vivir, de la alegría. No traicionemos el amor, al Señor Jesús, a nuestro Dios. Vivid y dad razones a quienes las pidan.

Dar razones con paz, con mesura, procurando la inteligencia. Pues, ya que hemos de amar al prójimo, hemos de procurar explicarnos bien y hacer posible que nos comprendan. No podemos desentendernos de los demás; no podemos asimilar la indiferencia, el individualismo y la soledad como forma de vida –y así perder la fe.

Por ello, mantengámonos unidos: en el Señor y en su Iglesia, en la fe, en la oración, en los encuentros que podemos tener, sobre todo en la Eucaristía con el Señor, cada domingo.

+ Alfonso, obispo de Lugo

SOMOS IGLESIA DIOCESANA

Queridos hermanos,
tras los momentos extraordinarios vividos en los últimos meses gracias a la venida de nuestro Papa Benedicto XVI a Santiago como peregrino y a Madrid a la Jornada Mundial de la Juventud, nuestra conciencia de ser todos Iglesia tiene una vivacidad y una alegría renovadas.
Con mi afecto y bendición

Lugo, 21 de enero de 2011

+ Alfonso, obispo de
Lugo

SOMOS IGREXA DIOCESANA

Queridos irmáns,
tras os momentos extraordinarios vividos nos últimos meses gracias á visita do noso Papa Benedito XVI a Santiago como peregrino e a Madrid á Xornada Mundial da Xuventude, a nosa conciencia de ser todos Igrexa ten unha vivacidade e unha alegría renovadas.

+ Alfonso, bispo de
Lugo

SECRETARIA GENERAL

MINISTERIOS

01/09/11	D. Manuel Rodríguez Álvarez	Párroco de San Julián de Friol. Por error, se decía "Ecónomo" en el anterior nº del Boletín
26/10/11	D. Perfecto Fondevila Penas	Administrador Parroquial de San Cipriano de Chapa y San Martín de Rellas.
07/11/11	D. Elías García Carmoega	Administrador Parroquial de Santiago de Sello y San Juan de Palmou
07/11/11	D. Manuel Cibeira Lorenzo	Administrador Parroquial de Santiago de Catasós

DEFUNCIONES

30/09/11	D. Juan Bautista Alonso Castro	Jubilado
09/11/11	D. Benito Otero Conde	Jubilado
28/12/11	D. José García González	Jubilado

XII CONSEJO PRESBITERAL

(Acta de la cuarta sesión)

El día 21 de junio de 2011 en la Casa Diocesana de Lugo se reunió el XII Consejo Presbiteral Diocesano en sesión ordinaria bajo la presidencia del Sr. Obispo de la diócesis. Después del rezo de la Hora Intermedia comenzó la sesión conforme al orden del día.

El Secretario del Consejo leyó el acta de la sesión anterior que, incorporada una modificación pedida por un consejero, fue aprobada por unanimidad.

PATRIMONIO

El Delegado Episcopal de Patrimonio, D. Miguel A. Gómez Vázquez expuso la necesidad de inscribir en el Registro de la propiedad todos los bienes patrimoniales de la diócesis, tarea que ya se ha iniciado tiempo atrás, pero que urge completarse. En muchos casos será preciso hacer previas rectificaciones en el Catastro y siempre comprobar la exactitud de medidas de fincas para proceder a la inscripción de las mismas a fin de evitar problemas en el futuro.

CASA DIOCESANA

Con relación a este punto, comentó dos posibles ofertas de remodelación:

1) Un Geriátrico de 100 plazas, con posibilidad de 70 puestos de trabajo. El presupuesto se elevaría a unos cinco millones y medio de euros; su financiación implica contar con la ayuda de las instituciones autonómicas; la cesión a la institución gestora podría hacerse por un período de 25 años, prorrogables.

2) Un Centro de día. Residencia de 100 plazas tuteladas con un presupuesto de unos cinco millones y cesión por 50 años prorrogables. Pendiente de buscar financiación.

Otros informes

Rectorales

1.- Si el sacerdote vive en ella, los gastos corrientes de mantenimiento corren a cargo de la parroquia o del mismo sacerdote. Si es necesario realizar alguna obra de entidad, debe informarse al obispado y pedir la autorización correspondiente. Si así se considera, correrá la Diócesis con los gastos. En ningún caso se les debe pedir a los feligreses para invertir en la casa rectoral.

2.- En las casas que no se habitan, los gastos de luz y otros impuestos corren a cargo de la Diócesis, previo informe del Delegado de patrimonio de bienes inmuebles. Si la parroquia en que está ubicada recibe alguna renta por fincas u otros conceptos se hará cargo también de los gastos de la rectoral.

3.- El uso de las casas rectorales o locales por parte de vecinos u otras personas debe estar regulado por el correspondiente documento oficial (arrendamiento, cesión, etc). Será la Diócesis, a través de la Delegación de Patrimonio de bienes inmuebles la que formalice el mencionado documento.

Fincas

1.- Respecto a éstas se seguirá el mismo criterio que con las rectorales (n.º 3).

2.- En caso de ingresos por alquiler o arrendamiento, si supera los 1.000 € anuales, el 40% del total se debe entregar en el obispado (Comunión de bienes). Caso distinto será el de las casas rectorales. Merecerán un tratamiento individualizado dependiendo de la inversión que la Diócesis haga en ellas y la finalidad a que esté destinada.

3.- El uso de fincas para la celebración de fiestas o aparcamientos en momentos puntuales también debe estar regulado por documentos oficiales.

4.- Planes urbanísticos: es necesario informar a la Delegación de Patrimonio de los planes urbanísticos que se estén redactando en los correspondientes ayuntamientos.

5.- Procedimiento actual: Se está revisando la situación de nuestro patrimonio y solicitando en las oficinas del Catastro las modificaciones

que procedan para pasar a registrar posteriormente todos los bienes (fincas e casas).

6.- Ha de ser el sacerdote y no los vecinos o asociaciones quienes soliciten la pertinente autorización para llevar a cabo las obras a realizar en los bienes de la Diócesis.

Obras en la Catedral

El Sr. Deán informó sobre los dos proyectos que se están ejecutando en la Capilla Mayor y en la Fachada principal de nuestra Catedral contando con la ayuda del Ministerio de Fomento (el 75% de lo presupuestado). Explicó el por qué se hacía necesario afrontar las obras por vía de urgencia y los trámites que se habían seguido para propiciar su financiación. En concreto, se constituyó la Asociación de Amigos de la Catedral de Lugo y la Fundación Catedral de Lugo considerando que no solo servirían de cauce para financiar obras sino también para apoyar distintas actividades de interés histórico, cultural y religioso relacionadas con la catedral. Al iniciarse los trabajos en la techumbre de la Capilla mayor, se vio la necesidad de reemplazar 500 m² de la cubierta lo que supuso un importante incremento de los gastos. Se espera conseguir los medios necesarios contando con la colaboración de los empresarios de Lugo y las aportaciones de particulares.

Programación pastoral

El Sr. Obispo comentó cuestiones del Programa Pastoral. Se refirió al curso que termina y destacó la Pastoral Juvenil con motivo de la preparación para la Jornada Mundial de la Juventud, sin descuidar el ritmo normal de las demás actividades y también la importancia de la transmisión de la fe a las nuevas generaciones. La transmisión de la fe, no es una herencia, ha de ser propuesta.

Presentó como prioridad para el próximo curso el tema de la familia, afectada por un debate político que supone serias dificultades para familias con sentido cristiano, en un ambiente de indiferencia religiosa y cambios de modelo de sociedad que dificultan la forma-

ción cristiana. Se señalan como problemas importantes, entre otros, la ley del aborto, un nuevo modelo de sexualidad o la ideología de género que están dificultando la convivencia y la comprensión, que afectan tanto a la sociedad urbana como a la rural.

Es urgente mayor dedicación y más tiempo a desarrollar temas en relación con los modelos de familia:

- Ver cómo estamos.
- Qué enseñanzas se imparten en los colegios, también en los religiosos y Centros de orientación familiar.
- Cuestiones relacionadas con los sacramentos, especialmente el matrimonio y educación afectivo-sexual.
- Otros problemas: aborto, vida rural, agrupación de parroquias.
- Formación permanente; familia.

Jornada Mundial de la Juventud

Informó el Sr. Vicario de Pastoral, D. Luis Manuel Rodríguez Pérez. Destacó la presencia del Papa en Madrid como un acontecimiento importante para la juventud. La diócesis acogerá grupos de jóvenes procedentes de varios países del 11 al 15 de agosto. Participarán en diversas celebraciones que tendrán lugar en la Catedral y parroquias. La estancia en Madrid corresponde a los días del 16 al 21 habré en Madrid un espacio reservado para la diócesis de Lugo que facilitará el encuentro entre los jóvenes.

En Lugo, la fecha tope para hacer la inscripción es el 15 de julio. Todos recibirán información detallada de fechas y actividades. El regreso a Lugo, el día 21. Para facilitar la solución de posibles problemas sugirió contactar con el Delegado para la Juventud.

A las 14.10 horas se levantó la sesión.

APORTACIÓN DA DIOCESE PARA RESTAURACIÓN DE TEMPLOS E CASAS RECTORAIS (ANO 2011)

Igrexas

IGREXA PARROQUIAL DE SANTA MARÍA DO CASTRO (CERVANTES)	10.000,00 €
IGREXA PARROQUIAL DE SANTA EULALIA DE VILAR DE CABALOS (TABOADA)	9.000,00 €
IGREXA PARROQUIAL DE SAN ACISCLO DE GULLADE (MONFORTE)	4.000,00 €
IGREXA PARROQUIAL DE SAN PEDRO DE VIANA (CHANTADA)	2.000,00 €
IGREXA PARROQUIAL DE SANTA MARÍA DE PACIOS (INCIO)	10.000,00 €
IGREXA PARROQUIAL DE SANTO TOMÉ DE GAYOSO (OUTEIRO DE REI)	5.000,00 €
IGREXA PARROQUIAL DE SAN XULIÁN DE EIRÉ (FERREIRA DE PANTÓN)	6.000,00 €
IGREXA PARROQUIAL DE SANTA MARÍA DE CELA (OUTEIRO DE REI)	10.000,00 €
IGREXA PARROQUIAL DE SANTA MARÍA DE LUACES (POL)	500,00 €
IGREXA PARROQUIAL DE SANTA MARÍA DE NOVELA (SANTISO)	2.330,00 €
IGREXA PARROQUIAL DE S. ISIDRO DE LAMAS DE BIDUEDO (TRIACASTELA)	6.000,00 €
IGREXA SAN BARTOLOMEU DE CHAMOSO (CORGO)	5.000,00 €
IGREXA PARROQUIAL DE SAN MARTIÑO DE GUILLAR (OUTEIRO DE REI)	6.000,00 €
IGREXA PARROQUIAL DE SANTA MARÍA DE SANTISO (SANTISO)	15.000,00 €
IGREXA PARROQUIAL DE SAN NICOLÁS DE PORTOMARÍN (PORTOMARÍN)	15.000,00 €
IGREXA PARROQUIAL DE SAN JORGE DE PIQUÍN (RIBEIRA DE PIQUÍN)	12.000,00 €
IGREXA PARROQUIAL DE SANTIAGO DE MIRAZ (FRIOL)	2.500,00 €
IGREXA PARROQUIAL DE SAN VICENTE DE PARADELA (PARADELA)	12.000,00 €
IGREXA PARROQUIAL DE SAN XOÁN DE SILVARREI (OUTEIRO DE REI)	9.000,00 €
IGREXA PARROQUIAL DE SAN XULIÁN DE OUROL (GUNTÍN)	6.000,00 €
IGREXA PARROQUIAL DE SAN XOÁN DE BECERREÁ (BECERREÁ)	20.000,00 €
IGREXA PARROQUIAL DE SANTO TOMÉ DE TÓRDEA (CASTROVERDE)	9.000,00 €
IGREXA PARROQUIAL DE SAN MARTIÑO DE FOLGOSA (CORGO)	28.000,00 €
IGREXA PARROQUIAL DE SAN MAMEDE DO COUTO (SAMOS)	3.000,00 €
IGREXA PARROQUIAL DE SANTA MARÍA MAGDALENA DA SEARA (COUREL)	2.500,00 €
IGREXA PARROQUIAL DE SAN XOÁN DE LOIO (PARADELA)	2.000,00 €
CAPELA DE FERROMOLÍN (COUREL)	3.000,00 €
CAPELA DE SANTA MARTA (VILALVITE-FRIOL)	3.000,00 €

CAPELA DE SAN ROQUE (LUGO)	2.000,00 €
CAPELA DE SANTA MARIÑA (GUNDRIZ-SAMOS)	3.000,00 €
TOTAL	222.830,00 €

Casas rectorais

CASA RECTORAL DE SAN CRISTOVO DE BORRAXEIRO (AGOLADA)	1.000,00 €
CASA RECTORAL DE SATO ESTEVO DE LOUSADELA (SARRIA)	60.000,00 €
CASA RECTORAL DE SANTA MARÍA DE SABADELLE (CHANTADA)	8.800,00 €
CASA RECTORAL DE SAN XULIÁN DE CHORENTE (SARRIA)	6.000,00 €
CASA RECTORAL DE SAN MARTÍN DOS CONDES (FRIOL)	4.000,00 €
CASA RECTORAL DE SANTIAGO DE REQUEIXO (CHANTADA)	45.000,00 €
CASA SACERDOTAL DE QUIROGA	10.000,00 €
CASA EN BÓVEDA (COMPRA)	147.000,00 €
CASA SACERDOTAL DE FRIOL	2.700,00 €
TOTAL	284.500,00 €

PROFESORADO DE RELIGIÓN CURSO 2011/2012

Enseñanza infantil y primaria

Aira González, Mª Carmen	CEIP das Nogais, CPI de Pedrafita do Cebreiro y CPI de Seoane de Courel
Alonso Bao, María del Pilar	CEIP de Quiroga y CEIP de San Clodio
Alvarez Prieto, Concepción	CPI de Láncara y CEIP de Sarria (Ouro)
Ares González, Mari Carmen	CEIP Xesús Golmar de Lalín
Arias Serna, María Carmen	CEIP de A Fonsagrada, CEIP de Negueira de Muñiz
Baeza González, Mª Begoña	CEIP Eloísa Rivadulla de Chantada y EEI de Chantada
Blanco Díaz, Sara María	CEIP A Ponte de Lugo y EEI Fingoi nº 2 de Lugo
Blanco Ríos, María Jesús	CEIP nº 1 de Mellide y CEIP de Toques
Burgo Seijo, Olga	CEIP de O Corgo y CEIP Menéndez Pelayo de Lugo
Carballo Quintá Mª Begoña	CEIP de Monterroso y CEIP de Antas de Ulla
Carregal Ramos, Alicia	CEIP Manuel Rivero de Lalín, EEI Don Ramiro de Lalín y CEIP Varela Buxán de Cercio
Castro López, Gustavo	EEI de Sarria
Cardeira Gil, Elvira	CEIP Virxe da Soidade de Lugo y CEIP Mauel Mallo de Lugo
Coego Varela, Emilio	CEIP de Becerreá y CEIP de Triacastela
Darriba Vázquez, Aurea	CEIP de Outeiro de Rei y CEIP de Rábade
Díez Yáñez, Alfonso	CEIP das Mercedes de Lugo
Felpeto Lorenzo, Mª J. Rosa	CEE Santa María de Lugo y CEIP Quiroga Ballesteros de Lugo
Fernández Argiz, Mª Carmen	CPI de Navia de Suarna, CPI de Cervantes y CEIP da Ponte de Doiras (Cervantes)
Ferreiro Rozas, Angeles	CEIP de Casás de Lugo
Freire Rodríguez, Mª Carmen	CEIP de Palas de Rei y CEIP de Monterroso
Gómez Alvite, María José	CEIP de Baleira y CPI de Castroverde
Gómez Gómez, Félix	CEIP de Bóveda, CEIP de Sober y CEIP de Currelos (O Saviñao)
Gómez Neira, María Dolores	CEIP Mestre Pastor Barral de Melide y CEIP nº 2 de Melide
González Pedreira, Mª Elisa	CEIP de Pantón, CEE Infanta Elena de Monforte y Eei Centro Público Caixa Galicia Monforte

González Rodríguez, Camilo	CEIP de Meira y CEIP de Pol
Lamas Pardo, Ana María	CEIP Paraday de Lugo
López Fernández, Ana María	CEIP Frei Luis de Granada de Sarria
López Pérez, María Isabel	CEIP Luis Pimenttel de Lugo
López Vaamonde, María Luisa	CEIP de Silleda
Losada Alvarín, María Carmen	CPI de O Saviñao y CEIP de Carballedo
Losada Vázquez, M ^a Dolores	CEIP Xesús Golmar de Lalín
Martín Iglesias, Isabel	CEIP Menéndez Pelayo de Lugo
Martínez Gallego, Sara	CEIP A Gándara de Monforte
Miragaya Fernández, Fca. Pilar	CEIP de Rábade
Miranda Rodríguez, M ^a Luz	CEIP Luis Pimentel de Lugo
Novoa Calvo, Florinda	CEIP Xoán de Requeixo de Chantada
Pardo Peteiro, María Luz	CEIP Sagrado Corazón de Lugo
Pena Rodríguez, María José	CEIP Anexa de Lugo
Pena Taboada, José Ramón	CEIP de Vilatuxe, CPI de Rodeiro y CPI de Dozón
Picatto Hernández, Marta	CPI de Baralla, CEIP Quiroga Ballesteros de Lugo
Piñeiro Díaz, Margarita R.	CEIP Arcediago de Santiso, CEIP Visantóna de Santiso, CEIP nº 1 de Melide y CEIP Martagona de Melide
Prieto González, Concepción	CEIP do Páramo, CEIP Sagrado Corazón de Lugo y CEIP San Miguel de Sarria
Pulleiro Oro, Dolores	CEIP Illa Verde de Lugo
Rivas Gandasegui, Fco. Javier	CEIP de Bandeira, CEIP de Silleda, y EEI de Laro
Rodríguez Abelairas, M ^a Isabel	CPI de Guntín y CEIP de Lousada (Guntín)
Rodríguez Couceiro, C. Margarita	CEIP de Portomarín y CIP de Friol
Rozas Veiga, María José	CEIP de Ribeira de Piquín
Saá Seijas, María Hortensia	CEIP Albeiros de Lugo y CEIP Anexa de Lugo
Sánchez Moure, María Sol	CEIP de Monforte de Lemos
Vázquez Mourellos, M ^a Herminia	CEIP Rosalía de Castro de Lugo
Vázquez Teruel, M ^a Angeles	CEIP do Incio
Villaravid Diéguez, Saladina	CEIP da Pobra de Brollón, CEIP de Samos y CEIP Frei Luis de Granada de Sarria

Enseñanza secundaria

Arza Rodríguez, María Blanca	IES Francisco Daviña Rey de Monforte
Castro López, Gustavo	IES Gregorio Fernández de Sarria
Chao Penela, Alicia	IES de Quiroga y CPI de Folgoso de Courel

Doval Fernández, Luis	IES Nosa Señora dos Ollos Grandes de Lugo
Fernández Santiso, María Jesús	IES de Melide y CPI de Ponte Carreira
García Porral, Juan Carlos	IES de Silleda y CPI de Rodeiro
González Alonso, M ^a Natividad	IES Leiras Pulpeiro de Lugo
González Domínguez, Manuel	IES de Rábade
Gutiérrez López, Ramón	IES de Becerreá y CPI de Cervantes
Iribertegui Álvarez, Claudio	IES Muralla Romana de Lugo
Losada Besteiro, Silvia	IES Sanxillao
Marcos López, Jorge	IES Xograr Alfonso Gómez de Sarria
Mayoral Dixón, M ^a Margarita	CPI de Pedrafita y CPI de Navia de Suarna
Monterroso Mejuto, Manuel	IES de Melide
Moreiras Calviño, Luis B.	IES Allerulloa de Lalín y CPI de Rodeiro
Peiró Sanchís, M ^a Adoración	CPI de Guntín, CPI de Friol e IES de Palas de Rei
Pereira Santín, María Angeles	CPI de Baralla y CPI de Láncara
Rico Gómez, Miguel	IES de Monterroso
Rivas Grande, María Lourdes	IES Sanxillao de Lugo e IES As Mercedes de Lugo
Rodríguez López, Rosa María	CPI de Carballedo (Taboada)
Rodríguez Pérez, Luis Manuel	IES Lucus Augusti de Lugo
Sánchez Arias, Enrique Luis	IES Xoan Montes de Lugo
Sánchez González, Rosendo	IES A Pinguela de Monforte y CPI do Saviñao
Sureda González, Ana	IES Anxel Fole de Lugo e IES Leiras Pulpeiro de Lugo
Valladares García, Pilar	IES Laxeiro de Lalín
Vázquez Fernández, M ^a Inmaculada	IES Lucus Augusti de Lugo
Vázquez Teruel, María Angeles	IES Río Cabe de Monforte
Vázquez Vázquez, María Aurelia	IES Nosa Sañora dos Ollos Grandes
Vázquez Vázquez, María Teresa	IES Lamas das Quendas de Chantada e IES Val do Asma de Chantada
Vila Bravo, Elvira	IES de Meira
Villasante Pereiro, Luis	IES de Fonsagrada y CPI de Castroverde

Enseñanza universitaria

Vázquez Carballo, José Mario Facultade de Formación do Profesorado – USC, Campus de Lugo

Trabajando fuera del ámbito diocesano

Areán Fernández, Manuel

Bruña López, Carmen

Castiñeira Souto, M^a Isabel

Ferreiro Giadás, Ana María

Iglesias Alonso, María Esther

Lolo Abelaira, Pilar Teresa

Lorenzana Eiriz, Antonio

Pardo Prado, M^a Carmen

Rodríguez López, María Eva

Taboada Carballo, María Flor

Astorga

Santiago de Compostela

Mondoñedo-Ferrol

Mondoñedo-Ferrol

Ourense

Mondoñedo-Ferrol

Mondoñedo-Ferrol

Mondoñedo-Ferrol

Ourense

Mondoñedo-Ferrol

AXENDA DO BISPO

Outubro

Día 1. Celebra Confirmacións na Igrexa Parroquial de Escairón.

Día 2. Desprázase ata Barcelona para presidir a Eucaristía e a Procesión en honor a San Froilán, organizada pola Federación de Entidades Galegas de Cataluña.

Día 3. Participa na Solemne Apertura de Curso da Universidade San Dámaso en Madrid.

Día 4. Pola mañá recibe en audiencia a varios sacerdotes, despacha asuntos de Curia e celebra a Santa Misa as Irmás Franciscanas do Rabaño de María, Obra Social "Si a Vida", con motivo da celebración do seu 25 aniversario de presenza en Lugo. Pola tarde preside a Celebración da Eucaristía no Convento de San Francisco de Lugo con motivo da festividade de San Francisco de Asís.

Día 5. Preside a Eucaristía na S. I. Catedral Basílica de Lugo con motivo da Solemnidade de San Froilán.

Día 6. Pola mañá asiste a Reunión de Provincia Eclesiástica en Santiago de Compostela. Pola tarde recibe en Audiencia a varios sacerdotes e despacha asuntos de Curia.

Día 7. Pola mañá recibe en audiencia a varios sacerdotes e despacha asuntos de Goberno Pastoral. Pola tarde despacha Asuntos de Goberno da Diocese e celebra Confirmacións na Parroquia de Nosa Señora do Rosario en Sarria.

Día 8. Celebra Confirmacións na Parroquia de San Cristovo de Borraxeiros en Agolada.

Día 9. Acompaña a Rvdo. Sr. D. Manuel Val Varela na súa despedida de varias parroquias e preside a Eucaristía na Parroquia de Santa María de Folgoso do Courel.

Día 10. Pola mañá despacha asuntos de Curia e de Goberno Pastoral, pola tarde despacha asuntos de Goberno da Diocese.

Día 11. Pola mañá despacha asuntos de Curia e de Goberno

recibe Audiencias. Pola tarde despacha asuntos de goberno da Diocese e participa, no Seminario Diocesano, na Mesa redonda organizada con motivo do 30º aniversario da *Laborem Exercens*.

Día 29. Celebra Confirmacións na Parroquia de Santa María de Corvelle (Sarria).

Novembro

Día 1. Tódolos Santos

Día 2. Defuntos. Pola tarde preside a Santa Misa no Cemiterio de San Froilán en Lugo.

Día 3. Pola mañá despacha asuntos de Curia, de Goberno Pastoral e recibe Audiencias. Pola tarde despacha asuntos de goberno da Diocese, celebra misa as Irmás da Compañía da Cruz de Sevilla, con motivo do Triduo de Santa Ángela de la Cruz e asiste a reunión do Centro Eucarístico Lucense.

Día 4. Pola mañá asiste a reunión da Comisión Permanente do Consello Presbiteral e recibe en Audiencia a varios sacerdotes e laicos. Pola tarde recibe Audiencias e despacha asuntos de Goberno da Diocese.

Día 5. Pola mañá preside o acto de inauguración das Xornadas da Familia organizada pola CONCAPA en Lugo. Pola tarde visita a varios sacerdotes enfermos.

Día 6. Pola mañá preside a Eucaristía na parroquia de Santiago A Nova de Lugo, con motivo da clausura das Xornadas da Familia. Pola tarde visita a sacerdotes enfermos.

Día 8. Pola mañá despacha asuntos de Curia e de Goberno Pastoral e recibe en Audiencia a varios sacerdotes. Pola tarde despacha asuntos de goberno da Diocese e asiste a reunión do Centro Eucarístico Lucense.

Día 9. Pola mañá despacha asuntos de Curia e recibe en Audiencia a varios sacerdotes. Pola tarde despacha asuntos de Goberno da Diocese.

Día 10. Pola mañá despacha asuntos de Curia, de Goberno Pastoral e recibe en Audiencia a varios sacerdotes. Pola tarde preside na Igrexa de Moalde o Funeral de Enterro do Sacerdote, M. I. Sr. D. Benito Otero

Conde, Coengo da S.I. Catedral Basílica de Lugo.

Día 11. Pola mañá recibe en Audiencia a varios sacerdotes e despacha asuntos de Curia. Pola tarde asiste ao encontro cos responsables das Comunidades Relixiosas da Diocese con motivo da presentación da Programación Pastoral do curso 2011-2012.

Día 12. Visita a varios sacerdotes da zona de Ferreira de Pantón e celebra Eucaristía as Irmás Bernardas Cistercienses no Mosteiro do Salvador.

Día 13. Desprázase ata o Estadio Ángel Carro, para presenciar un encontro do Club Deportivo Lugo. Pola tarde preside a Eucaristía na S.I. Catedral Basílica de Lugo.

Día 14. Pola mañá despacha asuntos de Goberno Pastoral e de Curia. Pola tarde asiste a reunión de Consello Episcopal.

Día 15. Pola mañá despacha asuntos de Curia e de Goberno Pastoral e recibe en audiencia a varios sacerdotes. Pola mañá despacha asuntos de goberno da Diocese, asiste a un encontro cos responsables dos Movementos Seglares da Diocese con motivo da presentación da Programación Pastoral do curso 2011-2012 e asiste a reunión do Centro Eucarístico Lucense.

Día 16. Pola mañá recibe Audiencias e despacha asuntos de Curia. Pola tarde participa na reunión do Consello de Cáritas Diocesana e celebra un encontro no Seminario Diocesano.

Día 17. Pola mañá asiste na Casa Diocesana a reunión do Consello de Arciprestes. Pola tarde despacha asuntos de Goberno Pastoral.

Día 18. Pola mañá despacha asuntos de Curia e recibe Audiencias. Pola tarde despacha asuntos de Goberno da Diocese e preside a Eucaristía na Parroquia de San Pedro de Lugo, con motivo da Misa de Acción de Gracias pola Canonización de Bonifacia Rodríguez de Castro, Fundadora das Servas de San Xosé.

Día 19. Celebra Confirmacións nas parroquias de San Martiño de Asperelo e Santa Baia de Camba en Rodeiro.

Día 20-26. Desprázase até Madrid para participar na reunión da Asemblea Plenaria da Conferencia Episcopal.

Día 27. Preside a Eucaristía na Parroquia de A Milagrosa de Lugo, con motivo da festividade da súa patroa a Virxe Milagrosa.

Día 28. Pola mañá recibe Audiencias e despacha asuntos de Curia. Pola tarde asiste a reunión do Ilmo. Cabido da S.I. Catedral Basílica de Lugo e asiste a presentación do novo número da Revista Lucensia na

Pastoral, pola tarde despacha asuntos de Goberno da Diocese.

Día 12. Participa nos actos de celebración da Festividade da Santísima Virxe do Pilar, patroa da Garda Civil.

Día 13. Pola mañá recibe en Audiencia a varios sacerdotes e despacha asuntos de Goberno Pastoral. Pola tarde asiste a reunión de Consello Episcopal.

Día 14. Pola mañá despacha asuntos de Curia. Pola tarde despacha asuntos de Goberno da Diocese e preside a Eucaristía na S.I.Catedral Basílica de Lugo con motivo da Inauguración do Curso Pastoral.

Día 15. Pola mañá celebra Confirmacións na Parroquia de San Pedro de Arcos. Pola tarde preside os actos de inauguración do Sanatorio da Nosa Señora dos Ollos Grandes de Lugo.

Día 16. Pola mañá preside a Eucaristía na Parroquia de San Miguel de Orbazai con motivo da homenaxe ao M. I. Sr. D. Manuel Blanco Cortizo, organizada polos seus feligreses. Pola tarde visita a varios sacerdotes enfermos.

Día 17. Pola mañá recibe Audiencias e visita a varios sacerdotes enfermos. Pola tarde despacha asuntos de Goberno da Diocese.

Día 18. Pola mañá recibe en Audiencia a varios sacerdotes e despacha asuntos de Goberno Pastoral. Pola tarde recibe Audiencias e asiste a reunión do Centro Eucarístico Lucense.

Día 19. Pola mañá recibe Audiencias. Pola tarde asiste a reunión de Consello Episcopal.

Día 20. Preside os actos de Clausura con motivo da celebración do 25º aniversario da Hospitalidade de Lourdes.

Día 21. Pola mañá despacha asuntos de Goberno Pastoral e recibe en Audiencia a varios sacerdotes. Pola tarde despacha asuntos de Goberno da Diocese.

Día 22. Desprázase ata Santiago de Compostela para impartir a conferencia: "Entender a JMJ en clave eclesiolóxica" con motivo do encontro interdiocesano de Pastoral Xuvenil de Galicia.

Día 23-26. Visita Pastoral a Parroquia de San Antonio de Lugo.

Día 27. Pola mañá recibe Audiencias, despacha asuntos de Goberno Pastoral e participa no retiro do arcepresbitero de Lugo. Pola tarde e asiste a reunión de Delegados de Pastoral Sanitaria de Galicia.

Día 28. Pola mañá despacha asuntos de Curia, de goberno Pastoral e

Fundación Caixa Galicia..

Día 29. Pola mañá preside en Silleda o Encontro Diocesano ao Inicio do Ano Litúrxico, pola tarde celebra Eucaristía no Santuario Mariano de O Corpiño dentro dos actos organizados polo Equipo da Delegación de Liturxia e asiste a reunión do Centro Eucarístico Lucense.

Día 30. Pola mañá recibe en Audiencia a varios sacerdotes, despacha asuntos de Goberno Pastoral e participa no encontro dos sacerdotes responsables dos Santuarios Diocesanos. Pola tarde asiste a reunión de Consello Episcopal.

Decembro

Día 1-3. I Encontro Eucarístico Lucense.

Día 7. Pola mañá despacha asuntos de Goberno Pastoral e recibe Audiencias. Pola tarde asiste a reunión do Centro Eucarístico Lucense, grava unha intervención para o programa diocesano de radio na COPE e preside a celebración de Vixilia da Inmaculada na S.I. Catedral Basílica de Lugo.

Día 8. Preside na S.I. Catedral Basílica de Lugo a Santa Misa con motivo da Solemnidade da Inmaculada Concepción.

Día 9. Pola mañá asiste na Casa Diocesana a reunión do Consello Presbiteral. Pola tarde despacha asuntos de Goberno da Diocese.

Día 10. Celebra Confirmacións na Parroquia de San Pedro de Sindrán.

Día 11. Celebra Confirmacións na Parroquia de San Francisco Javier en Lugo.

Día 12. Pola mañá despacha asuntos de Curia e de Goberno Pastoral. Pola tarde despacha asuntos de Goberno da Diocese e celebra na Igrexa de Santiago A Nova, a Santa Misa con motivo da Novena da Nosa Señora da Esperanza.

Día 14. Pola mañá a primeira hora recibe Audiencias, posteriormente participa na Reunión-Encontro cos sacerdotes do Camiño, que organiza a Delegación de Santuarios e Peregrinacións no Seminario Diocesano. Pola tarde despacha asuntos de Goberno da Diocese e asiste a presentación da Tese Doutoral, "La Teología Litúrgica de Tertuliano. Continuidad y conflicto con la tradición precedente", do

Rvdo. Sr. D. Jesús Manuel Santiago Vázquez, no Salón de Actos do Seminario Diocesano.

Día 15. Pola mañá asiste recibe en Audiencia a varios sacerdotes e laicos e asiste a reunión cos Delegados Diocesanos de Medios de Galicia. Pola tarde recibe en Audiencia a varios sacerdotes e despacha asuntos de goberno da Diocese.

Día 16. Pola mañá recibe en Audiencia a varios sacerdotes e laicos, despacha asuntos de Curia. Pola tarde despacha asuntos de goberno da Diocese e realiza unha visita aos enfermos e ao persoal do Hospital Polusa.

Día 17. Pola mañá asiste en Santiago de Compostela a reunión da Provincia Eclesiástica e Fundación Monte do Gozo. Pola tarde pronuncia o Pregón de Nadal na Aula Sociocultural de Novacaixagalicia, organizado pola Asociación de Belenistas de Lugo

Día 18. Visita aos internos e ao persoal da Residencia Carlos IV.

Día 19. Pola mañá despacha asuntos de Curia e de Goberno Pastoral. Pola tarde despacha asuntos de Goberno da Diocese.

Día 20. Pola mañá despacha asuntos de Curia e recibe en Audiencia a varios sacerdotes. Pola tarde despacha asuntos de goberno da Diocese, recibe en Audiencia aos responsables do movemento diocesano de Cursillos de Cristiandade e preside na Capela do Seminario Diocesano, a celebración do Rito de Admisión as sagradas ordes de D. Alberto Riádigos García e D. Daniel Gil González.

Día 21. Pola mañá a primeira hora recibe Audiencias e posteriormente visita aos internos e ao persoal da Residencia de San Xosé de As Gándaras. Pola tarde despacha asuntos de Goberno Pastoral, grava unha felicitación de Nadal para emitir en TVPopular e preside a reunión da Xunta de Confrarías de Semana Santa.

Día 22. Pola mañá despacha asuntos de Curia e recibe Audiencias e visita aos traballadores na Sede de Cope en Lugo. Pola tarde recibe Audiencias, despacha asuntos de Goberno da Diocese e preside a celebración do Xoves Eucarístico e a posterior bendición do Nacemento da S.I. Catedral Basílica de Lugo.

Día 23. Pola mañá asiste a celebración do Nadal cos membros da Curia e o Ilmo. Cabido da S.I. Catedral Basílica de Lugo. Pola tarde despacha asuntos de Goberno da Diocese

Día 24. Preside a Misa do Galo na S.I. Catedral Basílica de Lugo.

Día 25. Preside a Santa Misa de Nadal na S.I. Catedral Basílica de Lugo.

Día 27. Pola mañá despacha asuntos de Goberno Pastoral. Pola tarde asiste a reunión da Comisión de Asuntos Económicos.

Día 28. Pola mañá asiste a Xornada de Formación para sacerdotes, relixiosos e laicos sobre a "Pastoral da Familia", organizada polo Equipo de Formación Permanente, no salón de actos do Seminario Diocesano. Pola tarde despacha asuntos de Goberno da Diocese.

Día 29. Pola mañá recibe Audiencias e despacha asuntos de Goberno de Curia. Pola tarde preside o Funeral de Enterro do sacerdote Rvdo. D. José García González.

Día 30. Visita varias parroquias da zona de O Courel.

NOTICIAS

25 anos de “Sí a la vida”

O día 4 de outubro a Comunidade das *Irmás Terciarias Franciscanas do Rabaño de María* celebrou os 25 anos da Obra Social “Sí a la vida” cunha Eucaristía presidida polo Sr. Bispo e concelebrada por varios sacerdotes. Houbo tamén unha comida fraterna con traballadores, amigos e voluntarios desta Obra.

Como dixo a Superiora Xeral na monición da Eucaristía, o 14 de abril de 1986 as Franciscanas dirixiron unha carta á cidade de Lugo presentando o comezo desta Obra, dando así resposta a unha necesidade da Igrexa e á chamada dos bispos españois no seu documento sobre “A vida e o aborto”. O entón bispo Fr. Xosé Gómez González presentou ós diocesanos esta iniciativa das Irmás Terciarias Franciscanas do Rabaño de María, ó mesmo tempo que lles expresaba ás relixiosas o seu recoñecemento e gratitude.

O 20 de abril do mesmo ano 1986 tiña lugar a inauguración e bendición das instalacións do terceiro andar do número 22 da rúa Armando Durán da cidade de Lugo, dando así comezo a unha dura, delidada e gratificante misión de apoiar e defender a vida antes e despois de nacer.

O Instituto das Irmás Terciarias Franciscanas do Rabaño de María apostou por esta Obra Social de “Si á vida” e decidiuse á construción dunha nova casa con maiores instalacións. Casa que se encontra na rúa Mestre Soutullo da cidade de Lugo.

O señor Bispo, D. Alfonso Carrasco Rouco, na celebración da Eucaristía, expresoulles ás relixiosas o seu agradecemento e felicitación.

Falecemento nas MM. Salesas

Ós 104 anos de idade e 67 de profesión relixiosa faleceu no mosteiro das MM. Salesas a irmá María Luísa del Río Rey Stolle. Era natural de

Santiago de Compostela e pertencía a unha familia profundamente cristiá onde floreceran outros dous irmáns da Orde dos Cartuxos e unha irmá tamén salesa.

Despois de pertencer á Congregación das Fillas de María e cursar a carreira de Maxisterio, chamou ás portas do Mosteiro da Visitación, ingresando no noviciado ós 38 anos de idade. Fixo a súa primeira profesión relixiosa un ano despois, no ano 1944.

Foi un alma contemplativa cunha profunda devoción eucarística e cun gran espírito de servizo e unha grande sensibilidade ante os problemas dos demais.

O seu funeral foi moi concorrido tanto por parte do pobo como por parte do clero, que concelebrou co Vicario para os Institutos de Vida Consagrada. Familiares e clero, xunto coa Comunidade salesa, acompañaron o féretro ata o cemiterio do mosteiro, onde foi sepultada.

Eucaristía de inicio do curso pastoral da Diocese

O 14 de outubro, o Bispo de Lugo, Mons. Alfonso Carrasco Rouco, presidiu a Eucaristía de inicio do curso pastoral da Diocese na Catedral ás 20 h, á que asistiron os vigairos, delegados diocesanos e todos aqueles que teñen algún tipo de responsabilidade na pastoral da Diocese.

Este ano o tema principal sobre o que se incidirá en todas as actividades é "A familia, lugar de evanxelización".

No caderno onde se publica o programa pastoral para este curso, o Bispo de Lugo, Mons. Alfonso Carrasco Rouco, lémbra-nos que a "tarefa evanxelizadora, inherente ao ser da Igrexa, leva á preocupación polas persoas e polas realidades máis importantes que afectan ao seu ser, como son todas as relacionadas coa familia: o matrimonio, a vida, a educación dos fillos... e achegar a necesaria luz da fe respecto da dignidade da persoa, o matrimonio e a familia.

Ante a actual situación na que, evidentemente, tamén se dan realidades moi positivas e esperanzadoras, cremos urxente priorizar a pastoral familiar na nosa Diocese durante os próximos anos. Trátase de axudar a restaurar o valor do matrimonio e da familia, verdadeira "Igrexa doméstica", e "familiarizar" as estruturas pastorais da nosa

Igrexa. Non é outra cousa que patentizar a imaxe da Igrexa como familia. E isto buscando o modo como a Igrexa pode mostrar a Boa Noticia de Xesús ás familias, ser fonte de vida para as familias, e, á súa vez, como as familias cristiás poden chegar a ser protagonistas da evanxelización da Igrexa”.

Clausura das Vodas de Prata da Hospitalidade Diocesana de Lourdes

Con motivo de celebrarse neste ano as Vodas de Prata (1986 - 2011) da Hospitalidade Diocesana de Nosa Señora de Lourdes de Lugo, viñéronse desenvolvendo unha serie de actividades de carácter extraordinario que tiveron como colofón, o Acto de Clausura do día 20 de outubro de 2011.

Houbo unha conferencia de don Manuel Sánchez Monge, Bispo de Mondoñedo: A Virxe e a Eucaristía. A continuación, Misa na Igrexa da Nova, presidida polo Sr. Bispo D. Alfonso Carrasco e concelebrada por todos os sacerdotes participantes, peregrinos de Lourdes. E tras unha comida de fraternidade, fíxose unha representación teatral e unha sesión de ilusionismo.

DOMUND 2011: “Así vos envío eu”

No mes de outubro, o misioneiro comboniano, Padre Damián Bruyel, que estivo no Salvador, Guatemala, Costa Rica e Méjico, percorreu os colexios e institutos da Diocese contando a súa experiencia.

O día 21 a Parroquia de San Froilán acolleu a celebración da Vixilia da Luz, celebración de oración ao redor das misións. E o domingo, día 23, lembrouse ás misións nas Eucaristías.

Canonización da fundadora das Xosefinas

O día 23 de outubro tivo lugar en Roma a canonización da M. Bonifacia Rodríguez de Castro, fundadora das Servas de S. Xosé. Con tal motivo desplazouse a Roma, para asistir a dito acto unha representación da Comunidade e Colexio de Lugo.

A M. Bonifacia naceu en Salamanca o 6 de xuño de 1837. Fundou, xunto co xesuíta o P. Butiñá, a Congregación en 1874. As súas Casas chamábanse “Talleres de Nazaret”, e nelas aco-llíase a xoves e mulleres traballadoras para preparalas para a vida, ensinándolles un oficio.

Hoxe as Servas de S. Xosé contan con máis de cen comunidades distribuídas por Europa, América, África e Asia. Na nosa diocese existen dúas comunidades na capital e outra en Monforte de Lemos, dedicadas á ensinanza e outras actividades pastorais.

Con motivo da canonización da Madre Fundadora, na cidade de Lugo tiveron lugar varios actos, entre os que destacamos a presentación do libro “Once miradas de una mujer trabajadora”, unha vixilia de oración na parroquia de A Nova e unha Misa de acción de grazas na parroquia de S. Pedro de Lugo o día 18 de novembro, cun templo abarrotado de fieis. Esta misa foi presidida polo bispo da Diocese, D. Alfonso Carrasco Rouco, e concelebrada por un bo número de sacerdotes.

A Diocese felicita, con tal motivo, ás Servas de S. Xosé e agradece o labor que están realizando nela.

Encontro do bispo cos Superiores relixiosos

O día 11 de novembro tivo lugar no Pazo Episcopal un encontro do señor Bispo cos Superiores e Superiores dos distintos Institutos de Vida Consagrada afincados na Diocese.

Esta reunión, á que asistiron tamén o Vicario de Coordinación Pastoral, o Vicario para os Institutos de Vida Consagrada e o Delegado de Pastoral Familiar, serviu para dar a coñecer a programación pastoral para o presente curso.

Neste curso pastoral preténdese dar unha atención especial á pastoral familiar, e os distintos representantes dos Institutos Relixiosos puxeron de relevo o labor que están levando a cabo neste campo e o que podían aportar a este obxectivo.

O señor Bispo agradeceulle a súa aportación e animounos a colaborar na consecución dos obxetivos propostos na programación pastoral para este curso pastoral.

Falecemento dunha “Obrera de Jesús”

O día 16 de novembro tivo lugar en Monterroso o funeral pola irmá Elena Prieto Rodríguez, pertencente á Pía Unión “Obreras de Jesús”.

A irmá Elena nacera en Cuba en 1909; tiña, polo tanto, 102 anos. Á volta de Cuba, residiu en Monforte de Lemos. Debido a unha grave enfermidade, quedou cega ós 26 anos.

Ingresou nas “Obreras de Jesús” no ano 1955, sendo o seu primeiro destino a casa de Ferreirúa, na Pobra do Brollón. Logo pasaría á casa de Monterroso, onde viviu a maior parte do tempo.

A pesares da súa discapacidade visual, colaboraba eficazmente nos labores da casa. Distinguiuse pola súa gran devoción eucarística e mariana.

O pobo de Monterroso abarrotou a igrexa parroquial no día do funeral, que presidiu o Vicario para os Institutos de Vida Consagrada, concelebrando varios sacerdotes.

I Encontro Eucarístico Lucense: Pensar, Dicir, Adorar unha Presenza

O día 29 de novembro, celebrouse en Silleda o Encontro Diocesano de Inicio do Ano Litúrxico e nos días 1, 2 e 3 de decembro o I Encontro Eucarístico Lucense.

A través de conferencias, celebracións relixiosas, concertos e exposicións deuse a coñecer a abundante reflexión do Maxisterio sobre a Eucaristía, ofreceuse un punto de referencia na reflexión teolóxica e promovéronse actos culturais relacionados co culto e a fe eucarística a través da música, a imaxinaría ou a ourivaría.

Presentación

José Antonio Ferreiro, presentou o Centro Eucarístico Lucense comezando por referirse ás palabras que o sacerdote pronuncia despois da pregaría eucarística na misa: “Este é o Misterio de fe”. Con elas proclámase o misterio da conversión do pan e viño no corpo e o sangue do Señor, unha realidade que supera toda comprensión

humana. A Eucaristía é un encontro pleno con Xesucristo; é o compendio e a suma da nosa fe.

Continuou facendo referencia ao que a Eucaristía e a exposición permanente do Santísimo Sacramento representan para Lugo e para Galicia: “A cidade de Lugo e a nosa Diocese son chamadas *Cidade e Diocese do Sacramento*. A imaxe do Santísimo acompáñanos constantemente: nos escudos da cidade están o cáliz e a sagrada forma. Esa fe eucarística está expresada e adorada na inmemorial tradición da adoración eucarística na nosa catedral. Da importancia do culto eucarístico para Lugo e para o resto de Galicia tamén nos fala a Ofrenda de Galicia ao Santísimo. Así mesmo o escudo da nosa Comunidade autónoma está presidido polo cáliz e a patena”.

O Maxisterio da Igrexa insiste na necesidade de dar vitalidade á Eucaristía como reforzo da fe en xeral. A creación do Centro Eucarístico Lucense recolle esta necesidade e o sinal que a devoción eucarística ten na nosa Diocese: “A revitalización da fe cristiá pasa pola revitalización da importancia da Eucaristía. A Igrexa insistiu neste último decenio na necesidade de recuperar unha vigorosa fe eucarística para a revitalización máis xeral da fe e a vida cristiá. Con esta finalidade, o noso Bispo, Mons. Alfonso Carrasco Rouco creou o Centro Eucarístico Lucense. Unha institución diocesana destinada á reflexión e promoción da Eucaristía. Trátase dunha iniciativa quere continuar, nos nosos días, aquel labor realizado polo Centro Eucarístico Diocesano creado por Frei Gregorio María Aguirre”.

Relatorios

O Bispo de Ratisbona, Gerhard Ludwig Müller foi o encargado de abrir o I Encontro Eucarístico Lucense cun relatorio sobre “O culto conforme ao Logos divino”.

Ao longo do día día 2 de decembro sucedéronse distintas intervencións de teólogos de recoñecido prestixio, no salón de actos da Deputación de Lugo. Así, o Decano da Facultade de Teoloxía do Norte de España, Francisco Pérez Ferreiro, falou sobre a “Presenza e Memorial: revisitando o Novo Testamento”

O Profesor da Univ. Eclesiástica San Dámaso, Manuel Aroztegui

Esnaola, impartiu unha conferencia titulada: “A carne de Cristo: a fe eucarística como expresión da fe cristolóxica no I Milenio”.

O profesor da Universidade Pontificia de Comillas, Lino Emilio Díez Valladares, fixo unha exposición sobre o “Culto eucarístico fóra da misa: tradición e actualidade”.

O Director do Secretariado de Liturxia da Conferencia Episcopal Española, Juan M^a Canals Casas, lembrou a realización dos Congresos Eucarísticos ao servizo da fe cristiá.

O segundo día do Encontro Eucarístico rematou cun concerto na igrexa de San Pedro. O coro de música antiga E ULTREIA e os MENESTREIS DE 1500 interpretaron unha selección de pezas pertencentes ao Codex Calixtinus (S. XII), ao Libro V de Polifonía da Catedral de Santiago de Compostela (s. XVI), así como diversas pezas gregorianas e polifónicas eucarísticas e marianas.

Na última xornada (3 de decembro), tras unha Eucaristía na Catedral, presentouse unha comunicación: “Arte e Eucaristía”, por D. César Carnero, Delegado Diocesano de Patrimonio. E finalmente, D^a Carolina Casal Chico encargouse da primeira visita guiada á exposición “HOC HIC MYSTERIUM”. O esplendor da Presenza.

Exposición HOC HIC MYSTERIUM. O esplendor da presenza

O 3 de decembro, na capela do Pilar da Catedral de Lugo, inaugurouse a exposición *HOC HIC MYSTERIUM*. O esplendor da Presenza

A mostra convida a unha viaxe a través dun conxunto de obras artísticas ao servizo do culto ao Santísimo Sacramento. Recupéranse pezas de singular importancia artística, entre elas destaca a custodia de Sáenz de Buruaga. Esta peza loce habitualmente no baldaquino da capela maior deste templo, lugar do que non se retirou desde 1860 e ao que regresará unha vez que finalicen as obras de restauración. Trátase dunha oportunidade única para poder observar esta obra de especial importancia a unha altura que permita examinar pormenorizadamente os detalles desta peza de incalculable valor artístico.

Entre as 25 obras obxecto da mostra - téxtiles de uso litúrxico e ourivaría- están, ademais, unha cruz reliquia con crucifixo de Juan

de Bolonia ou o cáliz con sobrecopa doado á catedral polo Bispo Vaamonde.

A exposición conta co patrocinio da Deputación de Lugo. Está aberta ao público durante tres meses, en horario de 10 a 13.30h e de 16 a 19.30h (excepto domingos pola tarde e luns durante todo o día).

Esta exposición culminou as actividades programadas polo I Encontro Eucarístico Lucense.

Presentación da tese de doutoramento de Jesús Manuel Santiago Vázquez

No Salón de Actos do Seminario de Lugo o 14 de decembro presentouse a tese de doutoramento de Jesús Manuel Santiago Vázquez: *A Teoloxía Litúrxica de Tertuliano. Continuidade e conflito coa tradición precedente*.

Houbo unha mesa redonda na que interviñeron:

- Daniel García García (Reitor do Seminario de Lugo e profesor do Instituto Teolóxico Lucense)
- Patricio de Navascués Benloch (Decano da Facultade de Literatura Cristiá e Clásica San Justino, profesor da Universidade San Dámaso de Madrid e director da tese)
- Jesús Manuel Santiago (profesor do Instituto Teolóxico Lucense e autor da tese) e o
- Excmo. e Rvdmo. Dr. D. Alfonso Carrasco Rouco (Bispo de Lugo)

Asemblea de Nadal do profesorado de Relixión

O 17 de decembro tivo lugar a Asemblea de Nadal do profesorado de Relixión da Diocese no Gran Hotel de Lugo. Participaron arredor dun centenar de profesores, que reflexionaron sobre o tema "Didáctica da Biblia no Ensino Relixioso Escolar". A conferenciante foi a profesora Isabel Izquierdo, doutora en Sagrada Escritura.

No transcurso do acto recibiron unha homenaxe dos seus compañeiros os seguintes profesores, con motivo da súa xubilación: Manuel Fernández Fernández e Manuel Belón Rodríguez.

Admisión a Ordes Sagradas

O día 20, na capela do Seminario Maior, recibiron o rito de admisión ás ordes sagradas Daniel Gil González e Alberto Riádigos García. A Eucaristía estivo presidida polo Sr. Bispo.

Ambos son seminaristas de 6º de Estudos Eclesiásticos. Daniel, é natural da parroquia de Bendoiro (Concello de Lalín) e Alberto da parroquia da nosa Señora das Dores de Lalín.

NECROLÓXICAS

JUAN BAUTISTA ALONSO CASTRO

Naceu na parroquia de San Xoán de Toiriz, Concello de Vila de Cruces (Pontevedra) o 12 de nadal de 1926. Despois dos cursos institucionais no Seminario Conciliar de Lugo será ordenado sacerdote o 17 de maio de 1953 polo Bispo de Lugo, Dr. D. Rafael Balanzá y Navarro.

No mes de decembro será nomeado Ecónomo de San Xusto de Quindós e Encargado de Santalla de Ambasvías, no Concello de Cervantes, e catro anos máis tarde (1957) de San Tomé de Broza, no Sabiñao. Foi representante do clero da zona no II Consello Presbiteral Diocesano e Vicaricipreste ata o seu traslado como Ecónomo de Santiago de Cercio (1971) e encargado de San Xoán de Toiriz (1983), nos concellos de Lalín e de Vila de Cruces respectivamente.

Cando se veu mermado de forzas pasou a estar atendido pola súa familia de sangue sen poder ocuparse das tarefas pastorais. Faleceu o día 30 de setembro e o funeral de enterro, presidido polo Sr. Vicario de Pastoral, tivo lugar o 2 de outubro na parroquia de Toiriz, onde tamén descansan os seus restos mortais.

BENITO OTERO CONDE

No seo dunha familia numerosa e de fondas raíces cristiás da parroquia de San Mamede de Moalde (Silleda) naceu o 13 de outubro do ano 1920. De rapaz, incorporouse ao Seminario, sendo ordenado sacerdote polo Bispo titular da Diocese Dr. D. Rafael Balanzá y Navarro o 29 de xuño de 1948. Aínda que nos primeiros anos de presbítero acadou o título de Profesor de Maxisterio, a súa dedicación foi sempre sacerdotal e, por máis de medio século, a S.I.Catedral Basílica de Lugo foi centro da súa actividade ministerial. Primeiro como Capelán (tarefa que compartiu con pequenos traballos na parroquia de Santiago A Nova), despois como salmista (1950) e Beneficiado Tenor primeiro

(1965). En 1993 Frei José Gómez nomearíaio Coengo.

Foi capaz de combinar o seu traballo na Catedral con moitas outras tarefas que lle eran confiadas: exerceu un tempo de Capelán da Sección Feminina, e, ata que chegou a idade da xubilación, Capelán das Misioneiras do Divino Mestre (1950), profesor de Música no Seminario Diocesano (1967), profesor de Relixión no *Instituto Mixto de EM "Xoán Montes"* (1973), amén doutros cargos. En todas as súas posicións era ben coñecido como responsable, cumpridor dos seus deberes e pola atención prestada ás necesidades alleas.

Como compañeiro e amigo, deixa lembranzas de ser home serio, traballador, próximo a quen o trataba con independencia da condición social que estes tivesen, exemplar en moitas facetas da súa vida. Cos alumnos e profesores sempre se caracterizou pola súa lealtade. Aproveitou os seus moitos talentos e boas calidades, poñéndoas xenerosamente ao servizo dos demais. A súa caridade e disposicións de servizo eran probadas non só polos necesitados que acudían a el para recibir despois unha axuda material xenerosa senón tamén por tantos outros que buscaban un consello ou gozaban da súa amizade. O funeral tivo lugar o día 10, na parroquia natal de Moalde onde tamén repousan os seus restos mortais. Estivo presidido polo Sr. Bispo, contando tamén coa asistencia de compañeiros e fieis en xeral deixando patente o agarimo e gratitude que a el e á súa familia lle profesan amigos e coñecidos. Descanse na paz do Señor.

JOSE GARCIA GONZALEZ

A piques de rematar o 2011 faleceu no domicilio familiar de Santiago de Méixome cinco días despois de cumprir os oitenta e seis anos. Fixera os estudos institucionais no Seminario de Lugo chegando a ser ordenado Presbítero o 16 de abril de 1950 polo entón Bispo da Diocese Dr. D. Rafael Balanzá y Navarro.

Nese mesmo ano recibiu o encargo de atender pastoralmente a parroquia de Santa María de Merza e no mes de maio do ano seguinte (1951) foi trasladado a Santa Eulalia de Ambasvías e San Xusto de Quindós no arciprestado de Ferreiros de Balboa. En outubro foi

nomeado Ecónomo de Santa Cruz de Picato (Neira de Xusá) onde permaneceu quince anos desempeñando tamén a función de Teniente arcipreste e Arcipreste de Picato na década dos sesenta. En agosto de 1966 pasa a ser Vicario parroquial de Santiago de Sello e, catro anos despois, Ecónomo da mesma e Encargado de Santa María de Bermés. A partires de febreiro de 1994 será tamén Administrador parroquial de Santa María de Bermés e San Andrés de Vale. Nos dous últimos anos tivo serios problemas de saúde, tendo que ser hospitalizado en varias ocasións.

Era un sacerdote sinxelo, prudente, moi querido polos fregueses e sempre disposto para atendelos na confesión, dirección espiritual e cando o requerían por algún motivo. Ao funeral, que tivo lugar en Méixome o día 29, acudiron moitos fieis e un bo número de compañeiros sacerdotes que concelebraron presididos polo Sr. Bispo. Os seus restos mortais foron depositados no panteón familiar.

DECRETO DE FUNDACIÓN DEL LEC (Lucense Eucharisticum Centrum)

NOS, DR. D. ALFONSO CARRASCO ROUCO,
por la gracia de Dios y de la S.S. Obispo de Lugo

considerando la necesidad de potenciar la fe en el misterio eucarístico para la revitalización de toda la vida cristiana y buscando, por ello, promover, enaltecer y dignificar la fe y el culto eucarístico; una vez, vistos los cánones 113 a 123, 298 a 320, complementarios del Código de Derecho Canónico,

por las presentes:

1. *Erigo el "Centro Eucarístico Lucense" (Lucense Eucharisticum Centrum)* con sede en Lugo, plaza de Santa María nº 1.
2. *Apruebo los Estatutos* por los que se registró el Centro y que contextualmente publicamos con el presente decreto.
3. *Reconozco la Personalidad Jurídica Pública*, que esta erección lleva consigo.

Consérvese un ejemplar de todos los instrumentos jurídicos mencionados así como también del presente Decreto en nuestra Curia y otro en el Archivo del Centro.

Dado en Lugo, a 8 de noviembre de 2011



Queridos hermanos,
una vez sentadas las bases de la reorganización eucarística en España, asumidas por el Primer Congreso Eucarístico Español con sede en Valencia (1893), el entonces Obispo de Lugo, Excmo. Sr. Fray Gregorio María Aguirre, constituyó el "Centro Eucarístico Diocesano" para afianzar y dar nuevos impulsos a las asociaciones y obras eucarísticas que entonces existían en el ámbito de la Diócesis e iniciar cualquier otra que favoreciese el desarrollo de la devoción al Santísimo Sacramento de la Eucaristía. La preparación y el II Congreso Eucarístico Nacional que poco más tarde se celebraría en Lugo (1898) dio un importante espaldarazo a las iniciativas tomadas por el referido Centro, haciéndose notar a lo largo de varias décadas hasta que, de hecho, se tornó inoperante.

La actual insistencia del Magisterio de la Iglesia sobre la necesidad de potenciar la fe en el misterio eucarístico como fuerza motora para la revitalización de toda la vida cristiana, encuentra en nuestra Diócesis un eco singular por lo que tiene de significativo para toda ella el antiquísimo privilegio de la Exposición Permanente del Santísimo Sacramento en el primer templo de la Diócesis, así como por muchas otras tradiciones eucarísticas arraigadas en la vida de nuestro pueblo.

El deseo de ser fieles a la identidad más honda de nuestra Diócesis y las necesidades que plantea la situación actual de nuestras comunidades, junto con la voluntad de acoger cordialmente el Magisterio de la Iglesia, Nos hace pensar en la constitución de un nuevo "Centro Eucarístico Lucense", cuyos Estatutos ahora aprobamos. Que por intercesión de la Virgen Inmaculada, pueda servir este Centro para recoger el legado y la especificidad de la tradición lucense en un marco pluridisciplinar, promover, enaltecer y dignificar la fe y el culto eucarístico en el ámbito diocesano, dar a conocer la abundante reflexión del Magisterio de la Iglesia sobre la Eucaristía y ofrecer un punto de referencia en la reflexión teológica y la promoción de la fe eucarística por medio de publicaciones y eventos de relevancia supradiocesana.

Lugo, a 8 de noviembre de 2011

+ Alfonso Carrasco Rouco
Obispo de Lugo

LUCENSE EUCHARISTICUM CENTRUM
ESTATUTOS

**I. DENOMINACIÓN, NATURALEZA
Y DOMICILIO**

Art. 1

§ 1. El *Lucense Eucharisticum Centrum* es una institución de la diócesis de Lugo constituida para la reflexión y promoción de la fe eucarística dentro de nuestra diócesis.

§ 2. El *Centrum* posee personalidad jurídica pública, de conformidad con los cánones 114 a 116, y se rige por los presentes Estatutos y las normas del derecho canónico.

§ 3. El domicilio del *Lucense Eucharisticum Centrum* se establece en la sede del Obispado, plaza de Santa María 1, 27001 Lugo.

II. FINES

Art. 2

§ 1. El *Lucense Eucharisticum Centrum* desarrollará una tarea multidisciplinar desde los ámbitos de la reflexión teológica, pastoral, litúrgico-celebrativa y histórica-artística.

§ 2. Los fines y objetivos son:

1. Servir a la fe en Jesucristo presente en la Eucaristía, recogiendo el legado y la especificidad de la tradición lucense en una reflexión multidisciplinar sobre la eucaristía.
2. Promover, enaltecer y dignificar la fe y culto eucarísticos en la vida diocesana.
3. Dar a conocer la abundante reflexión del Magisterio sobre la Eucaristía.

4. Ofrecer un punto de referencia en la reflexión teológica y la promoción de la fe eucarística más allá de los límites de la diócesis, por medio de publicaciones y eventos de relevancia supradiocesana.
5. Promover actos culturales relacionados con el culto y la fe eucarística a través de la música, la literatura, la imaginaria o la orfebrería.

III. MIEMBROS DEL LUCENSE EUCHARISTICUM CENTRUM

Art. 3

El *Lucense Eucharisticum Centrum*, en cuanto órgano diocesano al servicio de la reflexión y promoción de la fe eucarística, estará presidido por su Pastor, el Obispo de la diócesis que cuidará que las actuaciones del *Centrum* sean congruentes con la misión de la Iglesia, canon 114.

Art. 4

§ 1. Los miembros del *Centrum* serán nombrados por el Obispo diocesano, teniendo en cuenta los distintos fines señalados y la multidisciplinaridad del trabajo propuesto, entre un mínimo de 5 y un máximo de 12.

§ 2. Además de estos miembros nombrados directamente por el Obispo podrá haber otros colaboradores, designados por el Director del *Centrum*, que podrán ser convocados a las reuniones. Estos colaboradores tendrán voz pero no voto.

Art. 5

Los acuerdos válidamente adoptados en *Lucense Eucharisticum Centrum* una vez sean aprobados por el Obispo, vincularán a las personas y entidades en él integradas.

IV. ORGANIZACIÓN Y FUNCIONAMIENTO

Art. 6

§ 1. La dirección del *Centrum* corresponde a una Junta, integrada por el Director, un Secretario, un Administrador y los demás miembros nombrados por el Obispo.

§ 2. Los miembros de la Junta son nombrados por un período de 3 años, al cabo de los cuales podrán ser renovados o sustituidos por otros, siempre por designación del Obispo diocesano.

Art. 7

§ 1. Al Director, que es nombrado por el Obispo diocesano de entre los miembros de la Junta y una vez oída ésta, corresponde:

1. Convocar las reuniones de la Junta.
2. Preparar el orden del día de cada reunión de la Junta y dirigir sus sesiones.
3. Comunicar lo acordado por la Junta al Obispo de la diócesis.
4. Coordinar el trabajo del *Centrum*, animando y guiando su actividad, procurando que se cumplimenten los acuerdos.
5. Representar legalmente al *Centrum*.
6. Cuidar la aplicación de los Estatutos.

§ 2. La Junta elegirá de entre sus miembros a un Secretario que asistirá al Director y que, además, asumirá y desempeñará las funciones propias de la Secretaría de un organismo colegiado tales como:

1. Cursar las convocatorias a las reuniones del *Centrum*.

2. Extender las actas de las sesiones del *Centrum* en la que conste los asuntos tratados y acuerdos tomados, autenticándolos con su firma.
3. Custodiar los libros, ficheros y demás documentos del archivo del *Centrum*.
4. Redactar la memoria anual con los datos que le faciliten los distintos miembros del *Centrum*.
5. Redactar, de acuerdo con el Director, el orden del día de las sesiones, que hará llegar, a su debido tiempo, a los miembros.
6. Certificar documentos del *Centrum*.
7. Preparar los materiales para las reuniones.

§ 3. El Administrador, que también será elegido por la Junta de entre sus miembros, administrará los bienes de que dispone el *Centrum*, de acuerdo con lo decidido por el mismo. Para la administración de estos bienes tendrá en cuenta las obligaciones generales para los administradores del canon 1284 y los cánones referentes a los bienes eclesiásticos del Libro V.

Art. 8

§ 1. La Junta se reunirá ordinariamente una vez al trimestre y siempre que se considere necesario a propuesta del Director o de una tercera parte de los miembros que la componen.

§ 2. Los colaboradores podrán ser convocados a las reuniones siempre que el Director considere necesaria su intervención.

§ 3. Para las elecciones, tiene valor jurídico aquello que, hallándose presente la mayoría de los que deben ser convocados, se aprueba por mayoría absoluta de los presentes; después de dos escrutinios ineficaces, la votación se hará sobre los dos candidatos que hayan obtenido

mayor número de votos o, si son más, sobre los dos de más edad; después del tercer escrutinio, si persiste el empate, queda elegido el de más edad.

§ 4. Cuando se trate de otros asuntos, es jurídicamente válido lo que, hallándose presente la mayor parte de los que deben ser convocados, se aprueba por mayoría absoluta de los presentes; si después de dos escrutinios persistiera la igualdad de votos, el Director puede resolver el empate con su voto.

§ 5. En los casos de urgencia, la citación de los miembros del *Centrum* se hará llegar a través del medio más idóneo.

V. RÉGIMEN ECONÓMICO

Art. 9

§ 1 El *Lucense Eucharisticum Centrum* obtiene los recursos económicos para las propias actividades y para el propio funcionamiento: de las contribuciones privadas y de otros entes e instituciones también públicas; de donaciones y testamentos; de rentas de bienes muebles o inmuebles recibidos en cualquier título; de fondos recibidos de colectas públicas efectuadas ocasionalmente, también mediante la venta de bienes de valor módico; de cada otra entrada e ingreso derivados del desarrollo de las propias actividades, incluyendo aquellas de naturaleza comercial.

§ 2 Todos los bienes del *Centrum* son bienes eclesiásticos a tenor del c. 1257 § 1 y sujeto, además de a las disposiciones de los presentes Estatutos, a la normativa a que se refiere el libro V del C.I.C.

VI. MODIFICACIÓN DE LOS ESTATUTOS

Art. 10

Los presentes Estatutos podrán ser modificados:

1. Por el Obispo diocesano, una vez oída la Junta.
2. A propuesta de los miembros del *Centrum*, por mayoría de dos tercios. La propuesta de modificación de los Estatutos necesitará de la aprobación del Obispo de la diócesis para su validez y entrada en vigor.

VII. DISOLUCIÓN

Art. 11

§ 1. El *Lucense Eucharisticum Centrum* sólo puede ser disuelto por el Obispo de la diócesis, bien a iniciativa propia, o a propuesta de al menos dos tercios de sus miembros.

§ 2. En caso de disolución del *Lucense Eucharisticum Centrum*, los fondos del mismo quedarán en poder de la diócesis de Lugo.



Conferencia Episcopal Española



CONFERENCIA
EPISCOPAL
ESPAÑOLA

- Cada uno deberá sopesar a quien votar buscando el mayor bien posible
- Familia cristiana, arraigada en Cristo (30-12-11)
- Cada uno deberá sopesar a quien votar buscando el mayor bien posible



CADA UNO DEBERÁ SOPESAR A QUIEN VOTAR BUSCANDO EL MAYOR BIEN POSIBLE¹

1. El próximo día 20 de noviembre estamos todos convocados a las urnas. Con este motivo, los obispos ofrecemos a los católicos y a cuantos deseen escucharnos algunas consideraciones que ayuden al ejercicio responsable del deber de votar. Es nuestra obligación de pastores de la Iglesia orientar el discernimiento moral para la justa toma de decisiones que afectan a la realización del bien común y al reconocimiento y la tutela de los derechos fundamentales, como es el caso de las elecciones generales.

2. En su discurso sobre los fundamentos del derecho, pronunciado el mes pasado ante el Parlamento federal de Alemania, el Papa recordaba que “el cristianismo nunca ha impuesto al Estado y a la sociedad un derecho revelado, un ordenamiento jurídico derivado de una revelación. Se ha referido, en cambio, a la naturaleza y a la razón como verdaderas fuentes del derecho [...], la razón abierta al lenguaje del ser”. Nosotros hacemos nuestras consideraciones desde ese horizonte de los fundamentos prepolíticos del derecho, sin entrar en opciones de partido y sin pretender imponer a nadie ningún programa político. Cada uno deberá sopesar, en conciencia, a quién debe votar para obtener, en conjunto, el mayor bien posible en este momento.

3. No se podría hablar de decisiones políticas morales o inmorales, justas o injustas, si el criterio exclusivo o determinante para su calificación fuera el del éxito electoral o el del beneficio material. Esto supondría la subordinación del derecho al poder. Las decisiones políticas deben ser morales y justas, no sólo consensuadas o eficaces; por tanto, deben fundamentarse en la razón acorde con la naturaleza del ser humano. No es cierto que las disposiciones legales sean siempre

¹ Nota de orientación moral de la Conferencia Episcopal Española ante las elecciones generales del pasado 20 de noviembre publicada el viernes, 21 de octubre, tras la reunión de dos días de la Comisión Permanente.

morales y justas por el mero hecho de que emanen de organismos políticamente legítimos.

4. En concreto, como ha señalado el Papa en agosto, aquí en Madrid, la recta razón reconoce que hemos sido creados libres y para la libertad, pero que no actúan de modo conforme con la verdadera libertad quienes “creyéndose dioses, piensan no tener necesidad de más raíces y cimientos que ellos mismos; desearían decidir por sí solos lo que es verdad o no, lo que es bueno o malo, lo justo o lo injusto; decidir quién es digno de vivir o puede ser sacrificado en aras de otras preferencias; dar a cada instante un paso al azar, sin rumbo fijo, dejándose llevar por el impulso de cada momento”.

5. Por todo ello, hemos de llamar de nuevo la atención sobre el peligro que suponen determinadas opciones legislativas que no tutelan adecuadamente el derecho fundamental a la vida de cada ser humano, desde su concepción hasta su muerte natural, o que incluso llegan a tratar como un derecho lo que en realidad constituye un atentado contra el derecho a la vida. Son también peligrosos y nocivos para el bien común ordenamientos legales que no reconocen al matrimonio en su ser propio y específico, en cuanto unión firme de un varón y una mujer ordenada al bien de los esposos y de los hijos. Es necesario promover nuevas leyes que reconozcan y tutelen mejor el derecho de todos a la vida, así como el derecho de los españoles a ser tratados por la ley específicamente como “esposo” y “esposa”, en un matrimonio estable, que no quede a disposición de la voluntad de las partes ni, menos aún, de una sola de las partes.

6. La grave crisis económica actual reclama políticas sociales y económicas responsables y promotoras de la dignidad de las personas, que propicien el trabajo para todos. Pensamos en tantas familias, carentes de los medios necesarios para subvenir a sus necesidades más básicas. Pensamos también en el altísimo porcentaje de jóvenes que nunca han podido trabajar o que han perdido el trabajo y que, con razón, demandan condiciones más favorables para su presente y su futuro. Son necesarias políticas que favorezcan la libre iniciativa social en la producción y que incentiven el trabajo bien hecho, así como una justa distribución de las rentas; que corrijan los errores y desvíos co-

metidos en la administración de la hacienda pública y en las finanzas; que atiendan a las necesidades de los más vulnerables, como son los ancianos, los enfermos y los inmigrantes.

7. El ordenamiento jurídico debe facilitar el ejercicio efectivo del derecho que asiste a los niños y jóvenes a ser educados de modo que puedan desarrollar lo más posible todas sus capacidades. Debe evitar imposiciones ideológicas del Estado que lesionen el derecho de los padres a elegir la educación filosófica, moral y religiosa que deseen para sus hijos. En cambio, ha de ser facilitada la justa iniciativa social en este campo. La presencia de la enseñanza de la religión y moral católica en la escuela estatal - como asignatura fundamental opcional - es un modo de asegurar los derechos de la sociedad y de los padres que exige hoy una regulación más adecuada para que esos derechos sean efectivamente tutelados.

8. Recordamos de nuevo que se reconoce la legitimidad moral de los nacionalismos o regionalismos que, por métodos pacíficos, desean una nueva configuración de la unidad del estado español. Y también, que es necesario tutelar el bien común de la nación española en su conjunto, evitando los riesgos de manipulación de la verdad histórica y de la opinión pública por causa de pretensiones separatistas o ideológicas de cualquier tipo.

9. Una sociedad que quiera ser libre y justa no puede reconocer explícita ni implícitamente a una organización terrorista como representante político de ningún sector de la población, dado que el terrorismo es una práctica intrínsecamente perversa, del todo incompatible con una visión justa y razonable de la vida.

10. Ante los desafíos que se presentan a la comunidad internacional, son necesarias políticas guiadas por la búsqueda sincera de la paz, basadas en el respeto al derecho, nacional e internacional, así como en la promoción del entendimiento y de la solidaridad entre los pueblos y las culturas.

Pedimos al Señor de la paz y a su Madre santísima que iluminen a quienes vamos a votar, para que lo hagamos de manera verdaderamente libre y responsable.

FAMILIA CRISTIANA, ARRAIGADA EN CRISTO¹ (30-12-11)

Permanece en nuestra mente y corazón la reciente visita de Su Santidad Benedicto XVI con motivo de la Jornada Mundial de la Juventud, Madrid 2011, «*Arrraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe*».

En la inolvidable vigilia de oración en Cuatro Vientos nos dejó este claro mensaje a modo de clarificación de la vocación al amor que todo hombre está llamado a vivir: «A muchos el Señor los llama al matrimonio, en el que un hombre y una mujer, formando una sola carne (cf. Gén 2, 24), se realizan en una profunda vida de comunión. Por eso, reconocer la belleza y bondad del matrimonio significa ser conscientes de que solo un ámbito de fidelidad e indisolubilidad, así como de apertura al don divino de la vida, es el adecuado a la grandeza y dignidad del amor matrimonial»².

Es preciso que los hombres de nuestro tiempo sean capaces de reconocer esta belleza para que puedan vivir la grandeza de su vocación. Por ello, en el marco de la próxima jornada que celebraremos el viernes 30 de diciembre con el lema «Familia cristiana arraigada en Cristo», los obispos queremos invitar a todas las comunidades cristianas, movimientos y asociaciones a ser testigos y portavoces del mensaje y la misión que el Santo Padre nos ha dejado: la familia, el hogar, fundado en el don que Cristo Esposo hace a la comunión esponsal indisoluble y abierta a la vida, forma parte de la esperanza de los hombres. De esta manera, el futuro de la humanidad y de la Iglesia se fragua en la familia³.

1 Los obispos de la Subcomisión Familia y Vida de la Conferencia Episcopal hicieron pública esta nota con motivo de la Jornada de la familia 2011, cuando la Iglesia se encamina a la celebración del Encuentro Mundial de las Familias en Milán, al que está previsto que asista Benedicto XVI.

2 Benedicto XVI, Vigilia de oración en Cuatro Vientos, Madrid, 20/08/2011.

3 Cf. Juan Pablo II, *Familiaris Consortio*, 86.

La familia, arraigada en Cristo

La familia es la comunidad de personas nacida de la unión conyugal del hombre y la mujer, llamada a existir y a vivir en comunión de amor⁴. Los esposos cristianos han de ser conscientes de que su amor nace de otro amor primero (Ap 2, 4) que lo genera, lo nutre y lo fortalece. Su unión se arraiga en la verdad de Jesucristo crucificado que se entrega por amor a su Iglesia (Ef 5, 25) y «el Espíritu Santo, que infunde el Señor, renueva el corazón y hace al hombre y a la mujer capaces de amarse como Cristo nos amó»⁵. Sobre esta raíz que nos descubre la fe se edifica la familia fuertemente arraigada en Cristo, la roca de la salvación, como aquel hombre que edificó su casa sobre una roca firme de modo que resista a los embates de la lluvia y las crecidas de los ríos (cf. Mt 7, 24-25). La familia es el lugar donde Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, nació, vivió, creció y murió: «el niño iba creciendo y robusteciéndose, lleno de sabiduría; y la gracia de Dios estaba con él» (Lc 2, 40). La familia es el reflejo en la tierra del misterio de Comunión eterna que Él vive en el seno de la Santísima Trinidad⁶. La familia, a imagen de la Trinidad, es origen de la vida y casa de la comunión donde se descubre, acoge, custodia, revela y se comunica el amor⁷.

La familia tiene también la misión específica del servicio a la vida⁸. Los esposos en su amor conyugal se hacen aptos para recibir el don de la vida. En esta comunión de amor el hombre puede ser recibido y apreciado por sí mismo y se descubre que toda vida humana es un bien y se la protege de tantas amenazas. Por eso mismo, los padres son también los primeros responsables de la educación de sus hijos para introducirlos progresivamente dentro de la familia humana.

Igualmente, mediante la regeneración por el bautismo, el hijo es introducido en la familia de Dios⁹, que es la Iglesia, y recibe un corazón nuevo para vivir el amor y el perdón. Así, la familia colabora con Cristo

4 Directorio de la Pastoral Familiar de la Iglesia en España, 7.

5 Cf. Juan Pablo II, Familiaris Consortio.

6 Nota de los Obispos de la Subcomisión para la Familia y la Defensa de la Vida con motivo de la Jornada de Familia (29/12/2008).

7 Cf. Juan Pablo II, Familiaris Consortio, 17.

8 Juan Pablo II, Familiaris Consortio, 28

9 Juan Pablo II, Familiaris Consortio, 15

y la Iglesia en la transmisión de la fe y la iniciación cristiana y es signo y recuerdo permanente para la Iglesia de que es esencialmente familia de hijos de Dios, llamada a establecer auténticas relaciones familiares¹⁰.

También la familia recibe la fuerza del Espíritu para poder vivir su vocación de comunión en medio de las dificultades y problemas del momento como una misión recibida de Dios. Tiene por ello la especial capacidad de sanar con su cariño, acogida, amor y perdón los corazones a menudo con tantas heridas afectivas, morales, sociales y psicológicas. Igualmente tiene el cometido de aportar su ayuda en esta crisis económica, ante la falta de trabajo, ante las enfermedades,... protegiendo, sosteniendo y animando a cuantos lo precisen.

La familia, sujeto de la Nueva Evangelización

En el contexto de la nueva evangelización a la que nos convoca Benedicto XVI, conscientes de vivir en una sociedad con claros signos de esperanza como se ha puesto de manifiesto en la Jornada Mundial de la Juventud, pero al mismo tiempo convulsa, con temores y momentos de desesperanza, la familia tiene un papel muy especial. La primera manifestación de la misión de la familia cristiana como Iglesia doméstica es la transmisión de la fe¹¹. La familia nos descubre que formamos parte de una historia de amor que nos precede, no solo por parte de los padres y abuelos sino, de un modo más fundamental, por parte de Dios, según se ha manifestado en la historia de la salvación¹².

Somos eslabones de una cadena. Hemos recibido la fe y nos corresponde transmitirla con las palabras y hacerla creíble con el testimonio de nuestra vida.

Por ello, además de ser objeto de una urgente Evangelización, como evidencia la situación de crisis planteada, a la familia le corresponde responsabilizarse de la enorme y trascendente misión de parti-

10 Cf. LXXVI Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, Instrucción pastoral: *La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad* (27-04-2001), 96.

11 Cf. Conferencia Episcopal Española, Directorio de la pastoral familiar de la Iglesia en España, 66.

12 Cf. Nota de los Obispos de la Subcomisión para la Familia y la Defensa de la Vida con motivo de la Jornada de Familia (29 de diciembre de 2008).

cipar como sujeto activo en la Nueva Evangelización.

El mundo actual desarraigado de la casa de la fe, deja a muchas personas confundidas por mensajes falsos y manipuladores, heridas por experiencias negativas y engaños. Está por ello tan necesitado de esta Evangelización para construir una vida y requiere entonces de modo especial el testimonio de la familia cristiana y la vida de la Iglesia. Esta vida lleva la impronta de aquello que distingue y diferencia a la familia: origen de la vida, imagen de la Trinidad y casa de comunión. La verdad de un amor misericordioso regenera a la persona y la capacita para vivir el amor verdadero.

Al igual que en otros tiempos difíciles la evangelización fue llevada a cabo por las comunidades cristianas y el monacato, hoy corresponde a las familias cristianas, fieles a la Iglesia, ser sujetos activos de la Nueva Evangelización.

En estos momentos las familias, con su capacidad de organización y asociación, deben ser impulsoras de una justa política familiar que responda a sus derechos, necesidades e ilusiones y que responda así a los deseos de la inmensa mayoría de nuestra sociedad en sus problemas de vivienda, educación, conciliación laboral, etc. Se trata de una tarea urgente e inaplazable.

Europa necesita de la familia y no es posible la regeneración de Europa si no pasa por la realidad de la familia tal y como Dios la pensó. Como recordó Benedicto XVI en una de sus audiencias de este año: «En la Europa de hoy, las naciones de sólida tradición cristiana tienen una especial responsabilidad en la defensa y promoción del valor de la familia fundada en el matrimonio que, por lo demás, es decisiva tanto en el ámbito educativo como en el social»¹³.

En estas Navidades, pedimos a la Sagrada Familia que nos haga profundizar en nuestra conciencia recordando en nuestras oraciones y ayudando en la medida de nuestras posibilidades de manera especial a cuantos sufren las consecuencias de la crisis. Igualmente pedimos por crecer en la responsabilidad de nuestra misión como familia cristiana con la vista puesta en el próximo Encuentro Mundial de Familias con

¹³ Benedicto XVI, Audiencia General (8 de junio de 2011).

el Santo Padre Benedicto XVI (Milán 2012). Para ello proponemos la inestimable ayuda que supone trabajar en nuestros respectivos ámbitos las catequesis elaboradas a tal fin con el sugestivo y oportuno título de «La Familia: el trabajo y la fiesta» encomendándonos a María Santísima Reina de las Familias¹⁴.

14 Se pueden encontrar recursos para la celebración de la Jornada en: <http://www.conferenciaepiscopal.es/index.php/jornada-sagrada-familia.html>.

Santa Sede



- Mensaje de Benedicto XVI para la Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado 2012
- Carta Apostólica Porta Fidei
- Discurso de Benedicto XVI en el encuentro con sacerdotes, religiosos, religiosas y seminaristas en el seminario de San Gall (Ouidah - Benin)
- Discurso a los obispos en Cotonú
- Mensaje con motivo de la celebración de la XLV Jornada Mundial de la Paz
- El sacerdote en el siglo XXI
- La palabra de Dios en la vida del Sacerdote



MENSAJE DE BENEDICTO XVI PARA LA JORNADA MUNDIAL DEL EMIGRANTE Y DEL REFUGIADO 2012¹

Queridos hermanos y hermanas: anunciar a Jesucristo, único Salvador del mundo, «constituye la misión esencial de la Iglesia; una tarea y misión que los cambios amplios y profundos de la sociedad actual hacen cada vez más urgentes» (exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 14). Más aún, hoy notamos la urgencia de promover, con nueva fuerza y modalidades renovadas, la obra de evangelización en un mundo en el que la desaparición de las fronteras y los nuevos procesos de globalización acercan aún más las personas y los pueblos, tanto por el desarrollo de los medios de comunicación como por la frecuencia y la facilidad con que se llevan a cabo los desplazamientos de individuos y de grupos. En esta nueva situación debemos despertar en cada uno de nosotros el entusiasmo y la valentía que impulsaron a las primeras comunidades cristianas a anunciar con ardor la novedad evangélica, haciendo resonar en nuestro corazón las palabras de san Pablo: «El hecho de predicar no es para mí motivo de orgullo. No tengo más remedio y, ¡ay de mí si no anuncio el Evangelio!» (1 Co 9, 16).

El tema que he elegido este año para la Jornada mundial del Emigrante y del Refugiado –Migraciones y nueva evangelización– nace de esta realidad. En efecto, el momento actual llama a la Iglesia a emprender una nueva evangelización también en el vasto y complejo fenómeno de la movilidad humana, intensificando la acción misionera, tanto en las regiones de primer anuncio como en los países de tradición cristiana.

El beato Juan Pablo II nos invitaba a «alimentarnos de la Palabra para ser “servidores de la Palabra” en el compromiso de la evangelización..., [en una situación] que cada vez es más variada y compro-

¹ Esta Jornada se celebra el 15 de enero de 2012.

metedora, en el contexto de la globalización y de la nueva y cambiante mezcla de pueblos y culturas que la caracteriza» (carta apostólica *Novo millennio ineunte*, 40). En efecto, las migraciones internas o internacionales realizadas en busca de mejores condiciones de vida o para escapar de la amenaza de persecuciones, guerras, violencia, hambre y catástrofes naturales, han producido una mezcla de personas y de pueblos sin precedentes, con problemáticas nuevas no solo desde un punto de vista humano, sino también ético, religioso y espiritual. Como escribí en el Mensaje del año pasado para esta Jornada mundial, las consecuencias actuales y evidentes de la secularización, la aparición de nuevos movimientos sectarios, una insensibilidad generalizada con respecto a la fe cristiana y una marcada tendencia a la fragmentación hacen difícil encontrar una referencia unificadora que estimule la formación de «una sola familia de hermanos y hermanas en sociedades que son cada vez más multiétnicas e interculturales, donde también las personas de diversas religiones se ven impulsadas al diálogo, para que se pueda encontrar una convivencia serena y provechosa en el respeto de las legítimas diferencias». Nuestro tiempo está marcado por intentos de borrar a Dios y la enseñanza de la Iglesia del horizonte de la vida, mientras crece la duda, el escepticismo y la indiferencia, que querrían eliminar incluso toda visibilidad social y simbólica de la fe cristiana.

En este contexto, los inmigrantes que han conocido a Cristo y lo han acogido son inducidos con frecuencia a no considerarlo importante en su propia vida, a perder el sentido de la fe, a no reconocerse como parte de la Iglesia, llevando una vida que a menudo ya no está impregnada de Cristo y de su Evangelio. Crecidos en el seno de pueblos marcados por la fe cristiana, a menudo emigran a países donde los cristianos son una minoría o donde la antigua tradición de fe ya no es una convicción personal ni una confesión comunitaria, sino que se ha visto reducida a un hecho cultural. Aquí la Iglesia afronta el desafío de ayudar a los inmigrantes a mantener firme su fe, aun cuando falte el apoyo cultural que existía en el país de origen, buscando también nuevas estrategias pastorales, así como métodos y lenguajes para una acogida siempre viva de la Palabra de Dios. En algunos casos se trata

de una ocasión para proclamar que en Jesucristo la humanidad participa del misterio de Dios y de su vida de amor, se abre a un horizonte de esperanza y paz, incluso a través del diálogo respetuoso y del testimonio concreto de la solidaridad, mientras que en otros casos existe la posibilidad de despertar la conciencia cristiana adormecida a través de un anuncio renovado de la Buena Nueva y de una vida cristiana más coherente, para ayudar a redescubrir la belleza del encuentro con Cristo, que llama al cristiano a la santidad dondequiera que se encuentre, incluso en tierra extranjera.

El actual fenómeno migratorio es también una oportunidad providencial para el anuncio del Evangelio en el mundo contemporáneo. Hombres y mujeres provenientes de diversas regiones de la tierra, que aún no han encontrado a Jesucristo o lo conocen solamente de modo parcial, piden ser acogidos en países de antigua tradición cristiana. Es necesario encontrar modalidades adecuadas para ellos, a fin de que puedan encontrar y conocer a Jesucristo y experimentar el don inestimable de la salvación, fuente de «vida abundante» para todos (cf. Jn 10,10); a este respecto, los propios inmigrantes tienen un valioso papel, puesto que pueden convertirse a su vez en «anunciadores de la Palabra de Dios y testigos de Jesús resucitado, esperanza del mundo» (Exhortación Apostólica *Verbum Domini*, 105).

En el comprometedor itinerario de la nueva evangelización en el ámbito migratorio desempeñan un papel decisivo los agentes pastorales –sacerdotes, religiosos y laicos–, que trabajan cada vez más en un contexto pluralista: en comunión con sus Ordinarios, inspirándose en el Magisterio de la Iglesia, les invito a buscar caminos de colaboración fraterna y de anuncio respetuoso, superando contraposiciones y nacionalismos. Por su parte, las Iglesias de origen, las de tránsito y las de acogida de los flujos migratorios intensifiquen su cooperación, tanto en beneficio de quien parte como de quien llega y, en todo caso, de quien necesita encontrar en su camino el rostro misericordioso de Cristo en la acogida del prójimo. Para realizar una provechosa pastoral de comunión puede ser útil actualizar las estructuras tradicionales de atención a los inmigrantes y a los refugiados, asociándolas a modelos que respondan mejor a las nuevas situaciones en que interactúan cul-

turas y pueblos diversos.

Los refugiados que piden asilo, tras escapar de persecuciones, violencias y situaciones que ponen en peligro su propia vida, tienen necesidad de nuestra comprensión y acogida, del respeto de su dignidad humana y de sus derechos, así como del conocimiento de sus deberes. Su sufrimiento reclama de los Estados y de la comunidad internacional que haya actitudes de acogida mutua, superando temores y evitando formas de discriminación, y que se provea a hacer concreta la solidaridad mediante adecuadas estructuras de hospitalidad y programas de reinserción. Todo esto implica una ayuda recíproca entre las regiones que sufren y las que ya desde hace años acogen a un gran número de personas en fuga, así como una mayor participación en las responsabilidades por parte de los Estados.

La prensa y los demás medios de comunicación tienen una importante función al dar a conocer, con exactitud, objetividad y honradez, la situación de quienes han debido dejar forzosamente su patria y sus seres queridos y desean empezar una nueva vida.

Las comunidades cristianas han de prestar una atención particular a los trabajadores inmigrantes y a sus familias, a través del acompañamiento de la oración, de la solidaridad y de la caridad cristiana; la valoración de lo que enriquece recíprocamente, así como la promoción de nuevos programas políticos, económicos y sociales, que favorezcan el respeto de la dignidad de toda persona humana, la tutela de la familia y el acceso a una vivienda digna, al trabajo y a la asistencia.

Los sacerdotes, los religiosos y las religiosas, los laicos y, sobre todo, los hombres y las mujeres jóvenes han de ser sensibles para ofrecer apoyo a tantas hermanas y hermanos que, habiendo huido de la violencia, deben afrontar nuevos estilos de vida y dificultades de integración. El anuncio de la salvación en Jesucristo será fuente de alivio, de esperanza y de «alegría plena» (cf. *Jn* 15,11).

Por último, deseo recordar la situación de numerosos estudiantes internacionales que afrontan problemas de inserción, dificultades burocráticas, inconvenientes en la búsqueda de vivienda y de estructuras de acogida. De modo particular, las comunidades cristianas han de ser sensibles respecto a tantos muchachos y muchachas que, precisa-

mente por su joven edad, además del crecimiento cultural, necesitan puntos de referencia y cultivan en su corazón una profunda sed de verdad y el deseo de encontrar a Dios. De modo especial, las universidades de inspiración cristiana han de ser lugares de testimonio y de irradiación de la nueva evangelización, seriamente comprometidas a contribuir en el ambiente académico al progreso social, cultural y humano, además de promover el diálogo entre las culturas, valorizando la aportación que pueden dar los estudiantes internacionales. Estos se sentirán alentados a convertirse ellos mismos en protagonistas de la nueva evangelización si encuentran auténticos testigos del Evangelio y ejemplos de vida cristiana.

Queridos amigos, invoquemos la intercesión de María, Virgen del Camino, para que el anuncio gozoso de salvación de Jesucristo lleve esperanza al corazón de quienes se encuentran en condiciones de movilidad por los caminos del mundo. Aseguro a todos mi oración, impartiendo la Bendición Apostólica.

Vaticano, 21 de septiembre de 2011

Benedictus PP. XVI

CARTA APOSTÓLICA PORTA FIDEI¹

1. «La puerta de la fe» (cf. Hch 14, 27), que introduce en la vida de comunión con Dios y permite la entrada en su Iglesia, está siempre abierta para nosotros. Se cruza ese umbral cuando la Palabra de Dios se anuncia y el corazón se deja plasmar por la gracia que transforma. Atravesar esa puerta supone emprender un camino que dura toda la vida. Éste empieza con el bautismo (cf. Rm 6, 4), con el que podemos llamar a Dios con el nombre de Padre, y se concluye con el paso de la muerte a la vida eterna, fruto de la resurrección del Señor Jesús que, con el don del Espíritu Santo, ha querido unir en su misma gloria a cuantos creen en él (cf. Jn 17, 22). Profesar la fe en la Trinidad –Padre, Hijo y Espíritu Santo –equivale a creer en un solo Dios que es Amor (cf. 1 Jn 4, 8): el Padre, que en la plenitud de los tiempos envió a su Hijo para nuestra salvación; Jesucristo, que en el misterio de su muerte y resurrección redimió al mundo; el Espíritu Santo, que guía a la Iglesia a través de los siglos en la espera del retorno glorioso del Señor.

2. Desde el comienzo de mi ministerio como Sucesor de Pedro, he recordado la exigencia de redescubrir el camino de la fe para iluminar de manera cada vez más clara la alegría y el entusiasmo renovado del encuentro con Cristo. En la homilía de la santa Misa de inicio del Pontificado decía: «La Iglesia en su conjunto, y en ella sus pastores, como Cristo han de ponerse en camino para rescatar a los hombres del desierto y conducirlos al lugar de la vida, hacia la amistad con el Hijo de Dios, hacia Aquel que nos da la vida, y la vida en plenitud»². Sucede hoy con frecuencia que los cristianos se preocupan mucho por las consecuencias sociales, culturales y políticas de su compromiso, al mismo tiempo que siguen considerando la fe como un presupuesto obvio de la vida común. De hecho, este presupuesto no sólo no aparece como

1 Por medio de este *motu proprio* que se hizo público el 17 de octubre de 2011, S.S. el Papa convoca el “Año de la fe”.

2 Homilía en la Misa de inicio de Pontificado (24 abril 2005): AAS 97 (2005), 710.

tal, sino que incluso con frecuencia es negado³. Mientras que en el pasado era posible reconocer un tejido cultural unitario, ampliamente aceptado en su referencia al contenido de la fe y a los valores inspirados por ella, hoy no parece que sea ya así en vastos sectores de la sociedad, a causa de una profunda crisis de fe que afecta a muchas personas.

3. No podemos dejar que la sal se vuelva sosa y la luz permanezca oculta (cf. Mt 5, 13-16). Como la samaritana, también el hombre actual puede sentir de nuevo la necesidad de acercarse al pozo para escuchar a Jesús, que invita a creer en él y a extraer el agua viva que mana de su fuente (cf. Jn 4, 14). Debemos descubrir de nuevo el gusto de alimentarnos con la Palabra de Dios, transmitida fielmente por la Iglesia, y el Pan de la vida, ofrecido como sustento a todos los que son sus discípulos (cf. Jn 6, 51). En efecto, la enseñanza de Jesús resuena todavía hoy con la misma fuerza: «Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura para la vida eterna» (Jn 6, 27). La pregunta planteada por los que lo escuchaban es también hoy la misma para nosotros: «¿Qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios?» (Jn 6, 28). Sabemos la respuesta de Jesús: «La obra de Dios es ésta: que creáis en el que él ha enviado» (Jn 6, 29). Creer en Jesucristo es, por tanto, el camino para poder llegar de modo definitivo a la salvación.

4. A la luz de todo esto, he decidido convocar un Año de la fe. Comenzará el 11 de octubre de 2012, en el cincuenta aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, y terminará en la solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo, el 24 de noviembre de 2013. En la fecha del 11 de octubre de 2012, se celebrarán también los veinte años de la publicación del Catecismo de la Iglesia Católica, promulgado por mi Predecesor, el beato Papa Juan Pablo II⁴, con la intención de ilustrar a todos los fieles la fuerza y belleza de la fe. Este documento, auténtico fruto del Concilio Vaticano II, fue querido por el Sínodo Extraordinario

3 Cf. Benedicto XVI, Homilía en la Misa en Terreiro do Paço, Lisboa (11 mayo 2010), en *L'Osservatore Romano* ed. en Leng. española (16 mayo 2010), pag. 8-9.

4 Cf. Juan Pablo II, Const. ap. *Fidei depositum* (11 octubre 1992): AAS 86 (1994), 113-118.

de los Obispos de 1985 como instrumento al servicio de la catequesis⁵, realizándose mediante la colaboración de todo el Episcopado de la Iglesia católica. Y precisamente he convocado la Asamblea General del Sínodo de los Obispos, en el mes de octubre de 2012, sobre el tema de La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana. Será una buena ocasión para introducir a todo el cuerpo eclesial en un tiempo de especial reflexión y redescubrimiento de la fe. No es la primera vez que la Iglesia está llamada a celebrar un Año de la fe. Mi venerado Predecesor, el Siervo de Dios Pablo VI, proclamó uno parecido en 1967, para conmemorar el martirio de los apóstoles Pedro y Pablo en el décimo noveno centenario de su supremo testimonio. Lo concibió como un momento solemne para que en toda la Iglesia se diese «una auténtica y sincera profesión de la misma fe»; además, quiso que ésta fuera confirmada de manera «individual y colectiva, libre y consciente, interior y exterior, humilde y franca»⁶. Pensaba que de esa manera toda la Iglesia podría adquirir una «exacta conciencia de su fe, para reanimarla, para purificarla, para confirmarla y para confesarla»⁷. Las grandes transformaciones que tuvieron lugar en aquel Año, hicieron que la necesidad de dicha celebración fuera todavía más evidente. Ésta concluyó con la Profesión de fe del Pueblo de Dios⁸, para testimoniar cómo los contenidos esenciales que desde siglos constituyen el patrimonio de todos los creyentes tienen necesidad de ser confirmados, comprendidos y profundizados de manera siempre nueva, con el fin de dar un testimonio coherente en condiciones históricas distintas a las del pasado.

5. En ciertos aspectos, mi Venerado Predecesor vio ese Año como una «consecuencia y exigencia postconciliar»⁹, consciente de las graves dificultades del tiempo, sobre todo con respecto a la profesión

5 Cf. Relación final del Sínodo Extraordinario de los Obispos (7 diciembre 1985), II, B, a, 4, en *L'Osservatore Romano* ed. en Leng. española (22 diciembre 1985), pag. 12.

6 Pablo VI, Exhort. ap. *Petrum et Paulum* Apóstolos, en el XIX centenario del martirio de los santos apóstoles Pedro y Pablo (22 febrero 1967): AAS 59 (1967), 196.

7 *Ibid.*, 198.

8 Pablo VI, Solemne profesión de fe, Homilía para la concelebración en el XIX centenario del martirio de los santos apóstoles Pedro y Pablo, en la conclusión del "Año de la fe" (30 junio 1968): AAS 60 (1968), 433-445.

9 *Id.*, Audiencia General (14 junio 1967): *Insegnamenti V* (1967), 801.

de la fe verdadera y a su recta interpretación. He pensado que iniciar el Año de la fe coincidiendo con el cincuentenario de la apertura del Concilio Vaticano II puede ser una ocasión propicia para comprender que los textos dejados en herencia por los Padres conciliares, según las palabras del beato Juan Pablo II, «no pierden su valor ni su esplendor. Es necesario leerlos de manera apropiada y que sean conocidos y asimilados como textos cualificados y normativos del Magisterio, dentro de la Tradición de la Iglesia. [...] Siento más que nunca el deber de indicar el Concilio como la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX. Con el Concilio se nos ha ofrecido una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza»¹⁰. Yo también deseo reafirmar con fuerza lo que dije a propósito del Concilio pocos meses después de mi elección como Sucesor de Pedro: «Si lo leemos y acogemos guiados por una hermenéutica correcta, puede ser y llegar a ser cada vez más una gran fuerza para la renovación siempre necesaria de la Iglesia»¹¹.

6. La renovación de la Iglesia pasa también a través del testimonio ofrecido por la vida de los creyentes: con su misma existencia en el mundo, los cristianos están llamados efectivamente a hacer resplandecer la Palabra de verdad que el Señor Jesús nos dejó. Precisamente el Concilio, en la Constitución dogmática *Lumen gentium*, afirmaba: «Mientras que Cristo, “santo, inocente, sin mancha” (Hb 7, 26), no conoció el pecado (cf. 2 Co 5, 21), sino que vino solamente a expiar los pecados del pueblo (cf. Hb 2, 17), la Iglesia, abrazando en su seno a los pecadores, es a la vez santa y siempre necesitada de purificación, y busca sin cesar la conversión y la renovación. La Iglesia continúa su peregrinación “en medio de las persecuciones del mundo y de los consuelos de Dios”, anunciando la cruz y la muerte del Señor hasta que vuelva (cf. 1 Co 11, 26). Se siente fortalecida con la fuerza del Señor resucitado para poder superar con paciencia y amor todos los sufrimientos y dificultades, tanto interiores como exteriores, y revelar en el mundo el misterio de Cristo, aunque bajo sombras, sin embargo,

10 Juan Pablo II, Carta ap. *Novo millennio ineunte* (6 enero 2001), 57: AAS 93 (2001), 308.

11 Discurso a la Curia Romana (22 diciembre 2005): AAS 98 (2006), 52.

con fidelidad hasta que al final se manifieste a plena luz»¹².

En esta perspectiva, el Año de la fe es una invitación a una auténtica y renovada conversión al Señor, único Salvador del mundo. Dios, en el misterio de su muerte y resurrección, ha revelado en plenitud el Amor que salva y llama a los hombres a la conversión de vida mediante la remisión de los pecados (cf. Hch 5, 31). Para el apóstol Pablo, este Amor lleva al hombre a una nueva vida: «Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva» (Rm 6, 4). Gracias a la fe, esta vida nueva plasma toda la existencia humana en la novedad radical de la resurrección. En la medida de su disponibilidad libre, los pensamientos y los afectos, la mentalidad y el comportamiento del hombre se purifican y transforman lentamente, en un proceso que no termina de cumplirse totalmente en esta vida. La «fe que actúa por el amor» (Ga 5, 6) se convierte en un nuevo criterio de pensamiento y de acción que cambia toda la vida del hombre (cf. Rm 12, 2; Col 3, 9-10; Ef 4, 20-29; 2 Co 5, 17).

7. «Caritas Christi urget nos» (2 Co 5, 14): es el amor de Cristo el que llena nuestros corazones y nos impulsa a evangelizar. Hoy como ayer, él nos envía por los caminos del mundo para proclamar su Evangelio a todos los pueblos de la tierra (cf. Mt 28, 19). Con su amor, Jesucristo atrae hacia sí a los hombres de cada generación: en todo tiempo, convoca a la Iglesia y le confía el anuncio del Evangelio, con un mandato que es siempre nuevo. Por eso, también hoy es necesario un compromiso eclesial más convencido en favor de una nueva evangelización para redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe. El compromiso misionero de los creyentes saca fuerza y vigor del descubrimiento cotidiano de su amor, que nunca puede faltar. La fe, en efecto, crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y gozo. Nos hace fecundos, porque ensancha el corazón en la esperanza y permite dar un testimonio fecundo: en efecto, abre el

12 Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 8.

corazón y la mente de los que escuchan para acoger la invitación del Señor a aceptar su Palabra para ser sus discípulos. Como afirma san Agustín, los creyentes «se fortalecen creyendo»¹³. El santo Obispo de Hipona tenía buenos motivos para expresarse de esta manera. Como sabemos, su vida fue una búsqueda continua de la belleza de la fe hasta que su corazón encontró descanso en Dios¹⁴. Sus numerosos escritos, en los que explica la importancia de creer y la verdad de la fe, permanecen aún hoy como un patrimonio de riqueza sin igual, consintiendo todavía a tantas personas que buscan a Dios encontrar el sendero justo para acceder a la «puerta de la fe».

Así, la fe sólo crece y se fortalece creyendo; no hay otra posibilidad para poseer la certeza sobre la propia vida que abandonarse, en un *crescendo* continuo, en las manos de un amor que se experimenta siempre como más grande porque tiene su origen en Dios.

8. En esta feliz conmemoración, deseo invitar a los hermanos Obispos de todo el Orbe a que se unan al Sucesor de Pedro en el tiempo de gracia espiritual que el Señor nos ofrece para rememorar el don precioso de la fe. Queremos celebrar este Año de manera digna y fecunda. Habrá que intensificar la reflexión sobre la fe para ayudar a todos los creyentes en Cristo a que su adhesión al Evangelio sea más consciente y vigorosa, sobre todo en un momento de profundo cambio como el que la humanidad está viviendo. Tendremos la oportunidad de confesar la fe en el Señor Resucitado en nuestras catedrales e iglesias de todo el mundo; en nuestras casas y con nuestras familias, para que cada uno sienta con fuerza la exigencia de conocer y transmitir mejor a las generaciones futuras la fe de siempre. En este Año, las comunidades religiosas, así como las parroquiales, y todas las realidades eclesiales antiguas y nuevas, encontrarán la manera de profesar públicamente el Credo.

9. Deseamos que este Año suscite en todo creyente la aspiración a confesar la fe con plenitud y renovada convicción, con confianza y esperanza. Será también una ocasión propicia para intensificar la celebración de la fe en la liturgia, y de modo particular en la Eucaristía, que

13 De utilitate credendi, 1, 2.

14 Cf. Agustín de Hipona, Confesiones, I, 1.

es «la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia y también la fuente de donde mana toda su fuerza»¹⁵. Al mismo tiempo, esperamos que el testimonio de vida de los creyentes sea cada vez más creíble. Redescubrir los contenidos de la fe profesada, celebrada, vivida y rezada¹⁶, y reflexionar sobre el mismo acto con el que se cree, es un compromiso que todo creyente debe de hacer propio, sobre todo en este Año.

No por casualidad, los cristianos en los primeros siglos estaban obligados a aprender de memoria el Credo. Esto les servía como oración cotidiana para no olvidar el compromiso asumido con el bautismo. San Agustín lo recuerda con unas palabras de profundo significado, cuando en un sermón sobre la *redditis symboli*, la entrega del Credo, dice: «El símbolo del sacrosanto misterio que recibisteis todos a la vez y que hoy habéis recitado uno a uno, no es otra cosa que las palabras en las que se apoya sólidamente la fe de la Iglesia, nuestra madre, sobre la base incommovible que es Cristo el Señor. [...] Recibisteis y recitasteis algo que debéis retener siempre en vuestra mente y corazón y repetir en vuestro lecho; algo sobre lo que tenéis que pensar cuando estáis en la calle y que no debéis olvidar ni cuando coméis, de forma que, incluso cuando dormís corporalmente, vigiléis con el corazón»¹⁷.

10. En este sentido, quisiera esbozar un camino que sea útil para comprender de manera más profunda no sólo los contenidos de la fe sino, juntamente también con eso, el acto con el que decidimos de entregarnos totalmente y con plena libertad a Dios. En efecto, existe una unidad profunda entre el acto con el que se cree y los contenidos a los que prestamos nuestro asentimiento. El apóstol Pablo nos ayuda a entrar dentro de esta realidad cuando escribe: «con el corazón se cree y con los labios se profesa» (cf. Rm 10, 10). El corazón indica que el primer acto con el que se llega a la fe es don de Dios y acción de la gracia que actúa y transforma a la persona hasta en lo más íntimo.

A este propósito, el ejemplo de Lidia es muy elocuente. Cuenta san Lucas que Pablo, mientras se encontraba en Filipos, fue un sábado a anunciar el Evangelio a algunas mujeres; entre estas estaba Lidia y

15 Conc. Ecum. Vat. II, Const. Sacrosanctum Concilium, sobre la sagrada liturgia, 10.

16 Cf. Juan Pablo II, Const. ap. *Fidei depositum* (11 octubre 1992): AAS 86 (1994), 116.

17 Sermo 215, 1.

el «Señor le abrió el corazón para que aceptara lo que decía Pablo» (Hch 16, 14). El sentido que encierra la expresión es importante. San Lucas enseña que el conocimiento de los contenidos que se han de creer no es suficiente si después el corazón, auténtico sagrario de la persona, no está abierto por la gracia que permite tener ojos para mirar en profundidad y comprender que lo que se ha anunciado es la Palabra de Dios.

Profesar con la boca indica, a su vez, que la fe implica un testimonio y un compromiso público. El cristiano no puede pensar nunca que creer es un hecho privado. La fe es decidirse a estar con el Señor para vivir con él. Y este «estar con él» nos lleva a comprender las razones por las que se cree. La fe, precisamente porque es un acto de la libertad, exige también la responsabilidad social de lo que se cree. La Iglesia en el día de Pentecostés muestra con toda evidencia esta dimensión pública del creer y del anunciar a todos sin temor la propia fe. Es el don del Espíritu Santo el que capacita para la misión y fortalece nuestro testimonio, haciéndolo franco y valeroso.

La misma profesión de fe es un acto personal y al mismo tiempo comunitario. En efecto, el primer sujeto de la fe es la Iglesia. En la fe de la comunidad cristiana cada uno recibe el bautismo, signo eficaz de la entrada en el pueblo de los creyentes para alcanzar la salvación. Como afirma el Catecismo de la Iglesia Católica: «“Creo”: Es la fe de la Iglesia profesada personalmente por cada creyente, principalmente en su bautismo. “Creemos”: Es la fe de la Iglesia confesada por los obispos reunidos en Concilio o, más generalmente, por la asamblea litúrgica de los creyentes. “Creo”, es también la Iglesia, nuestra Madre, que responde a Dios por su fe y que nos enseña a decir: “creo”, “creemos”»¹⁸.

Como se puede ver, el conocimiento de los contenidos de la fe es esencial para dar el propio asentimiento, es decir, para adherirse plenamente con la inteligencia y la voluntad a lo que propone la Iglesia. El conocimiento de la fe introduce en la totalidad del misterio salvífico revelado por Dios. El asentimiento que se presta implica por tanto que,

18 Catecismo de la Iglesia Católica, 167.

cuando se cree, se acepta libremente todo el misterio de la fe, ya que quien garantiza su verdad es Dios mismo que se revela y da a conocer su misterio de amor¹⁹.

Por otra parte, no podemos olvidar que muchas personas en nuestro contexto cultural, aún no reconociendo en ellos el don de la fe, buscan con sinceridad el sentido último y la verdad definitiva de su existencia y del mundo. Esta búsqueda es un auténtico «preámbulo» de la fe, porque lleva a las personas por el camino que conduce al misterio de Dios. La misma razón del hombre, en efecto, lleva inscrita la exigencia de «lo que vale y permanece siempre»²⁰. Esta exigencia constituye una invitación permanente, inscrita indeleblemente en el corazón humano, a ponerse en camino para encontrar a Aquel que no buscaríamos si no hubiera ya venido²¹. La fe nos invita y nos abre totalmente a este encuentro.

11. Para acceder a un conocimiento sistemático del contenido de la fe, todos pueden encontrar en el Catecismo de la Iglesia Católica un subsidio precioso e indispensable. Es uno de los frutos más importantes del Concilio Vaticano II. En la Constitución apostólica *Fidei depositum*, firmada precisamente al cumplirse el trigésimo aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, el beato Juan Pablo II escribió: «Este Catecismo es una contribución importantísima a la obra de renovación de la vida eclesial... Lo declaro como regla segura para la enseñanza de la fe y como instrumento válido y legítimo al servicio de la comunión eclesial».²²

Precisamente en este horizonte, el Año de la fe deberá expresar un compromiso unánime para redescubrir y estudiar los contenidos fundamentales de la fe, sintetizados sistemática y orgánicamente en el Catecismo de la Iglesia Católica. En efecto, en él se pone de manifiesto la riqueza de la enseñanza que la Iglesia ha recibido, custodiado y ofrecido en sus dos mil años de historia. Desde la Sagrada Escritura a los Padres de la Iglesia, de los Maestros de teología a los Santos de

19 Cf. Conc. Ecum. Vat. I, Const. dogm. *Dei Filius*, sobre la fe católica, cap. III: DS 3008-3009; Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Dei Verbum*, sobre la divina revelación, 5.

20 Discurso en el Collège des Bernardins, París (12 septiembre 2008): AAS 100 (2008), 722.

21 Cf. Agustín de Hipona, *Confesiones*, XIII, 1.

22 Juan Pablo II, Const. ap. *Fidei depositum* (11 octubre 1992): AAS 86 (1994), 115 y 117.

todos los siglos, el Catecismo ofrece una memoria permanente de los diferentes modos en que la Iglesia ha meditado sobre la fe y ha progresado en la doctrina, para dar certeza a los creyentes en su vida de fe.

En su misma estructura, el Catecismo de la Iglesia Católica presenta el desarrollo de la fe hasta abordar los grandes temas de la vida cotidiana. A través de sus páginas se descubre que todo lo que se presenta no es una teoría, sino el encuentro con una Persona que vive en la Iglesia. A la profesión de fe, de hecho, sigue la explicación de la vida sacramental, en la que Cristo está presente y actúa, y continúa la construcción de su Iglesia. Sin la liturgia y los sacramentos, la profesión de fe no tendría eficacia, pues carecería de la gracia que sostiene el testimonio de los cristianos. Del mismo modo, la enseñanza del Catecismo sobre la vida moral adquiere su pleno sentido cuando se pone en relación con la fe, la liturgia y la oración.

12. Así, pues, el Catecismo de la Iglesia Católica podrá ser en este Año un verdadero instrumento de apoyo a la fe, especialmente para quienes se preocupan por la formación de los cristianos, tan importante en nuestro contexto cultural. Para ello, he invitado a la Congregación para la Doctrina de la Fe a que, de acuerdo con los Dicasterios competentes de la Santa Sede, redacte una Nota con la que se ofrezca a la Iglesia y a los creyentes algunas indicaciones para vivir este Año de la fe de la manera más eficaz y apropiada, ayudándoles a creer y evangelizar.

En efecto, la fe está sometida más que en el pasado a una serie de interrogantes que provienen de un cambio de mentalidad que, sobre todo hoy, reduce el ámbito de las certezas racionales al de los logros científicos y tecnológicos. Pero la Iglesia nunca ha tenido miedo de mostrar cómo entre la fe y la verdadera ciencia no puede haber conflicto alguno, porque ambas, aunque por caminos distintos, tienden a la verdad²³.

13. A lo largo de este Año, será decisivo volver a recorrer la historia de nuestra fe, que contempla el misterio insondable del entrecruzarse de la santidad y el pecado. Mientras lo primero pone de relieve la

23 Cf. Id., Carta enc. *Fides et ratio* (14 septiembre 1998) 34.106: AAS 91 (1999), 31-32. 86-87.

gran contribución que los hombres y las mujeres han ofrecido para el crecimiento y desarrollo de las comunidades a través del testimonio de su vida, lo segundo debe suscitar en cada uno un sincero y constante acto de conversión, con el fin de experimentar la misericordia del Padre que sale al encuentro de todos.

Durante este tiempo, tendremos la mirada fija en Jesucristo, «que inició y completa nuestra fe» (Hb 12, 2): en él encuentra su cumplimiento todo afán y todo anhelo del corazón humano. La alegría del amor, la respuesta al drama del sufrimiento y el dolor, la fuerza del perdón ante la ofensa recibida y la victoria de la vida ante el vacío de la muerte, todo tiene su cumplimiento en el misterio de su Encarnación, de su hacerse hombre, de su compartir con nosotros la debilidad humana para transformarla con el poder de su resurrección. En él, muerto y resucitado por nuestra salvación, se iluminan plenamente los ejemplos de fe que han marcado los últimos dos mil años de nuestra historia de salvación.

Por la fe, María acogió la palabra del Ángel y creyó en el anuncio de que sería la Madre de Dios en la obediencia de su entrega (cf. Lc 1, 38). En la visita a Isabel entonó su canto de alabanza al Omnipotente por las maravillas que hace en quienes se encomiendan a Él (cf. Lc 1, 46-55). Con gozo y temblor dio a luz a su único hijo, manteniendo intacta su virginidad (cf. Lc 2, 6-7). Confiada en su esposo José, llevó a Jesús a Egipto para salvarlo de la persecución de Herodes (cf. Mt 2, 13-15). Con la misma fe siguió al Señor en su predicación y permaneció con él hasta el Calvario (cf. Jn 19, 25-27). Con fe, María saboreó los frutos de la resurrección de Jesús y, guardando todos los recuerdos en su corazón (cf. Lc 2, 19.51), los transmitió a los Doce, reunidos con ella en el Cenáculo para recibir el Espíritu Santo (cf. Hch 1, 14; 2, 1-4).

Por la fe, los Apóstoles dejaron todo para seguir al Maestro (cf. Mt 10, 28). Creyeron en las palabras con las que anunciaba el Reino de Dios, que está presente y se realiza en su persona (cf. Lc 11, 20). Vivieron en comunión de vida con Jesús, que los instruía con sus enseñanzas, dejándoles una nueva regla de vida por la que serían reconocidos como sus discípulos después de su muerte (cf. Jn 13, 34-35). Por la fe, fueron por el mundo entero, siguiendo el mandato de

llevar el Evangelio a toda criatura (cf. Mc 16, 15) y, sin temor alguno, anunciaron a todos la alegría de la resurrección, de la que fueron testigos fieles.

Por la fe, los discípulos formaron la primera comunidad reunida en torno a la enseñanza de los Apóstoles, la oración y la celebración de la Eucaristía, poniendo en común todos sus bienes para atender las necesidades de los hermanos (cf. Hch 2, 42-47).

Por la fe, los mártires entregaron su vida como testimonio de la verdad del Evangelio, que los había transformado y hecho capaces de llegar hasta el mayor don del amor con el perdón de sus perseguidores.

Por la fe, hombres y mujeres han consagrado su vida a Cristo, dejando todo para vivir en la sencillez evangélica la obediencia, la pobreza y la castidad, signos concretos de la espera del Señor que no tarda en llegar. Por la fe, muchos cristianos han promovido acciones en favor de la justicia, para hacer concreta la palabra del Señor, que ha venido a proclamar la liberación de los oprimidos y un año de gracia para todos (cf. Lc 4, 18-19).

Por la fe, hombres y mujeres de toda edad, cuyos nombres están escritos en el libro de la vida (cf. Ap 7, 9; 13, 8), han confesado a lo largo de los siglos la belleza de seguir al Señor Jesús allí donde se les llamaba a dar testimonio de su ser cristianos: en la familia, la profesión, la vida pública y el desempeño de los carismas y ministerios que se les confiaban.

También nosotros vivimos por la fe: para el reconocimiento vivo del Señor Jesús, presente en nuestras vidas y en la historia.

14. El Año de la fe será también una buena oportunidad para intensificar el testimonio de la caridad. San Pablo nos recuerda: «Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de ellas es la caridad» (1 Co 13, 13). Con palabras aún más fuertes —que siempre atañen a los cristianos—, el apóstol Santiago dice: «¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Podrá acaso salvarlo esa fe? Si un hermano o una hermana andan desnudos y faltos de alimento diario y alguno de vosotros les dice: “¡Id en paz, abrigaos y saciaos”, pero no les da lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? Así es también la fe: si no se tienen obras, está

muerta por dentro. Pero alguno dirá: “Tú tienes fe y yo tengo obras, muéstrame esa fe tuya sin las obras, y yo con mis obras te mostraré la fe”» (St 2, 14-18).

La fe sin la caridad no da fruto, y la caridad sin fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda. La fe y el amor se necesitan mutuamente, de modo que una permite a la otra seguir su camino. En efecto, muchos cristianos dedican sus vidas con amor a quien está solo, marginado o excluido, como el primero a quien hay que atender y el más importante que socorrer, porque precisamente en él se refleja el rostro mismo de Cristo. Gracias a la fe podemos reconocer en quienes piden nuestro amor el rostro del Señor resucitado. «Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25, 40): estas palabras tuyas son una advertencia que no se ha de olvidar, y una invitación perenne a devolver ese amor con el que él cuida de nosotros. Es la fe la que nos permite reconocer a Cristo, y es su mismo amor el que impulsa a socorrerlo cada vez que se hace nuestro prójimo en el camino de la vida. Sostenidos por la fe, miramos con esperanza a nuestro compromiso en el mundo, aguardando «unos cielos nuevos y una tierra nueva en los que habite la justicia» (2 P 3, 13; cf. Ap 21, 1).

15. Llegados sus últimos días, el apóstol Pablo pidió al discípulo Timoteo que «buscara la fe» (cf. 2 Tm 2, 22) con la misma constancia de cuando era niño (cf. 2 Tm 3, 15). Escuchemos esta invitación como dirigida a cada uno de nosotros, para que nadie se vuelva perezoso en la fe. Ella es compañera de vida que nos permite distinguir con ojos siempre nuevos las maravillas que Dios hace por nosotros. Tratando de percibir los signos de los tiempos en la historia actual, nos comprometemos a cada uno a convertirnos en un signo vivo de la presencia de Cristo resucitado en el mundo. Lo que el mundo necesita hoy de manera especial es el testimonio creíble de los que, iluminados en la mente y el corazón por la Palabra del Señor, son capaces de abrir el corazón y la mente de muchos al deseo de Dios y de la vida verdadera, ésa que no tiene fin.

«Que la Palabra del Señor siga avanzando y sea glorificada» (2 Ts 3, 1): que este Año de la fe haga cada vez más fuerte la relación con Cris-

to, el Señor, pues sólo en él tenemos la certeza para mirar al futuro y la garantía de un amor auténtico y duradero. Las palabras del apóstol Pedro proyectan un último rayo de luz sobre la fe: «Por ello os alegráis, aunque ahora sea preciso padecer un poco en pruebas diversas; así la autenticidad de vuestra fe, más preciosa que el oro, que, aunque es perecedero, se aquilata a fuego, merecerá premio, gloria y honor en la revelación de Jesucristo; sin haberlo visto lo amáis y, sin contemplarlo todavía, creéis en él y así os alegráis con un gozo inefable y radiante, alcanzando así la meta de vuestra fe; la salvación de vuestras almas» (1 P 1, 6-9). La vida de los cristianos conoce la experiencia de la alegría y el sufrimiento. Cuántos santos han experimentado la soledad. Cuántos creyentes son probados también en nuestros días por el silencio de Dios, mientras quisieran escuchar su voz consoladora. Las pruebas de la vida, a la vez que permiten comprender el misterio de la Cruz y participar en los sufrimientos de Cristo (cf. Col 1, 24), son preludeo de la alegría y la esperanza a la que conduce la fe: «Cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Co 12, 10). Nosotros creemos con firme certeza que el Señor Jesús ha vencido el mal y la muerte. Con esta segura confianza nos encomendamos a él: presente entre nosotros, vence el poder del maligno (cf. Lc 11, 20), y la Iglesia, comunidad visible de su misericordia, permanece en él como signo de la reconciliación definitiva con el Padre.

Confiemos a la Madre de Dios, proclamada «bienaventurada porque ha creído» (Lc 1, 45), este tiempo de gracia.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 11 de octubre del año 2011, séptimo de mi Pontificado.

BENEDICTUS PP. XVI

**DISCURSO DE BENEDICTO XVI EN EL ENCUENTRO
CON SACERDOTES, RELIGIOSOS,
RELIGIOSAS Y SEMINARISTAS EN EL SEMINARIO
DE SAN GALL (OUIDAH - BENIN)¹**

*Señores Cardenales,
Mons. N’Koué, responsable de la formación sacerdotal,
queridos hermanos en el episcopado y el sacerdocio,
queridos religiosos y religiosas,
queridos seminaristas y queridos fieles laicos,*

Gracias Monseñor N’Koué por las hermosas palabras que me ha dirigido, y gracias también, querido seminarista, por las tuyas tan acogedoras y deferentes. Es para mí una gran alegría encontrarme de nuevo, en medio de vosotros, en Ouidah, y particularmente en este seminario puesto bajo la protección de Santa Juana de Arco y dedicado a san Galo, hombre de virtudes brillantes, monje deseoso de perfección, pastor lleno de dulzura y humildad. ¿Qué más noble que tener como modelo su figura, así como la de Monseñor Louis Parisot, apóstol infatigable de los pobres y promotor del clero local, la del Padre Thomas Moulero, primer sacerdote del Dahomey de antaño, y la del Cardenal Bernardin Gantin, hijo eminente de vuestra tierra y humilde servidor de la Iglesia?

Nuestro encuentro de esta mañana me ofrece la ocasión para expresaros directamente mi gratitud por vuestro compromiso pastoral. Doy gracias a Dios por vuestro celo, no obstante las condiciones a veces difíciles en las que estáis llamados a testimoniar su amor. Y le doy gracias también por tantos hombres y mujeres que han anunciado el Evangelio en la tierra de Benín, así como en toda África.

¹ Recogemos aquí dos intervenciones de Benedicto XVI en su visita apostólica a la República de Benín, los días 18-20 de noviembre.

Dentro de poco firmaré la Exhortación apostólica postsinodal *Africae munus*. En ella se aborda el tema de la paz, la justicia y la reconciliación. Estos tres valores se imponen como un ideal evangélico fundamental en la vida bautismal y requieren una sana aceptación de vuestra identidad de sacerdotes, consagrados y fieles laicos.

Queridos sacerdotes, la responsabilidad de promover la paz, la justicia y la reconciliación, os incumbe de una manera muy particular. En efecto, por la sagrada ordenación que recibisteis, y por los sacramentos que celebráis, estáis llamados a ser hombres de comunión. Así como el cristal no retiene la luz, sino que la refleja y la devuelve, de igual modo el sacerdote debe dejar transparentar lo que celebra y lo que recibe. Por tanto os animo a dejar transparentar a Cristo en vuestra vida con una auténtica comunión con el obispo, con una bondad real hacia vuestros hermanos, una profunda solicitud por cada bautizado y una gran atención hacia cada persona. Dejándoos modelar por Cristo, no cambiéis jamás la belleza de vuestro ser sacerdotes por realidades efímeras, a veces malsanas, que la mentalidad contemporánea intenta imponer a todas las culturas. Os exhorto, queridos sacerdotes, a no subestimar la grandeza insondable de la gracia divina depositada en vosotros y que os capacita a vivir al servicio de la paz, la justicia y la reconciliación.

Queridos religiosos y religiosas, de vida activa y contemplativa, la vida consagrada es un seguimiento radical de Jesús. Que vuestra opción incondicional por Cristo os conduzca a un amor sin fronteras por el prójimo. La pobreza y la castidad os hagan verdaderamente libres para obedecer incondicionalmente al único Amor que, cuando os alcanza, os impulsa a derramarlo por todas partes. Pobreza, obediencia y castidad aumenten en vosotros la sed de Dios y el hambre de su Palabra, que, al crecer, se convierte en hambre y sed para servir al prójimo hambriento de justicia, paz y reconciliación. Fielmente vividos, los consejos evangélicos os transforman en hermano universal o en hermana de todos, y os ayudan a avanzar con determinación por el camino de la santidad. Llegaréis si estáis convencidos de que para vosotros la vida es Cristo (cf. *Flp* 1,21), y hacéis de vuestras comunidades reflejo de la gloria de Dios y lugares donde no tenéis otra deuda con nadie,

sino la del amor mutuo (cf. *Rm* 13,8). Con vuestros carismas propios, vividos con un espíritu de apertura a la catolicidad de la Iglesia, podéis contribuir a una expresión armoniosa de la inmensidad de los dones divinos al servicio de toda la humanidad.

Me dirijo ahora a vosotros, queridos seminaristas, os animo a poneros en la escuela de Cristo para adquirir las virtudes que os ayudarán a vivir el sacerdocio ministerial como el lugar de vuestra santificación. Sin la lógica de la santidad, el ministerio no es más que una simple función social. La calidad de vuestra vida futura depende de la calidad de vuestra relación personal con Dios en Jesucristo, de vuestros sacrificios, de la feliz integración de las exigencias de vuestra formación actual. Ante los retos de la existencia humana, el sacerdote de hoy como el de mañana – si quiere ser testigo creíble al servicio de la paz, la justicia y la reconciliación – debe ser un hombre humilde y equilibrado, prudente y magnánimo. Después de 60 años de vida sacerdotal, os puedo asegurar, queridos seminaristas, que no lamentaréis haber acumulado durante vuestra formación tesoros intelectuales, espirituales y pastorales.

En cuanto a vosotros, queridos fieles laicos que, en el corazón de las realidades cotidianas de la vida, estáis llamados a ser *sal de la tierra y luz del mundo*, os exhorto a renovar también vuestro compromiso por la justicia, la paz y la reconciliación. Esta misión requiere en primer lugar fe en la familia, construida según el designio de Dios, y una fidelidad a la esencia misma del matrimonio cristiano. Exige también que vuestras familias sean verdaderas «iglesias domésticas». Gracias a la fuerza de la oración, «se transforma y se mejora gradualmente la vida personal y familiar, se enriquece el diálogo, se transmite la fe a los hijos, se acrecienta el gusto de estar juntos y el hogar se une y consolida más».² Haciendo reinar en vuestras familias el amor y el perdón, contribuís a la edificación de una Iglesia fuerte y hermosa, y a que haya más justicia y paz en toda la sociedad. En este sentido, os animo, queridos padres, a tener un respeto profundo por la vida y a testimoniar ante vuestros hijos los valores humanos y espirituales. Y me complace recordar aquí que el Papa Juan Pablo II fundó hace 10 años en Coto-

2 Mensaje del Santo Padre Benedicto XVI a los participantes en el rezo del santo rosario con ocasión del VI Encuentro Mundial de las Familias en Ciudad de México, el 17 de enero de 2009.

nou, en un Instituto que lleva su nombre, una sección para el África francófona, con el fin de contribuir a la reflexión y pastoral sobre el matrimonio y la familia. Finalmente, exhorto especialmente a los catequistas, estos valientes misioneros en el corazón de las realidades más humildes, a ofrecer siempre, con una esperanza y determinación indefectibles, su ayuda singular y del todo necesaria para la propagación de la fe en fidelidad a las enseñanzas de la Iglesia (cf. *Ad gentes*, 17).

Para concluir mi encuentro con vosotros, quisiera exhortaros a una fe auténtica y viva, fundamento inquebrantable de una vida cristiana santa y al servicio de la edificación de un mundo nuevo. El amor por el Dios revelado y por su Palabra, el amor por los sacramentos y por la Iglesia, son un antídoto eficaz contra los sincretismos que extravían. Este amor favorece una justa integración de los valores auténticos de las culturas en la fe cristiana. Libera del ocultismo y vence los espíritus maléficos, porque se mueve por la potencia misma de la Santa Trinidad. Vivido profundamente, este amor es también un fermento de comunión que rompe todas las barreras, favoreciendo así la edificación de una Iglesia en la que no haya segregación entre los bautizados, pues todos son uno en Cristo Jesús (cf. *Ga* 3, 28). Con gran confianza, cuento con cada uno de vosotros, sacerdotes, religiosos y religiosas, seminaristas y fieles laicos, para hacer vivir esta Iglesia. En prenda de mi cercanía espiritual y paternal, y confiándoos a la Virgen María, invoco sobre todos vosotros, vuestros familiares, los jóvenes y los enfermos, la abundancia de las bendiciones divinas.

[En lengua fon] Que el Señor os colme de sus gracias.

DISCURSO A LOS OBISPOS EN COTONÚ

Señores Cardenales,

Querido Monseñor Ganyé, Presidente de la Conferencia Episcopal de Benín

Queridos hermanos en el episcopado

Es una gran dicha encontraros juntos esta tarde, a vosotros que sois los pastores de la Iglesia Católica en Benín. Agradezco al presidente de la Conferencia Episcopal, Monseñor Anthony Ganyé, Arzobispo de Cotonou, las palabras fraternas que me acaba de dirigir en nombre todos. Me complace poder dar gracias juntos al Señor, cuando se celebra el 150 aniversario del comienzo de la evangelización de su país. En efecto, el 18 de abril de 1861 desembarcaron en Ouidah los primeros misioneros de la Sociedad de Misiones Africanas, comenzando así una nueva página del anuncio del Evangelio en África Occidental. La Iglesia está especialmente agradecida a todos los misioneros, obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, así como a los laicos que, originarios del país o venidos de otras tierras, los han sucedido desde entonces hasta hoy. Ellos entregaron generosamente su vida, a veces de manera heroica, para que el amor de Dios fuera anunciado a todos.

Esta celebración jubilar ha de ser para las comunidades y para cada uno de sus miembros ocasión de una profunda renovación espiritual. Y, como pastores del Pueblo de Dios, es vuestra responsabilidad discernir su perfil a la luz de la Palabra de Dios. El Año de la fe, que he querido promulgar para el quincuagésimo aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, será sin duda una buena oportunidad para fomentar en los fieles el redescubrimiento y profundización de su fe en la persona del Salvador de los hombres. En efecto, si desde hace 150 años unos hombres y mujeres han tenido el valor de darlo todo por servir el Evangelio, es porque han aceptado poner a Cristo en el centro

de su vida. Este mismo planteamiento debe estar hoy en el centro de la vida de toda la Iglesia. Nos debe guiar el rostro crucificado y glorioso de Cristo, para testimoniar a todos su amor por el mundo.

Esta actitud requiere de una conversión constante para dar una fuerza nueva a la dimensión profética de nuestro anuncio. Incumbe a quienes han recibido la misión de guiar al Pueblo de Dios el promoverla y ayudar a discernir los signos de la presencia de Dios en el corazón de las personas y de los acontecimientos. Que todos los fieles tengan un encuentro personal y comunitario con Cristo para convertirse en sus mensajeros. Este encuentro con Cristo debe estar firmemente arraigado en la escucha y meditación de la Palabra de Dios. En efecto, la Escritura debe ocupar un puesto central en la vida de la Iglesia y de cada cristiano. Os animo, pues, a hacer de su redescubrimiento una fuente de renovación constante, para que ella unifique la vida cotidiana de los fieles y sea cada vez más el corazón de la actividad eclesial.

La Iglesia no puede guardarse la Palabra de Dios para sí sola; ella tiene por vocación anunciarla al mundo. Este Año Jubilar debe ser para la Iglesia en Benín una oportunidad privilegiada para dar nuevo vigor a su conciencia misionera. El celo apostólico que debe animar a todos los fieles se deriva directamente de su bautismo y, por tanto, no pueden eludir la responsabilidad de confesar su fe en Cristo y su Evangelio donde quiera que se hallen y en su vida diaria. Los obispos y sacerdotes, por su parte, están llamados a despertar esta conciencia en las familias, parroquias, comunidades y los diversos movimientos eclesiales. Por otro lado, quisiera destacar una vez más con admiración el papel de los catequistas en la actividad misionera de vuestras diócesis. Además, como ya he dicho en la Exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini*, «La Iglesia no puede limitarse en modo alguno a una pastoral de "mantenimiento" para los que ya conocen el Evangelio de Cristo. El impulso misionero es una señal clara de la madurez de una comunidad eclesial» (n. 95). La Iglesia debe dirigirse a todos. Y les animo a continuar sus esfuerzos con el fin de compartir el personal misionero con las diócesis de menores recursos, tanto en su propio país como en otros países de África o de los continentes más lejanos. No tengan miedo de suscitar vocaciones misioneras de sacerdotes, re-

ligiosos y religiosas o de laicos.

Para que el mundo crea en la Palabra que la Iglesia anuncia, es indispensable que los discípulos de Cristo estén unidos entre sí (cf. Jn 17,21). Como guías y pastores de vuestro pueblo, estáis llamados a tener una viva conciencia de la hermandad sacramental que os une, y de la única misión se os ha encomendado, para ser efectivamente signos y promotores de unidad en vuestras diócesis. Respecto a vuestros presbíteros, debe prevalecer una actitud de escucha, de atención personal y paternal, para que ellos, conscientes del aprecio que les tenéis, vivan con serenidad y sinceridad su vocación sacerdotal, la hagan brillar en su entorno con gozo y ejerzan fielmente sus tareas. Os invito, pues, a ayudar a los sacerdotes y a los fieles a redescubrir, también ellos, la belleza del sacerdocio y su ministerio. Las dificultades que se encuentran, y que a veces pueden ser serias, nunca han de ser motivo de desesperación, sino, por el contrario, convertirse en incentivo para fomentar en los sacerdotes y los obispos una profunda vida espiritual que llene su corazón con un amor cada vez más grande por Cristo y un celo desbordante por la santificación del Pueblo de Dios. Un fortalecimiento de los lazos de hermandad y amistad entre todos será también un apoyo importante, al facilitar el progreso en la búsqueda de un florecimiento espiritual y humano.

Queridos hermanos en el episcopado, la formación de los futuros sacerdotes de vuestras diócesis es algo que os preocupa de manera particular. Os animo ardientemente a hacer de esto una de vuestras prioridades pastorales. Es indispensable una sólida formación humana, intelectual y espiritual de los jóvenes que les permita alcanzar un equilibrio personal, psicológico y afectivo, que los prepare para aceptar la realidad de la vida sacerdotal, particularmente en el campo relacional. Por lo demás, como he dicho en la carta dirigida recientemente a todos los seminaristas, «lo más importante en el camino hacia el sacerdocio, y durante toda la vida sacerdotal, es la relación personal con Dios en Jesucristo. El sacerdote [...] es el mensajero de Dios entre los hombres. Quiere llevarlos a Dios, y que así crezca la comunión entre ellos» (n. 1). En esta perspectiva, pues, los seminaristas deben aprender a vivir en contacto constante con Dios. Por eso, una de las responsabilidades im-

portantes que incumbe a los obispos es la selección de los formadores. Y os exhorto a ejercerla con prudencia y discernimiento. Los formadores, contando siempre con las cualidades humanas e intelectuales necesarias, han de esmerarse por el progreso en su propio camino de santidad, así como el de los jóvenes a los que deben ayudar en su búsqueda de la voluntad de Dios para su vidas.

El ministerio episcopal, al que el Señor os ha llamado, tiene sus alegrías y sus penas. Al encontrarme con vosotros esta tarde, quisiera dejar a cada uno un mensaje de esperanza. Durante los últimos 150 años, el Señor ha hecho grandes cosas en el pueblo beninés. Tened la seguridad de que sigue acompañándoos cada día en vuestro compromiso al servicio de la evangelización. Sed siempre pastores según el corazón de Dios, auténticos servidores del Evangelio. Esto es lo que los hombres y mujeres de nuestro tiempo esperan de vosotros.

Queridos hermanos en el episcopado, al término de este encuentro, me gustaría expresarles mi gran alegría por volver a tierras africanas, y especialmente a Benín, en esta doble ocasión de la

celebración del ciento cincuenta aniversario de la evangelización de vuestro país y la entrega de la Exhortación postsinodal *Africae munus*. Quisiera darles las gracias, y por su medio a todo el pueblo de Benín, por la cálida acogida –diría simplemente, «la hospitalidad africana»–, que me han deparado. Encomiendo a la Virgen María, Nuestra Señora de África, a cada una de sus diócesis, así como a ustedes y a su ministerio episcopal. Que Ella proteja a todo el pueblo de Benín. De todo corazón les imparto una afectuosa Bendición Apostólica, así como a los sacerdotes, religiosos y religiosas, catequistas y a todos los fieles de sus diócesis.

EXHORTACIÓN APOSTÓLICA POSTSINODAL AFRICAЕ MUNUS DEL PAPA BENEDICTO XVI A LOS OBISPOS, AL CLERO, A LAS PERSONAS CONSAGRADAS Y A LOS FIELES LAICOS SOBRE LA IGLESIA EN ÁFRICA AL SERVICIO DE LA RECONCILIACIÓN, LA JUSTICIA Y LA PAZ

«Vosotros sois la sal de la tierra...
Vosotros sois la luz del mundo»
(Mt 5, 13.14)

INTRODUCCIÓN

1. El compromiso de África con el Señor Jesús es un tesoro precioso que confío en este comienzo del tercer milenio a los Obispos, a los sacerdotes, a los diáconos permanentes, a las personas consagradas, a los catequistas y a los laicos de ese querido continente y de las islas vecinas. Esa misión comporta que África ahonde en la vocación cristiana. Invita a vivir, en nombre de Jesús, la reconciliación entre las personas y las comunidades, y a promover para todos la paz y la justicia en la verdad.

2. He deseado que la segunda Asamblea especial para África del Sínodo de los Obispos, celebrada del 4 al 25 octubre de 2009, estuviera en continuidad con la Asamblea de 1994 que quiso ser un «acontecimiento de esperanza y de resurrección, en el momento mismo en que las vicisitudes humanas parecían más bien empujar a África hacia el desánimo y la desesperación»¹. La Exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in Africa* de mi predecesor, el beato Juan Pablo II, recogía las orientaciones y las opciones pastorales de los Padres sinodales para

¹ Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal *Ecclesia in Africa* (14 septiembre 1995), 1: AAS 88 (1996), 5.

una nueva evangelización del continente africano. Convenía, al final del primer decenio de este tercer milenio, que se avivaran nuestra fe y nuestra esperanza para contribuir a construir una África reconciliada, por los caminos de la verdad y de la justicia, del amor y de la paz (cf. *Sal* 85,11). Con los Padres sinodales, recuerdo que «si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles» (*Sal* 127,1).

3. Los resultados más visibles del Sínodo de 1994 fueron una vitalidad eclesial excepcional y el desarrollo teológico de la Iglesia como familia de Dios². Para dar a la Iglesia de Dios en el continente africano y en las islas vecinas un impulso nuevo cargado de esperanza y de caridad evangélica, me pareció necesario convocar una segunda Asamblea sinodal. Sostenidas por la invocación cotidiana al Espíritu Santo y la plegaria de innumerables fieles, las sesiones sinodales han producido frutos que desearía transmitir con este documento a la Iglesia universal, y particularmente a la Iglesia en África³, para que sea verdaderamente «sal de la tierra» y «luz del mundo» (cf. *Mt* 5,13.14)⁴. Animada por una «fe que actúa por el amor» (*Ga* 5,6), la Iglesia desea aportar frutos de caridad: la reconciliación, la paz y la justicia (cf. *1 Co* 13,4-7). Esta es su misión específica.

4. Me ha impresionado la calidad de las intervenciones de los Padres sinodales y de otras personas que han participado en la Asamblea. El realismo y la clarividencia de su contribución han demostrado la madurez cristiana del continente. No han tenido miedo de enfrentarse a la verdad y han intentado sinceramente reflexionar sobre las posibles soluciones a los problemas que afrontan sus Iglesias particulares, y también la Iglesia universal. Han constatado también que las bendiciones de Dios, Padre de todos, son innumerables. Dios nunca abandona a su pueblo. No me parece necesario insistir en las diferentes situaciones sociopolíticas, étnicas, económicas o ecológicas que los africanos viven diariamente y que no se pueden ignorar. Los africanos conocen mejor que nadie cómo, demasiado a menudo desgraciadamente, esas

2 Cf. Primera Asamblea especial para África del Sínodo de los Obispos, Mensaje final (6 mayo 1994), 24-25; Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal *Ecclesia in Africa* (14 septiembre 1995), 63; AAS 88(1996), 39-40

3 Cf. Segunda Asamblea especial para África del Sínodo de los Obispos, Propositio 1.

4 Cf. Propositio 2.

situaciones son difíciles, confusas e incluso trágicas. Rindo homenaje a los africanos y a todos los cristianos de ese continente que las afrontan con decisión y dignidad. Desean, con razón, que esa dignidad sea reconocida y respetada. Puedo asegurarles que la Iglesia respeta y ama a África.

5. Ante los numerosos desafíos que África desea acometer para llegar a ser cada vez más una tierra prometedora, la Iglesia podría sufrir la tentación del desánimo, como Israel, pero nuestros antepasados en la fe nos han enseñado la actitud adecuada que se ha de adoptar. En este sentido, Moisés, el siervo del Señor, «por la fe... se mantuvo firme como si estuviera viendo al Dios invisible» (*Hb* 11,27). El autor de la *Carta a los Hebreos* nos lo recuerda: «La fe es seguridad de lo que se espera y prueba de lo que no se ve» (11,1). Exhorto, pues, a toda la Iglesia a mirar a África con fe y esperanza. Jesucristo, que nos ha invitado a ser «la sal de la tierra» y «la luz del mundo» (*Mt* 5,13.14), nos ofrece la fuerza del Espíritu para llevar a cabo ese ideal cada vez mejor.

6. Pienso que las palabras de Cristo: «*Vosotros sois la sal de la tierra... vosotros sois la luz del mundo*», tendrían que ser el hilo conductor del Sínodo, y también el del período postsinodal. Dirigiéndome al conjunto de los fieles africanos en Yaundé, les dije: «Por Jesús, hace dos mil años, Dios ha traído en persona la luz y la sal a África. Desde entonces, la semilla de su presencia está en el fondo de los corazones de este querido continente y germina poco a poco más allá y a través de los avatares de la historia humana de vuestra tierra»⁵.

7. La Exhortación apostólica *Ecclesia in Africa* ha hecho suya «la idea-guía de la Iglesia como Familia de Dios», y en ella los Padres sinodales «han reconocido una expresión de la naturaleza de la Iglesia particularmente apropiada para África. En efecto, la imagen pone el acento en la solicitud por el otro, la solidaridad, el calor de las relaciones, la acogida, el diálogo y la confianza»⁶. La Exhortación invita a las familias cristianas africanas a ser «iglesias domésticas»⁷ para ayudar

5 Discurso a los miembros del Consejo especial para África del Sínodo de los Obispos (Yaundé, 19 marzo 2009): AAS 101 (2009), 310.

6 Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal *Ecclesia in Africa* (14 septiembre 1995), 63: AAS 88 (1996), 39-40.

7 Cf. n. 92: AAS 88 (1996), 57-58; Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la

a sus comunidades respectivas a reconocer que pertenecen a un solo y mismo Cuerpo. Esta imagen es importante no sólo para la Iglesia en África, sino también para la Iglesia universal, en una época en que la familia está amenazada por quienes desean una vida sin Dios. Privar de Dios al continente africano, sería hacerlo morir poco a poco arrancándole su alma.

8. En la tradición viva de la Iglesia, como respuesta a las expectativas de la Exhortación apostólica *Ecclesia in Africa*⁸, considerar a la Iglesia como una familia y una fraternidad, es restaurar un aspecto de su patrimonio. En esa realidad en la que Jesucristo, «primogénito entre muchos hermanos» (*Rm* 8,29), ha reconciliado a todos los hombres con Dios Padre (cf. *Ef* 2,14-18) y le ha dado el Espíritu Santo (cf. *Jn* 20,22), la Iglesia se convierte a su vez en portadora de la Buena Nueva de la filiación divina de toda persona humana. Ella está llamada a transmitirla a toda la humanidad, proclamando la salvación que Cristo ha logrado para nosotros, celebrando la comunión con Dios y viviendo la fraternidad en la solidaridad.

9. La memoria de África conserva el dolor de las cicatrices dejadas por las luchas fratricidas entre etnias, por la esclavitud y la colonización. Todavía hoy, el continente se enfrenta a rivalidades, a nuevas formas de esclavitud y de colonización. La primera Asamblea especial lo había comparado a la víctima de los bandidos, dejada moribunda al lado del camino (cf. *Lc* 10,25-37). Por eso se ha podido hablar de la «marginación» de África. Una tradición nacida en tierra africana identifica al buen Samaritano con el mismo Señor Jesús e invita a la esperanza. En efecto, Clemente de Alejandría escribía: «¿Quién, más que él, ha tenido piedad de nosotros, que estábamos, por decirlo así, muertos por los poderes del mundo de las tinieblas, postrados por tantas heridas, temores, deseos, cóleras, tristezas, mentiras y placeres? El único médico de esas heridas es Jesús»⁹. Hay, pues, numerosos motivos para la esperanza y la acción de gracias. Así, por ejemplo, pese

Iglesia, 11; Id., Decr. *Apostolicam actuositatem*, sobre el apostolado de los laicos, 11; Juan Pablo II, Exhort. ap. *Familiaris consortio* (22 noviembre 1981), 21: AAS 74 (1982), 104-106.

8 Cf. n. 63: AAS 88 (1996), 57-58.

9 *Quis dives salvetur* 29: PG 9, 633.

a las grandes pandemias –como el paludismo, el sida, la tuberculosis y otras–, que diezman la población, y que la medicina trata siempre de erradicar con más eficacia, África conserva su alegría de vivir, de celebrar la vida que proviene del Creador, acogiendo nacimientos para que crezca la familia y la comunidad humana. Veo también un motivo de esperanza en el rico patrimonio intelectual, cultural y religioso que África posee. Ella desea preservarlo, explorarlo más y darlo a conocer al mundo. Se trata de una aportación esencial y positiva.

10. La segunda Asamblea sinodal para África abordó el tema de la reconciliación, de la justicia y de la paz. La rica documentación que me ha sido enviada tras las Sesiones –los *Lineamenta*, el *Instrumentum laboris*, los informes redactados antes y después de la discusiones y las aportaciones de los grupos de trabajo–, invita a «transformar la teología en pastoral, es decir, en un ministerio pastoral muy concreto, en el que las grandes visiones de la Sagrada Escritura y de la Tradición se aplican a la actividad de los obispos y de los sacerdotes en un tiempo y en un lugar determinados»¹⁰.

11. Por preocupación paternal y pastoral, dirijo, pues, este documento al África de hoy, que ha conocido los traumatismos y conflictos que sabemos. El hombre está marcado por su pasado, pero vive y camina en el hoy. Mira el futuro. Como el resto del mundo, África experimenta un torbellino cultural que afecta a los fundamentos milenarios de la vida social y hace difícil a veces el encuentro con la modernidad. En esta crisis antropológica con la que se enfrenta el continente africano, podrá hallar caminos de esperanza instaurando un diálogo entre los miembros de los ámbitos religiosos, sociales, políticos, económicos, culturales y científicos. Tendrá entonces que hallar y promover un concepto de la persona y de su relación con la realidad basada en una renovación espiritual profunda.

12. En la Exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in Africa*, Juan Pablo II subrayaba que «no obstante la civilización contemporánea de la “aldea global”, en África como en otras partes del mundo el espíritu de diálogo, paz y reconciliación está lejos de habitar en el corazón de

¹⁰ Discurso a la Curia Romana (21 diciembre 2009): AAS 102 (2010), 35.

todos los hombres. Las guerras, conflictos, actitudes racistas y xenóforas aún dominan demasiado el mundo de las relaciones humanas»¹¹. La esperanza, que caracteriza la vida auténticamente cristiana, recuerda que el Espíritu Santo actúa en todas partes, también en el continente africano, y que las fuerzas de la vida, que nacen del amor, vencen siempre las fuerzas de la muerte (cf. *Ct* 8,6-7). Por eso, los Padres sinodales han visto cómo las dificultades que encuentran en sus países respectivos y en las Iglesias particulares de África no son obstáculos que impidan avanzar, sino que más bien desafían lo mejor que hay en nosotros: la imaginación, la inteligencia, la vocación a seguir sin arreararse las huellas de Jesucristo, la búsqueda de Dios, «Amor eterno y Verdad absoluta»¹². Junto con todos los que intervienen en la sociedad africana, la Iglesia se siente llamada a hacer frente a dichos desafíos. Es, en cierta manera, como un imperativo del Evangelio.

13. Con este documento, deseo ofrecer los frutos y esperanzas del Sínodo, invitando a todos los hombres de buena voluntad a mirar a África con fe y amor, para ayudarla a que sea, por Cristo y por el Espíritu Santo, luz del mundo y sal de la tierra (cf. *Mt* 5,13-14). Un valioso tesoro está presente en el alma de África, donde veo un «inmenso "pulmón" espiritual para una humanidad que se halla en crisis de fe y esperanza»,¹³ gracias a la inaudita riqueza humana y espiritual de sus hijos, de sus culturas multicolores, de su suelo y subsuelo con riquezas inmensas. Sin embargo, para mantenerse en pie, con dignidad, África necesita oír la voz de Cristo que proclama hoy el amor al otro, incluso al enemigo, hasta la entrega de su propia sangre, y que ora hoy por la unidad y la comunión de todos los hombres en Dios (cf. *Jn* 17,20-21).

PRIMERA PARTE

«AHORA HAGO NUEVAS TODAS LAS COSAS» (*Ap* 21,5)

14. El Sínodo ha permitido discernir las líneas maestras de la misión

11 N. 79: AAS 88 (1996), 51.

12 Carta enc. *Caritas in veritate* (29 junio 2009), 1: AAS 101 (2009) 641.

13 Homilía en la apertura de la Segunda Asamblea especial para África del Sínodo de los Obispos (4 octubre 2009): AAS 101 (2009), 907.

para un África que desea la reconciliación, la justicia y la paz. Depende de las iglesias particulares traducir estas líneas en «fervientes propósitos y en líneas de acción concretas»¹⁴. En efecto, «en las Iglesias particulares es donde se pueden establecer aquellas indicaciones programáticas concretas –objetivos y métodos de trabajo, de formación y valorización de los agentes y la búsqueda de los medios necesarios– que permiten que el anuncio de Cristo llegue a las personas, modele las comunidades e incida profundamente mediante el testimonio de los valores evangélicos en la sociedad y en la cultura»¹⁵ africana.

CAPÍTULO I

Al servicio de la reconciliación, la justicia y la paz

I. Servidores auténticos de la Palabra de Dios

15. Un África que avanza, alegre y viva, manifiesta la alabanza de Dios. Como hacía notar san Ireneo: «La gloria de Dios, es el hombre viviente»; pero añade inmediatamente: «La vida del hombre, es la visión de Dios»¹⁶. Por eso, es tarea de la Iglesia todavía hoy el llevar el mensaje del Evangelio al corazón de las sociedades africanas, conducir a la visión de Dios. Como la sal da sabor a los alimentos, ese mensaje convierte a las personas que lo viven en auténticos testigos. Todos los que crecen así se hacen capaces de reconciliarse en Jesucristo. Se convierten en luz para sus hermanos. Por ello, con los Padres del Sínodo, invito «a la Iglesia [...] en África a dar testimonio en su servicio de la reconciliación, la justicia y la paz, como “sal de la tierra” y “luz del mundo”»,¹⁷ para que su vida responda a esta llamada: «Levántate, Iglesia en África, familia de Dios, porque te llama el Padre celestial».¹⁸

16. Es una dicha que Dios haya permitido celebrar el Segundo Sínodo para África inmediatamente después del dedicado a la Palabra

14 Juan Pablo II, Carta ap. *Novo millennio ineunte* (6 enero 2001), 3: AAS 93 (2001), 267.

15 *Ibíd.*, 29: AAS 93 (2001), 286.

16 *Adversus haereses*, IV, 20, 7: PG 7, 1037.

17 *Propositio* 34.

18 Homilía en la clausura de la Segunda Asamblea especial para África del Sínodo de los Obispos (25 octubre 2009): AAS 101 (2009), 918.

de Dios en la vida y la misión de la Iglesia. Este Sínodo había recordado el imperioso deber del discípulo de escuchar a Cristo que llama a través de su Palabra. Por ella, los fieles aprenden a escuchar a Cristo y a dejarse orientar por el Espíritu Santo que revela el sentido de todas las cosas (cf. *Jn* 16,13). En efecto, la «lectura y la meditación de la Palabra de Dios nos inserta más profundamente en Cristo y orientan nuestro ministerio de servidores de la reconciliación, la justicia y la paz»¹⁹. Como recuerda el Sínodo, «para convertirse en sus hermanos o hermanas se necesita ser “los hermanos que oyen la Palabra de Dios y la cumplen” (*Lc* 8,21). La escucha auténtica es obedecer y actuar, es hacer florecer en la vida la justicia y el amor, es dar tanto en la existencia como en la sociedad un testimonio en la línea de la llamada de los profetas que constantemente unía la Palabra de Dios y la vida, la fe y la rectitud, el culto y el compromiso social»²⁰. Escuchar y meditar la Palabra de Dios, es desear que ésta penetre y forme nuestra vida para reconciliarnos con Dios, para permitir que Dios nos conduzca a una reconciliación con el prójimo, camino necesario para la construcción de una comunidad de personas y de pueblos. Que la Palabra de Dios se encarne realmente en nuestro rostro y en nuestra vida.

II. Cristo en el corazón de la realidad africana: fuente de reconciliación, justicia y paz

17. Los tres conceptos principales del tema sinodal, a saber, la reconciliación, la justicia y la paz, han puesto al Sínodo ante su «responsabilidad teológica y social»²¹, y han permitido preguntarse también por el papel público de la Iglesia y su lugar en el espacio africano actual²². «Se podría decir que reconciliación y justicia son las dos condiciones esenciales de la paz que, por consiguiente, también definen en cierta medida su naturaleza».²³ La tarea que hemos de precisar no es

19 Propositio 46.

20 XII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, Mensaje final (24 octubre 2008), 10.

21 Discurso a la Curia Romana (21 diciembre 2009): AAS 102 (2010), 35.

22 Cf. Carta enc. *Caritas in veritate*, 5-9: AAS 101 (2009), 643-647.

23 Discurso a la Curia Romana (21 diciembre 2009): AAS 102 (2010), 35.

fácil, porque se sitúa entre el compromiso inmediato en política –que no corresponde a la competencia directa de la Iglesia– y el repliegue o la posible evasión en teorías teológicas y espirituales, corriendo así el peligro de resultar una huida frente a una responsabilidad concreta en la historia humana.

18. «La paz os dejo, mi paz os doy», dice el Señor, que añade: «No os la doy como la da el mundo» (*Jn 14,27*). La paz de los hombres conseguida sin la justicia es ilusoria y efímera. La justicia de los hombres que no brote de la reconciliación por la «verdad del amor» (cf. *Ef 4,15*) queda inacabada; no es auténtica justicia. El amor de la verdad –«la verdad plena» a la que sólo el Espíritu puede llevarnos (cf. *Jn 16,13*)– es la que traza el camino que toda justicia humana ha de seguir para conseguir restaurar los lazos fraternos en la «familia humana, comunidad de paz»²⁴, reconciliada con Dios por Cristo. La justicia no es algo desencarnado. Hunde necesariamente sus raíces en la coherencia humana. Una caridad que no respete la justicia y el derecho de todos, es errónea. Animo a los cristianos, pues, a ser ejemplares en lo que toca a la justicia y la caridad (cf. *Mt 5,19-20*).

A. «Dejaos reconciliar con Dios» (2 Co 5,20b)

19. «Reconciliación es un concepto pre-político y una realidad pre-política, que precisamente por eso es de suma importancia para la tarea de la política misma. Si no se crea en los corazones la fuerza de la reconciliación, el compromiso político por la paz se queda sin su presupuesto interior. En el Sínodo, los Pastores de la Iglesia se comprometieron en favor de la purificación interior del hombre, que es la condición preliminar esencial para la edificación de la justicia y de la paz. Pero esa justificación y maduración interior hacia una verdadera humanidad no pueden existir sin Dios»²⁵.

20. En efecto, la gracia de Dios es la que nos da un corazón nuevo y nos reconcilia con Él y con los otros²⁶. Es Cristo quien ha restaurado

24 Mensaje para la celebración de la Jornada mundial de la Paz 2008: AAS 100 (2008), 38-45.

25 Discurso a la Curia Romana (21 diciembre 2009): AAS 102 (2010), 37.

26 Cf. Propositio 5.

la humanidad en el amor del Padre. La reconciliación tiene, pues, su fuente en este amor; nace de la iniciativa del Padre de reanudar la relación con la humanidad, relación rota por el pecado del hombre. En Jesucristo, «en su vida y su ministerio, pero sobre todo en su muerte y resurrección, san Pablo ve a Dios Padre reconciliando consigo al mundo (todas las cosas en el cielo y la tierra), sin tener en cuenta ya los pecados de la humanidad (2 Co 5,19; Rm 5,10; Col 1,21-22). El Apóstol ve cómo Dios Padre reconcilia a judíos y gentiles consigo mismo en un solo cuerpo a través de la cruz (Ef 2,16). San Pablo ve también a Dios reconciliar a judíos y gentiles, creando un hombre nuevo en lugar de dos pueblos (Ef 2,15; 3,6). Así, la experiencia de la reconciliación establece una comunión en dos niveles: la comunión entre Dios y la humanidad; y a partir de la experiencia de reconciliación, nos convierte (a la humanidad reconciliada) “en embajadores de la reconciliación”. Se restablece también la comunión entre los hombres»²⁷. «La reconciliación, por lo tanto, no se limita a Dios que en Cristo atrae a sí a una humanidad alienada y pecadora, a través del perdón de los pecados y el amor. También es la restauración de las relaciones entre las personas conciliando las diferencias y eliminando los obstáculos en sus relaciones, gracias a su experiencia del amor de Dios»²⁸. La parábola del hijo pródigo lo explica cuando el evangelista nos presenta en el retorno del hijo menor, es decir en su conversión, la necesidad de reconciliarse, por un lado, con su padre y, por otro, con su hermano mayor por la mediación del padre (cf. Lc 15,11-32). Hay testimonios conmovedores de los fieles de África, «testimonios concretos de sufrimientos y de reconciliación en las tragedias de la historia reciente del continente»²⁹ que muestran el poder del Espíritu Santo que transforma los corazones de las víctimas y de sus verdugos para restablecer la fraternidad³⁰.

21. En efecto, sólo una auténtica reconciliación engendra una paz duradera en la sociedad. Ciertamente, sus protagonistas son las autoridades gubernamentales y los jefes tradicionales, pero también los

27 Relatio ante disceptationem, II, a.

28 Ibid.

29 Discurso a la Curia Romana (21 diciembre 2009): AAS 102 (2010), 35.

30 Cf. Homilía en la clausura de la Segunda Asamblea especial para África del Sínodo de los Obispos (25 octubre 2009): AAS 101 (2009), 916.

simples ciudadanos. Después de un conflicto, la reconciliación, gestionada y llevada a cabo a menudo en el silencio y la discreción, restaura la unión de los corazones y la convivencia serena. Gracias a ella, tras largos períodos de guerra, las naciones encuentran la paz, y sociedades profundamente heridas por la guerra civil o el genocidio reconstruyen su unidad. Dando y acogiendo el perdón³¹ se ha podido sanar la memoria herida de personas o de comunidades, y familias antes divididas hayan encontrado la armonía. «La reconciliación supera las crisis, restaura la dignidad de las personas y abre el camino al desarrollo y a la paz estable entre los pueblos a todos los niveles»³², han podido subrayar los Padres del Sínodo.

Para llegar a ser efectiva, esta reconciliación deberá ir acompañada de un gesto valiente y honrado: buscar a los responsables de esos conflictos, de los que han ordenado los crímenes y se han entregado a toda clase de componendas, determinando su responsabilidad. Las víctimas tienen derecho a la verdad y a la justicia. Es importante actualmente y para el futuro purificar la memoria para construir una sociedad mejor en la que estas tragedias no se vuelvan a repetir.

B. Ser justos y construir un orden social justo

22. Ciertamente, la construcción de un orden social justo es en primera instancia una tarea de la política.³³ Sin embargo, una de las tareas de la Iglesia en África consiste en formar conciencias rectas y receptivas a las exigencias de la justicia, para que sean cada vez más los hombres y mujeres comprometidos y capaces de realizar ese orden social justo por medio de su conducta responsable. El modelo por excelencia, a partir del cual la Iglesia piensa y razona, y que propone a todos, es Cristo.³⁴ Según su doctrina social, «la Iglesia no tiene soluciones técnicas que ofrecer y no pretende “de ninguna manera mezclarse en la política de los Estados”». No obstante, tiene una misión de verdad

31 Cf. Juan Pablo II, Mensaje para la celebración de la Jornada mundial de la Paz 1997, 1: AAS 89 (1997), 1

32 Propositio 5.

33 Cf. Carta enc. *Deus caritas est* (25 diciembre 2005), 28: AAS 98 (2006), 238-240.

34 Cf. Propositio 14.

que cumplir [...] Esta misión de verdad es irrenunciable. Su doctrina social es una dimensión singular de este anuncio: está al servicio de la verdad que libera»³⁵.

23. Gracias a las Comisiones de Justicia y Paz, la Iglesia se ha comprometido en la formación cívica de los ciudadanos y en el acompañamiento del proceso electoral en diferentes naciones. Contribuye así a la educación de la población y a despertar su conciencia y sus responsabilidades ciudadanas. Este papel educativo concreto es apreciado por un gran número de países, que reconocen a la Iglesia como artífice de paz, agente de reconciliación y heraldo de la justicia. Conviene repetir que, distinguiendo el papel de los Pastores y el de los fieles laicos, la misión de la Iglesia no es de orden político.³⁶ Su función es educar al mundo en el sentido religioso proclamando a Cristo. La Iglesia desea ser signo y salvaguarda de la trascendencia de la persona humana. Por eso debe educar a los hombres a buscar la verdad suprema ante lo que ellos son y sus interrogantes, para encontrar soluciones justas a sus problemas³⁷.

1. *Vivir de la justicia de Cristo*

24. En el plano social, la conciencia humana se ve interpelada por las graves injusticias que hay en nuestro mundo en general, y en África en particular. Que una minoría confisque los bienes de la tierra en detrimento de pueblos enteros, es inaceptable porque es inmoral. La justicia obliga a «dar a cada uno lo suyo» – *ius suum unicuique tribuere*³⁸. Se trata, pues, de hacer justicia a los pueblos. África es capaz de asegurar a todos –personas y naciones del continente– las condiciones básicas que les permitan participar en el desarrollo³⁹. Los Africanos podrán así poner los talentos y las riquezas que Dios les ha dado al

35 Cf. Carta enc. *Caritas in veritate* (29 junio 2009), 9: AAS 101 (2009), 646-647.

36 Cf. Carta enc. *Deus caritas est* (25 diciembre 2005), 28-29: AAS 98 (2006), 238-240; Comisión teológica internacional, *Algunas cuestiones sobre la teología de la Redención* (29 noviembre 1994), 14-20.

37 Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 40; Consejo Pontificio Justicia y Paz, *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, 49-51.

38 Cf. Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, II-II, q. 58, a. 1.

39 Cf. Juan Pablo II, Carta enc. *Centesimus annus* (1 mayo 1991), 35: AAS 83 (1991), 837.

servicio de su tierra y de sus hermanos. La justicia, vivida en todas las dimensiones de la vida, privada y pública, económica y social, precisa ser sostenida por la subsidiaridad y la solidaridad y, más aún, estar animada por la caridad. «Según el principio de subsidiaridad, ni el Estado ni ninguna sociedad más amplia deben suplantar la iniciativa y la responsabilidad de las personas y de las corporaciones intermedias»⁴⁰. La solidaridad es garantía de la justicia y la paz, de la unidad, pues tiende a que «la abundancia de unos supla la falta de los otros»⁴¹. Y la caridad, que asegura el vínculo con Dios, va más lejos que la justicia distributiva. Porque si «la justicia es virtud que distribuye a cada uno su propio bien... no es la justicia del hombre la que sustrae el hombre al verdadero Dios»⁴².

25. Dios mismo nos muestra la verdadera justicia cuando, por ejemplo, vemos a Jesús entrar en la vida de Zaqueo y ofrecer así al pecador la gracia de su presencia (cf. *Lc* 19,1-10). ¿Cómo es la justicia de Cristo? Los testigos del encuentro con Zaqueo observan a Jesús (cf. *Lc* 19,7); su murmullo de reprobación manifiesta un *amor de la justicia*. Ignoran, sin embargo, *la justicia del amor* que se abre hasta el extremo, hasta hacer recaer sobre sí la «maldición» debida a los humanos, y recibir en cambio la «bendición» que es el don de Dios (cf. *Ga* 3,13-14). La justicia divina ofrece a la justicia humana, siempre limitada e imperfecta, el horizonte hacia el que debe tender para realizarse plenamente. Nos hace tomar conciencia, además, de nuestra propia indigencia, de la necesidad del perdón y la amistad de Dios. Es lo que vivimos en los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía que fluyen de la acción de Cristo. Esta acción nos introduce en una justicia en la que recibimos mucho más de lo que teníamos derecho a esperar porque, en Cristo, la caridad es el compendio de la Ley (cf. *Rm* 13,8-10).⁴³ Por Cristo, único modelo, el justo es invitado a entrar en el orden del amor-*agápē*.

40 Catecismo de la Iglesia Católica, 1894.

41 Lineamenta, 44.

42 San Agustín, *De civitate Dei*, XIX, 21, 1: PL 41, 649.

43 Cf. Mensaje para la Cuaresma 2010 (30 octubre 2009): *L'Osservatore Romano*, ed. en lengua española (7 febrero 2010), 11.

2. Un orden justo en la lógica de las Bienaventuranzas

26. El discípulo de Cristo, unido a su Maestro, debe contribuir a formar una sociedad justa en la que todos puedan participar activamente con sus propios talentos en la vida social y económica. Podrán ganar lo que les es necesario para vivir según su dignidad humana en una sociedad en la que la justicia será vivificada por el amor.⁴⁴ Cristo no propone una revolución de tipo social o político, sino la del amor, realizada en el don total de su persona en su muerte en la Cruz y su Resurrección. Sobre esta revolución del amor se fundan las Bienaventuranzas (cf. *Mt* 5,3-10). Éstas ofrecen el nuevo horizonte de justicia inaugurado en el misterio pascual, gracias al cual podemos llegar a ser justos y construir un mundo mejor. La justicia de Dios que nos revelan las Bienaventuranzas levanta a los humildes y abaja a los que se ensalzan. Se cumple verdaderamente en el reino de Dios, que llegará a su cumplimiento al final de los tiempos. Pero se manifiesta ya desde ahora, allí donde los pobres son consolados y admitidos al festín de la vida.

27. Según la lógica de las Bienaventuranzas, se ha de tener una atención preferencial con el pobre, el hambriento, el enfermo –por ejemplo de sida, tuberculosis o paludismo–, con el ex-tranjero, el humillado, el prisionero, el emigrante despreciado, el refugiado o el desplazado (cf. *Mt* 25,31-46). La respuesta a sus necesidades en la justicia y la caridad depende de todos. África espera esa atención de toda la familia humana así como de sí misma.⁴⁵ Pero deberá comenzar por introducir en su propio seno, y resueltamente, la justicia política, social y administrativa, elementos de la cultura política necesaria para el desarrollo y la paz. Por su parte, la Iglesia aportará su contribución específica apoyándose en la enseñanza de las Bienaventuranzas.

C. El amor en la verdad: fuente de paz

28. La perspectiva social que muestra el actuar de Cristo, fundada en el amor, trasciende el *minimum* que exige la justicia humana: es decir que se dé al otro lo que corresponda. La lógica interna del amor

44 Cf. *ibid.*

45 Cf. *Propositio* 17.

va más allá de esta justicia y llega hasta dar lo que se posee⁴⁶: «No amemos de palabra y con la boca, sino con hechos y de verdad» (1 Jn 3,18). Como su Maestro, el discípulo de Cristo irá aún más lejos, hasta el don de sí mismo por sus hermanos (cf. 1 Jn 3,16). Es el precio de la paz auténtica en Dios (cf. Ef 2,14).

1. Servicio fraterno concreto

29. Ni siquiera una sociedad desarrollada, puede prescindir del servicio fraterno animado por el amor. «Quien intenta desentenderse del amor se dispone a desentenderse del hombre en cuanto hombre. Siempre habrá sufrimiento que necesite consuelo y ayuda. Siempre habrá soledad. Siempre se darán también situaciones de necesidad material en las que es indispensable una ayuda que muestre un amor concreto al prójimo»⁴⁷. Es el amor lo que alivia los corazones heridos, solitarios, abandonados. Es el amor lo que crea la paz o la restablece en el corazón humano y la instaure entre los hombres.

2. La Iglesia como centinela

30. En la situación actual de África, la Iglesia está llamada a hacer oír la voz de Cristo. Desea seguir la recomendación de Jesús a Nicodemo, que se preguntaba por la posibilidad de renacer: «Tenéis que nacer de nuevo» (Jn3,7). Los misioneros han propuesto a los Africanos ese nuevo nacimiento «del agua y del espíritu» (Jn3,5), una Buena Noticia que toda persona tiene derecho a oír para realizar plenamente su vocación⁴⁸. La Iglesia en África vive de esa herencia. A causa de Cristo, y por fidelidad a su enseñanza de vida, se siente impulsada a estar presente allí donde la humanidad conoce el sufrimiento y a hacerse eco del grito silencioso de los inocentes perseguidos, o de los pueblos cuyos gobernantes hipotecan el presente y el futuro en nombre de

46 Cf. Carta enc. *Caritas in veritate* (29 junio 2009), 6: AAS 101 (2009), 644.

47 Carta enc. *Deus caritas est* (25 diciembre 2005), 28: AAS 98 (2006), 240.

48 Cf. Pablo VI, *Exhort. ap. Evangelii nuntiandi* (8 diciembre 1975), 53. 80: AAS 68 (1976), 41-42. 73-74; Juan Pablo II, Carta enc. *Redemptoris missio* (7 diciembre 1990), 46: AAS 83 (1991), 293.

intereses personales⁴⁹. Por su capacidad para reconocer el rostro de Cristo en el niño, el enfermo, el que sufre o el necesitado, la Iglesia contribuye a forjar lentamente pero con seguridad el África nueva. En su función profética, cada vez que los pueblos elevan su voz diciéndole: «Vigía, ¿qué queda de la noche?» (Jl 21,11), la Iglesia desea estar lista para dar razón de la esperanza que lleva en sí (cf. 1 P 3,15) porque una aurora nueva asoma al horizonte (cf. Ap 22,5). Sólo el rechazo de la deshumanización del hombre, y del conformismo –por miedo a la prueba o al martirio– servirá de verdad a la causa del Evangelio. «En el mundo tendréis luchas; pero tened valor: Yo he vencido al mundo» (Jn 16,33). La paz auténtica viene de Cristo (cf. Jn 14,27). No se parece a la del mundo. No es fruto de negociaciones y acuerdos diplomáticos basados en intereses. Es la paz de la humanidad reconciliada consigo misma en Dios, y de la que la Iglesia es el sacramento⁵⁰.

CAPÍTULO II

Los campos para la reconciliación, la justicia y la paz

31. Deseo ahora indicar algunos campos que los Padres del Sínodo han identificado para la misión actual de la Iglesia en su preocupación por ayudar a África a emanciparse de las fuerzas que la paralizan. ¿No dijo Cristo primeramente al paralítico: «Tus pecados están perdonados» y luego, «ponte en pie» (Lc 5,20.24)?

I. Atención a la persona humana

A. La *metanoia*: una auténtica conversión

32. Ante la situación del continente, la mayor preocupación de los miembros del Sínodo ha sido cómo grabar en el corazón de los africanos discípulos de Cristo la voluntad de comprometerse efectivamente en vivir el Evangelio en su existencia y en la sociedad. Cristo llama constantemente a la *metanoia*, a la conversión⁵¹. Los cristianos

49 Cf. Mensaje final, 36.

50 Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 1.

51 Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la Evangelización (3 diciembre 2007), 9: AAS 100 (2008), 497-498.

están marcados por el espíritu y las costumbres de su época y de su ambiente. Por la gracia del bautismo, están invitados a renunciar a las tendencias nocivas dominantes e ir contracorriente. Esto exige un compromiso decidido para «una conversión continua hacia el Padre, fuente de toda verdadera vida, el único capaz de liberarnos del mal, de toda tentación y mantenernos en su Espíritu, en un mismo combate contra las fuerzas del mal»⁵². La conversión sólo es posible apoyándose en convicciones de fe consolidadas por una catequesis auténtica. Conviene pues «mantener una relación viva entre el catecismo aprendido de memoria y el catecismo vivido, para llegar a una conversión de vida profunda y permanente»⁵³. La conversión se vive de manera especial en el Sacramento de la Reconciliación, al que se prestará una atención particular para que sea una verdadera «escuela del corazón». En esa escuela, el discípulo de Cristo se forja poco a poco en una vida cristiana adulta, atenta a las dimensiones teologales y morales de sus actos, haciéndose así capaz de «hacer frente a las dificultades de la vida social, política, económica y cultural»⁵⁴ y llevar una vida marcada por el espíritu evangélico. La contribución de los cristianos en África sólo será decisiva si la inteligencia de la fe llegará a la inteligencia de la realidad⁵⁵. Para ello, es indispensable la educación en la fe, de lo contrario Cristo no será más que un nombre suplementario adherido a nuestras teorías. La palabra y el testimonio van a la par⁵⁶. Pero el testimonio solo no es suficiente, porque «el más hermoso testimonio se revelará a la larga impotente si no es esclarecido, justificado –lo que Pedro llamaba dar “razón de vuestra esperanza” (1 P 3,15)–, explicitado por un anuncio claro e inequívoco del Señor Jesús».⁵⁷

B. Vivir la verdad del Sacramento de la Penitencia y la Reconciliación

52 Lineamenta, 48.

53 Propositio 43.

54 *Ibid.*

55 Cf. Discurso al Consejo Pontificio para los Laicos (21 mayo 2010): *L'Osservatore Romano*, ed. semanal en lengua española (30 mayo 2010), 3.

56 Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Ad gentes divinitus*, sobre la actividad misionera en la Iglesia, 15.

57 Pablo VI, *Exhort. ap. Evangelii nuntiandi* (8 diciembre 1975), 22: *AAS* 68 (1976), 20.

liación

33. Los miembros del Sínodo señalaron también que muchos cristianos en África adoptan una actitud ambigua frente a la celebración del Sacramento de la Reconciliación, mientras que estos mismos cristianos suelen ser muy escrupulosos en la aplicación de los ritos tradicionales de la reconciliación. Para ayudar a los fieles católicos a vivir un auténtico camino hacia la *metanoia* en la celebración de este Sacramento, en el que la mentalidad se oriente por completo al encuentro con Cristo,⁵⁸ sería bueno que los obispos hicieran un estudio serio de las ceremonias tradicionales africanas de reconciliación para evaluar los aspectos positivos y las limitaciones. En efecto, estas mediaciones pedagógicas tradicionales⁵⁹ no pueden sustituir al Sacramento en ninguna circunstancia. La Exhortación apostólica postsinodal Reconciliatio et paenitentia, del beato Juan Pablo II, señaló claramente el ministro y las formas del Sacramento de la Penitencia y la Reconciliación⁶⁰. Estas mediaciones pedagógicas tradicionales sólo pueden ayudar a reducir el desgarramiento sentido y vivido por algunos fieles, ayudándolos a abrirse con mayor profundidad y verdad a Cristo, el único gran Mediador, para recibir la gracia del Sacramento de la Penitencia. Celebrado con fe, este sacramento es suficiente para reconciliarnos con Dios y con el prójimo⁶¹. En definitiva, es Dios quien, en su Hijo, nos reconcilia con Él y con los demás.

C. Espiritualidad de comunión

34. La reconciliación no es un acto aislado, sino un largo proceso gracias al cual cada uno se ve restablecido en el amor, un amor que sana por la acción de la Palabra de Dios. Esta se convierte entonces en una forma de vivir, y a la vez en una misión. Para alcanzar una verdadera reconciliación, y llevar a la práctica la espiritualidad de comunión

⁵⁸ Cf. Propositio 9.

⁵⁹ Cf. Propositio 8.

⁶⁰ Cf. nn. 28-34: AAS 77 (1985), 250-273. Esta enseñanza ha sido confirmada por la Carta apostólica en forma de Motu proprio *Misericordia Dei* (2 mayo 2002): AAS 94 (2002), 452-459.

⁶¹ Cf. Propositio 7.

por la reconciliación, la Iglesia necesita testigos que estén profundamente arraigados en Cristo, y que se alimenten de su Palabra y de los Sacramentos. Así, aspirando a la santidad, estos testigos son capaces de implicarse en la obra de comunión de la Familia de Dios, comunicando al mundo, incluso con el martirio, el espíritu de reconciliación, de justicia y paz, a ejemplo de Cristo.

35. Quisiera recordar lo que el Papa Juan Pablo II proponía a toda la Iglesia como condiciones de una espiritualidad de comunión: ser capaces de reconocer la luz del misterio de la Trinidad también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado⁶²; estar atento, «al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico, considerándolo como “uno que me pertenece”, para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad»⁶³; la capacidad de reconocer lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como un don que Dios me hace a través de aquel que lo ha recibido, más allá de su persona, que se transforma entonces en un administrador de las gracias divinas; en fin, «saber “dar espacio” al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. Ga 6,2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos asechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias»⁶⁴.

De este modo, maduran hombres y mujeres de fe y de comunión, que dan prueba de valentía con la verdad y la abnegación, e iluminados por la alegría. Dan también un testimonio profético de una vida coherente con su fe. María, Madre de la Iglesia, que supo acoger la Palabra de Dios, es su modelo: por su escucha de la Palabra, Ella alcanzó a comprender las necesidades de los hombres y a interceder por ellos con compasión⁶⁵.

D. Inculturación del Evangelio y evangelización de la cultura

36. Para lograr esta comunión, sería bueno volver a examinar una

62 Cf. Juan Pablo II, Carta ap. *Novo millennio ineunte* (6 enero 2001), 43: AAS 93 (2001), 297.

63 *Ibid.*

64 *Ibid.*

65 Cf. *Propositio* 9.

necesidad mencionada durante la Primera Asamblea del Sínodo para África: un estudio exhaustivo de las tradiciones culturales africanas. Los miembros del Sínodo han constatado la existencia de una dicotomía entre ciertas prácticas tradicionales de las culturas africanas y las exigencias específicas del mensaje de Cristo. La preocupación por la relevancia y la credibilidad exige de la Iglesia un profundo discernimiento con vistas a identificar los aspectos culturales que obstaculizan la encarnación de los valores del Evangelio, así como los que los promueven⁶⁶.

37. Sin embargo, no debemos olvidar que el Espíritu Santo es el verdadero protagonista de la inculturación, «es el que precede, en modo fecundo, al diálogo entre la Palabra de Dios, revelada en Jesucristo, y las inquietudes más profundas que brotan de la multiplicidad de los hombres y de las culturas. Así continúa en la historia, en la unidad de una misma y única fe, el acontecimiento de Pentecostés, que se enriquece a través de la diversidad de lenguas y culturas».⁶⁷ Espíritu Santo actúa para que el Evangelio sea capaz de impregnar todas las culturas, sin dejarse atenuar por ninguna de ellas⁶⁸. Los Obispos se preocuparán de velar para que esta exigencia de inculturación se cumpla según las normas establecidas por la Iglesia. Discernir los elementos culturales y tradiciones contrarios al Evangelio ayudará a separar el trigo de la cizaña (cf. *Mt* 13,26). De este modo, el cristianismo, aunque permaneciendo fiel a sí mismo, con absoluta fidelidad al anuncio evangélico y a la tradición de la Iglesia, asumirá el rostro de las innumerables culturas y pueblos donde ha sido acogido y ha arraigado. Así, la Iglesia llegará a ser un icono del futuro que el Espíritu de Dios nos prepara⁶⁹, icono al que África ofrecerá su propia contribución. En esta obra de inculturación, tampoco hay que olvidar la tarea, igualmente esencial, de la evangelización del mundo de la cultura contemporánea africana.

38. Son conocidas las iniciativas de la Iglesia en la apreciación po-

66 Cf. Propositio 33.

67 Congregación para la Doctrina de la Fe, Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la evangelización (3 diciembre 2007), 6: AAS (2008), 494.

68 Cf. Pablo VI, Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi* (8 diciembre 1975), 19-20: AAS 68 (1976), 18-19.

69 Cf. Juan Pablo II, Carta ap. *Novo millennio ineunte* (6 enero 2001), 40: AAS 93 (2001), 295.

sitiva y en la preservación de las culturas africanas. Es muy importante continuar con esta tarea, dado que la entremezcla de los pueblos, aun siendo un enriquecimiento, frecuentemente debilita las culturas y las sociedades. Lo que está en juego en estos encuentros entre culturas es la identidad de las comunidades africanas. Hay que esforzarse, pues, en transmitir los valores que el Creador ha infundido en los corazones de los africanos desde la noche de los tiempos. Estos han servido de matriz para modelar sociedades que viven en una cierta armonía, porque llevan en su interior formas tradicionales de regular una convivencia pacífica. Por tanto, hay que dar relieve a estos elementos positivos, iluminándolos desde dentro (cf. *Jn* 8,12), para que el cristiano sea realmente alcanzado por el mensaje de Cristo, y de este modo la luz de Dios brille en los ojos de los hombres. Entonces, al ver las buenas obras de los cristianos, los hombres y las mujeres darán gloria «al Padre que está en el cielo» (*Mt* 5,16).

E. El don de Cristo: la Eucaristía y la Palabra de Dios

39. Más allá de las diferencias de origen o de cultura, el gran desafío que nos aguarda a todos es discernir en la persona humana, amada de Dios, el fundamento de una comunión que respete e integre las aportaciones particulares de las diversas culturas⁷⁰. «Debemos abrir realmente estas fronteras entre tribus, etnias y religiones a la universalidad del amor de Dios»⁷¹. Hombres y mujeres diferentes por su origen, cultura, lengua o religión pueden convivir armónicamente.

40. En efecto, el Hijo de Dios ha puesto su morada entre nosotros; ha derramado su sangre por nosotros. Cumpliendo su promesa de estar con nosotros hasta el fin del mundo (cf. *Mt* 28,20), se nos entrega cada día como alimento en la Eucaristía y en las Escrituras. En la Exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini*, escribí que «Palabra y Eucaristía se pertenecen tan íntimamente que no se puede comprender la una sin la otra: la Palabra de Dios se hace sacramental-

⁷⁰ Cf. Propositio 32.

⁷¹ Meditación al inicio de la Segunda Asamblea especial para África del Sínodo de los Obispos (5 octubre 2009): AAS 101 (2009), 924.

mente carne en el acontecimiento eucarístico. La Eucaristía nos ayuda a entender la Sagrada Escritura, así como la Sagrada Escritura, a su vez, ilumina y explica el misterio eucarístico»⁷².

41. En efecto, la Escritura Santa atestigua que la Sangre derramada de Cristo se transforma por el bautismo en el principio y el vínculo de una nueva fraternidad. Ésta es lo opuesto a la división, como el tribalismo, el racismo o el etnocentrismo (cf. *Ga* 3,26-28). La Eucaristía es la fuerza que congrega a los hijos de Dios dispersos y los mantiene en comunión⁷³, «puesto que por nuestras venas circula la misma Sangre de Cristo, que nos convierte en hijos de Dios, miembros de la Familia de Dios».⁷⁴ Al acoger a Jesús en la Eucaristía y en la Escritura, somos enviados al mundo para ofrecerle a Cristo, poniéndonos al servicio de los demás (cf. *Jn* 13,15; *1 Jn* 3,16).⁷⁵

II. La convivencia

A. La familia

42. La familia es el «santuario de la vida» y una célula vital de la sociedad y de la Iglesia. En ella es «donde se plasma el rostro de un pueblo y sus miembros adquieren las enseñanzas fundamentales. Ellos aprenden a amar en cuanto son amados gratuitamente, aprenden el respeto a las otras personas en cuanto son respetados, aprenden a conocer el rostro de Dios en cuanto reciben su primera revelación de un padre y una madre llenos de atenciones. Cuando faltan estas experiencias fundamentales, es el conjunto de la sociedad el que sufre violencia y se vuelve, a su vez, generador de múltiples violencias»⁷⁶.

43. La familia es ciertamente el lugar propicio para aprender y practicar la cultura del perdón, de la paz y la reconciliación. «En una vida

72 N. 55: AAS 102 (2010), 734-735.

73 Cf. Propositio 45.

74 Discurso a los miembros del Consejo especial para África del Sínodo de los Obispos (Yaundé, 19 marzo 2009): AAS 101 (2009), 313.

75 Cf. Exhort. ap. postsinodal *Sacramentum caritatis* (22 febrero 2007), 51: AAS 99 (2007), 144.

76 Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta a los Obispos de la Iglesia católica sobre la colaboración del hombre y la mujer en la Iglesia y el mundo (31 mayo 2004), 13: AAS 96 (2004), 682.

familiar “sana” se experimentan algunos elementos esenciales de la paz: la justicia y el amor entre hermanos y hermanas, la función de la autoridad manifestada por los padres, el servicio afectuoso a los miembros más débiles, porque son pequeños, ancianos o están enfermos, la ayuda mutua en las necesidades de la vida, la disponibilidad para acoger al otro y, si fuera necesario, para perdonarlo. Por eso, la familia es la primera e insustituible educadora de la paz». ⁷⁷ A causa de su importancia capital y de las amenazas que se ciernen sobre esta institución –la distorsión de la noción misma de matrimonio y familia, la infravaloración de la maternidad y la banalización del aborto, la facilitación del divorcio y el relativismo de una «nueva ética»–, la familia tiene necesidad de ser protegida y defendida ⁷⁸, para que preste ese servicio que la sociedad misma espera de ella, es decir, ofrecer hombres y mujeres capaces de construir un entramado social de paz y armonía.

44. Aliento vivamente a las familias, pues, a hallar inspiración y fuerza en el Sacramento de la Eucaristía, para vivir la novedad radical que Cristo ha traído al corazón de la vida cotidiana, novedad que lleva a cada uno a ser testigo capaz de difundir luz en su ambiente de trabajo y en toda la sociedad. «El amor entre el hombre y la mujer, la acogida de la vida y la tarea educativa son ámbitos privilegiados en los que la Eucaristía puede mostrar su capacidad de transformar la existencia y llenarla de sentido» ⁷⁹. No hay duda que participar en la Eucaristía dominical es una exigencia de la conciencia cristiana y que al mismo tiempo la forma ⁸⁰.

45. Por otra parte, reservar en la familia un lugar destacado para la oración, personal y comunitaria, significa respetar un principio esencial de la visión cristiana de la vida: el primado de la gracia. La oración nos recuerda constantemente el primado de Cristo y, unido a ello, el primado de la vida interior y de la santidad. El diálogo con Dios abre

⁷⁷ Mensaje para la celebración de la Jornada mundial de la Paz 2008, 3: AAS 100 (2008), 38-39.

⁷⁸ Cf. Propositio 38.

⁷⁹ Exhort. ap. postsinodal *Sacramentum caritatis* (22 febrero 2007), 79: AAS 99 (2007), 165-166.

⁸⁰ Cf. *ibid.*, 73.

el corazón al flujo de la gracia y permite que la Palabra de Cristo pase por nosotros con toda su fuerza. Para ello es necesario que en el seno de la familia se escuche asiduamente y se lea con atención la Santa Escritura⁸¹.

46. Más aún, «la misión educativa de la familia cristiana [es] como un verdadero ministerio, por medio del cual se transmite e irradia el Evangelio, hasta el punto de que la misma vida de familia se hace itinerario de fe y, en cierto modo, iniciación cristiana y escuela de los seguidores de Cristo. En la familia consciente de tal don, como escribió Pablo VI, “todos los miembros evangelizan y son evangelizados”. En virtud del ministerio de la educación los padres, mediante el testimonio de su vida, son los primeros mensajeros del Evangelio ante los hijos [...] Llegan a ser plenamente padres, es decir engendrados no sólo de la vida corporal, sino también de aquella que, mediante la renovación del Espíritu, brota de la Cruz y Resurrección de Cristo»⁸².

B. Los ancianos

47. En África, los ancianos gozan de una veneración especial. No son apartados de las familias o marginados, como en otras culturas. Al contrario, son estimados y están perfectamente integrados en su familia, de la que son la referencia más alta. Esta hermosa realidad africana debería servir de inspiración a la sociedad occidental, para que acoja la ancianidad con mayor dignidad. La Escritura Santa menciona a menudo a las personas mayores. «La mucha experiencia es la corona de los ancianos, y su orgullo es el temor del Señor» (*Si* 25,6). La ancianidad, a pesar de la fragilidad que parece caracterizarla, es un don que hay que vivir cotidianamente en la disponibilidad serena hacia Dios y el prójimo. Es también el tiempo de la sabiduría, porque en el tiempo vivido ha aprendido la grandeza y la precariedad de la existencia. Así, el anciano Simeón, como hombre de fe, proclama con entusiasmo y sabiduría no un adiós angustiado a la vida, sino una acción de gracias

81 Cf. Juan Pablo II, Carta ap. *Novo millennio ineunte* (6 enero 2001), 38-39: AAS 93 (2001) 293-294.

82 Id., Exhort. ap. *Familiaris consortio* (22 noviembre 1981), 39: AAS 74 (1982), 130-131; cf. Pablo VI, Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi* (8 diciembre 1975), 71: AAS 68 (1976), 60-61.

al Salvador del mundo (cf. *Lc* 2,25-32).

48. Las personas mayores pueden influir de diversos modos sobre la familia gracias a esta sabiduría, a veces difícil de adquirir. Su experiencia les lleva naturalmente no sólo a colmar la diferencia, sino también a afirmar la necesidad de la interdependencia humana. Son un tesoro para todos los miembros de la familia, sobre todo para las parejas jóvenes y los niños que encuentran en ellas comprensión y amor. No siendo sólo transmisores de la vida, contribuyen por su comportamiento a consolidar su hogar (cf. *Tt* 2,2-5) y, por su oración y su vida de fe, a enriquecer espiritualmente a todos los miembros de su familia y de la comunidad.

49. Con frecuencia, la estabilidad y el orden social están confiados en África todavía a un consejo de ancianos o a jefes tradicionales. De esta manera, los ancianos contribuyen eficazmente a la edificación de una sociedad cada vez más justa que mira hacia adelante, no a través de experimentos, a veces arriesgados, sino gradualmente y con un prudente equilibrio. Los ancianos contribuyen así a la reconciliación de las personas y las comunidades por su sabiduría y experiencia.

50. La Iglesia mira con gran estima a las personas mayores. Deseo volver a deciros, con el beato Juan Pablo II: «La Iglesia os necesita. Pero también la sociedad civil necesita de vosotros [...] Sabed emplear generosamente el tiempo que tenéis a disposición y los talentos que Dios os ha concedido [...] Contribuid a anunciar el Evangelio [...] Dedicad tiempo y energías a la oración».⁸³

C. Los hombres

51. Los hombres tienen su propia misión en la familia. Como esposos y padres, mediante la relación conyugal y la educación de los hijos ejercen la noble responsabilidad de aportar valores necesarios para la sociedad.

52. Con los Padres sinodales, animo a los hombres católicos a colaborar activamente en sus familias a la educación humana y cristiana

⁸³ Juan Pablo II, Homilía en el Jubileo para la tercera edad (17 septiembre 2000), 5: AAS 92 (2000), 876; cf. Id., Carta a los ancianos (1 octubre 1999): AAS 92 (2000), 186-204.

de los hijos, al respeto y a la protección de la vida desde el momento de su concepción⁸⁴. Les invito a instaurar un estilo de vida cristiano, enraizado y fundado en el amor (cf. *Ef 3,17*). Con san Pablo, les repito: «Amad a vuestras mujeres como Cristo amó a su Iglesia. Él se entregó a sí mismo por ella [...] Así deben también los maridos amar a sus mujeres, como cuerpos suyos que son. Amar a su mujer es amarse a sí mismo. Pues nadie jamás ha odiado su propia carne, sino que le da alimento y calor, como Cristo hace con la Iglesia» (*Ef 5,25.28-29*). No temáis hacer visible y palpable que no hay amor más grande que dar la vida por quien se ama (cf. *Jn 15,13*), es decir, y en primer lugar, por la esposa y los hijos. Cultivad una alegría serena en vuestro hogar. El matrimonio es un «don del Señor», decía san Fulgencio de Ruspe⁸⁵. El respeto a la dignidad inviolable de cada persona humana será un antídoto eficaz contra las prácticas tradicionales contrarias al Evangelio y vejatorias particularmente para la mujer.

53. Al manifestar y vivir en la tierra la paternidad misma de Dios (cf. *Ef 3,15*), estáis llamados a garantizar el desarrollo personal de todos los miembros de la familia, cuna y medio más eficaz para humanizar la sociedad, lugar de encuentro de varias generaciones⁸⁶. Que por la dinámica creadora de la Palabra de Dios misma, crezca vuestro sentido de responsabilidad hasta comprometeros concretamente en la Igle-

84 Cf. Mensaje final, 26.

85 Epistula1, 11: PL 65, 306C.

86

sia⁸⁷. La Iglesia tiene necesidad de testigos convencidos y eficaces de la fe que promuevan la reconciliación, la justicia y la paz y colaboren entusiasta y decididamente a la transformación del entorno familiar y de la sociedad en su conjunto⁸⁸. Con vuestro trabajo que permite asegurar regularmente vuestra subsistencia y la de vuestras familias, dais este testimonio. Más aún, por el ofrecimiento de este trabajo a Dios, os asociáis a la obra redentora de Jesucristo que ha dado al trabajo una dignidad eminente trabajando con sus propias manos en Nazaret⁸⁹.

54. La calidad y el esplendor de vuestra vida cristiana depende de una profunda vida de oración, alimentada con la Palabra de Dios y los Sacramentos. Estad, pues, atentos para mantener viva esta dimensión esencial de vuestro compromiso cristiano; vuestro testimonio de fe en las tareas cotidianas, vuestra participación en los movimientos eclesiales, encuentran ahí la fuente de su dinamismo. Así os convertiréis en ejemplos que las jóvenes generaciones desearán imitar, y los ayudaréis de este modo a emprender una vida adulta responsable. No tengáis miedo de hablarles de Dios y de iniciarles con vuestro ejemplo a la vida de fe y al compromiso social y caritativo, ayudándoles a descubrir que verdaderamente han sido creados a imagen y semejanza de Dios: «Los signos de esta imagen divina en el hombre pueden ser reconocidos, no en el aspecto del cuerpo que se corrompe, sino en la prudencia e inteligencia, en la justicia, la moderación, el temperamento, la sabiduría, la instrucción»⁹⁰.

D. Las mujeres

55. Las mujeres africanas, con sus muchos talentos y sus preciosos dones, son una gran riqueza para la familia, la sociedad y la Iglesia. Como decía Juan Pablo II: «La mujer es aquella en quien el orden del amor en el mundo creado de las personas halla un terreno para su

Cf. Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal *Familiaris consortio* (22 noviembre 1981), 25.43: AAS 74 (1982), 110-111. 134-135.

87 Cf. Propositio 45.

88 Cf. Mensaje final, 26.

89 Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 67.

90 Orígenes, *De principiis*, IV, 4, 10: SC 268 (1980), 427.

primera raíz»⁹¹. La Iglesia y la sociedad necesitan que las mujeres encuentren el puesto que les corresponde en el mundo «para que el ser humano pueda vivir sin deshumanizarse completamente»⁹².

56. Aunque es innegable que se ha progresado en favorecer la promoción y la educación de la mujer en algunos países de África, sin embargo, en su conjunto, aún no se ha llegado a valorar y reconocer plenamente su dignidad, sus derechos, así como su aportación esencial a la familia y a la sociedad. La promoción de las jóvenes y las mujeres está menos favorecida que la de los jóvenes y los hombres. Todavía son demasiadas las prácticas humillantes para las mujeres, las vejaciones en nombre de tradiciones ancestrales. Con los Padres sinodales, invito encarecidamente a los discípulos de Cristo a combatir todos los actos de violencia contra las mujeres, a denunciarlos y a condenarlos.⁹³ En este contexto, sería conveniente que los comportamientos dentro de la Iglesia fueran un modelo para el conjunto de la sociedad.

57. En mi viaje a África, insistí en que «hay que reconocer, afirmar y defender la misma dignidad del hombre y la mujer: ambos son personas, diferentes de cualquier otro ser viviente del mundo que les rodea»⁹⁴. El cambio de mentalidad en este campo es desgraciadamente demasiado lento. La Iglesia tiene la obligación de contribuir a este reconocimiento y liberación de la mujer, siguiendo el ejemplo de Cristo (cf. *Mt* 15,21-28; *Lc* 7,36-50; 8,1-3; 10,38-42; *Jn* 4,7-42). Crear para ella un ámbito en el que pueda tomar la palabra y desarrollar sus talentos mediante iniciativas que refuercen su valía, su autoestima y su especificidad, les permitirá ocupar en la sociedad un puesto igual al del hombre –sin confundir ni uniformar la especificidad de cada uno–, pues ambos son «imagen» del Creador (cf. *Gn* 1,27). Que los obispos animen y promuevan la formación de las mujeres para que asuman

91 Juan Pablo II, Carta ap. *Mulieris dignitatem* (15 agosto 1988), 29: AAS 80 (1988), 1722; cf. Benedicto XVI, Encuentro con los movimientos católicos para la promoción de la mujer (Luanda, 22 marzo 2009): *L'Osservatore Romano*, ed. en lengua española (3 abril 2009), 16.

92 Encuentro con los movimientos católicos para la promoción de la mujer (Luanda, 22 marzo 2009): *L'Osservatore Romano*, ed. en lengua española (3 abril 2009), 16.

93 Cf. *Propositio* 47.

94 Encuentro con los movimientos católicos para la promoción de la mujer (Luanda, 22 marzo 2009): *L'Osservatore Romano*, ed. en lengua española (3 abril 2009), 16.

«su propia parte de responsabilidad y de participación en la vida comunitaria de la sociedad y [...] de la Iglesia»⁹⁵. Y así contribuirán a la humanización de la sociedad.

58. Vosotras, mujeres católicas, os inscribís en la tradición evangélica de las mujeres que asistían a Jesús y a los apóstoles (cf. *Lc* 8,3). Sois para las Iglesias locales como la «columna vertebral»⁹⁶ pues vuestro número y vuestra presencia activa en vuestras organizaciones son de gran ayuda para el apostolado de la Iglesia. Cuando la paz se ve amenazada y la justicia ultrajada, cuando la pobreza sigue creciendo, vosotras os mantenéis firmes en defensa de la dignidad humana, de la familia y de los valores de la religión. Que el Espíritu Santo suscite sin cesar mujeres santas y valientes que no cejen en su valiosa colaboración espiritual para el crecimiento de nuestras comunidades.

59. Queridas hijas de la Iglesia, aprended continuamente en la escuela de Cristo, como María de Betania, a reconocer su Palabra (cf. *Lc* 10,39). Formaos en el catecismo y en la Doctrina social de la Iglesia, donde encontraréis los principios que os ayudarán a comportaros como verdaderas discípulas. Así os comprometeréis adecuadamente en los diferentes proyectos en favor de las mujeres. No dejéis de defender la vida, pues Dios os ha hecho receptoras de la vida. La Iglesia estará siempre a vuestro lado. Ayudad con vuestros consejos y ejemplo a las jóvenes para que afronten con paz la vida adulta. Ayudaos mutuamente. Respetad a las más ancianas de entre vosotras. La Iglesia cuenta con vosotras para crear una «ecología humana»⁹⁷ mediante el amor y la ternura, la acogida y la delicadeza y, sobre todo, mediante la misericordia, valores que vosotras sabéis inculcar a los hijos, y de los cuales el mundo tiene tanta necesidad. Así, mediante la riqueza de vuestros dones propiamente femeninos⁹⁸, favoreceréis la reconcilia-

95 Segunda Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, Doc. *Justitia in mundo* (30 noviembre 1971), 45: AAS 63 (1971), 933; cf. Juan Pablo II, *Exhort. ap. postsinodal Ecclesia in Africa* (14 septiembre 1995), 121: AAS 88 (1996), 71-72.

96 Mensaje final, 25.

97 Mensaje para la Jornada mundial de la Paz 2010, 11: AAS 102 (2010), 49; cf. Carta enc. *Caritas in veritate* (29 junio 2009), 51: AAS 101 (2009), 687.

98 Cf. Juan Pablo II, Carta ap. *Mulieris dignitatem* (15 agosto 1988), 31: AAS 80 (1988), 1727-1729; Id. Carta a las mujeres (29 junio 1995), 12: AAS 87 (1995), 812.

ción de los hombres y de las comunidades.

E. Los jóvenes

60. Los jóvenes son la mayor parte de la población en África. Esta juventud es un don y un tesoro de Dios, por el que toda la Iglesia está agradecida al Señor de la vida⁹⁹. Se ha de amar a esta juventud, estimarla y respetarla. Ella «expresa un deseo profundo, a pesar de posibles ambigüedades, de aquellos valores auténticos que tienen su plenitud en Cristo. ¿No es, tal vez, Cristo el secreto de la verdadera libertad y de la alegría profunda del corazón? ¿No es Cristo el amigo supremo y a la vez el educador de toda amistad auténtica? Si a los jóvenes se les presenta a Cristo con su verdadero rostro, ellos lo experimentan como una respuesta convincente y son capaces de acoger el mensaje, incluso si es exigente y marcado por la Cruz»¹⁰⁰.

61. En la Exhortación Apostólica Postsinodal *Verbum Domini*, pensando en los jóvenes, escribí: «en la edad de la juventud, surgen de modo incontenible y sincero preguntas sobre el sentido de la propia vida y sobre qué dirección dar a la propia existencia. A estos interrogantes, sólo Dios sabe dar una respuesta verdadera. Esta atención al mundo juvenil implica la valentía de un anuncio claro; hemos de ayudar a los jóvenes a que adquieran confianza y familiaridad con la Sagrada Escritura, para que sea como una brújula que indica la vía a seguir. Para ello, necesitan testigos y maestros, que caminen con ellos y los lleven a amar y a comunicar a su vez el Evangelio, especialmente a sus coetáneos, convirtiéndose ellos mismos en auténticos y creíbles anunciadores»¹⁰¹.

62. San Benito pide en su Regla que el abad del monasterio escuche a los más jóvenes, diciendo: «Dios inspira a menudo al más joven lo que es mejor»¹⁰². No dejemos, pues, de involucrar directamente a los jóvenes en la sociedad y la vida de la Iglesia, con el fin de que no

99 Cf. Mensaje final, 27-28.

100 Juan Pablo II, Carta ap. *Novo millennio ineunte* (6 enero 2001), 9: AAS 93 (2001), 271-272.

101 N. 104: AAS (2010), 772.

102 Regla, III, 3; cf. Juan Pablo II, Carta ap. *Novo millennio ineunte* (6 enero 2001), 45: AAS 93 (2001), 298-299.

se abandone a sentimientos de frustración y rechazo ante la imposibilidad de hacerse cargo de su futuro, especialmente en situaciones en las que los jóvenes son vulnerables por falta de educación, por el desempleo, la explotación política y toda clase de dependencias¹⁰³.

63. Queridos jóvenes, pueden tentaros reclamos de todo tipo: ideologías, sectas, dinero, drogas, sexo fácil o violencia. Estad alerta: quienes os hacen estas propuestas quieren destruir vuestro porvenir. No obstante las dificultades, no os dejéis desanimar y no renunciéis a vuestros ideales, a vuestra dedicación y asiduidad en la formación humana, intelectual y espiritual. Para alcanzar el discernimiento, la fuerza necesaria y la libertad para resistir a esas presiones, os animo a poner a Jesucristo en el centro de toda vuestra vida mediante la oración, y también mediante el estudio de la Sagrada Escritura, la práctica de los sacramentos, la formación en la Doctrina social de la Iglesia, así como a participar de manera activa y entusiasta en las agrupaciones y movimientos eclesiales. Haced crecer en vosotros el anhelo de fraternidad, de justicia y de paz. El futuro está en manos de quienes saben encontrar razones sólidas para vivir y para esperar. Si lo queréis, el futuro está en vuestras manos, porque los dones que el Señor ha dispensado a cada uno de vosotros, fortalecidos por el encuentro con Cristo, pueden ofrecer al mundo una esperanza auténtica¹⁰⁴.

64. Cuando se trata de orientaros en vuestra opción de vida, cuando os planteéis la cuestión sobre una consagración total –en el sacerdocio ministerial o en la vida consagrada– apoyaros en Cristo, tomadlo como modelo, escuchad su palabra meditándola asiduamente. Durante la homilía en la misa inaugural de mi pontificado, os he exhortado con estas palabras que me parece oportuno repetiros, pues son siempre actuales: «Quien deja entrar a Cristo no pierde nada, nada –absolutamente nada– de lo que hace la vida libre, bella y grande. ¡No! Sólo con esta amistad se abren las puertas de la vida. Sólo con esta amistad se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana

103 Cf. Propositio 48.

104 Cf. Mensaje para la XXV Jornada mundial de la Juventud (22 febrero 2010), 7: AAS 102 (2010), 253-254; Exhort. ap. postsinodal *Verbum Domini* (30 septiembre 2010), 104: AAS 102 (2010), 772-773.

[...] Queridos jóvenes: ¡No tengáis miedo de Cristo! Él no quita nada, y lo da todo. Quien se da a él, recibe el ciento por uno. Sí, abrid, abrid de par en par las puertas a Cristo, y encontraréis la verdadera vida»¹⁰⁵.

F. Los niños

65. Como los jóvenes, los niños son un regalo de Dios a la humanidad, y han de ser objeto de un cuidado especial por parte de su familia, la iglesia, la sociedad y los gobiernos, pues son una fuente de esperanza y de renovación en la vida. Dios está cercano a ellos de manera especial y su vida es preciosa a sus ojos, aun cuando las circunstancias parecen contrarias o imposibles (cf. *Gn 17,17-18; 18,12; Mt 18,10*).

66. En efecto, «cada ser humano inocente es absolutamente igual a todos los demás en el derecho a la vida. Esta igualdad es la base de toda auténtica relación social que, para ser verdadera, debe fundamentarse sobre la verdad y la justicia, reconociendo y tutelando a cada hombre y a cada mujer como persona y no como una cosa de la que se puede disponer»¹⁰⁶.

67. Así pues, ¿cómo no deplorar y condenar enérgicamente el trato intolerable que reciben tantos niños en África?¹⁰⁷ La Iglesia es madre y no sabría abandonarlos, sean quienes sean. Hemos de ponerles a la luz del amor de Cristo dándoles su amor, para que ellos oigan decir: «Eres precioso para mí, de gran precio, y te amo» (*Is 43,4*). Dios quiere la felicidad y la sonrisa de cada niño, y está a su favor «porque de los que son como ellos es el reino de Dios» (*Mc 10,14*).

68. Jesucristo ha mostrado siempre su predilección por los más pequeños (cf. *Mc 10,13-16*). El Evangelio mismo está impregnado de la profunda verdad sobre el niño. En efecto, ¿qué quiere decir: «Si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos»

¹⁰⁵ AAS 97 (2005), 712.

¹⁰⁶ Juan Pablo II, Carta enc. *Evangelium vitae* (25 marzo 1995), 57; AAS 87 (1995), 466.

¹⁰⁷ Los Padres sinodales se han referido a diversas situaciones, como, por ejemplo, a los niños sacrificados antes de nacer, los no deseados, los huérfanos, los albinos, los niños de la calle, los abandonados, los niños soldados, los niños prisioneros, los forzados a trabajar, los maltratados a causa de una discapacidad física o mental, los considerados como brujos, los llamados niños serpiente, los vendidos como esclavos del sexo, los traumatizados, los que no tienen perspectivas de provenir...: cf. *Propositio 49*

(Mt 18,3)? ¿Acaso no hace Jesús de los niños un modelo también para los adultos? En los niños, hay algo que nunca debe faltar a quien quiere entrar en el reino de los cielos. Se promete el cielo a todos los que son sencillos como los niños, a todos que, como ellos, están llenos de un espíritu de abandono en la confianza, puros y ricos de bondad. Sólo ellos pueden encontrar en Dios a un Padre y llegar a ser, gracias a Jesús, hijos de Dios. Hijos e hijas de nuestros padres, Dios quiere que todos seamos sus hijos adoptivos mediante la gracia¹⁰⁸.

III. La visión africana de la vida

69. En la cosmovisión africana, la vida es percibida como una realidad que engloba e incluye a los antepasados, a los vivos y los aún por nacer, a toda la creación y a todos los seres: los que hablan y los que son mudos, los que piensan y los que no tienen pensamiento. Se considera al universo visible y al invisible como un espacio de vida de los hombres, pero también como un ámbito de comunión, en el que las generaciones pasadas están al lado de manera invisible con las actuales, madres a su vez de las generaciones futuras. Esta gran apertura del corazón y del espíritu de la tradición africana os predispone, queridos hermanos y hermanas, a oír y recibir el mensaje de Cristo y comprender el misterio de la Iglesia, para dar todo su valor a la vida humana y a las condiciones de su pleno desarrollo.

A. La protección de la vida

70. Entre las disposiciones para proteger la vida humana en el continente africano, los miembros del Sínodo han tenido en consideración los esfuerzos desplegados por las instituciones internacionales en favor de ciertos aspectos del desarrollo.¹⁰⁹ No obstante, se ha observado con preocupación que hay una falta de claridad ética en los encuentros internacionales, e incluso, un lenguaje confuso que trasmite valores contrarios a la moral católica. La Iglesia se preocupa constantemente por

108 Cf. Juan Pablo II, Carta a los niños (13 diciembre 1994): *L'Osservatore Romano*, ed. en lengua española (16 diciembre 1994), 6.

109 Cf. Mensaje final, 30.

el desarrollo integral de «todo hombre y de todo el hombre», como decía el Papa Pablo VI¹¹⁰. Por eso, los Padres sinodales han querido subrayar los aspectos cuestionables de ciertos documentos de entes internacionales, en especial los que se refieren a la salud reproductiva de la mujer. La postura de la Iglesia no admite ambigüedad alguna por lo que se refiere al aborto. El niño en el seno materno es una vida humana que se ha de proteger. El aborto, que consiste en eliminar a un inocente no nacido, es contrario a la voluntad de Dios, pues el valor y la dignidad de la vida humana debe ser protegida desde la concepción hasta la muerte natural. La Iglesia en África y las islas vecinas deben comprometerse a ayudar y apoyar a las mujeres y a los cónyuges tentados por el aborto, y a estar cercana de los que han tenido esta triste experiencia, con el fin de educar en el respeto de la vida. Y se alegra por la valentía de los gobiernos que han legislado en contra de la cultura de la muerte, de la cual el aborto es una dramática expresión, y en favor de la cultura de la vida¹¹¹.

71. La Iglesia sabe que muchos –personas, asociaciones, departamentos especializados o estados– se oponen a una sana doctrina sobre esto. «No debemos temer la hostilidad y la impopularidad, rechazando todo compromiso y ambigüedad que nos conformaría a la mentalidad de este mundo (cf. *Rm* 12,2). Debemos estar en el mundo, pero no ser del mundo (cf. *Jn* 15,19; 17,16), con la fuerza que nos viene de Cristo, que con su muerte y resurrección ha vencido el mundo (cf. *Jn* 16,33)»¹¹².

72. Sobre la vida humana en África se ciernen serias amenazas. Hay que deplorar, como en otras partes, los estragos del abuso de drogas y el alcohol, que destruye el potencial humano del continente y afecta especialmente a los jóvenes¹¹³. El paludismo¹¹⁴, la tuberculosis y el sida, diezman la población africana y dañan gravemente su vida socioeconómica. El problema del sida, en particular, exige sin duda una

110 Carta enc. *Populorum progressio* (26 marzo 1967), 14: AAS 59 (1967), 264; cf. Benedicto XVI, Carta enc. *Caritas in veritate* (29 junio 2009), 18: AAS 101 (2009), 653-654.

111 Cf. Propositio 20.

112 Juan Pablo II, Carta enc. *Evangelium vitae* (25 marzo 1995), 82: AAS 87 (1995), 495.

113 Cf. Propositio 53.

114 Cf. Propositio 52.

respuesta médica y farmacéutica. Pero ésta no es suficiente, pues el problema es más profundo. Es sobre todo ético. El cambio de conducta que requiere –como, por ejemplo, la abstinencia sexual, el rechazo de la promiscuidad sexual, la fidelidad en el matrimonio– plantea en último término la cuestión fundamental del desarrollo integral, que implica un enfoque y una respuesta global de la Iglesia. En efecto, para que sea eficaz, la prevención del sida debe basarse en una educación sexual fundada en una antropología enraizada en el derecho natural, e iluminada por la Palabra de Dios y las enseñanzas de la Iglesia.

73. En nombre de la vida –que la Iglesia tiene el deber de proteger y defender– y en unión con los Padres sinodales, renuevo mi apoyo y me dirijo a todas las instituciones y a todos los movimientos de la Iglesia que trabajan en el campo de la salud, y en particular en el del sida: Estáis haciendo un trabajo maravilloso e importante. Pido a los organismos internacionales que os reconozcan y ayuden respetando vuestra especificidad y en un espíritu de colaboración. Y aliento vivamente de nuevo a los institutos y programas de investigación terapéutica y farmacéutica que luchan por erradicar las pandemias. Que no escatimen esfuerzos para llegar lo antes posible a resultados, por amor del don precioso de la vida¹¹⁵. Que puedan encontrar soluciones y hacer accesibles a todos los tratamientos y las medicinas, teniendo en cuenta las situaciones de precariedad. La Iglesia sostiene desde hace mucho tiempo la causa de un tratamiento médico de alta calidad y de menor costo para todos los afectados¹¹⁶.

74. La defensa de la vida comporta también la erradicación de la ignorancia mediante la alfabetización de la población y una educación de calidad que abarque a toda la persona. A lo largo de su historia, la Iglesia Católica ha prestado una atención especial a la educación. Ha sensibilizado, animado y ayudado continuamente a los padres a vivir su responsabilidad de primeros educadores de la vida y la fe de sus hijos. En África, sus estructuras –como escuelas, colegios, institutos, centros de formación profesional o universidades– ponen a disposición de la población los medios para acceder al conocimiento, sin dis-

115 Cf. Propositio 51.

116 Cf. Mensaje final, 31.

tinción de origen, medios económicos o religión. La Iglesia aporta su contribución para que se pueda valorar y crecer los talentos que Dios ha puesto en todo corazón humano. Muchos Institutos religiosos han nacido para este fin. Innumerables santos y santas han comprendido que santificar al hombre significa ante todo promover su dignidad mediante la educación.

75. Los miembros del Sínodo han constatado que África, como en el resto del mundo, está pasando por una crisis de la educación¹¹⁷. Han subrayado la necesidad de un programa educativo que conjugue la fe y la razón para preparar a los niños y jóvenes a la vida adulta. Los fundamentos y sanos criterios, puestos así, les permitirán afrontar las opciones cotidianas, caracterizando la vida adulta en el plano afectivo, social, profesional y político.

76. El analfabetismo representa uno de los principales obstáculos para el desarrollo. Es un flagelo igual que las pandemias. Aunque no mata directamente, contribuye sin embargo activamente a la marginación de la persona –que es una forma de muerte social– y la imposibilita acceder al conocimiento. Alfabetizar a la persona es hacer de ella un miembro de pleno derecho de la *res publica*, a cuya construcción podrá contribuir¹¹⁸, y es también dar la posibilidad a los cristianos de tener acceso al tesoro inestimable de las Escrituras que alimentan su vida de fe.

77. Invito a las comunidades e instituciones católicas a responder generosamente a este gran desafío, que es un verdadero laboratorio de humanización, y a intensificar sus esfuerzos, dentro de sus posibilidades, a desarrollar, solos o en colaboración con otras organizaciones, programas eficaces y adecuadas a la población. Las comunidades e instituciones católicas sólo superarán este desafío conservando su identidad eclesial y manteniéndose celosamente fieles al mensaje evangélico y al carisma de su fundador. La identidad cristiana es un bien precioso que hay que saber preservar y custodiar por temor de que la sal no se desvirtúe y termine siendo pisada por la gente (cf. *Mt* 5,13).

78. Conviene ciertamente sensibilizar a los gobiernos a incrementar

117 Cf. Propositio 19.

118 Cf. Carta enc. *Caritas in veritate* (29 junio 2009), 21: AAS 101 (2009), 655-656.

su ayuda en favor de la escolarización. La Iglesia reconoce y respeta el papel del Estado en la educación. Pero afirma también su legítimo derecho a participar en ella, y a aportar su contribución específica. Y sería oportuno recordar al Estado que la Iglesia tiene derecho a educar según sus propias normas y en sus instalaciones. Es un derecho que se enmarca en la libertad de acción, «como requiere el cuidado de la salvación de los hombres»¹¹⁹. Muchos Estados africanos reconocen el importante papel que la Iglesia desempeña desinteresadamente en la construcción de su nación a través de sus centros educativos. Por tanto, aliento encarecidamente a los gobernantes en sus esfuerzos por apoyar esta labor educativa.

B. Respeto por la creación y el ecosistema

79. Con los Padres sinodales, invito a todos los miembros de la Iglesia a trabajar y abogar por una economía atenta a los pobres, oponiéndose resueltamente a un orden injusto que, bajo el pretexto de reducir la pobreza, ha contribuido tantas veces a incrementarla¹²⁰. Dios ha dado a África importantes recursos naturales. Ante la pobreza crónica de sus poblaciones, víctimas de la explotación y de malversaciones locales y extranjeras, la opulencia de ciertos grupos hiera a la conciencia humana. Constituidos para crear riqueza en sus propios países, y a menudo con la complicidad de quienes ejercen el poder en África, estos grupos aseguran con demasiada frecuencia sus propias operaciones en detrimento del bienestar de la población local¹²¹. En colaboración con los otros componentes de la sociedad civil, la Iglesia debe denunciar el orden injusto que impide a los pueblos africanos consolidar sus economías¹²² y «desarrollarse de acuerdo con sus características culturales»¹²³. También es deber de la Iglesia luchar para que «cada nación sea ella misma la principal artífice de su progreso

119 Conc. Ecum. Vat. II, Decl. *Dignitatis humanae*, sobre la libertad religiosa, 13.

120 Cf. Propositiones 17. 29.

121 Cf. Mensaje final, 32.

122 Cf. Carta enc. *Caritas in veritate* (29 junio 2009), 42: AAS 101 (2009), 677-678; Propositio 15.

123 Segunda Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, Doc. *Justitia in mundo* (30 noviembre 1971), Prop., 8a: AAS 63 (1971), 941.

económico y social [...] y tome parte en la realización del bien común universal, como miembro activo y responsable de la sociedad humana, en condición de igualdad con otros pueblos»¹²⁴.

80. Hay hombres y mujeres de negocios, gobiernos, grupos económicos, que se comprometen en programas de explotación que contaminan el medio ambiente y causan una desertificación sin precedentes. Se producen daños graves a la naturaleza y los bosques, a la flora y la fauna, e innumerables especies podrían desaparecer para siempre. Todo esto amenaza el ecosistema entero y, en consecuencia, la supervivencia de la humanidad¹²⁵. Exhorto a la Iglesia en África a alentar a los gobernantes a proteger los bienes fundamentales como la tierra y el agua para la vida humana de las generaciones actuales y las del futuro¹²⁶, así como para la paz entre los pueblos.

C. La buena gobernanza de los Estados

81. Un instrumento de primaria importancia al servicio de la reconciliación, la justicia y la paz, puede ser la institución política, cuyo deber esencial es el establecimiento y la gestión del orden justo¹²⁷. Este orden está a su vez al servicio de la «vocación a la comunión de las personas»¹²⁸. Para alcanzar este ideal, la Iglesia en África debe ayudar a construir la sociedad en colaboración con las autoridades gubernamentales e instituciones públicas y privadas que participan en la construcción del bien común¹²⁹. Los líderes tradicionales pueden desempeñar un papel muy positivo para el buen gobierno. La Iglesia, por su parte, se compromete a promover en su seno y en la sociedad una cultura muy atenta a la primacía del derecho¹³⁰. A título de ejemplo,

124 *Ibíd.* Prop., 8b. 8c: AAS 63 (1971), 941.

125 *Cf.* Propositio 22.

126 *Cf.* Propositio 30.

127 *Cf.* Congregación para la Doctrina de la Fe, Nota doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los católicos en la vida política (24 noviembre 2002): AAS 96 (2004), 359-370.

128 Catecismo de la Iglesia Católica, 2419.

129 *Cf.* Propositio 24; Benedicto XVI, Carta enc. *Caritas in veritate* (29 junio 2009), 58, 60. 67: AAS 101 (2009), 693-694, 695, 700-701; Catecismo de la Iglesia Católica, 1883. 1885.

130 *Cf.* Propositio 25.

las elecciones son una ocasión en la que se expresa la opción política de un pueblo y son un signo de la legitimidad para ejercer el poder. Estas son el momento privilegiado para un debate público sano y sereno, caracterizado por el respeto de las diferentes opiniones y los diferentes grupos políticos. Favorecer el buen desarrollo de las elecciones, suscitará y alentará una participación real y activa de los ciudadanos en la vida política y social. La falta de respeto a la Constitución nacional, a la ley o al veredicto de las urnas allí dónde las elecciones han sido libres, ecuanímes y transparentes, manifestaría una grave disfunción de la gobernabilidad y significaría una falta de competencia en la gestión de los asuntos públicos¹³¹.

82. Hoy en día, muchos de los que toman decisiones, tanto políticos como economistas, creen que no deben nada a nadie, sino sólo a sí mismos. «Piensan que sólo son titulares de derechos y con frecuencia les cuesta madurar en su responsabilidad respecto al desarrollo integral propio y ajeno. Por ello, es importante urgir una nueva reflexión sobre los deberes que los derechos presuponen, y sin los cuales éstos se convierten en algo arbitrario»¹³².

83. El crecimiento de la tasa de criminalidad en las sociedades cada vez más urbanizadas es un motivo de gran preocupación para todos los responsables y para los gobernantes. Por tanto, hay una necesidad urgente de establecer sistemas independientes judiciales y penitenciarios, con el fin de restaurar la justicia y rehabilitar a los culpables. Se han de desterrar también los casos de errores judiciales y los malos tratos a los reclusos, así como las numerosas ocasiones en que no se aplica la ley, lo que comporta una violación de los derechos humanos¹³³, y también los encarcelamientos que sólo muy tarde, o nunca, terminan en un proceso. «La Iglesia en África [...] reconoce su misión profética respecto a todos los afectados por la delincuencia, así como la necesidad que tienen de reconciliación, justicia y paz»¹³⁴. Los reclusos son seres humanos que merecen, no obstante su crimen, ser

131 Cf. Propositio 26.

132 Carta enc. *Caritas in veritate* (29 junio 2009), 43: AAS 101 (2009), 679.

133 Cf. Propositio 54.

134 *Ibíd.*

tratados con respeto y dignidad. Necesitan nuestra atención. Para ello, la Iglesia debe organizar la pastoral penitenciaria por el bien material y espiritual de los presos. Esta actividad pastoral es un servicio real que la Iglesia ofrece a la sociedad y que el Estado debe favorecer en aras del bien común. Junto con los miembros del Sínodo, llamo la atención de los responsables de la sociedad sobre la necesidad de hacer todo lo posible para llegar a la eliminación de la pena capital¹³⁵, así como para la reforma del sistema penal, para que la dignidad humana del recluso sea respetada. Corresponde a los agentes de pastoral la tarea de estudiar y proponer la justicia restitutiva como un medio y un proceso para favorecer la reconciliación, la justicia, y la paz, así como la reinserción en las comunidades de las víctimas y de los trasgresores¹³⁶.

D. Migrantes, desplazados y refugiados

84. Millones de migrantes, desplazados o refugiados buscan una patria y una tierra de paz en África o en otros continentes. La dimensión de este éxodo, que afecta a todos los países, pone de manifiesto la magnitud de tantas pobreza, con frecuencia provocadas por fallos en la gestión pública. Miles de personas han tratado y tratan aún atravesar mares y desiertos en busca de un oasis de paz y prosperidad, de una mejor formación y una mayor libertad. Lamentablemente, muchos refugiados y desplazados vuelven a encontrar violencias de todo tipo, la explotación, e incluso la cárcel o, en demasiados casos, la muerte. Algunos estados han respondido a esta tragedia con una legislación represiva¹³⁷. La precaria situación de estos pobres debería despertar la compasión y la solidaridad generosa de todos; por el contrario, a menudo suscita temor y ansiedad. Muchos consideran a los emigrantes como una carga, les miran con recelo, viendo en ellos peligro, inseguridad y amenaza. Esta percepción lleva a reacciones de intolerancia, xenofobia y racismo. Mientras tanto, estos inmigrantes se ven obligados por su precaria situación a realizar trabajos mal pagados, y

135 Cf. Propositio 55.

136 Cf. Propositio 54.

137 Cf. Propositio 28.

a menudo ilegales, humillantes o denigrantes. Ante esta situación, la conciencia humana no puede dejar de sentirse indignada. La migración, tanto dentro como fuera del continente, se convierte así en un drama multidimensional, que afecta seriamente al capital humano de África, provocando la desestabilización y la destrucción de las familias.

85. La Iglesia recuerda que África fue una tierra de refugio para la Sagrada Familia, cuando huyó del poder político sanguinario de Herodes¹³⁸ en busca de una tierra que prometía paz y seguridad. Y la Iglesia seguirá haciendo oír su voz y comprometiéndose en la defensa de todos¹³⁹.

E. Globalización y ayuda internacional

86. Los Padres sinodales han expresado su perplejidad y preocupación ante la globalización. Ya he llamado la atención sobre este fenómeno, como un desafío que se ha de afrontar. «La verdad de la globalización como proceso y su criterio ético fundamental vienen dados por la unidad de la familia humana y su crecimiento en el bien. Por tanto, hay que esforzarse incesantemente para favorecer una orientación cultural personalista y comunitaria, abierta a la trascendencia, del proceso de integración planetaria»¹⁴⁰. La Iglesia desea que la globalización de la solidaridad llegue a grabar «en las relaciones mercantiles el principio de gratuidad y la lógica del don, como expresiones de fraternidad»¹⁴¹, evitando la tentación de un pensamiento único sobre la vida, la cultura, la política o la economía, en beneficio de un constante respeto ético de las diversas realidades humanas, para lograr una solidaridad efectiva.

87. Esta globalización de la solidaridad se manifiesta ya en cierta medida en la ayuda internacional. Hoy en día, la noticia de una catástrofe da rápidamente la vuelta al mundo, y suscita con mucha frecuencia un movimiento de compasión y gestos concretos de generosidad.

138 Cf. Discurso a los miembros del Consejo especial para África del Sínodo de los Obispos (Yaundé, 19 marzo 2009): AAS 101 (2009), 310.

139 Cf. Carta enc. *Caritas in veritate* (29 junio 2009), 62: AAS 101 (2009), 696-697

140 *Ibíd.*, 42: AAS 101 (2009), 677.

141 *Ibíd.*, 36: AAS 101 (2009), 672.

La Iglesia hace un gran servicio de caridad protegiendo las necesidades reales del destinatario. En nombre del derecho de los necesitados y de los sin voz, y en nombre del respeto y la solidaridad que les debe ofrecer, la Iglesia pide que «los organismos internacionales y las organizaciones no gubernamentales se esfuercen por una transparencia total»¹⁴².

IV. Diálogo y comunión entre los creyentes

88. Como nos muestran muchos movimientos sociales, las relaciones interreligiosas condicionan la paz en África, como en otras partes. Por consiguiente, es importante que la Iglesia promueva el diálogo como una actitud espiritual, con el fin de que los creyentes aprendan a trabajar juntos, como por ejemplo, en las asociaciones orientadas hacia la paz y la justicia, con un espíritu de confianza y apoyo mutuo. Se ha de educar a las familias a escuchar, a la fraternidad y al respeto, sin miedo al otro¹⁴³. Sólo una cosa es necesaria (cf. Lc 10,42) y capaz de satisfacer la sed de eternidad de todo ser humano, así como el deseo de unidad de la humanidad entera: el amor y la contemplación de Aquel ante el cual san Agustín exclamó: «¡Oh eterna verdad, y verdadera caridad, y amada eternidad!»¹⁴⁴.

A. Diálogo ecuménico y desafío de los nuevos movimientos religiosos

89. Al invitar a participar en la Asamblea sinodal a nuestros hermanos cristianos ortodoxos, coptos ortodoxos, luteranos, anglicanos y metodistas –y, en particular, a Su Santidad Abuna Paulos, Patriarca de la Iglesia Ortodoxa Tewahedo de Etiopía, una de las más antiguas comunidades cristianas del continente africano–, he querido poner de manifiesto que el camino común hacia la reconciliación pasa ante todo por la comunión de los discípulos de Cristo. Un cristianismo dividido sigue siendo un escándalo, puesto que contradice *de facto* la volun-

142 Ibid., 47: AAS 101 (2009), 684; cf, propositio 31.

143 Cf. Propositiones 10. 11. 12. 13.

144 Confesiones, VII, 10, 16: PL 32, 742.

tad del Divino Maestro (cf. *Jn* 17,21). El diálogo ecuménico apunta, pues, a orientar nuestro camino común hacia la unidad de los cristianos, siendo asiduos en la escucha de la Palabra de Dios, fieles a la comunión fraterna, a la fracción del pan y a la oración (cf. *Hch* 2,42). Exhorto a toda la familia eclesial –las iglesias particulares, los institutos de vida consagrada, asociaciones y movimientos laicales– a proseguir este camino con mayor resolución, en el espíritu y sobre la base de las indicaciones del *Directorio ecuménico*, y través de las diversas asociaciones ecuménicas existentes. E invito también a formar otras nuevas allí donde puedan ser una ayuda para la misión. Que podamos emprender juntos obras de caridad y proteger el patrimonio religioso, gracias al cual los discípulos de Cristo encuentran la fuerza espiritual que necesitan para la construcción de la familia humana¹⁴⁵.

90. A lo largo de estas últimas décadas, la Iglesia en África se ha preguntado con insistencia sobre el nacimiento y la expansión de comunidades no católicas, llamadas a veces también autóctonas africanas (*Independent African Churches*). Con frecuencia se derivan de iglesias y comunidades eclesiales cristianas tradicionales que adoptan aspectos de las culturas tradicionales africanas. Estos grupos han aparecido recientemente en el panorama ecuménico. Los pastores de la Iglesia católica deberán tener en cuenta esta nueva realidad para promover la unidad entre los cristianos en África y, por tanto, encontrar una respuesta adecuada al contexto con vistas a una evangelización más profunda, para hacer llegar de modo eficaz la verdad de Cristo a los africanos.

91. En África han surgido también en los últimos decenios muchos movimientos sincretistas y sectas. A veces es difícil discernir si son de inspiración auténticamente cristiana o simplemente fruto del capricho de un líder que pretende poseer dones excepcionales. Su denominación y su vocabulario se prestan fácilmente a la confusión, y pueden inducir a error a los fieles de buena fe. Aprovechando estructuras estatales en elaboración, la erosión de la solidaridad familiar tradicional y una catequesis insuficiente, numerosas sectas explotan la credulidad y

145 Cf. Propositio 10.

ofrecen un respaldo religioso a creencias religiosas multiformes y heterodoxas no cristianas. Destruyen la paz de los cónyuges y sus familias a causa de falsas profecías y visiones. Seducen incluso a los políticos. La teología y la pastoral de la Iglesia debe individualizar las causas de este fenómeno, no sólo para frenar la «sangría» de fieles de las parroquias que se van a otros grupos, sino también para constituir la base para una respuesta pastoral apropiada, en vista de la atracción que estos movimientos ejercen sobre ellos. Esto significa, una vez más: evangelizar en profundidad el alma africana.

B. Diálogo interreligioso

1. Las religiones tradicionales africanas

92. La Iglesia convive cotidianamente con los seguidores de las religiones tradicionales africanas. Estas religiones, que hacen referencia a los antepasados y a una forma de mediación entre el hombre y la Inmanencia, son el terreno cultural y espiritual del que provienen la mayoría de los cristianos conversos, y con el que mantienen un contacto diario. Conviene elegir entre los convertidos algunos bien informados, con el fin de que puedan ser guías para la Iglesia en el conocimiento cada vez más profundo y preciso de las tradiciones, la cultura y las religiones tradicionales. Será así más fácil conocer los verdaderos puntos de ruptura. Además, se llegará también a la necesaria distinción entre lo cultural y lo cultural, descartando los elementos mágicos, causa de división y ruina en la familia y en la sociedad. En este sentido, el Concilio Vaticano II ha precisado que la Iglesia «exhorta a sus hijos a que, con prudencia y caridad, mediante el diálogo y la colaboración con los seguidores de otras religiones, dando testimonio de fe y vida cristiana, reconozcan aquellos bienes espirituales y morales, así como los valores socioculturales que se encuentran en ellos»¹⁴⁶. Con el fin de que los tesoros de la vida sacramental y de la espiritualidad de la Iglesia se puedan descubrir en toda su profundidad y se transmitan mejor en la

¹⁴⁶ Decl. *Nostra aetate*, sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas, 2; cf. *Propositio* 13.

catequesis, la Iglesia podría examinar, con un estudio teológico, ciertos elementos de las culturas tradicionales africanas que son conformes con las enseñanzas de Cristo.

93. Puesto que se apoya en las religiones tradicionales, se percibe hoy un cierto recrudecer de la hechicería. Renacen los temores y se crean lazos de sujeción paralizante. Las preocupaciones sobre la salud, el bienestar, los niños, el clima, la protección contra los malos espíritus, llevan en ocasiones a recurrir a prácticas tradicionales de las religiones africanas que están en desacuerdo con la enseñanza cristiana. El problema de la «doble pertenencia» al cristianismo y a estas religiones sigue siendo un desafío. Para la Iglesia en África, es necesario guiar a las personas a descubrir la plenitud de los valores del Evangelio, mediante la catequesis y una profunda inculturación. Conviene determinar cuál es el significado profundo de las prácticas de brujería, identificando las implicaciones teológicas, sociales y pastorales que conlleva este flagelo.

2. *El Islam*

94. Los Padres sinodales han subrayado la complejidad de la realidad musulmana en el continente africano. En algunos países, hay un buen entendimiento entre cristianos y musulmanes; en otros, los cristianos no son más que ciudadanos de segunda clase, y los católicos extranjeros, religiosos o laicos, tiene dificultades para obtener visados y permisos de residencia; hay países donde no se distingue suficientemente entre los elementos religiosos y políticos; y otros, en fin, en los que se produce agresividad. Exhorto a la Iglesia a perseverar en cualquier situación en la estima de los «musulmanes, que adoran un Dios único, vivo y subsistente, misericordioso y omnipotente, Creador del cielo y de la tierra, que habló a los hombres»¹⁴⁷. Si todos nosotros, creyentes en Dios, deseamos servir a la reconciliación, la justicia y la paz, hemos de trabajar juntos para impedir toda forma de discriminación, intolerancia y fundamentalismo confesional. En su obra social, la

¹⁴⁷ Conc. Ecum. Vat. II, Decl. *Nostra aetate*, sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas, 3.

Iglesia no hace distinción alguna por la religión. Ayuda a los necesitados, sean cristianos, musulmanes o animistas. Da testimonio así del amor de Dios, el Creador de todos, y anima a los seguidores de otras religiones a una actitud respetuosa y a una reciprocidad en la estima. Animo a toda la Iglesia a buscar, mediante un diálogo paciente con los musulmanes, el reconocimiento jurídico y práctico de la libertad religiosa, de modo que todo ciudadano disfrute en África, no sólo del derecho a elegir libremente su religión¹⁴⁸ y a practicar su culto, sino también del derecho a la libertad de conciencia¹⁴⁹. La libertad religiosa es el camino de la paz¹⁵⁰.

C. Convertirse en «sal de la tierra» y «luz del mundo»

95. La misión evangelizadora de la Iglesia en África se nutre de varias fuentes, la Escritura, la Tradición y la vida sacramental. Como han subrayado muchos Padres sinodales, el ministerio de la Iglesia se apoya eficazmente en el Catecismo de la Iglesia Católica. Además, el Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia es una guía para la misión de la Iglesia como «Madre y Educadora» en el mundo y la sociedad y, por eso, un instrumento pastoral de primer orden¹⁵¹. Un cristiano que acude a la fuente genuina, Cristo, es transformado por Él en «luz del mundo» (Mt 5,14), y transmite a Aquel que es «la luz del mundo» (Jn8,12). Su conocimiento debe estar animado por la caridad. En efecto, el saber, «si quiere ser sabiduría capaz de orientar al hombre a la luz de los primeros principios y de su fin último, ha de ser “sazonado” con la “sal” de la caridad»¹⁵².

96. Para llevar a cabo la tarea que estamos llamados a cumplir, hagamos nuestra la exhortación de san Pablo: «Estad firmes; ceñid la cintura con la verdad, y revestid la coraza de la justicia; calzad los pies con la prontitud para el evangelio de la paz. Embraced el escudo de la

148 Cf. Mensaje final, 41.

149 Cf. Propositio 12.

150 Cf. Mensaje para la celebración de la Jornada mundial de la Paz 2011: AAS 103 (2011), 46-58.

151 Cf. Propositio 18.

152 Carta enc. Caritas in veritate (29 junio 2009), 30: AAS 101 (2009), 665.

fe, donde se apagarán las flechas incendiadas del maligno. Poneos el casco de la salvación y empuñad la espada del Espíritu que es la palabra de Dios. Siempre en oración y súplica, orad en toda ocasión en el Espíritu» (Ef 6,14-18).

SEGUNDA PARTE

ACTUAR BAJO LA ACCIÓN TRANSFORMADORA DEL ESPÍRITU SANTO

97. Las orientaciones de la misión que he mencionado sólo se convierten en realidad si la Iglesia actúa, por un lado, bajo la guía del Espíritu Santo y, por otro, como un solo cuerpo, por utilizar la imagen de san Pablo, que presenta estas dos condiciones de forma articulada. En efecto, en un África marcada por los contrastes, la Iglesia debe indicar claramente el camino hacia Cristo. Ha de mostrar cómo se vive, en fidelidad a Jesucristo, la unidad en la diversidad, tal como enseña el Apóstol: «Hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; hay diversidad de actuaciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos. Pero a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para el bien común» (1 Co 12,4-7). Al exhortar a todos los miembros de la familia eclesial a ser «la sal de la tierra» y «la luz del mundo» (Mt 5,13.14), deseo insistir en ese «ser» que, por el Espíritu, debería actuar con vistas al bien común. Nunca se puede ser cristiano aisladamente. Los dones que el Señor concede a cada uno –a obispos, presbíteros, diáconos, religiosos y religiosas, catequistas, laicos– han de contribuir a la armonía, la comunión y la paz en la Iglesia misma y en la sociedad.

98. Conocemos bien el episodio del paralítico que trajeron a Jesús para que lo sanara (cf. Mc 2,1-12). Este hombre simboliza hoy para nosotros todos nuestros hermanos y hermanas de África y de otras partes, paralizados de diferentes maneras y, por desgracia, sumidos a menudo en una profunda postración. Ante los desafíos que he mencionado muy brevemente siguiendo las comunicaciones de los Padres sinodales, meditemos sobre la actitud de los que llevaban al paralítico. Éste no podía acceder a Jesús si no era con la ayuda de cuatro perso-

nas de fe, que desafiaron la *barrera física* de la multitud haciendo gala de solidaridad y de absoluta confianza en Jesús. Cristo, nos dice el Evangelio, «vio la fe que tenían». A continuación, remueve el *obstáculo espiritual* diciendo al parálítico: «Tus pecados te son perdonados». Le libera de lo que impide a este hombre levantarse. Este ejemplo nos obliga a crecer en la fe y a dar muestra también nosotros de solidaridad y creatividad para ayudar a quienes llevan pesadas cargas, abriéndolos así a la plenitud de la vida en Cristo (cf. *Mt 11,28*). Ante los obstáculos físicos y espirituales que se nos presentan, movilizemos las energías espirituales y materiales de todo el cuerpo, de la Iglesia, seguros de que Cristo actuará por el Espíritu Santo en cada uno de sus miembros.

CAPÍTULO I

Los miembros de la Iglesia

99. Queridos hijos e hijas de la Iglesia, especialmente vosotros, queridos fieles de África, el amor de Dios os ha colmado de toda clase de bendiciones y hecho capaces de actuar como la sal de la tierra. Todos vosotros, como miembros de la Iglesia, debéis ser consciente de que la paz y la justicia son fruto ante todo de la reconciliación del ser humano consigo mismo y con Dios. Que sólo Cristo es el único y verdadero «Príncipe de la Paz». Su nacimiento es prenda de la paz mesiánica, como anunciaron los profetas (cf. *Is 9,5-6; 57,19; Mi 5, 4; Ef 2,14-17*). Esta paz no viene de los hombres sino de Dios. Es el don mesiánico por excelencia. Esta paz lleva a la justicia del Reino, que se ha de buscar a tiempo y a destiempo en todo lo que se hace (cf. *Mt 6,33*), de modo que en todas las circunstancias se dé gloria a Dios (cf. *Mt 5,16*). Ahora bien, sabemos que el justo es fiel a la ley de Dios, pues se ha convertido (cf. *Lc 15,7; 18,14*). Cristo ha traído esta nueva fidelidad para hacernos «irreprochables e inocentes» (*Flp 2,15*).

I. Los obispos

100. Queridos hermanos en el Episcopado, la santidad a la que

está llamado el obispo exige el ejercicio de las virtudes –las virtudes teologales en primer lugar– y de los consejos evangélicos¹⁵³. Vuestra santidad personal debe repercutir en beneficio de los que han sido confiados a vuestro cuidado pastoral, y a los que debéis servir. La vida de oración fecundará desde dentro vuestro apostolado. Un obispo debe ser amante de Cristo. Vuestra distinción y autoridad moral que sustentan el ejercicio de vuestra potestad jurídica, sólo pueden venir de vuestra santidad de vida.

101. Como decía san Cipriano a mediados del siglo III en Cartago, «la Iglesia se apoya sobre los obispos, y todos sus actos son gobernados por ellos mismos, que la presiden»¹⁵⁴. La comunión, la unidad y la cooperación con el *presbiterium* será el antídoto a los gérmenes de división y que os ayudará a ponerlos todos juntos a la escucha del Espíritu Santo. Él os guiará por el sendero justo (cf. *Sal* 22,3). Amad y respetad a vuestros sacerdotes. Son los colaboradores preciosos de vuestro ministerio episcopal. Imitad a Cristo. Él creó a su alrededor un ambiente de amistad, de amor fraterno y de comunión, tomado de las entrañas del misterio trinitario. «Os invito a seguir solícitos para ayudar a vuestros sacerdotes a vivir en íntima unión con Cristo. Su vida espiritual es el fundamento de su vida apostólica. Exhortadles con dulzura a la oración cotidiana y a la celebración digna de los sacramentos, especialmente de la Eucaristía y la Reconciliación, como lo hacía san Francisco de Sales con sus sacerdotes [...] Los sacerdotes necesitan vuestro afecto, vuestro aliento y vuestra solicitud»¹⁵⁵.

102. Estad unidos al Sucesor de Pedro, con vuestros sacerdotes y todos vuestros fieles. No gastéis energías humanas y pastorales en la búsqueda vana de responder a cuestiones que no son de vuestra directa competencia, o en derroteros de un nacionalismo que puede ofuscar. Seguir a este ídolo, así como absolutizar la cultura africana, es más fácil que seguir las exigencias de Cristo. Estos ídolos son señuelos. Más aún, son una tentación de creer que el reino de la felicidad eterna

153 Cf. Congregación para los Obispos, Directorio para el Ministerio pastoral de los Obispos (22 febrero 2004), 33-48.

154 Epistula 33, 1: PL 4, 297.

155 Discurso a los Obispos de Francia (Lourdes, 14 septiembre 2008): *L'Osservatore Romano*, ed. en lengua española (26 septiembre 2008), 7.

en la tierra puede llegar sólo como fruto del esfuerzo humano.

103. Vuestro primer deber es llevar a todos la Buena Nueva de salvación y ofrecer a los fieles una catequesis que contribuya a un conocimiento más profundo de Jesucristo. Poned cuidado en dar a los laicos una verdadera conciencia de su misión en la Iglesia, y animadles a llevarla a cabo con sentido de responsabilidad, teniendo siempre en cuenta el bien común. Los programas de formación permanente de los laicos, especialmente para los líderes políticos y económicos, deberán insistir en la conversión como condición necesaria para transformar el mundo. Conviene comenzar siempre con la oración, siguiendo luego con la catequesis, que llevará a actuaciones concretas. La creación de estructuras vendrá posteriormente, si realmente es necesario, pues éstas nunca podrán reemplazar el poder de la oración.

104. Queridos hermanos en el Episcopado, siguiendo a Cristo, Buen Pastor, sed buenos guías y servidores de la grey que se os ha confiado, ejemplares en vuestra vida y conducta. La buena administración de vuestras diócesis requiere vuestra presencia. Para que vuestro mensaje sea creíble, haced que vuestras diócesis sean modélicas, tanto en el comportamiento de las personas como en la transparencia y buena gestión financiera. No tengáis miedo de recurrir a la experiencia de los auditores contables para dar ejemplo también a los fieles y a la sociedad en su conjunto. Promoved el buen funcionamiento de los organismos de la iglesia diocesana y parroquial, según lo dispuesto por el derecho de la Iglesia. Como responsables de la Iglesia particular, os corresponde ante todo la búsqueda de la unidad, la justicia y la paz.

105. El Sínodo ha recordado que «la Iglesia es una comunión que comporta una solidaridad pastoral orgánica. Los obispos, en comunión con el Obispo de Roma, son los primeros promotores de comunión y colaboración en el apostolado de la Iglesia»¹⁵⁶. Las Conferencias Episcopales nacionales y regionales tienen el cometido de consolidar esta comunión eclesial y de promover esta solidaridad pastoral.

106. Para que la pastoral social de la Iglesia sea más visible, consistente y eficaz, el Sínodo ha sentido la necesidad de una acción más

156 Propositio 3.

solidaria en todos los ámbitos. Convendría que las Conferencias Episcopales nacionales y regionales, así como la Asamblea de la Jerarquía Católica de Egipto (ahce), renueven su compromiso de solidaridad colegial¹⁵⁷. Esto implica en concreto una participación tangible en las actividades de estas estructuras, tanto en lo que respecta al personal como a los recursos financieros. La Iglesia dará así testimonio de esa unidad, por la que Cristo ha suplicado (cf. *Jn 17,20-21*).

107. También parece conveniente que los Obispos se comprometan ante todo a promover y sostener efectiva y afectivamente el Simposium de las Conferencias Episcopales de África y Madagascar (SE-CEAM) como una estructura continental de solidaridad y comunión eclesial¹⁵⁸. Es oportuno, además, mantener buenas relaciones con la Confederación de las Conferencias de Superiores Mayores de África y Madagascar (CO.SMAM), las asociaciones de universidades católicas y otras estructuras eclesiales continentales.

II. Los sacerdotes

108. Como estrechos e indispensables colaboradores del Obispo, los sacerdotes¹⁵⁹ tienen la responsabilidad de continuar la obra de la evangelización. La Segunda Asamblea del Sínodo para África se celebró durante el año sacerdotal, haciendo un llamamiento especial a la santidad. Queridos sacerdotes, recordad que vuestro testimonio de vida pacífica, por encima de los confines tribales y raciales, puede tocar los corazones¹⁶⁰. La llamada a la santidad nos invita a ser pastores según el corazón de Dios¹⁶¹, que apacientan la grey con justicia (cf. *Ez 34,16*). Ceder a la tentación de convertirnos en guías políticos¹⁶² o trabajadores sociales, traicionaría vuestra misión sacerdotal y frustraría a la sociedad, que espera de vosotros palabras y gestos proféticos. Ya lo decía san Cipriano: «Los que honran el sacerdocio divino [...] no deben

157 Cf. Propositio 4.

158 Cf. *ibíd.*

159 Cf. Propositio 39.

160 Cf. Mensaje final, 20.

161 Cf. Propositio 39.

162 Cf. Discurso a la Curia Romana (21 diciembre 2009): AAS 102 (2010), 35.

ejercer su ministerio mas que en el sacrificio y el altar, y no asistir mas que a la oración»¹⁶³.

109. Al consagraros sobre todo a los que el Señor os confía para formarlos en las virtudes cristianas y guiarlos hacia la santidad, no sólo los ganaréis para Cristo, sino que los haréis también protagonistas de una sociedad africana renovada. Dada la complejidad de las situaciones que debéis afrontar, os invito a profundizar en la vida de oración y en la formación permanente: que ésta sea tanto espiritual como intelectual. Familiarizaros con las Escrituras, con la Palabra de Dios que meditáis cada día para explicársela a los fieles. Desarrollad también vuestro conocimiento del Catecismo y de los documentos del Magisterio, así como de la Doctrina Social de la Iglesia. De este modo podréis, por vuestra parte, formar a los miembros de la comunidad cristiana de los que sois responsables inmediatos, para que lleguen a ser auténticos discípulos y testigos de Cristo.

110. Vivid con sencillez, humildad y amor filial la obediencia al Obispo de vuestra diócesis. «Por respeto a quien nos amó, se ha de obedecer sin hipocresía alguna; porque no se engaña al obispo visible, sino que se miente al invisible. Pues en este caso no se habla de la carne, sino de Dios que conoce lo invisible»¹⁶⁴. En el marco de la formación permanente, parece apropiado que se vuelvan a leer y meditar algunos documentos, como el Decreto conciliar sobre el ministerio y la vida de los presbíteros, *Presbyterorum ordinis*, la Exhortación apostólica postsinodal, del Papa Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, de 1992, o el *Directorio para el Ministerio y la Vida de los Presbíteros*, de 1994 o, también, la Instrucción *El Presbítero, pastor y guía de la Comunidad parroquial*, de 2002.

111. Edificad las comunidades cristianas con el ejemplo, viviendo con verdad y alegría vuestros compromisos sacerdotales: el celibato en castidad y el desapego de los bienes materiales. Vividos con madurez y serenidad, estos signos son particularmente conformes al estilo de vida de Jesús, expresando «la dedicación total y exclusiva a Cristo, a

163 Epistula 66, 1: PL 4, 398.

164 San Ignacio de Antioquía, Ad Magnesios, 3, 2: ed. F. X. Funk, 233.

la Iglesia y al Reino de Dios»¹⁶⁵. Dedicaros intensamente a poner en práctica la pastoral diocesana de la reconciliación, la justicia y la paz, especialmente mediante los sacramentos de la Penitencia y la Eucaristía, la catequesis, la formación de los laicos y el acompañamiento de los responsables de la sociedad. Todo sacerdote debe sentirse feliz de servir a la Iglesia.

112. Seguir a Cristo en el camino del sacerdocio requiere tomar decisiones. No siempre son fáciles de vivir. Las exigencias del Evangelio, formuladas durante siglos por la enseñanza del Magisterio, son radicales a los ojos del mundo. A veces es difícil seguirlas, pero no imposible. Cristo nos enseña que no podemos servir a dos señores a la vez (cf. *Mt* 6,24). Él se refiere ciertamente al dinero, ese tesoro temporal que puede ocupar nuestro corazón (cf. *Lc* 12,34), pero alude también a tantos otros bienes que poseemos: por ejemplo, nuestra vida, nuestra familia, nuestra educación, nuestras relaciones personales. Se trata de bienes preciosos y estupendos que son constitutivos de nuestra persona. Pero Cristo pide a quien llama que se abandone totalmente a la providencia. Le pide una decisión radical (cf. *Mt* 7,13-14), que a veces nos resulta difícil de comprender y vivir. Pero si Dios es nuestro verdadero tesoro –esa perla fina que se desea adquirir a toda costa, aunque haya que hacer grandes sacrificios (cf. *Mt* 13,45-46)–, entonces desearemos que nuestro corazón y nuestro cuerpo, nuestro espíritu y nuestra mente, sean sólo para Él. Este acto de fe nos permitirá ver con otros ojos lo que nos parece importante, y vivir respecto a nuestro cuerpo, a nuestras relaciones humanas con la familia o los amigos, a la luz de la llamada de Dios y de sus exigencias al servicio de la Iglesia. Conviene reflexionar profundamente sobre esto. Y esta reflexión comenzará desde el seminario para continuarla a lo largo de toda la vida sacerdotal. Cristo, conociendo las fuerzas debildades de nuestro corazón, nos dice, como para darnos ánimo: «Buscad sobre todo el reino de Dios y su justicia; y todo esto se os dará por añadidura» (*Mt* 6,33).

III. Los misioneros

165 Exhort. ap. postsinodal *Sacramentum caritatis* (22 febrero 2007), 24: AAS 99 (2007), 125.

113. Los misioneros no africanos han de responder generosamente a la llamada del Señor con un ardiente celo apostólico, han venido a compartir la dicha de la Revelación. A su vez, hay misioneros africanos en otros continentes. ¿Cómo no rendirles en este momento un homenaje especial? Los misioneros venidos a África –sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos– han construido iglesias, escuelas y hospitales, y contribuido mucho a que las culturas africanas sean conocidas; pero han edificado sobre todo el cuerpo de Cristo y enriquecido la casa de Dios. Ellos han sabido compartir el sabor de «la sal» de la Palabra y hacer brillar la luz de los sacramentos. Y, por encima de todo, han dado a África lo más precioso que tenían: Cristo. Gracias a ellos, muchas culturas tradicionales fueron liberadas de los miedos ancestrales y los espíritus impuros (cf. *Mt* 10,1). De la buena semilla que han sembrado (cf. *Mt* 13,24) han surgido muchos santos africanos, que son aún hoy modelos en los que se han de inspirar mayormente. Es de desear que se renueve y promueva su culto. Su compromiso con la causa del Evangelio ha sido a veces heroico, y a precio incluso de sus vidas. Una vez más se ha verificado la afirmación de Tertuliano, según la cual «la sangre de los mártires es semilla de cristianos»¹⁶⁶. Doy gracias al Señor por estos santos, signos de la vitalidad de la Iglesia en África.

114. Animo a los pastores de las iglesias particulares a identificar aquellos siervos africanos del Evangelio que pueden ser canonizados según las normas de la Iglesia, no sólo para aumentar el número de los santos africanos, sino también para tener nuevos intercesores en el cielo, con el fin de que acompañen a la Iglesia en su peregrinación terrena e intercedan ante Dios por el continente africano. Encomiendo a Nuestra Señora de África y a los santos de este continente tan amado la Iglesia que peregrina en él.

IV. Los diáconos permanentes

115. Merece subrayarse la grandeza de la llamada recibida por los diáconos permanentes. Fieles a la misión recibida hace siglos, les invito

166 Cf. *Apologeticum*, 50, 13: PL 1, 603.

a trabajar con humildad en estrecha colaboración con los obispos¹⁶⁷. Les pido con afecto que prosigan ofreciendo lo que Cristo nos enseña en el Evangelio: la seriedad en el trabajo bien hecho¹⁶⁸, la fuerza moral en el respeto de los valores, la honestidad, la lealtad a la palabra dada, la alegría de aportar su parte en la edificación de la sociedad y de la Iglesia, la protección de la naturaleza, el sentido del bien común. Queridos diáconos, ayudad a la sociedad africana en todos sus componentes a mejorar la responsabilidad de los hombres como maridos y padres, a respetar a la mujer, que es igual al hombre en dignidad, y a cuidar de los niños abandonados a su propia suerte y sin educación.

116. No dejéis de prestar una atención particular a los enfermos mentales o físicos,¹⁶⁹ a los más débiles y más pobres de vuestras comunidades. Que vuestra caridad sea creativa. En la pastoral parroquial, recordad que una sana espiritualidad permite al Espíritu de Cristo liberar al ser humano para que actúe con eficacia en la sociedad. Los obispos velarán por completar vuestra formación, para que ella contribuya al desempeño de vuestro carisma¹⁷⁰. Como san Esteban, san Lorenzo y san Vicente, diáconos y mártires, esforzaos en reconocer y encontrar a Cristo en la Eucaristía y en los pobres. Este servicio del altar y de la caridad, os hará amar el encuentro con el Señor, presente en el altar y en los pobres. Entonces estaréis dispuestos a dar la vida por Él hasta la muerte.

V. Las personas consagradas

117. Por los votos de castidad, pobreza y obediencia, la vida de las personas consagradas se ha convertido en un testimonio profético. Pueden ser así ejemplo para la reconciliación, la justicia y la paz, incluso en circunstancias de gran tensión¹⁷¹. La vida de comunidad muestra que es posible vivir fraternamente estando unidos, aun cuando sea

167 Cf. Congregación para la Educación Católica, Normas básicas de la formación de los diáconos permanentes (22 febrero 1998), 8; Congregación para el Clero, Directorio para el ministerio y la vida de los diáconos permanentes (22 febrero 1998), 6. 8. 48.

168 Cf. Lineamenta, 89.

169 Cf. Propositio 50.

170 Cf. Propositio 41.

171 Cf. Propositio 42.

diferente el origen étnico o racial (cf. *Sal* 133,1). Ella puede y debe hacer ver y creer que hoy en día, en África, quienes siguen a Cristo Jesús encuentran en Él el secreto de la alegría de vivir juntos, en el amor mutuo y la comunión fraterna, consolidada cada día en la Eucaristía y la Liturgia de las Horas.

118. Queridos consagrados, seguid viviendo vuestro carisma con un celo verdaderamente apostólico en los diversos campos indicados por vuestros fundadores. Así pondréis más cuidado en mantener encendida vuestra lámpara. Vuestros fundadores han querido seguir a Cristo de verdad, respondiendo a su llamada. Las diferentes obras en las que se ha plasmado, son joyas que adornan la Iglesia¹⁷². Conviene, pues, desarrollarlas siguiendo lo más fielmente posible el carisma de vuestros fundadores, sus ideales y proyectos. Quisiera subrayar aquí la parte importante de personas consagradas en la vida eclesial y misionera. Son una ayuda necesaria y preciosa para la actividad pastoral, pero también una manifestación de la naturaleza íntima de la vocación cristiana¹⁷³. Por eso os invito, queridas personas consagradas, a permanecer en estrecha comunión con la Iglesia particular y su primer responsable, el obispo. Y os invito también a fortalecer vuestra comunión con el Obispo de Roma.

119. África es la cuna de la vida contemplativa cristiana. Siempre presente en el norte de África, y particularmente en Egipto y Etiopía, ha echado raíces en el África subsahariana en el siglo pasado. Que el Señor bendiga a los hombres y mujeres que han decidido seguirlo sin condiciones. Su vida oculta es como la levadura en la masa. Su oración constante sostendrá el esfuerzo apostólico de los obispos, sacerdotes, de otras personas consagrada, de los catequistas y de toda la Iglesia.

120. Las reuniones de las distintas Conferencias Nacionales de Superiores Mayores y las de la CO.SMAM, permiten compartir las reflexiones y las fuerzas, no sólo para asegurar la finalidad de cada uno de los Institutos, preservando siempre su autonomía, su carácter y su espíritu propio, sino también para tratar cuestiones comunes en un clima de hermandad y solidaridad. Conviene cultivar un espíritu eclesial

172 Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 46.

173 Cf. Id, Decr. *Ad gentes divinitus*, sobre la actividad misionera en la Iglesia, 18.

asegurando una sana coordinación y una adecuada cooperación con las Conferencias Episcopales.

VI. Los seminaristas

121. Los Padres sinodales han prestado una atención especial a los seminaristas. Sin descuidar la formación teológica y espiritual, obviamente prioritaria, se ha destacado la importancia del crecimiento psicológico y humano de cada candidato. Los futuros sacerdotes deben desarrollar en ellos una adecuada comprensión de sus propias culturas sin quedar atrapados dentro de sus confines étnicos y culturales¹⁷⁴. Han de enraizarse igualmente en los valores evangélicos para reforzar su compromiso, en fidelidad y lealtad a Cristo. La fecundidad de su futura misión dependerá mucho de su profunda unión con Cristo, de la calidad de su vida de oración y vida interior, de los valores humanos, morales y espirituales que han asimilado durante su formación. Todo seminarista ha de llegar a ser un hombre de Dios, buscando y viviendo «la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre» (1 *Tm* 6,11).

122. «Los seminaristas han de aprender la vida comunitaria, de manera que la vida fraterna entre ellos se convierta más tarde en fuente de una auténtica experiencia del sacerdocio como íntima fraternidad sacerdotal»¹⁷⁵. Los directores y formadores del seminario trabajarán juntos, siguiendo las instrucciones de los obispos, con el fin de asegurar una formación integral de los seminaristas a ellos confiados. En la selección de candidatos, será necesario un discernimiento minucioso y un acompañamiento esmerado, para que los admitidos al sacerdocio sean verdaderos discípulos de Cristo y auténticos servidores de la Iglesia. Se pondrá suma atención en iniciarles a la inmensa riqueza del patrimonio bíblico, teológico, espiritual, moral, litúrgico y jurídico de la Iglesia.

123. Me he dirigido a los seminaristas con una *Carta* después del

174 Cf. Propositio 40.

175 *Ibíd.*

año sacerdotal, clausurado en junio de 2010¹⁷⁶. He insistido allí en la identidad, la espiritualidad y el apostolado del sacerdote. Recomiendo vivamente a todos los seminaristas a leer y meditar este breve documento, que está dirigido a cada uno de ellos personalmente y que los formadores pondrán a su disposición. El seminario es un tiempo de preparación para el sacerdocio, un tiempo de estudio. Un tiempo de discernimiento, formación y maduración humana y espiritual. Que los seminaristas utilicen sensatamente este tiempo que se les ofrece para acumular reservas espirituales y humanas de las que podrán sacar provecho durante su vida sacerdotal.

124. Queridos seminaristas, sed apóstoles entre los jóvenes de vuestra generación, invitándolos a seguir a Cristo en la vida sacerdotal. No tengáis miedo. Hay muchas personas que os acompañan, y os sostienen con la oración (cf. *Mt 9,37-38*).

VII. Los catequistas

125. Los catequistas son agentes de pastoral valiosos en la misión de evangelizar. Su papel ha sido muy importante en la primera evangelización, el acompañamiento catecumenal, la animación y la ayuda a las comunidades. «Con toda naturalidad, llevaron a cabo una inculturación eficaz, que produjo excelentes frutos (cf. *Mc 4,20*). Fueron los catequistas quienes consiguieron que la “luz brille ante los hombres” (*Mt 5,16*), porque, viendo el bien que hacían, poblaciones enteras pudieron dar gloria a nuestro Padre que está en los cielos. Africanos que evangelizaron a africanos»¹⁷⁷. Este papel importante en el pasado, sigue siendo crucial para el presente y el futuro de la Iglesia. Les doy las gracias por su amor a la Iglesia.

126. Exhorto a los Obispos y sacerdotes a cuidar de la formación humana, intelectual, doctrinal, moral, espiritual y pastoral de los catequistas, prestando mucha atención a sus condiciones de vida para salvaguardar su dignidad. Que no olviden sus legítimas necesidades

176 Cf. Carta a los seminaristas (18 octubre 2010): *L'Osservatore Romano*, ed. en lengua española (26 septiembre 2008), 3-4.

177 Discurso a los miembros del Consejo especial para África del Sínodo de los Obispos (Yaundé, 19 marzo 2009): *AAS* 101 (2009), 311-312.

materiales¹⁷⁸, porque, como el trabajador fiel en la viña del Señor, tienen derecho a una retribución justa (cf. *Mt 20, 1-16*), en espera de aquella que el Señor les dará de manera equitativa, pues solo Él es justo y conoce su corazón.

127. Queridos catequistas, recordad que, para muchas comunidades, sois el rostro concreto e inmediato del discípulo diligente y el modelo de vida cristiana. Os animo a proclamar, por ejemplo, que la vida familiar merece una gran consideración, que la educación cristiana prepara a los hijos a ser en la sociedad honestos y fiables en sus relaciones con los demás. Acoged a todos sin discriminación: ricos y pobres, indígenas y extranjeros, católicos y no católicos (cf. *St 2,1*). No hagáis acepción de personas (cf. *Hch 10,34, Rm 2,11, Ga 2,6, Ef 6,9*). Al asimilar vosotros mismos las Sagradas Escrituras y las enseñanzas del Magisterio, podréis ofrecer una catequesis sólida, animar los grupos de oración y proponer la *lectio divina* a las comunidades que cuidáis. Vuestra actuación será entonces coherente, constante y fuente de inspiración. Al evocar con reconocimiento el recuerdo glorioso de vuestros predecesores, os saludo y animo a trabajar hoy con la misma abnegación, el mismo ardor apostólico y la misma fe. Si tratáis de ser fieles a vuestra misión, contribuiréis no sólo a vuestra santificación personal, sino también a la construcción eficaz del Cuerpo místico de Cristo, la Iglesia.

VIII. Los laicos

128. La Iglesia se hace presente y activa en la vida del mundo a través de sus miembros laicos. Ellos tienen un gran papel que desempeñar en la Iglesia y en la sociedad. Para que puedan cumplir bien esta función, conviene que se organicen en las diócesis escuelas o centros de formación bíblica, espiritual, litúrgica y pastoral. Deseo de todo corazón que se dote a los laicos con responsabilidades en el orden político, económico y social, de un conocimiento sólido de la Doctrina Social de la Iglesia, que ofrece principios de acción conformes al

178 Cf. Propositio 44; Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal *Ecclesia in Africa* (14 septiembre 1995), 91: AAS 88 (1996), 57.

Evangelio. En efecto, los fieles laicos son «enviados de Cristo» (2 Co 5,20) en el ámbito público en el corazón del mundo¹⁷⁹. Su testimonio cristiano sólo será creíble si son profesionales competentes y honestos.

129. Los laicos, hombres y mujeres, están llamados ante todo a la santidad, y a vivir esta santidad en el mundo. Queridos fieles, cultivad con esmero la vida interior y la relación con Dios, de modo que el Espíritu Santo os ilumine en cada circunstancia. Para que la persona humana y el bien común permanezca efectivamente en el centro de la acción humana, política, económica o social, uniros profundamente a Cristo para conocerlo y amarlo, consagrandolo tiempo a Dios en la oración y recibiendo los sacramentos. Dejaos iluminar e instruir por Él y su Palabra.

130. Quisiera volver sobre la peculiaridad de la vida profesional del cristiano. En pocas palabras, se trata de testimoniar a Cristo en el mundo, mostrando mediante el ejemplo que el trabajo puede ser un lugar de realización personal muy positivo, en vez de ser por encima de todo un medio de lucro. El trabajo le permite participar en la obra de la creación y estar al servicio de sus hermanos y hermanas. Al hacerlo así, será «sal de la tierra» y «luz del mundo», como nos pide el Señor. En su vida diaria, pondrá en práctica la opción preferencial por los pobres, independientemente de su posición en la sociedad, según el espíritu de las Bienaventuranzas (cf. Mt 5,3-12), para ver en ellos el rostro concreto de Jesús, que le llama a servir (cf. Mt 25,31-46).

131. Puede ser útil organizarse en asociaciones para seguir formando vuestra conciencia cristiana y ayudaros mutuamente en la lucha por la justicia y la paz. Las pequeñas *Comunidades Eclesiales Vivas* (CEV) o las *Small Christian Communities* (SCC), así como las «nuevas comunidades»¹⁸⁰ son instituciones útiles para mantener la llama viva de vuestro bautismo. Contribuid también con vuestra competencia a la animación de las universidades católicas que no dejan de desarrollarse a partir de las recomendaciones de la Exhortación apostólica Ecclesia

179 Cf. Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal *Christifideles laici* (30 diciembre 1988), 15.17: AAS 81 (1989), 413-416. 418-421.

180 Propositio 37.

in Africa¹⁸¹. Asimismo, quisiera animaros a tener una presencia activa y valiente en el mundo de la política, la cultura, las artes, los medios de comunicación y las diversas asociaciones. Que sea una presencia sin complejos ni miedos, sino orgullosa y consciente de la preciosa contribución que puede aportar al bien común.

CAPÍTULO II

Principales campos de apostolado

132. El Señor nos ha confiado una misión particular y nunca nos deja sin los medios necesarios para cumplirla. No sólo ha concedido a cada uno dones personales para la edificación de su Cuerpo, que es la Iglesia, sino que ha confiado también a toda la comunidad eclesial unos dones particulares para que pueda continuar su misión. El don por excelencia es el Espíritu Santo. Gracias a él formamos un solo cuerpo y «sólo con la fuerza del Espíritu Santo podemos percibir lo que es recto y después ponerlo en práctica»¹⁸². Los medios son necesarios para nuestra acción, pero se vuelven insuficientes si Dios mismo no nos dispone a colaborar en su obra de reconciliación a través de «nuestras capacidades de pensar, hablar, sentir, actuar»¹⁸³. Gracias al Espíritu Santo nos convertimos verdaderamente en «sal de la tierra» y «luz del mundo» (*Mt* 5,13.14).

I. La Iglesia como presencia de Cristo

133. «La Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano»¹⁸⁴. En cuanto comunidad de discípulos de Cristo, podemos hacer visible y comunicar el amor de Dios. «El amor es una luz—en el fondo la única— que ilumina constantemente a un mundo oscuro y nos da la

181 Cf. Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal *Ecclesia in Africa* (14 septiembre 1995), 103: AAS 88 (1996), 62-63.

182 Meditación al inicio de la Segunda Asamblea especial para África del Sínodo de los Obispos (5 octubre 2009): AAS 101 (2009), 920.

183 *Ibíd.*

184 Conc. Ecum. Vat.II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 1.

fuerza para vivir y actuar»¹⁸⁵. Esta realidad se manifiesta en la Iglesia universal, diocesana, parroquial, en las CEV/SCC¹⁸⁶, en los movimientos y asociaciones, y hasta en la familia cristiana, «llamada a ser una “iglesia doméstica”, un lugar de fe, de oración y de solicitud amorosa por el bien verdadero y duradero de cada uno de sus miembros»¹⁸⁷, una comunidad donde se viven los gestos de paz.¹⁸⁸ Las CEV/SCC, los movimientos y las asociaciones pueden ser, en el seno de las parroquias, lugares propicios para acoger y vivir el don de la reconciliación ofrecido por Cristo, nuestra paz. Cada miembro de la comunidad debe convertirse en custodio del otro: este es uno de los significados del gesto de la paz en la celebración de la Eucaristía.¹⁸⁹

II. El mundo de la educación

134. Las escuelas católicas son instrumentos preciosos para aprender a tejer en la sociedad, desde la infancia, lazos de paz y armonía para la educación en los valores africanos asumidos de los del Evangelio. Animo a los Obispos y los Institutos de personas consagradas a trabajar para que los niños en edad escolar puedan asistir a la escuela: es una cuestión de justicia hacia todo niño y, además, el futuro de África depende de ello. Que los cristianos, en particular los jóvenes, se dediquen a las ciencias de la educación con vistas a transmitir un saber imbuido de la verdad, un saber hacer y un saber ser animados por una conciencia cristiana formada a la luz de la doctrina social de la Iglesia. Se debería poner también atención para asegurar una remuneración justa al personal de las instituciones educativas de la Iglesia y al conjunto del personal de las estructuras eclesiales para fortalecer la credibilidad de la Iglesia.

135. En el contexto actual de gran mezcla de poblaciones, culturas y religiones, el papel de las universidades e instituciones académicas

185 Carta enc. *Deus caritas est* (25 diciembre 2005), 39; AAS 98 (2006), 250.

186 Cf. *Propositio* 35.

187 Homilía en Nazaret (14 mayo 2009): AAS 101 (2009), 480.

188 Cf. Exhort. ap. postsinodal *Sacramentum caritatis* (22 febrero 2007), 49; AAS 99 (2007), 143.

189 Cf. *Propositio* 36.

católicas es esencial para la búsqueda paciente, rigurosa y humilde de la luz que viene de la Verdad. Solo una verdad que trascienda la medida humana, condicionada por limitaciones, da serenidad a las personas y reconcilia a las sociedades entre sí. En este sentido, es oportuno crear nuevas universidades católicas donde no existan todavía. Queridos hermanos y hermanas comprometidos en las universidades e instituciones académicas católicas, a vosotros os corresponde, por una parte, educar la inteligencia y el espíritu de las jóvenes generaciones a la luz del Evangelio y, por otra, ayudar a las sociedades africanas a comprender mejor los desafíos que hoy afronta África, ofreciendo la luz necesaria mediante vuestras investigaciones y análisis.

136. La misión confiada por la Exhortación apostólica *Ecclesia in Africa* a las instituciones universitarias católicas conserva todo su valor. Mi beato Predecesor ha escrito: «Las Universidades e Institutos Superiores católicos en África tienen un papel importante en la proclamación de la Palabra salvífica de Dios. Son un signo del crecimiento de la Iglesia cuando incorporan en sus investigaciones las verdades y las experiencias de la fe y ayudan a interiorizarlas. Estos centros de estudio están así al servicio de la Iglesia, ofreciéndole personal bien preparado; estudiando importantes cuestiones teológicas y sociales; desarrollando la teología africana; promoviendo el trabajo de inculturación [...]; publicando libros y difundiendo el pensamiento católico; emprendiendo las investigaciones que les encargan los Obispos y contribuyendo a un estudio científico de las culturas [...] Los centros culturales católicos ofrecen a la Iglesia singulares posibilidades de presencia y acción en el campo de los cambios culturales. En efecto, éstos son unos foros públicos que permiten, mediante el diálogo creativo, una amplia difusión de convicciones cristianas sobre el hombre, la mujer, la familia, el trabajo, la economía, la sociedad, la política, la vida internacional y el ambiente. Son así un lugar de escucha, de respeto y tolerancia»¹⁹⁰. Los Obispos han de velar para que estos centros universitarios conserven su naturaleza católica, asumiendo siempre orientaciones fieles a las enseñanzas del Magisterio de la Iglesia.

190 Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal *Ecclesia in Africa* (14 septiembre 1995), 103: AAS 88 (1996), 62-63.

137. Para contribuir de una manera decidida y cualificada a la sociedad africana, es indispensable ofrecer a los estudiantes una formación en la Doctrina Social de la Iglesia. Esto ayudará así a la Iglesia en África a preparar con serenidad una pastoral que llegue al ser del africano y lo reconcilie consigo mismo en la adhesión a Cristo. Corresponde a los obispos también apoyar una pastoral de la inteligencia y la razón que cree el hábito de un diálogo racional y de un análisis crítico en la sociedad y en la Iglesia. Como dije en Yaundé: «Tal vez este siglo permita, con la gracia de Dios, un renacer en vuestro continente, aunque ciertamente de una forma diversa y nueva, de la prestigiosa *Escuela de Alejandría*. ¿Por qué no esperar que pueda ofrecer a los africanos de hoy y a la Iglesia universal grandes teólogos y maestros espirituales que contribuyan a la santificación de los habitantes de este continente y de toda la Iglesia?»¹⁹¹.

138. Conviene que los Obispos apoyen las capellanías en las universidades e instituciones educativas de la Iglesia, y las creen en las estructuras educativas públicas. La capilla será como su corazón. Permitirá a los estudiantes encontrar a Dios y ponerse bajo su mirada. Y dará también la posibilidad al capellán, que será cuidadosamente escogido por sus virtudes sacerdotales, de ejercer su ministerio pastoral de enseñanza y santificación.

III. El mundo de la salud

139. La Iglesia de todas las épocas se ha preocupado por la salud. Sigue el ejemplo de Cristo mismo quien, tras haber proclamado la Palabra y curado a los enfermos, dio a sus discípulos la autoridad para «curar toda enfermedad y toda dolencia» (*Mt* 10,1; cf. 14,35; *Mc* 1,32.34; 6,13.55). La Iglesia manifiesta a los que sufren esta misma preocupación por los enfermos a través de sus instituciones sanitarias. Como han señalado los Padres sinodales, la Iglesia está firmemente comprometida en la lucha contra las dolencias, enfermedades y las

191 Discurso a los miembros del Consejo especial para África del Sínodo de los Obispos (Yaundé, 19 marzo 2009): AAS 101 (2009), 312.

grandes pandemias¹⁹².

140. Que las instituciones sanitarias de la Iglesia y todas las personas que a diverso título trabajan en ellas, se esfuercen en ver en cada enfermo un miembro sufriente del Cuerpo de Cristo. Son muchas las dificultades que surgen en vuestro camino: el número creciente de enfermos, la falta de medios materiales y financieros, la deserción de organismos que durante mucho tiempo os han ayudado y que os abandonan; todo esto os provoca a veces la impresión de un trabajo sin resultados tangibles. Queridos operadores sanitarios, sed portadores de la compasión de Jesús a quienes sufren. Sed pacientes, sed fuertes y tened ánimo. En lo que respecta a las pandemias, los medios financieros y materiales son indispensables, pero insistid también sin descanso en informar y educar a la población y, sobre todo, a los jóvenes¹⁹³.

141. Es preciso que las instituciones sanitarias se regulen según las normas éticas de la Iglesia, asegurando los servicios de acuerdo con su enseñanza y exclusivamente en favor de la vida. Que no se conviertan en una fuente de enriquecimiento para los privados. La gestión de los fondos concedidos ha de ser transparente y servir sobre todo al bien del enfermo. Cada institución sanitaria, en fin, debe contar con una capilla. Su presencia recordará al personal (dirección, gestores, médicos, enfermeras...) y al enfermo que sólo Dios es el Señor de la vida y de la muerte. Conviene asimismo multiplicar, en la medida de lo posible, pequeños dispensarios que aseguren en las cercanías una atención de primeros auxilios.

IV. El mundo de la información y de la comunicación

142. La Exhortación apostólica Ecclesia in Africa consideraba que los medios modernos no son solamente instrumentos de comunicación, sino también un mundo que se ha de evangelizar¹⁹⁴. Deben ofrecer una comunicación auténtica, que es una prioridad en África, pues

192 Cf. Mensaje final, 31.

193 Cf. *ibid.*

194 Cf. Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal Ecclesia in Africa (14 septiembre 1995), 124: AAS 88 (1996), 72-73.

son un importante instrumento para la evangelización y el desarrollo del continente¹⁹⁵. «Los medios pueden ofrecer una valiosa ayuda al aumento de la comunión en la familia humana y al *ethos* de la sociedad, cuando se convierten en instrumentos que promueven la participación universal en la búsqueda común de lo que es justo»¹⁹⁶.

143. Todos sabemos que las nuevas tecnologías de la información pueden llegar a ser potentes instrumentos de cohesión y de paz o, por el contrario, promotores eficaces de destrucción y división. Pueden ayudar o perjudicar en el plano moral, propagar tanto lo verdadero como lo falso, proponer lo bello o lo indecoroso. La masa de noticias o de anti-noticias, así como del gran volumen de imágenes, pueden ser interesantes, pero pueden llevar también a una fuerte manipulación. La información puede convertirse muy fácilmente en desinformación, y la formación en deformación. Los medios pueden promover una humanización auténtica, pero pueden comportar al mismo tiempo una deshumanización.

144. Los medios evitarán este escollo si «se organizan y se orientan bajo la luz de una imagen de la persona y el bien común que refleje sus valores universales. El mero hecho de que los medios de comunicación social multipliquen las posibilidades de interconexión y de circulación de ideas no favorece la libertad ni globaliza el desarrollo y la democracia para todos. Para alcanzar estos objetivos se necesita que los medios de comunicación estén centrados en la promoción de la dignidad de las personas y de los pueblos, que estén expresamente animados por la caridad y se pongan al servicio de la verdad, del bien y de la fraternidad natural y sobrenatural»¹⁹⁷.

145. La Iglesia debe estar más presente en los medios, no solamente para hacer de ellos un instrumento de difusión del Evangelio, sino también una herramienta para formar a los pueblos africanos en la reconciliación en la verdad, en la promoción de la justicia y la paz. Para ello, una sólida formación ética y de respeto a la verdad ayudará a los periodistas a evitar la atracción del sensacionalismo, así como la

195 Cf. Propositio 56.

196 Carta enc. *Caritas in veritate* (29 junio 2009), 73: AAS 101 (2009), 705.

197 *Ibid.*, 73: AAS 101 (2009), 704-705.

tentación de la manipulación de la información y del dinero fácil. Que los periodistas cristianos no tengan miedo de manifestar su fe. Que se sientan ufanos de ella. Es bueno también animar la presencia y la actividad de fieles laicos competentes en el mundo de las comunicaciones públicas y privadas. Como la levadura en la masa, seguirán dando testimonio de la aportación positiva y constructiva que la enseñanza de Cristo y de su Iglesia ofrece al mundo.

146. Además, la opción tomada por la Primera Asamblea especial para África de considerar la comunicación como uno de los ejes principales de la evangelización se ha mostrado fructífera para el desarrollo de los medios católicos. Convendrá también, tal vez, coordinar las estructuras existentes, como ya se hace en ciertos lugares. La mejora en este sentido del uso de los medios contribuirá a una mayor promoción de los valores defendidos por el Sínodo: la paz, la justicia y la reconciliación en África¹⁹⁸, y permitirá a este continente participar en el desarrollo actual del mundo.

CAPÍTULO III

«Levántate, toma tu camilla y echa a andar» (Jn 5,8)

I. Jesús en la piscina de Betesda

147. Queridos hermanos en el Episcopado, queridos hijos e hijas de África, después de haber repasado las principales acciones y algunos medios propuestos por la Asamblea especial para África del Sínodo de los Obispos para cumplir la misión de la Iglesia, quisiera volver sobre ciertos puntos ya abordados precedentemente de manera general.

148. El Evangelio de san Juan, nos presenta en el capítulo 5 una escena junto a la piscina de Betesda que impresiona. Bajo los soporales «estaban echados muchos enfermos, ciegos, cojos, parálíticos», que esperaban el movimiento del agua (v. 3), es decir, la ocasión de ser curados. Se encontraba también entre ellos «un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo» (v. 5), pero que no tenía a nadie que le ayudara a meterse en la piscina. Y aquí entra Jesús en su vida. Todo cambia cuando le dice: «levántate, toma tu camilla y echa a andar» (v.

198 Cf. Propositio 56.

8). «Y al momento, dice el evangelista, el hombre quedó sano» (v. 9). Ya no necesitaba el agua de la piscina.

149. La acogida de Jesús ofrece a África una curación más eficaz y más profunda que cualquier otra. Como el apóstol Pedro declaró en los *Hechos de los Apóstoles* (3,6), repito que no es oro o plata lo que África necesita en primer lugar; desea ponerse en pie como el hombre de la piscina de Betesda; desea tener confianza en sí misma, en su dignidad de pueblo amado por su Dios. Este encuentro con Jesús, pues, es lo que la Iglesia debe ofrecer a los corazones afligidos y heridos, anhelantes de reconciliación y de paz, sedientos de justicia. Debemos ofrecer y anunciar la Palabra de Cristo que sana, libera y reconcilia.

II. Palabra de Dios y Sacramentos

A. La Sagrada Escritura

150. Según san Jerónimo, «quien no conoce las Escrituras no conoce a Cristo»¹⁹⁹. La lectura y meditación de la Palabra de Dios no sólo nos proporciona la «excelencia del conocimiento de Cristo» (*Flp* 3,8), sino que también nos arraiga más profundamente en Cristo y orienta nuestro servicio de reconciliación, justicia y paz. La celebración de la Eucaristía, cuya primera parte es la liturgia de la Palabra, constituye la fuente y la cima. Así, pues, recomiendo que se promueva el apostolado bíblico en toda comunidad cristiana, en la familia y en los movimientos eclesiales.

151. Que todo fiel de Cristo adquiera el hábito de la lectura cotidiana de la Biblia. Una lectura atenta de la reciente Exhortación apostólica *Verbum Domini* ofrecerá indicaciones pastorales útiles. Se procurará iniciar a los fieles en la venerable y fructífera tradición de la *lectio divina*. La Palabra de Dios puede ayudar a conocer a Jesucristo y suscitar conversiones que lleven a la reconciliación, ya que ella juzga «los deseos e intenciones del corazón» (*Hb* 4,12). Los Padres sinodales han animado a las comunidades cristianas parroquiales, las CEV/SCC, las familias y las asociaciones y movimientos eclesiales, a tener momentos

199 Commentariorum in Isaiam prophetam, Prologus: PL 24, 17.

para compartir la Palabra de Dios²⁰⁰. Así se convertirán cada vez más en ámbitos en los que la Palabra de Dios, que edifica la comunidad de los discípulos de Cristo, se lee juntos, se meditada y se celebra. Esta Palabra regenera sin cesar la comunión fraterna (cf. *1 P* 1,22-25).

B. La Eucaristía

152. Para edificar una sociedad reconciliada, justa y pacífica, el medio más eficaz es una vida de íntima comunión con Dios y con los demás. En efecto, alrededor de la mesa del Señor se congregan hombres y mujeres de diferente origen, cultura, raza, lengua y etnia. Forman una sola y misma unidad gracias al Cuerpo y a la Sangre de Cristo. A través de Cristo-Eucaristía, se hacen consanguíneos y, por tanto, auténticamente hermanos y hermanas, gracias a la Palabra, al Cuerpo y a la Sangre del mismo Jesucristo. Este vínculo de fraternidad es más fuerte que el de nuestras familias humanas, de nuestras tribus. «Porque a los que había conocido de antemano los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que él fuera el primogénito entre muchos hermanos» (*Rm* 8,29). El ejemplo de Jesús los hace capaces de amarse, de dar la vida unos por otros, pues el amor con el que cada uno es amado se debe comunicar con obras y en verdad²⁰¹. Es indispensable, por tanto, celebrar en comunidad el domingo, *Día del Señor*, así como también las fiestas de precepto.

153. No es mi intención hacer aquí una exposición teológica sobre la Eucaristía. La he esbozado a grandes líneas en la Exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis*. Exhorto aquí a toda la Iglesia en África a cuidar muy particularmente la celebración de la Eucaristía, memorial del Sacrificio de Cristo Jesús, signo de unidad y vínculo de caridad, banquete pascual y prenda de la vida eterna. La Eucaristía se ha de celebrar con dignidad y belleza, siguiendo las normas establecidas. La adoración eucarística, personal y comunitaria, permite profundizar este gran misterio. En este sentido, se podría celebrar un

200 Cf. Propositio 46.

201 Cf. Exhort. ap. postsinodal *Sacramentum caritatis* (22 febrero 2007), 82: AAS 99 (2007), 168-169; Carta enc. *Deus caritas est* (25 diciembre 2005), 14: AAS 98 (2006), 228-229.

congreso eucarístico continental. Ayudaría a sostener el trabajo de los cristianos en su esfuerzo por testimoniar valores fundamentales de comunión en todas las sociedades africanas²⁰².

154. Para que se respete el misterio eucarístico, los Padres sinodales recuerdan que las iglesias y capillas son lugares sagrados, que se han de reservar únicamente a las celebraciones litúrgicas, evitando en cuanto sea posible que se conviertan en simples espacios culturales o de socialización. Conviene promover su función primordial de ser lugar privilegiado de encuentro entre Dios y su pueblo, entre Dios y su criatura fiel. Conviene, además, velar para que la arquitectura de estos edificios de culto sea digna del misterio que se celebra en ellos y conforme a la legislación eclesial y al estilo local. Estas construcciones deben realizarse bajo la responsabilidad de los obispos, después de haber oído el consejo de personas competentes en liturgia y arquitectura. Que, al franquear el umbral, pueda decirse: «Realmente el Señor está en este lugar [...], no es sino la casa de Dios y la puerta del cielo» (*Gn 28,16-17*). Y también lograrán su cometido si son una ayuda a la comunidad, regenerada en la Eucaristía y en los demás sacramentos, para prolongar la celebración en la vida social, perpetuando el ejemplo de Cristo mismo (cf. *Jn 13,15*)²⁰³. Esta «coherencia eucarística»²⁰⁴ interpela a toda conciencia cristiana (cf. *1 Co 11,17-34*).

C. La reconciliación

155. Para ayudar a las sociedades africanas a sanar las heridas de la división y el odio, los Padres sinodales han invitado a la Iglesia a recordar que ella misma lleva en seno las mismas heridas y amarguras. Por tanto, necesita que el Señor la cure para dar un testimonio creíble de que el Sacramento de la Reconciliación cuida y sana los corazones heridos. Este Sacramento renueva los lazos rotos entre la persona humana y Dios, y restaura los vínculos en la sociedad. Educa así nuestros corazones y espíritus para que aprendamos a vivir «en es-

202 Cf. Propositio 8.

203 Cf. Exhort. ap. postsinodal *Sacramentum caritatis* (22 febrero 2007), 51: AAS 99 (2007), 144.

204 *Ibid.*, 83: AAS 99 (2007), 169.

píritu de unión, con compasión, amor fraternal, misericordia, espíritu de humildad» (cf. 1 P 3,8).

156. Recuerdo la importancia de la confesión individual, que no puede ser reemplazada por ningún otro acto de reconciliación o alguna otra paraliturgia. Animo, pues, a todos los fieles de la Iglesia, sacerdotes, personas consagradas y laicos, a poner de nuevo el sacramento de la Penitencia en su verdadero lugar, en su doble dimensión personal y comunitaria²⁰⁵. Las comunidades que no tienen sacerdote, por las distancias u otras razones, pueden vivir el carácter eclesial de la penitencia y la reconciliación mediante formas no sacramentales. También los cristianos en situación irregular pueden unirse así al camino penitencial de la Iglesia. Como han indicado los Padres sinodales, la forma no sacramental puede ser considerada como un medio de preparación de los fieles para una recepción fructífera del sacramento²⁰⁶, pero no puede convertirse en una norma habitual ni mucho menos sustituir al sacramento mismo. Exhorto de todo corazón a los sacerdotes a vivir personalmente este sacramento, y a estar verdaderamente disponibles para su celebración.

157. Para alentar la reconciliación con espíritu comunitario, recomiendo vivamente, como han deseado los Padres sinodales, celebrar todos los años en cada país africano «un día o una semana de reconciliación, particularmente durante el Adviento o la Cuaresma»²⁰⁷. La SCEAM podrá contribuir a su realización y, de acuerdo con la Santa Sede, promover un *Año de la reconciliación* de alcance continental, para pedir a Dios un perdón especial por todos los males y ofensas que los seres humanos se han infligido en África unos a otros, y para que se reconcilien las personas y los grupos que han sido heridos en la Iglesia y en el conjunto de la sociedad²⁰⁸. Se trataría de un Año jubilar extraordinario «durante el cual la Iglesia en África y en las islas vecinas den gracias con la Iglesia universal y recen para recibir los dones

205 Cf. Propositio 5.

206 Cf. Propositio 6; Juan Pablo II, Exhort. ap. postsinodal Reconciliatio et Poenitentia (2 diciembre 1984), 23: AAS 77 (1985), 233-235.

207 Propositio 8.

208 Cf. ibíd.

del Espíritu Santo»²⁰⁹, especialmente el don de la reconciliación, de la justicia y la paz.

158. Será útil seguir el consejo de los Padres sinodales para estas celebraciones: «Que se guarde y recuerde fielmente la memoria de los grandes testigos que han dado su vida al servicio del Evangelio y del bien común, o por la defensa de la verdad y de los derechos humanos». ²¹⁰ A este propósito, los santos son las verdaderas estrellas de nuestra vida, los «que han sabido vivir rectamente. Ellas son luces de esperanza. Jesucristo es ciertamente la luz por antonomasia, el sol que brilla sobre todas las tinieblas de la historia. Pero para llegar hasta Él necesitamos también luces cercanas, personas que dan luz reflejando la luz de Cristo, ofreciendo así orientación para nuestra travesía»²¹¹.

III. La nueva evangelización

159. Antes de concluir este documento, deseo volver de nuevo sobre la tarea de la Iglesia en África, que es la de esforzarse en la evangelización, en la *missio ad gentes*, así como en la nueva evangelización, para que la fisonomía del continente africano sea modelada cada vez más por la enseñanza siempre actual de Cristo, verdadera «luz del mundo» y auténtica «sal de la tierra».

A. Portadores de Cristo «Luz del mundo»

160. La obra urgente de la evangelización se lleva a cabo de manera diferente según las diversas situaciones de cada país. «En sentido estricto se habla de *missio ad gentes* dirigida a los que no conocen a Cristo. En sentido amplio se habla de “evangelización” para referirse al aspecto ordinario de la pastoral, y de “nueva evangelización” en relación a los que han abandonado la vida cristiana». ²¹² Solo la evangelización que está animada por la fuerza del Espíritu Santo se convierte

209 Ibíd.

210 Propositio 9.

211 Carta enc. *Spe salvi* (30 noviembre 2007), 49: AAS 99 (2007), 1025.

212 Congregación para la Doctrina de la Fe, Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la evangelización (3 diciembre 2007), 12: AAS 100 (2008), 501.

en la «ley nueva del Evangelio» y da frutos espirituales²¹³. El corazón de toda actividad evangelizadora es el anuncio de la persona de Jesús, el Verbo de Dios encarnado (cf. *Jn* 1,14), muerto y resucitado, siempre presente en la comunidad de los fieles, en su Iglesia (cf. *Mt* 28,20). Se trata de una tarea urgente, no solamente para África, sino para todo el mundo, puesto que la misión que Cristo redentor confió a su Iglesia todavía no se ha cumplido plenamente.

161. El «Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios» (*Mc* 1,1) es el camino seguro para encontrar a la persona del Señor Jesús. Escrutar las Escrituras nos permite descubrir cada vez más el verdadero rostro de Jesús, revelación de Dios Padre (cf. *Jn* 12,45), y su obra de salvación. «Redescubrir el puesto central de la Palabra divina en la vida cristiana nos hace reencontrar de nuevo así el sentido más profundo de lo que el Papa Juan Pablo II había pedido con vigor: continuar la *missio ad gentes* y emprender con todas las fuerzas la nueva evangelización»²¹⁴.

162. La Iglesia en África, guiada por el Espíritu Santo, debe anunciar –viviéndolo– el misterio de la salvación a los que todavía no lo conocen. El Espíritu Santo, que los cristianos han recibido en el bautismo, es el fuego de amor que impulsa la acción evangelizadora. Los discípulos, después de Pentecostés, «llenos del Espíritu Santo» (*Hch* 2,4), salieron del Cenáculo, donde se encontraban encerrados por miedo, para proclamar la Buena Nueva de Jesucristo. El acontecimiento de Pentecostés nos permite comprender mejor la misión de los cristianos, «luz del mundo» y «sal de la tierra», en el continente africano. Es propio de la luz difundirse e iluminar a muchos hermanos y hermanas que están todavía en la oscuridad. La *missio ad gentes* compromete a todos los cristianos de África. Animados por el Espíritu, deben ser portadores de Jesucristo, «luz del mundo», en todo el continente, en todos los ámbitos de la vida personal, familiar y social. Los Padres sinodales han señalado «la urgencia y necesidad de la evangelización, que es la misión y la verdadera identidad de la Iglesia»²¹⁵.

213 Cf. Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, I-II, q. 106, a. 1.

214 Exhort. ap. postsinodal *Verbum Domini* (30 septiembre 210), 122: AAS 102 (2010), 785.

215 Propositio 34.

B. Testigos de Cristo resucitado

163. El Señor Jesús exhorta también hoy a los cristianos de África a predicar en su nombre «la conversión para el perdón de los pecados a todos los pueblos» (Lc 24,47). Para ello, están llamados a ser testigos del Señor resucitado (cf. Lc 24,48). Los Padres sinodales han señalado que la evangelización «consiste esencialmente en dar testimonio de Cristo con el poder del Espíritu, a través de la vida, después por la palabra, en un espíritu de apertura a los demás, de respeto y de diálogo con ellos, ateniéndose a los valores del Evangelio»²¹⁶. Por cuanto respecta a la Iglesia en África, este testimonio debe estar al servicio de la reconciliación, de la justicia y la paz.

164. El anuncio del Evangelio debe reencontrar el ardor de los comienzos de la evangelización del continente africano, atribuido al evangelista Marcos, seguido por una «pléyade innumerable de santos, mártires, confesores y vírgenes»²¹⁷. Hay que acudir con gratitud a la escuela de tantos misioneros que, durante muchos siglos y con entusiasmo, han sacrificado sus vidas para llevar la Buena Nueva a sus hermanos y hermanas africanos. A lo largo de estos últimos años, la Iglesia ha conmemorado en diferentes países el centenario de la evangelización. Ella se ha comprometido a difundir el Evangelio a los que no conocen todavía el nombre de Jesucristo.

165. Con el fin de que este esfuerzo sea cada vez más eficaz, la *missio ad gentes* debe ir a la par con la *nueva evangelización*. También en África, hay muchas situaciones que reclaman una nueva presentación del Evangelio, «nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión»²¹⁸. En particular, la nueva evangelización debe integrar la dimensión intelectual de la fe con la experiencia viva del encuentro con Jesucristo, que está presente y activo en la comunidad eclesial, porque el origen del ser cristiano no reside en una decisión ética o una

216 Ibid.; cf. Pablo VI, Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi* (8 diciembre 1975), 21: AAS 68 (1976), 19-20.

217 Juan Pablo II, Exhort. ap. *postsinodal Ecclesia in Africa* (14 septiembre 1995), 31: AAS 88 (1996), 21.

218 Id., *Discurso a los Obispos del Consejo Episcopal Latinoamericano* (Puerto Príncipe, 9 marzo 1983): AAS 75 (1983), 778.

gran idea, sino en el encuentro con un acontecimiento, con una persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva. La catequesis, pues, debe integrar la parte teórica, constituida por nociones aprendidas de memoria, con la práctica vivida en el ámbito litúrgico, espiritual, eclesial, cultural y caritativo, para que la semilla de la Palabra de Dios, al caer sobre una tierra fértil, eche raíces profundas, crezca y madure.

166. Para que eso suceda, es indispensable emplear los nuevos métodos que hoy están a nuestra disposición. Por cuanto respecta a los medios de comunicación social, de los que ya he hablado, no hay que olvidar lo que ya he subrayado recientemente en la Exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini*: «Insiste con fuerza santo Tomás de Aquino, mencionando a san Agustín: “También la letra del evangelio mata si falta la gracia interior de la fe que sana”»²¹⁹. Conscientes de esta exigencia, hay que recordar siempre que no hay ningún medio que pueda ni deba sustituir al contacto personal, al anuncio verbal, así como al testimonio de una vida cristiana auténtica. Este contacto personal y este anuncio verbal deben expresar la fe viva que compromete y transforma la existencia, el amor de Dios que alcanza y toca a cada uno tal como es.

C. Misioneros seguidores de Cristo

167. La Iglesia que camina en África está llamada a contribuir a la nueva evangelización también en los países secularizados, de donde provenían antes numerosos misioneros y en los que hoy lamentablemente hay falta de vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. Entretanto, un gran número de africanos y africanas han acogido la invitación del dueño de la mies (cf. *Mt* 9,37-38) a trabajar en su viña (cf. *Mt* 20,1-16). Sin disminuir el impulso misionero *ad gentes* en los diferentes países, y también en todo el continente, los obispos de África han de acoger con generosidad la invitación de sus hermanos en los países en los que escasean las vocaciones, y ayudar a los fieles que no tienen sacerdotes. Esta colaboración, que debe estar ordenada por

²¹⁹ N. 29: AAS 102 (2010), 708.

acuerdos entre la Iglesia que envía y la que recibe, se convierte en un signo concreto de fecundidad de la *missio ad gentes*. Bendecida por el Señor, Buen Pastor (cf. *Jn* 10,11-18), sostiene así de forma preciosa la nueva evangelización en los países de antigua tradición cristiana.

168. El anuncio de la Buena Nueva hizo nacer en la Iglesia nuevas expresiones, apropiadas a las necesidades de los tiempos, de las culturas y de las esperanzas de los hombres. El Espíritu Santo no deja de suscitar también en África hombres y mujeres que, reunidos en diferentes asociaciones, movimientos y comunidades, consagran su vida a la difusión del Evangelio de Jesucristo. Según la exhortación del Apóstol de los gentiles, «no apaguéis el espíritu, no despreciéis las profecías. Examinadlo todo; quedaos con lo bueno. Guardaos de toda clase de mal» (*1 Ts* 5,19-22), los Pastores deben vigilar para que estas nuevas expresiones de la perenne fecundidad del Evangelio se integren en la acción pastoral de las parroquias y las diócesis.

169. Queridos hermanos y hermanas, a la luz del tema de la Segunda Asamblea especial para África, la nueva evangelización está particularmente relacionada con el servicio de la Iglesia con vistas a la reconciliación, la justicia y la paz. Por consiguiente, es necesario acoger la gracia del Espíritu Santo que nos hace esta invitación: «Os pedimos que os reconciliéis con Dios» (*2 Co* 5,20). Por tanto, se invita a todos los cristianos a reconciliarse con Dios. Estaréis entonces en condiciones de convertirlos en artífices de la reconciliación en el seno de las comunidades eclesiales y sociales en las que vivís y trabajáis. La nueva evangelización supone la reconciliación de los cristianos con Dios y entre ellos mismos. Exige la reconciliación con el prójimo, la superación de todo género de barreras, como las provenientes de la lengua, la cultura o la raza. Todos somos hijos de un mismo Dios y Padre «que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos» (*Mt* 5,45).

170. Dios bendecirá un corazón reconciliado concediéndole su paz. Así pues, el cristiano será artífice de paz (cf. *Mt* 5,9) en la medida en que, enraizado en la gracia divina, colabore con el Creador en la construcción y la promoción del don de la paz. El fiel reconciliado será también promotor de la justicia en todo lugar, sobre todo en las

sociedades africanas divididas, víctimas de la violencia y la guerra, que tienen hambre y sed de la justicia verdadera. El Señor nos invita: «Buscad sobre todo el reino de Dios y su justicia; y todo esto se os dará por añadidura» (Mt 6,33).

171. La nueva evangelización es una empresa urgente para los cristianos en África, ya que también ellos deben renovar su entusiasmo por pertenecer a la Iglesia. Inspirados por el Espíritu del Señor resucitado, están llamados a vivir, en el ámbito personal, familiar y social, la Buena Nueva y a anunciarla con renovado celo a las personas cercanas y lejanas, empleando para su difusión los nuevos métodos que la providencia divina pone a nuestra disposición. Alabando a Dios Padre por las maravillas que sigue realizando en cada uno de los miembros de su Iglesia, los fieles están invitados a vivificar su vocación cristiana en fidelidad a la Tradición viva de la Iglesia. Abiertos a la inspiración del Espíritu Santo, que sigue suscitando diferentes carismas en la Iglesia, los cristianos deben continuar o emprender con determinación el camino de la santidad para llegar a ser cada día más apóstoles de la reconciliación, la justicia y la paz.

CONCLUSIÓN

«Ánimo, levántate, que te llama» (Mc 10,49)

172. Queridos hermanos y hermanas, la última palabra del Sínodo ha sido una llamada de esperanza dirigida a África. Esta llamada será vana si no se radica en el amor trinitario. De Dios, *Padre* de todos, recibimos la *misión* de transmitir a África el amor con el que nos ama Cristo, el *Hijo* primogénito, para que nuestra *acción*, animada por el *Espíritu Santo*, sea impregnada por la esperanza y se convierta, a su vez, en fuente de esperanza. Con el fin de facilitar la puesta en práctica de las orientaciones del Sínodo sobre temas tan candentes como la reconciliación, la justicia y la paz, desearía que los «teólogos siguieran estudiando hoy la hondura del misterio trinitario y su significado para el día a día africano»²²⁰. Puesto que la vocación del hombre es única,

220 Discurso a los miembros del Consejo especial para África del Sínodo de los Obispos (Yaundé, 19 marzo 2009): AAS 101 (2009), 312.

no dejemos que decaiga en nosotros el impulso vital de la reconciliación de la humanidad con Dios, gracias al misterio de nuestra salvación en Cristo. La redención es la razón de la fiabilidad y firmeza de nuestra esperanza «gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente: el presente, aunque sea un presente fatigoso, se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta y si esta meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino»²²¹.

173. Lo repito: «Levántate, Iglesia en África, familia de Dios, porque te llama el Padre celestial a quien tus antepasados invocaban como Creador antes de conocer su cercanía misericordiosa, que se reveló en su Hijo unigénito, Jesucristo. Emprende el camino de una nueva evangelización con la valentía que procede del Espíritu Santo»²²².

174. El rostro de la evangelización lleva hoy el nombre de reconciliación, «condición indispensable para instaurar en África relaciones de justicia entre los hombres y para construir una paz justa y duradera en el respeto de cada individuo y de cada pueblo; una paz que [...] se abre a la aportación de todas las personas de buena voluntad más allá de sus respectivas pertenencias religiosas, étnicas, lingüísticas, culturales y sociales»²²³. Que toda la Iglesia católica acompañe con su afecto a los hermanos y hermanas del continente africano. Que los santos de África los sostengan con su plegaria de intercesión²²⁴.

175. Que «el buen señor de la casa, san José, que personalmente conoce bien lo que significa ponderar, con actitud de solicitud y de esperanza, los caminos futuros de la familia, [y que] nos escuchó con amor y nos acompañó hasta el interior del mismo Sínodo»²²⁵, proteja y acompañe a la Iglesia en su misión al servicio de África, tierra en la que encontró para la Sagrada Familia refugio y protección (cf. *Mt* 2,13-15). Que la Santísima Virgen María, Madre del Verbo de Dios y Nuestra Señora de África, siga acompañando a toda la Iglesia con su intercesión y su invitación a hacer todo lo que su Hijo nos diga (cf. *Jn*

221 Carta enc. *Spe salvi*, 1: AAS 99 (2007), 985.

222 Homilía en la misa de clausura de la Segunda Asamblea especial para África del Sínodo de los Obispos (25 octubre 2009): AAS 101 (2009), 918.

223 *Ibid.*

224 Cf. *ibid.*

225 Discurso a la Curia Romana (21 diciembre 2009): AAS 102 (2010), 34.

2,5). Que la oración de María, Reina de la Paz, cuyo corazón atiende siempre a la voluntad de Dios, sostenga todo esfuerzo de conversión, que consolide cada iniciativa de reconciliación, y haga eficaces todos los esfuerzos en favor de la paz, en un mundo que tiene hambre y sed de justicia (cf. *Mt 5,6*).²²⁶

176. Queridos hermanos y hermanas, a través de la Segunda Asamblea especial para África del Sínodo de los Obispos, el Señor bueno y misericordioso os recuerda encarecidamente que «vosotros sois la sal de la tierra... la luz del mundo» (*Mt 5,13.14*). Que estas palabras recuerden la dignidad de vuestra vocación de hijos de Dios, miembros de la Iglesia, una, santa, católica y apostólica. Esta vocación consiste en difundir, en un mundo a veces oscurecido, la claridad del Evangelio, el esplendor de Jesucristo, luz verdadera que «ilumina a todo hombre» (*Jn1,9*). Los cristianos, además, han de ofrecer a los hombres el gusto por Dios Padre, el gozo de su presencia creadora en el mundo. Están llamados también a colaborar con la gracia del Espíritu Santo, para que el milagro de Pentecostés prosiga en el continente africano, y todo hijo de la Iglesia sea cada vez más apóstol de la reconciliación, la justicia y la paz.

177. Que la Iglesia católica en África sea siempre uno de los pulmones espirituales de la humanidad y se convierta cada día más en una bendición para el noble continente africano y para todo el mundo.

Ouidah, Benín, 19 de noviembre de 2011, séptimo año de mi Pontificado.

Benedictus PP XVI

²²⁶ Cf. Propositio 57.

MENSAJE CON MOTIVO DE LA CELEBRACIÓN DE LA XLV JORNADA MUNDIAL DE LA PAZ

1. El comienzo de un Año nuevo, don de Dios a la humanidad, es una invitación a desear a todos, con mucha confianza y afecto, que este tiempo que tenemos por delante esté marcado por la justicia y la paz.

¿Con qué actitud debemos mirar el nuevo año? En el salmo 130 encontramos una imagen muy bella. El salmista dice que el hombre de fe aguarda al Señor «más que el centinela la aurora» (v. 6), lo aguarda con una sólida esperanza, porque sabe que traerá luz, misericordia, salvación. Esta espera nace de la experiencia del pueblo elegido, el cual reconoce que Dios lo ha educado para mirar el mundo en su verdad y a no dejarse abatir por las tribulaciones. Os invito a abrir el año 2012 con dicha actitud de confianza. Es verdad que en el año que termina ha aumentado el sentimiento de frustración por la crisis que agobia a la sociedad, al mundo del trabajo y la economía; una crisis cuyas raíces son sobre todo culturales y antropológicas. Parece como si un manto de oscuridad hubiera descendido sobre nuestro tiempo y no dejara ver con claridad la luz del día.

En esta oscuridad, sin embargo, el corazón del hombre no cesa de esperar la aurora de la que habla el salmista. Se percibe de manera especialmente viva y visible en los jóvenes, y por esa razón me dirijo a ellos teniendo en cuenta la aportación que pueden y deben ofrecer a la sociedad. Así pues, quisiera presentar el Mensaje para la XLV Jornada Mundial de la Paz en una perspectiva educativa: «*Educar a los jóvenes en la justicia y la paz*», convencido de que ellos, con su entusiasmo y su impulso hacia los ideales, pueden ofrecer al mundo una nueva esperanza.

Mi mensaje se dirige también a los padres, las familias y a todos los estamentos educativos y formativos, así como a los responsables en los distintos ámbitos de la vida religiosa, social, política, económica,

cultural y de la comunicación. Prestar atención al mundo juvenil, saber escucharlo y valorarlo, no es sólo una oportunidad, sino un deber primario de toda la sociedad, para la construcción de un futuro de justicia y de paz.

Se ha de transmitir a los jóvenes el aprecio por el valor positivo de la vida, suscitando en ellos el deseo de gastarla al servicio del bien. Éste es un deber en el que todos estamos comprometidos en primera persona.

Las preocupaciones manifestadas en estos últimos tiempos por muchos jóvenes en diversas regiones del mundo expresan el deseo de mirar con fundada esperanza el futuro. En la actualidad, muchos son los aspectos que les preocupan: el deseo de recibir una formación que los prepare con más profundidad a afrontar la realidad, la dificultad de formar una familia y encontrar un puesto estable de trabajo, la capacidad efectiva de contribuir al mundo de la política, de la cultura y de la economía, para edificar una sociedad con un rostro más humano y solidario.

Es importante que estos fermentos, y el impulso idealista que contienen, encuentren la justa atención en todos los sectores de la sociedad. La Iglesia mira a los jóvenes con esperanza, confía en ellos y los anima a buscar la verdad, a defender el bien común, a tener una perspectiva abierta sobre el mundo y ojos capaces de ver «cosas nuevas» (Is 42,9; 48,6).

Los responsables de la educación

2. La educación es la aventura más fascinante y difícil de la vida. Educar –que viene de *educere* en latín– significa conducir fuera de sí mismos para introducirlos en la realidad, hacia una plenitud que hace crecer a la persona. Ese proceso se nutre del encuentro de dos libertades, la del adulto y la del joven. Requiere la responsabilidad del discípulo, que ha de estar abierto a dejarse guiar al conocimiento de la realidad, y la del educador, que debe de estar dispuesto a darse a sí mismo. Por eso, los testigos auténticos, y no simples dispensadores de reglas o informaciones, son más necesarios que nunca; testigos que

sepan ver más lejos que los demás, porque su vida abarca espacios más amplios. El testigo es el primero en vivir el camino que propone.

¿Cuáles son los lugares donde madura una verdadera educación en la paz y en la justicia? Ante todo la familia, puesto que los padres son los primeros educadores. La familia es la célula originaria de la sociedad. «En la familia es donde los hijos aprenden los valores humanos y cristianos que permiten una convivencia constructiva y pacífica. En la familia es donde se aprende la solidaridad entre las generaciones, el respeto de las reglas, el perdón y la acogida del otro»¹. Ella es la primera escuela donde se recibe educación para la justicia y la paz.

Vivimos en un mundo en el que la familia, y también la misma vida, se ven constantemente amenazadas y, a veces, destruidas. Unas condiciones de trabajo a menudo poco conciliables con las responsabilidades familiares, la preocupación por el futuro, los ritmos de vida frenéticos, la emigración en busca de un sustento adecuado, cuando no de la simple supervivencia, acaban por hacer difícil la posibilidad de asegurar a los hijos uno de los bienes más preciosos: la presencia de los padres; una presencia que les permita cada vez más compartir el camino con ellos, para poder transmitirles esa experiencia y cúmulo de certezas que se adquieren con los años, y que sólo se pueden comunicar pasando juntos el tiempo. Deseo decir a los padres que no se desanimen. Que exhorten con el ejemplo de su vida a los hijos a que pongan la esperanza ante todo en Dios, el único del que mana justicia y paz auténtica.

Quisiera dirigirme también a los responsables de las instituciones dedicadas a la educación: que vigilen con gran sentido de responsabilidad para que se respete y valore en toda circunstancia la dignidad de cada persona. Que se preocupen de que cada joven pueda descubrir la propia vocación, acompañándolo mientras hace fructificar los dones que el Señor le ha concedido. Que aseguren a las familias que sus hijos puedan tener un camino formativo que no contraste con su conciencia y principios religiosos.

Que todo ambiente educativo sea un lugar de apertura al otro y a lo

¹ Discurso a los Administradores de la Región del Lacio, del Ayuntamiento y de la Provincia de Roma, (14 enero 2011), L'Osservatore Romano, ed. en lengua española (23 enero 2011)

transcendente; lugar de diálogo, de cohesión y de escucha, en el que el joven se sienta valorado en sus propias potencialidades y riqueza interior, y aprenda a apreciar a los hermanos. Que enseñe a gustar la alegría que brota de vivir día a día la caridad y la compasión por el prójimo, y de participar activamente en la construcción de una sociedad más humana y fraterna.

Me dirijo también a los responsables políticos, pidiéndoles que ayuden concretamente a las familias e instituciones educativas a ejercer su derecho deber de educar. Nunca debe faltar una ayuda adecuada a la maternidad y a la paternidad. Que se esfuercen para que a nadie se le niegue el derecho a la instrucción y las familias puedan elegir libremente las estructuras educativas que consideren más idóneas para el bien de sus hijos. Que trabajen para favorecer el reagrupamiento de las familias divididas por la necesidad de encontrar medios de subsistencia. Ofrezcan a los jóvenes una imagen límpida de la política, como verdadero servicio al bien de todos.

No puedo dejar de hacer un llamamiento, además, al mundo de los medios, para que den su aportación educativa. En la sociedad actual, los medios de comunicación de masa tienen un papel particular: no sólo informan, sino que también forman el espíritu de sus destinatarios y, por tanto, pueden dar una aportación notable a la educación de los jóvenes. Es importante tener presente que los lazos entre educación y comunicación son muy estrechos: en efecto, la educación se produce mediante la comunicación, que influye positiva o negativamente en la formación de la persona.

También los jóvenes han de tener el valor de vivir ante todo ellos mismos lo que piden a quienes están en su entorno. Les corresponde una gran responsabilidad: que tengan la fuerza de usar bien y conscientemente la libertad. También ellos son responsables de la propia educación y formación en la justicia y la paz.

Educar en la verdad y en la libertad

3. San Agustín se preguntaba: «*Quid enim fortius desiderat anima*

quam veritatem? - ¿Ama algo el alma con más ardor que la verdad?»². El rostro humano de una sociedad depende mucho de la contribución de la educación a mantener viva esa cuestión insoslayable. En efecto, la educación persigue la formación integral de la persona, incluida la dimensión moral y espiritual del ser, con vistas a su fin último y al bien de la sociedad de la que es miembro. Por eso, para educar en la verdad es necesario saber sobre todo quién es la persona humana, conocer su naturaleza. Contemplando la realidad que lo rodea, el salmista reflexiona: «Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado. ¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano, para que de él te cuides?» (*Sal* 8,4-5). Ésta es la cuestión fundamental que hay que plantearse: ¿Quién es el hombre? El hombre es un ser que alberga en su corazón una sed de infinito, una sed de verdad –no parcial, sino capaz de explicar el sentido de la vida– porque ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. Así pues, reconocer con gratitud la vida como un don inestimable lleva a descubrir la propia dignidad profunda y la inviolabilidad de toda persona. Por eso, la primera educación consiste en aprender a reconocer en el hombre la imagen del Creador y, por consiguiente, a tener un profundo respeto por cada ser humano y ayudar a los otros a llevar una vida conforme a esta altísima dignidad. Nunca podemos olvidar que «el auténtico desarrollo del hombre concierne de manera unitaria a la totalidad de la persona en todas sus dimensiones»³, incluida la trascendente, y que no se puede sacrificar a la persona para obtener un bien particular, ya sea económico o social, individual o colectivo.

Sólo en la relación con Dios comprende también el hombre el significado de la propia libertad. Y es cometido de la educación el formar en la auténtica libertad. Ésta no es la ausencia de vínculos o el dominio del libre albedrío, no es el absolutismo del yo. El hombre que cree ser absoluto, no depender de nada ni de nadie, que puede hacer todo lo que se le antoja, termina por contradecir la verdad del propio ser, perdiendo su libertad. Por el contrario, el hombre es un ser relacional,

2 Comentario al Evangelio de S. Juan, 26,5.

3 Carta enc. *Caritas in veritate* (29 junio 2009), 11: AAS 101 (2009), 648; cf. PABLO VI, Carta enc. *Populorum progressio* (26 marzo 1967), 14: AAS 59 (1967), 264.

que vive en relación con los otros y, sobre todo, con Dios. La auténtica libertad nunca se puede alcanzar alejándose de Él.

La libertad es un valor precioso, pero delicado; se la puede entender y usar mal. «En la actualidad, un obstáculo particularmente insidioso para la obra educativa es la masiva presencia, en nuestra sociedad y cultura, del relativismo que, al no reconocer nada como definitivo, deja como última medida sólo el propio yo con sus caprichos; y, bajo la apariencia de la libertad, se transforma para cada uno en una prisión, porque separa al uno del otro, dejando a cada uno encerrado dentro de su propio "yo". Por consiguiente, dentro de ese horizonte relativista no es posible una auténtica educación, pues sin la luz de la verdad, antes o después, toda persona queda condenada a dudar de la bondad de su misma vida y de las relaciones que la constituyen, de la validez de su esfuerzo por construir con los demás algo en común»⁴.

Para ejercer su libertad, el hombre debe superar por tanto el horizonte del relativismo y conocer la verdad sobre sí mismo y sobre el bien y el mal. En lo más íntimo de la conciencia el hombre descubre una ley que él no se da a sí mismo, sino a la que debe obedecer y cuya voz lo llama a amar, a hacer el bien y huir del mal, a asumir la responsabilidad del bien que ha hecho y del mal que ha cometido⁵. Por eso, el ejercicio de la libertad está íntimamente relacionado con la ley moral natural, que tiene un carácter universal, expresa la dignidad de toda persona, sienta la base de sus derechos y deberes fundamentales, y, por tanto, en último análisis, de la convivencia justa y pacífica entre las personas.

El uso recto de la libertad es, pues, central en la promoción de la justicia y la paz, que requieren el respeto hacia uno mismo y hacia el otro, aunque se distancie de la propia forma de ser y vivir. De esa actitud brotan los elementos sin los cuales la paz y la justicia se quedan en palabras sin contenido: la confianza recíproca, la capacidad de entablar un diálogo constructivo, la posibilidad del perdón, que tantas veces se quisiera obtener pero que cuesta conceder, la caridad recípro-

4 Discurso en la ceremonia de apertura de la Asamblea eclesial de la diócesis de Roma (6 junio 2005): AAS 97 (2005), 816.

5 Cf. CONC. ECUM. VAT. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 16.

ca, la compasión hacia los más débiles, así como la disponibilidad para el sacrificio.

Educación en la justicia

4. En nuestro mundo, en el que el valor de la persona, de su dignidad y de sus derechos, más allá de las declaraciones de intenciones, está seriamente amenazado por la extendida tendencia a recurrir exclusivamente a los criterios de utilidad, del beneficio y del tener, es importante no separar el concepto de justicia de sus raíces trascendentes. La justicia, en efecto, no es una simple convención humana, ya que lo que es justo no está determinado originariamente por la ley positiva, sino por la identidad profunda del ser humano. La visión integral del hombre es lo que permite no caer en una concepción contractualista de la justicia y abrir también para ella el horizonte de la solidaridad y del amor⁶.

No podemos ignorar que ciertas corrientes de la cultura moderna, sostenida por principios económicos racionalistas e individualistas, han sustraído al concepto de justicia sus raíces trascendentes, separándolo de la caridad y la solidaridad: «La "ciudad del hombre" no se promueve sólo con relaciones de derechos y deberes sino, antes y más aún, con relaciones de gratuidad, de misericordia y de comunión. La caridad manifiesta siempre el amor de Dios también en las relaciones humanas, otorgando valor teológico y salvífico a todo compromiso por la justicia en el mundo»⁷.

«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados» (Mt 5,6). Serán saciados porque tienen hambre y sed de relaciones rectas con Dios, consigo mismos, con sus hermanos y hermanas, y con toda la creación.

Educación en la paz

5. «La paz no es sólo ausencia de guerra y no se limita a asegurar el

6 Cf. Discurso en el Bundestag (Berlín, 22 septiembre 2011): L'Osservatore Romano, ed. en lengua española (25 septiembre 2011), 6-7.

7 Carta enc. Caritas in veritate (29 junio 2009), 6: AAS 101 (2009), 644-645.

equilibrio de fuerzas adversas. La paz no puede alcanzarse en la tierra sin la salvaguardia de los bienes de las personas, la libre comunicación entre los seres humanos, el respeto de la dignidad de las personas y de los pueblos, la práctica asidua de la fraternidad»⁸. La paz es fruto de la justicia y efecto de la caridad. Y es ante todo don de Dios. Los cristianos creemos que Cristo es nuestra verdadera paz: en Él, en su cruz, Dios ha reconciliado consigo al mundo y ha destruido las barreras que nos separaban a unos de otros (cf. *Ef 2,14-18*); en Él, hay una única familia reconciliada en el amor.

Pero la paz no es sólo un don que se recibe, sino también una obra que se ha de construir. Para ser verdaderamente constructores de la paz, debemos ser educados en la compasión, la solidaridad, la colaboración, la fraternidad; hemos de ser activos dentro de las comunidades y atentos a despertar las conciencias sobre las cuestiones nacionales e internacionales, así como sobre la importancia de buscar modos adecuados de redistribución de la riqueza, de promoción del crecimiento, de la cooperación al desarrollo y de la resolución de los conflictos. «Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios», dice Jesús en el Sermón de la Montaña (*Mt 5,9*).

La paz para todos nace de la justicia de cada uno y ninguno puede eludir este compromiso esencial de promover la justicia, según las propias competencias y responsabilidades. Invito de modo particular a los jóvenes, que mantienen siempre viva la tensión hacia los ideales, a tener la paciencia y constancia de buscar la justicia y la paz, de cultivar el gusto por lo que es justo y verdadero, aun cuando esto pueda comportar sacrificio e ir contracorriente.

Levantar los ojos a Dios

6. Ante el difícil desafío que supone recorrer la vía de la justicia y de la paz, podemos sentirnos tentados de preguntarnos como el salmista: «Levanto mis ojos a los montes: ¿de dónde me vendrá el auxilio?» (*Sal 121,1*).

Deseo decir con fuerza a todos, y particularmente a los jóvenes:

⁸ Catecismo de la Iglesia Católica, 2304.

«No son las ideologías las que salvan el mundo, sino sólo dirigir la mirada al Dios vivo, que es nuestro creador, el garante de nuestra libertad, el garante de lo que es realmente bueno y auténtico [...], mirar a Dios, que es la medida de lo que es justo y, al mismo tiempo, es el amor eterno.

Y ¿qué puede salvarnos sino el amor?»⁹. El amor se complace en la verdad, es la fuerza que nos hace capaces de comprometernos con la verdad, la justicia, la paz, porque todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta (cf. 1 Co 13,1-13).

Queridos jóvenes, vosotros sois un don precioso para la sociedad. No os dejéis vencer por el desánimo ante las dificultades y no os entreguéis a las falsas soluciones, que con frecuencia se presentan como el camino más fácil para superar los problemas. No tengáis miedo de comprometeros, de hacer frente al esfuerzo y al sacrificio, de elegir los caminos que requieren fidelidad y constancia, humildad y dedicación. Vivid con confianza vuestra juventud y esos profundos deseos de felicidad, verdad, belleza y amor verdadero que experimentáis. Vivid con intensidad esta etapa de vuestra vida tan rica y llena de entusiasmo.

Sed conscientes de que vosotros sois un ejemplo y estímulo para los adultos, y lo seréis cuanto más os esforzáis por superar las injusticias y la corrupción, cuanto más deseéis un futuro mejor y os comprometáis en construirlo. Sed conscientes de vuestras capacidades y nunca os encerréis en vosotros mismos, sino sabed trabajar por un futuro más luminoso para todos. Nunca estáis solos. La Iglesia confía en vosotros, os sigue, os anima y desea ofreceros lo que tiene de más valor: la posibilidad de levantar los ojos hacia Dios, de encontrar a Jesucristo, Aquel que es la justicia y la paz.

A todos vosotros, hombres y mujeres preocupados por la causa de la paz. La paz no es un bien ya logrado, sino una meta a la que todos debemos aspirar. Miremos con mayor esperanza al futuro, animémosnos mutuamente en nuestro camino, trabajemos para dar a nuestro mundo un rostro más humano y fraterno y sintámonos unidos en la responsabilidad respecto a las jóvenes generaciones de hoy y del ma-

9 Vigilia de oración con los jóvenes (Colonia, 20 agosto 2005): AAS 97 (2005), 885-886.

ñana, particularmente en educarlas a ser pacíficas y artífices de paz. Consciente de todo ello, os envío estas reflexiones y os dirijo un llamamiento: unamos nuestras fuerzas espirituales, morales y materiales para «educar a los jóvenes en la justicia y la paz».

Vaticano, 8 de diciembre de 2011

BENEDICTUS PP XVI

EL SACERDOTE EN EL SIGLO XXI¹

Muy queridos Sacerdotes:

Dorothy Thompson, escritora estadounidense, hace algunos decenios publicó en un artículo para una revista los resultados de una cuidada indagación sobre el mal afamado campo de concentración de Dachau.

Una pregunta clave dirigida a los supervivientes fue la siguiente: «¿Quién en medio del infierno de Dachau ha permanecido más largo tiempo en condiciones de equilibrio? ¿Quién ha mantenido por más tiempo el propio sentido de identidad?». La respuesta fue coral y siempre la misma: «los sacerdotes católicos». Sí, ¡los sacerdotes católicos! Éstos han logrado mantener el propio equilibrio, en medio de tanta locura, porque eran conscientes de su Vocación. Tenían su escala jerárquica de valores. Su entrega al ideal era total. Eran conscientes de su misión específica y de los motivos profundos que la sostenían.

¡En medio del infierno terreno, daban su testimonio: el de Jesucristo!

Vivimos en un mundo inestable. Existe una inestabilidad en la familia, en el mundo del trabajo, en las diversas asociaciones sociales y profesionales, en las escuelas y en las instituciones. El sacerdote debe ser, sin embargo, constitucionalmente un modelo de estabilidad y de madurez, de entrega plena a su apostolado.

En el camino inquieto de la sociedad, se presenta con frecuencia un interrogante a la mente del cristiano: «¿Quién es el sacerdote en el mundo de hoy? ¿Es un marciano? ¿Es un extraño? ¿Es un fósil? ¿Quién es?».

La secularización, el gnosticismo, el ateísmo, en sus varias formas, están reduciendo cada vez más el espacio de lo sagrado, están chupando la sangre a los contenidos del mensaje cristiano. Los hombres de las técnicas y del bienestar, la gente caracterizada por la fiebre del aparentar, experimentan una extrema pobreza espiritual. Son víctimas

¹ Publicamos el texto de dos intervenciones del cardenal Mauro Piacenza, Prefecto de la Congregación para el Clero, con ocasión de un encuentro con sacerdotes y seminaristas de la archidiócesis de Los Angeles (3 y 4 de octubre de 2011)

de una grave angustia existencial y se manifiestan incapaces de resolver los problemas de fondo de la vida espiritual, familiar y social.

Si quisiéramos interrogar la cultura más difundida, nos daríamos cuenta de que está dominada e impregnada de la duda sistemática y de la sospecha de todo lo que se refiere a la fe, la razón, la religión, la ley natural. «Dios es una inútil hipótesis – escribió Camus – y estoy perfectamente seguro de que no me interesa». En la mejor de las hipótesis, cae un denso silencio sobre Dios; pero se llega con frecuencia a la afirmación del insanable conflicto de las dos existencias destinadas a eliminarse: o Dios o el hombre.

Si después tuviéramos que dirigir la mirada al conjunto del panorama de los comportamientos morales, no podríamos no constatar la confusión, el desorden, la anarquía que reina en este campo. El hombre se hace creador del bien y del mal. Concentra egoístamente la atención sobre sí. Sustituye la norma moral con el propio deseo y búsqueda del propio interés.

En este contexto, la vida y el ministerio del sacerdote adquieren importancia decisiva y urgente actualidad. Mejor aún – permitídmelo decir – cuanto más marginado, más importante es, cuanto más considerado superado, se convierte en más actual.

El sacerdote debe proclamar al mundo el mensaje eterno de Cristo, en su pureza y radicalidad; no debe rebajar el mensaje, sino, más bien, confortar la gente; debe dar a la sociedad anestesiada por los mensajes de algunos directores ocultos, detenedores de los poderes que valen, la fuerza liberadora de Cristo.

Todos sienten la necesidad de reformas en el campo social, económico, político; todos desean que, en las luchas sindicales, y en la proclamación económica se reafirme y se observe la centralidad del hombre y el perseguimiento de objetivos de justicia, de solidaridad, de convergencia hacia el bien común. Todo esto será sólo un deseo, si no se cambia el corazón del hombre, de tantos hombres, que renueven por su parte la sociedad.

Mirad, el verdadero campo de batalla de la Iglesia es el paisaje secreto del espíritu del hombre y en él no se entra sin mucho tacto, sin mucha compunción, además de contar con la gracia de estado prome-

tida por el Sacramento del Orden.

Es justo que el sacerdote se inserte en la vida, en la vida común de los hombres, pero no debe ceder a los conformismos y a los compromisos de la sociedad.

La sana doctrina, pero también la documentación histórica nos demuestran que la Iglesia es capaz de resistir a todos los ataques, a todos los asaltos que las potencias políticas, económicas y culturales pueden desencadenar contra ella, pero no resiste al peligro que proviene del olvidar esta palabra de Jesús: «Vosotros sois la sal de la tierra, vosotros sois la luz del mundo». El mismo Jesús indica la consecuencia de este olvido: «Si la sal se hace insípida, ¿cómo se preservará el mundo de la corrupción?» (cfr. Mt 5,13-14). ¿A qué serviría un sacerdote tan semejante al mundo, que se convierte en sacerdote mimetizado y no en fermento transformador?

Ante un mundo anémico de oración y de adoración, el sacerdote es, en primer lugar el hombre de la oración, de la adoración, del Culto, de la celebración de los santos Misterios. Ante un mundo sumergido en mensajes consumistas, pansexuales, atacado por el error, presentado en los aspectos más seductores, el sacerdote debe hablar de Dios y de las realidades eternas y, para poderlo hacer con credibilidad, debe ser apasionadamente creyente, ¡como también ser “limpio”!

El sacerdote debe aceptar la impresión de estar en medio de la gente, como uno que parte de una lógica y habla una lengua diversa de los otros («no os conforméis a la mentalidad de este mundo», Rm 12,12). Él no es como “los otros”. Lo que la gente espera de él es precisamente que no sea “como los demás”.

Ante un mundo sumergido en la violencia y corroído por el egoísmo, el sacerdote debe ser el hombre de la caridad. Desde las alturas purísimas del amor de Dios, del que realiza una particularísima experiencia, desciende al valle, donde muchos viven su vida de soledad, de incomunicabilidad, de violencia, para anunciarles misericordia, reconciliación y esperanza.

El sacerdote responde a las exigencias de la sociedad, haciéndose voz de quien no tiene voz: los pequeños, los pobres, los ancianos, los oprimidos, marginados. No pertenece a sí mismo sino a los demás. No

vive para sí y no busca lo que es suyo. Busca lo que es de Cristo, lo que es de sus hermanos. Comparte las alegrías y los dolores de todos, sin distinción de edad, categoría social, procedencia política, práctica religiosa.

Él es el guía de la porción del Pueblo, que le ha sido confiada. Ciertamente, no jefe de un ejército anónimo, sino pastor de una comunidad formada por personas que cada una tiene un nombre, su historia, su destino, su secreto.

El sacerdote tiene la difícil tarea, pero eminente, de guiar estas personas con la mayor atención religiosa y con el escrupuloso respeto de su dignidad humana, de su trabajo, de sus derechos, con la plena conciencia de que, entonces, la condición de hijos de Dios corresponde en ellos a una vocación eterna, que se realiza en la plena comunión con Dios.

El sacerdote no dudará en entregar la vida, o en una breve pero intensa temporada de dedicación generosa y sin límites, o en una donación cotidiana, larga, en el estilicidio de humildes gestos de servicio a su pueblo, tendiendo siempre a la defensa y formación de la grandeza humana y del crecimiento cristiano de cada fiel y de todo su pueblo.

Un sacerdote debe ser contemporáneamente pequeño y grande, noble de espíritu como un rey, sencillo y natural como un campesino. Un héroe en la conquista de sí, el soberano de sus deseos, un servidor de los pequeños y débiles; que no se humilla ante los poderosos, pero que se inclina ante los pobres y pequeños, discípulo de su Señor y cabeza de su grey.

Ningún don más precioso se puede regalar a una comunidad de un sacerdote según el corazón de Cristo.

La esperanza del mundo consiste en poder contar, también para el futuro, con el amor de corazones sacerdotales límpidos, fuertes y misericordiosos, libres y mansos, generosos y fieles.

Amigos, si los ideales son altos, el camino difícil, el terreno quizás menos minado, las incomprensiones son muchas, pero todo podemos con Aquel que nos da fuerzas (cfr. Flp 4,13). El eclipse de la Luz de Dios y de su Amor, no es el apagarse la Luz y el Amor de Dios. Ya mañana lo que se había interpuesto, obscureciendo la fe, arrojando el mundo

en una oscuridad espantosa, puede convertirse en menos espeso, y después de una larga pausa, demasiado larga del eclipse, volver el sol, lleno y espléndido.

Más allá de las inquietudes y contestaciones que agitan el mundo, y se hacen sentir también dentro de la Iglesia, están en acción fuerzas secretas, escondidas y fecundas en santidad. Más allá de los ríos de palabras y discursos, de programas y planes, de iniciativas y organizaciones, hay almas santas que rezan, sufren, expían adorando al Dios-con nosotros. Entre éstas hay niños y adultos, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, cultos e ignorantes, enfermos y sanos, y hay también tantos sacerdotes, que no sólo son dispensadores de los Misterios de Cristo, pero en la babel actual permanecen signos seguros de referencia y de esperanza, para cuantos buscan la plenitud, el sentido, el fin, la felicidad.

Estemos unidos, queridos amigos, en el Cenáculo de la Iglesia, en torno a María nuestra Madre, con Pedro y los Apóstoles, sumergidos en la comunión de los santos, para ser también nosotros, de verdad, signos seguros de referencia y de esperanza para todos. Es mi deseo, que convierte en oración por todos vosotros que estáis aquí presentes y por todos vuestros Hermanos, que no están aquí ahora. Os llevaré, de ahora en adelante, siempre conmigo.

PRIORIDADES EN LA FORMACION

*Venerado Hermano en el Episcopado,
Queridos Formadores,
Muy queridos Seminaristas:*

Es para mí motivo de profunda alegría poder encontraros en esta breve estancia Norteamericana.

El futuro de la Iglesia, que es cierto, porque está en las manos de su Cabeza y Señor, que es Cristo, pulsa en vuestras existencias. Los seminaristas de hoy, Sacerdotes de mañana, son la esperanza viva del camino que la Iglesia siempre realiza en el mundo. Gracias de corazón, en nombre de la Iglesia, por el vuestro sí ¡tan generoso! Sabed desde ahora, que el Prefecto de la Congregación para el Clero reza por voso-

tros, para que el vuestro sí al Señor sea total e incondicionado.

Esto es el secreto de la felicidad, el secreto de la plena realización de la vida Sacerdotal: donar todo, sin conservar nada para uno mismo, ¡siguiendo el ejemplo de Jesús!

No pretendo en este encuentro proponeros una conferencia, sino, sencillamente, un coloquio informal, concediendo espacio a vuestras eventuales preguntas espontáneas. A vuestras preguntas antepongo algunas breves reflexiones sobre lo que juzgo fundamental hoy, y siempre, en la formación sacerdotal.

1. El primado de Dios

Es algo adquirido por la experiencia eclesial, que las vocaciones nacen, florecen, se desarrollan y llegan a madurez sólo donde se reconoce claramente el primado de Dios. Cualquier otra motivación, que también puede acompañar el inicio de la percepción de una llamada al sacerdocio, confluye en el movimiento de total donación al Señor y en el reconocimiento de su primado en nuestra vida, en la vida de la Iglesia y en la del mundo.

Primado de Dios significa primado de la oración, de la intimidad divina; primado de la vida espiritual y sacramental. La Iglesia no tiene necesidad de gestores, ¡sino de hombres de Dios! No tiene necesidad de sociólogos, psicólogos, antropólogos, politólogos - y todas las demás actuaciones que conocemos y podemos imaginar -.

La Iglesia tiene necesidad de hombres creyentes y , por tanto, creíbles, de hombres que, acogida la llamada del Señor, ¡sean sus motivados testigos en el mundo!

Primado de Dios significa primado de la vida sacramental, vivida hoy y ofrecida, a su tiempo, ¡a todos nuestros hermanos! Muchas cosas pueden encontrar los hombres en los otros; en el Sacerdote, sin embargo, buscan lo que sólo él puede dar: la divina Misericordia, el Pan de vida eterna, un nuevo horizonte de significado ¡que haga más humana la vida presente y posible la eterna!

Vivid, queridísimos Seminaristas, este tiempo del seminario – que es transeúnte – como la gran ocasión que se os da para realizar una

extraordinaria experiencia de intimidad con Dios.

La relación que habréis tejido con Él en estos años, ciertamente se profundizará y cambiará durante la vida, pero los fundamentos, el meollo de aquella relación, ¡se constituye ahora! El tiempo del Seminario es, en dicho sentido, ¡irrepetible! No obstante cualquier buena experiencia que pueda acaecer en nuestra vida, antes y después de este tiempo, la sabiduría de la Iglesia indica el momento formativo comunitario como necesario para la formación de sus Sacerdotes.

¡La Iglesia tiene necesidad de hombres fuertes! De hombres firmes en la fe, capaces de conducir a los hermanos a una auténtica experiencia de Dios.

La Iglesia tiene necesidad de sacerdotes que, en las tempestades de la cultura dominante, cuando “la barca de no pocos hermanos es combatida por las olas del relativismo” (cfr. J. Ratzinger, Homilía en la Santa Misa Eligendo Romano Pontifice), sepan, en efectiva comunión con Pedro, tener firme el timón de la propia existencia, de las comunidades que les han sido confiadas y de los hermanos que piden luz y ayuda para su camino de fe.

2. Las prioridades de la formación

Además del primado indiscutido de Dios, es necesario que la formación humana ocupe el puesto fundamental que le corresponde. Nadie puede esperar una humanidad perfecta para acceder a las órdenes sagradas, pero es indispensable, con toda honestidad, ponerse en juego, confiando a Dios, a través del Director espiritual, todo sobre uno mismo. No cedáis a la ilusión por la que las cuestiones no resueltas (o no debidamente afrontadas) se podrán improvisamente resolver después de la ordenación. ¡No es así! ¡Y la experiencia lo demuestra!

La formación humana tiene ciertamente necesidad de un justo grado de auto-conocimiento, y en este sentido las llamadas ciencias humanas pueden ofrecer una válida ayuda, ¡pero sobre todo tiene necesidad de “estar en contacto” con la Santa Humanidad de Cristo!

¡Estando con Él nosotros somos plasmados progresivamente! ¡Es Él, de verdad, formador! En este sentido, ¡la adoración eucarística pro-

longada desempeña también un papel fundamental y sobre todo en la formación humana! Dejarse “broncear” por el Sol eucarístico, significa, en el tiempo, limar las propias aristas, aprender del humilde por excelencia, estar en la escuela de la Caridad hecha carne.

Juntamente con la formación humana, es central la intelectual. No cabe duda de que ésta ha ocupado, en los últimos decenios, una importante parte de toda formación seminarista. Ahora, muy probablemente, en este ámbito es necesario valorar atentamente las proporciones y los equilibrios. Aunque se desea para todos una buena formación, no todos los Sacerdotes deberán ser teólogos.

La formación intelectual debe tender a transmitir los contenidos ciertos de la fe, argumentado razonablemente sus fundamentos escriturísticos, los de la gran Tradición eclesial y del Magisterio y hacerse acompañar por los ejemplos de vida de Sacerdotes santos. No debéis desorientaros en los meandros de las diversas opiniones teológicas que no dan certeza y ponen la Verdad revelada a la par de cualquier otro “pensamiento humano”. Uno se forma en las certezas y tratando de tener en el propio equipaje una visión de síntesis con el entusiasmo de la misión.

Estoy personalmente convencido de que una buena y sólida formación teológica, que descubra también el fundamento filosófico de la metafísica y no tema acoger toda la Verdad completa, es el mejor antídoto a las tantas “crisis de identidad” que algunos viven, por desgracia. En este sentido, el Santo Padre Benedicto XVI ha recordado varias veces la imprescindible utilización del Catecismo de la Iglesia Católica como horizonte al que mirar y como referencia cierta de nuestro actual pensamiento teológico.

El catecismo es también el gran instrumento que el Beato Juan Pablo II donó a toda la Iglesia, para la correcta hermenéutica del Concilio Vaticano II. También bajo este aspecto es necesario que la formación intelectual no viva equívocos de ningún género.

Vosotros habéis nacido en el Postconcilio (creo casi todos) y quizás, por eso sois hijos del Concilio, en cuanto más inmunes a las polarizaciones, a veces ideológicas, que la interpretación de aquel Acontecimiento providencial ha suscitado.

Seréis vosotros, probablemente, la primera generación que interpretará correctamente el Concilio Vaticano II, no según el “espíritu” del Concilio, que tanta desorientación ha traído a la Iglesia, sino según cuanto realmente el Acontecimiento Conciliar ha dicho, en sus textos, a la Iglesia y al mundo.

¡No existe un Concilio Vaticano II diverso del que ha producido los textos hoy en nuestra posesión! Y en estos textos nosotros encontramos la voluntad de Dios para su Iglesia y con ellos es necesario confrontarse, acompañados por dos mil años de Tradición y de vida cristiana.

La renovación es siempre necesaria a la Iglesia, porque siempre necesaria es la conversión de sus miembros, ¡pobres pecadores! ¡Pero no existe, ni podría existir una Iglesia pre-Conciliar y una post-Conciliar! Si fuera así, la segunda – la nuestra – ¡sería histórica y teológicamente ilegítima!

Existe una única Iglesia de Cristo, de la que vosotros formáis parte, que va desde Nuestro Señor hasta los Apóstoles, desde la Bienaventurada Virgen María hasta los Padres y Doctores de la Iglesia, desde el Medioevo hasta el Renacimiento, desde el Románico hasta el Gótico, el Barroco, y así sucesivamente hasta nuestros días, ininterrumpidamente, sin alguna solución de continuidad, ¡nunca!

¡Y todo porque la Iglesia es el Cuerpo de Cristo, es la unidad de su Persona que se nos dona a nosotros, sus miembros!

Vosotros, queridísimos Seminaristas, seréis sacerdotes de la Iglesia de San Agustín, de San Ambrosio, de Santo Tomás de Aquino, de San Carlos Borromeo, de San Juan María Vianney, de San Juan Bosco, de San Pío X, hasta el santo Padre Pío, a San José María Escrivá y el Beato Juan Pablo II. Seréis sacerdotes de la Iglesia que está formada por tantísimos santos Sacerdotes que durante los siglos han hecho luminoso, bello, irradiante y por tanto fácilmente reconocible, el rostro de Cristo, Señor, en el mundo.

La verdadera prioridad y la verdadera modernidad, pues, queridos míos, ¡es la santidad! El único posible recurso para una auténtica y profunda reforma es la santidad y ¡nosotros tenemos necesidad de reforma! ¡Para la Santidad no existe un seminario, a no ser el de la

Gracia de Nuestro Señor y de la libertad que se abre humildemente a su acción plasmadora y renovadora!

El Seminario de la Santidad, tiene, pues, un Rector verdaderamente magnífico y es una mujer: la Bienaventurada Virgen María. ¡Que Ella, que durante toda la vida nos repetirá: "Haced lo que Él os diga", pueda acompañarnos en este arduo pero fascinador camino!

He aquí, pues, que os he dicho parte de cuanto deseaba deciros; lo demás os lo diré en la oración de cada día porque desde ahora en adelante os llevaré conmigo todos los días al altar, y recordaros que ser sacerdote en estos tiempos difíciles es bello, pero sacerdotes de verdad. Se es feliz si no se está a medias tintas: ¡o todo o nada!

LA PALABRA DE DIOS EN LA VIDA DEL SACERDOTE

*Querido Señor Arzobispo:
Queridos sacerdotes y amigos:*

La Exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini* representa un paso fundamental en el camino de recepción de la Constitución apostólica *Dei Verbum* del Concilio ecuménico Vaticano II.

En ese sentido, siempre es bueno recordar que la única auténtica hermenéutica del gran acontecimiento conciliar es la de la continuidad y de la reforma.

Lo recordó explícitamente el Santo Padre en el Discurso para el intercambio de felicitaciones con ocasión de la Navidad a la Curia Romana del 22 de diciembre de 2005, dando de ese modo, precisamente al principio de Su Pontificado, la indicación de un gran tema que hay que afrontar siempre.

No existen dos Iglesias católicas, una preconiliar y una postconiliar; ¡si así fuera, la segunda sería ilegítima!

En la única Iglesia católica, instituida por Nuestro Señor Jesucristo sobre la roca de Pedro y sobre el fundamento de los Apóstoles, es necesario reconocer una profunda unidad histórica, doctrinal y teológica.

Para que una doctrina pueda ser acogida no debe representar una ruptura con el pasado o con todo el cuerpo doctrinal, sino que debe ser su desarrollo natural, orgánico.

Aunque cambien las circunstancias históricas y culturales y cambien —a veces— los modos de expresarse, ¡el eterno Evangelio de Cristo no puede cambiar! Cristo es el mismo ayer, hoy y siempre. ¡No cambia el *Verbum Domini*! Esta estabilidad de Cristo, de la verdad y de la Iglesia no es sino la traducción histórica de la Teología del Cuerpo Místico de San Pablo. Al igual que un cuerpo no puede tener órganos incompatibles o partes desarrolladas de manera no armónica, así sucede con la Iglesia de Cristo.

Queridos amigos, es siempre importante, pues, sentirse hijos de la única Iglesia, la de Jesús, de la Santísima Virgen María, de los Apóstoles, de los Padres y de todos los Santos que, a lo largo de dos mil años, ha suscitado el Espíritu.

El mismo Espíritu que, en la Iglesia, al comienzo de la era cristiana, inspiró los escritos del Nuevo Testamento y que, misteriosamente, en la relación entre Dios y el pueblo de Israel, nos ha entregado todo el patrimonio veterotestamentario.

1. La Palabra de Dios: una Persona

¡Verbum Domini! ¡Palabra de Dios! ¿Qué es la Palabra de Dios? ¿Qué papel tiene en la vida de un sacerdote?

En el n. 11 de la Exhortación apostólica, el Santo Padre afirma: «La Palabra eterna, que se expresa en la creación y se comunica en la historia de la salvación, en Cristo se ha convertido en un hombre «nacido de una mujer» (Ga 4, 4). La Palabra aquí no se expresa principalmente mediante un discurso, con conceptos o normas. Aquí nos encontramos ante la persona misma de Jesús. Su historia única y singular es la palabra definitiva que Dios dice a la humanidad».

La Palabra de Dios, el Verbo de Dios, por lo tanto, es ante todo Su Hijo Unigénito, Aquel del cual, en el Credo, decimos: «Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero del Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre».

¡Por consiguiente, Su Palabra es una Persona, no un libro!

Es necesario reconocer que el Cristianismo mantiene, respecto a los escritos en los cuales se inspira, una relación única, que ninguna otra tradición religiosa puede tener.

La Palabra de Dios, que es la Persona del Hijo Eterno, que el Padre pronunció antes de todos los siglos, se hizo carne, entró en el tiempo y en la historia de los hombres. «Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros» (Jn 1, 14).

Este hecho marcó y marca, definitivamente, la historia humana, que, desde la Encarnación en adelante, es la historia del Enmanuel, el Dios-con-nosotros.

El Hijo de Dios hecho hombre nos ha revelado los secretos del Padre, nos libró de la condición servil, causada por el pecado, y nos introdujo en una amistad nueva e inesperada con Dios. «No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer» (Jn 15, 15).

Sí, el Señor Jesús nos ha dado a conocer todo lo que ha “oído del Padre”; por lo tanto, en Cristo Único Salvador, hemos recibido la Revelación definitiva de Dios, es más, a Dios mismo.

La experiencia de Dios en medio de los hombres, lo que Él nos ha revelado del Padre, lo que Él nos ha enseñado para la vida, y lo que Él ha instituido, ya sea eterno o transitorio, todo está contenido en las Sagradas Escrituras divinamente inspiradas. En efecto, el Santo Padre escribe en el n. 17 de la *Verbum Domini*: «Aunque el Verbo de Dios precede y trasciende la Sagrada Escritura, en cuanto inspirada por Dios, contiene la palabra divina (cf. 2 Tm 3, 16) “en modo muy singular” ». Por esta razón, las Sagradas Escrituras son Palabra de Dios y, al mismo tiempo, la Palabra de Dios es “más grande” de las Sagradas Escrituras, porque es la Persona misma de Jesús.

2. Dimensión neumática y eclesial de la Palabra de Dios

Como católicos, además, sabemos muy bien que la Revelación no consiste, únicamente, en lo que está materialmente contenido en las Sagradas Escrituras, sino que es el conjunto inseparable de Sagrada Escritura y de la ininterrumpida Tradición eclesial, autorizadamente interpretadas por el Magisterio.

Nunca es lícito separar la Escritura de la Tradición; como tampoco es lícito separarlas de la interpretación que de ellas ha dado y da el Magisterio de la Iglesia. Separaciones de este tipo conllevan siempre gravísimas consecuencias espirituales y pastorales.

Una Escritura sin Tradición sería un libro histórico y la historia nos habla del pensamiento de los demás, mientras que la Teología quiere hablar de Dios (cf. A. Schökel, *Salvezza e liberazione: l'Esodo*, 1997, EDB, p. 10).

Del mismo modo, una Tradición desvinculada de la relación constitutiva con la Sagrada Escritura, correría el riesgo de abrazar, en su seno, elementos espurios o ilegítimos.

Asimismo, siempre es útil recordar que los textos del Nuevo Testamento nacieron en el seno de la Tradición eclesial y que, por menos en las primeras décadas de la Era cristiana, la Iglesia vivió de la Eucaristía, de la oración, de la memoria viva del acontecimiento de Cristo y de la guía de los Apóstoles.

Por consiguiente, el tríptico Escritura-Tradición-Magisterio, en realidad, desde el punto de vista estrictamente histórico, debería configurarse como: Tradición, entendida como lugar en el cual la Escritura nace, Escritura y Tradición vinculada a la Escritura; todo, autorizadamente interpretado por el Magisterio, es decir, por los legítimos Sucesores de los Apóstoles.

Lo que hemos dicho hasta aquí pertenece al patrimonio común de la Iglesia y se enseña con autoridad en la Constitución dogmática *Dei Verbum* del Concilio ecuménico Vaticano II. Aunque, de parte de algunos, ha habido en estas décadas otras interpretaciones, estas no son fieles a la interpretación correcta del Concilio y, también por esta razón, los Padres, junto con el Romano Pontífice, dedicaron un Sínodo a la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia, para reconocer su justo lugar y evitar prudentemente algunas unilateralidades ilegítimas.

Otro aspecto de fundamental importancia, que subraya ampliamente la *Verbum Domini*, es la dimensión neumática de la Revelación, en su conjunto y en los varios aspectos-momentos que la constituyen. En efecto, se lee en el n. 15 de la Exhortación: «No se comprende auténticamente la Revelación cristiana sin tener en cuenta la acción del Paráclito», y también, en el número siguiente: «Puesto que la Palabra de Dios llega a nosotros en el cuerpo de Cristo, en el cuerpo eucarístico y en el cuerpo de las Escrituras, mediante la acción del Espíritu Santo, sólo puede ser acogida y comprendida verdaderamente gracias al mismo Espíritu».

Ante todo, siempre es necesario recordar la relación íntima e insustituible entre Jesucristo y el Espíritu: toda la vida del Señor es una vida en el Espíritu, de la Anunciación a la Ascensión, y el Espíritu no es algo

vago e indefinido para nosotros, los cristianos, sino que es siempre el Espíritu de Cristo.

Este “de Cristo” es un genitivo posesivo, que nos dice que el Espíritu es Suyo, al igual que es del Padre; y es el mismo Espíritu Suyo que se nos da a nosotros, en el Bautismo, en la Confirmación y, con el poder de transmitirlo a los hermanos, sobre todo en la Ordenación sacerdotal.

Si Cristo es la plenitud de la Revelación y toda la existencia de Cristo está en el Espíritu, entonces la misma Revelación es un evento neumático: la Tradición la anima el Espíritu, la Escritura la inspira el Espíritu y el Magisterio, en la tarea de interpretar autorizadamente Escritura y Tradición, la guía el Espíritu.

De ello deriva que la misma relación del Sacerdote con la Palabra de Dios debe ser una relación neumática. Es decir, se debe evitar todo enfoque meramente positivista o limitado al historicismo, que no permita la comprensión del significado real del texto. Las Escrituras, si nos acercamos a ellas prescindiendo de su dimensión neumática, se quedan como mudas y, en lugar de hablar de Dios y hacer que escuchemos Su Voz, narran simplemente una historia.

3. Palabra de Dios y Ministerio ordenado

Como afirma el gran San Jerónimo: «Quien ignora las Escrituras, ignora a Cristo». No podemos, por tanto, ignorar las Escrituras, y el primer elemento para que haya una relación entre el sacerdote y la Sagrada Escritura, es conocer su contenido: leerlas, conocer su estructura, tener en la mente los nexos entre las distintas partes y, sobre todo, conocer la Escritura en su globalidad, sin los excesos de parcelación que, con demasiada frecuencia, caracterizan el conocimiento de la realidad en la época, del relativismo y del cientificismo.

Esta obra de conocimiento de las Escrituras, lejos de consistir en una mera memorización, se convierte en uno de los principales factores para favorecer en el sacerdote el conocimiento y la consiguiente identificación con el pensamiento de Cristo: «[al sacerdote] no le basta conocer su aspecto lingüístico o exegético, que es también necesario

—afirma el Santo Padre en el n. 80—; necesita acercarse a la Palabra con un corazón dócil y orante, para que ella penetre a fondo en sus pensamientos y sentimientos y engendre dentro de sí una mentalidad nueva: “la mente de Cristo” (1 Co 2, 16)».

Leer y releer los episodios de los que el Señor es protagonista, las respuestas que Él da en las diferentes circunstancias y la actitud que asume ante los pobres, los pequeños, los débiles, los pecadores, las mujeres, etc. determina la progresiva asimilación de Su pensamiento y de Su modo de actuar.

En este sentido, la obligada fidelidad a la Liturgia de las Horas, en su integridad, es maestra fundamental para permanecer establemente en contacto con la Palabra de Dios, especialmente en el Oficio de las Lecturas, que nos la da abundantemente, junto a ese momento de autorizada Tradición eclesial que representan los Padres de la Iglesia.

Así hacemos experiencia progresivamente de que la Palabra de Dios narra nuestra vida; narrando las vicisitudes del pueblo de Israel y las de quien se encontró con Jesús, nuestro Señor, narra el camino de fe de todo hombre y, por tanto, de todo sacerdote.

Por otra parte, por el ministerio que se nos ha encomendado, no somos solamente, con todos nuestros hermanos, oyentes de la Palabra, sino también autorizados anunciadores e intérpretes de esta. Todo bautizado, en virtud la inmersión en el Misterio pascual de la muerte y Resurrección está llamado a dar testimonio de Cristo y a anunciar la Palabra. El sacerdote, además de participar de este mandato común a todo cristiano, recibe otro específico y ministerial, y su anuncio, sobre todo en la predicación y en la catequesis, participa, en cierto modo, de la autoridad del mismo Magisterio eclesial.

Se cae por su propio peso que no podemos anunciar lo que no conocemos y no hemos hecho nuestro; por tanto, la posibilidad del anuncio está estructuralmente vinculada al conocimiento de las Escrituras y a la familiaridad e identificación con el pensamiento de Cristo.

No es así, en cambio, para la eficacia del anuncio, que, contrariamente a cuanto se piensa habitualmente, no depende del conocimiento sino de la vida y del testimonio. Además la eficacia es totalmente dependiente de la acción poderosa de la gracia y del insondable mis-

terio de la libertad humana. En ese sentido, no existe, en la dinámica del anuncio, ningún mecanicismo. También esto nos ayuda, como ministros de la Palabra, a purificarnos del funcionalismo y a encomendar totalmente al Señor, en la oración, la acción de la Palabra en el corazón de los hombres.

En la tarea de anunciadores es necesario tener constantemente presente la unidad de Sagrada Escritura, Tradición y Magisterio, de la que hemos hablado. No es posible anunciar la Palabra, olvidando o —peor— reprobando la Tradición que la ha generado. Igualmente ineficaz resultará el anuncio separado o —peor— en contraste con el Magisterio eclesial.

Con la fuerza que nos da la experiencia de que la Palabra de Dios describe nuestra vida, es necesario anunciarla, acompañando también a los fieles a la misma conciencia. En este sentido, en la evangelización pueden coexistir dos dinámicas diferentes, ambas legítimas. Es posible que del anuncio de la Palabra nazca la fe y la renovación de la vida, y es igualmente posible que la experiencia de una vida nueva, que se da de modo imprevisto y gratuito mediante un encuentro, abra a la fe y, sucesivamente, sea reconocida en el encuentro con las Sagradas Escrituras.

¡No os escondo mi propensión y mi simpatía humana por esta segunda dinámica, que, como creo comprender leyendo los textos de las Sagradas Escrituras, fue también la de Andrés y Juan, cuando esa tarde, alrededor de las cuatro, se encontraron con Jesús!

El núcleo de la relación entre el sacerdote y la Palabra de Dios, por lo tanto, está representado por esa “Palabra de Dios en acto” que es su propia existencia y la de los fieles. Estos, mediante el anuncio y el ministerio de los sacerdotes, encuentran al Señor.

En este sentido, el Cristianismo no es “religión del libro” sino que es un hecho, un Acontecimiento que sucedió en la historia, del cual, en la actualidad, es posible hacer experiencia vital y esta experiencia es contagiosa, misionera en sí misma, es más, ¡es el elemento más eficazmente misionero con el que el Espíritu ha dotado a Su Iglesia!

Esta claridad de juicio en la relación con las Sagradas Escrituras, las sitúa en su justo lugar, insustituible, también en la vida de la Iglesia,

la cual vive de la eficacia de la Palabra, también y sobre todo en la administración de los Sacramentos. Sin Palabra, no sólo no tendríamos el anuncio, sino que no tendríamos tampoco los Sacramentos.

4. Palabra de Dios y cultura

Ser personas que escuchan y anuncian la Palabra de Dios hace de los sacerdotes hombres necesariamente capaces de incidir en la cultura. En ese sentido, es bueno recuperar una noción amplia del término "cultura", no relegada a los simples conocimientos, sino capaz de imprimir un estilo, plasmar una mentalidad, generar una civilización.

Nada, como el anuncio de la Palabra, genera cultura. Es decir, genera un modo nuevo de concebir la vida, las relaciones, la sociedad e incluso la política. Un modo que, cuanto más evangélico es, más se descubre profunda y sorprendentemente correspondiente al corazón humano.

Es urgente y necesario, en ese sentido, superar todo complejo de inferioridad respecto de la cultura; la Palabra de Dios, y nosotros con ella, es portadora de un significado, que ninguna cultura sólo humana posee.

Como recuerda la *Verbum Domini*: «Dios no se revela al hombre en abstracto, sino asumiendo lenguajes, imágenes y expresiones vinculadas a las diferentes culturas. Es una relación fecunda, atestiguada ampliamente en la historia de la Iglesia» (n. 109).

Relación que, por un lado, ve como normativos los datos culturales a través de los cuales aconteció la Revelación y, por otro, requiere nuestra aportación continua, creativa y sobre todo misionera.

En una cultura relativista, hedonista, consumista e individualista, la Palabra de Dios, y nosotros con ella, está llamada a poner de nuevo al hombre en relación con Dios y con sus hermanos, en relación auténtica con la realidad y con la razón, abriéndole continuamente a la verdad.

Los fieles esperan oír la Palabra de Dios de los labios del sacerdote; buscan el pensamiento de Dios en las valoraciones del sacerdote; los caminos de Dios en los caminos que indica y recorre el sacerdote.

Debemos ser conscientes de que, contrariamente a cuanto algunos poderes fuertes tienden a insinuar, el Cristianismo representa el mayor movimiento de desarrollo y de civilización que la historia humana haya

conocido jamás.

Nos recuerda la Exhortación apostólica al respecto: «[La Palabra de Dios] nunca destruye la verdadera cultura, sino que representa un estímulo constante en la búsqueda de expresiones humanas cada vez más apropiadas y significativas. Toda auténtica cultura, si quiere ser realmente para el hombre, ha de estar abierta a la transcendencia, en último término, a Dios» (n. 109).

¡Toda cultura, incluida la contemporánea, queridísimos hermanos, necesita siempre esta transcendencia! Y nosotros debemos ser portadores de ella.

Que nos sostenga en esta obra la Santísima Virgen María, primera portadora de la Palabra hecha carne en Ella, que se convirtió en su "cultura", porque era su horizonte.

